



EL INFORME AHNENERBE

El documento secreto que llevó a Hitler
a Montserrat en busca del Santo Grial.

SANTI BARÓ



EL INFORME AHNENERBE

Santi Baró



Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2016

© Santi Baró, 2016

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-343-8

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Al doctor Octavi Piulats, por
prestarme tu cultura universal
y acompañarme en este viaje,
siendo mi particular Indiana Jones.*

EL INFORME AHNENERBE

La Vanguardia,

lunes, 13 de septiembre de 2004

El fenómeno literario del siglo, *El Informe Ahnenerbe*, que ha catapultado a su autor, Marcos Clos, hasta lo más alto de la popularidad literaria mundial, no para de batir récords. Y si bien ya se trataba de la obra escrita por un español con un mayor número de ventas en el extranjero, ahora encabeza, por tercer mes consecutivo, el ranking de los más vendidos en Estados Unidos, con tal efervescencia que nadie se atreve a aventurarle un final.

Los críticos de medio mundo atribuyen dicho fenómeno a la ingeniosa habilidad de Clos para crear una ficción alrededor del gran secreto del cristianismo, la resurrección de Jesús, de tal manera que el lector queda atrapado en sus redes haciéndose preguntas que no se había formulado jamás; preguntas que van más allá de la trama novelesca y que traspasan fronteras que nunca antes nadie se había atrevido a cruzar.

El Informe Ahnenerbe es algo más que un *thriller* de misterio, una novela histórica o una novela de aventuras. De hecho, es un poco de todo eso. Atrapa desde la primera página como en el mejor texto de misterio, ilustra como el mejor libro de historia y sus personajes poseen el mismo carisma y actitud épica que un Harry Potter.

Leía no hace mucho en el *New York Journal of Books* que *El Informe Ahnenerbe* es un manual para entender la Biblia escrito con la gracia del que posee un don. Y yo no puedo estar más de acuerdo, pese a que parezca casi grotesco que una obra inspirada en la búsqueda del Santo Grial que llevó a cabo Hitler en 1940, en Montserrat, pueda plantear tal cantidad de reflexiones como para sostener una opinión de tanta magnitud.

Sí, Clos nos regala un auténtico manual para entender la Biblia, y añadiría más: para entender gran parte de la historia antigua, creada sobre unos pilares tan podridos que alguien tenía que derrumbarlos.

El universo de Clos crece como esos extraños fenómenos que nos sorprenden como surgidos de la nada y se quedan, ya para siempre, entre nosotros, reclamando ese papel protagonista que antaño ha correspondido a la literatura, palabras escritas, en negro sobre blanco, que dejan huella para herencia de las civilizaciones, y cuando parecía que la alta tecnología, las redes sociales, internet, etc. aplazarían, quizás hasta el olvido, un nuevo *hit* literario mundial, Marcos Clos se saca de la chistera esa tan lejana aventura nazi por Montserrat, con un puñetazo sobre la mesa, obligando a las imprentas a sacar humo para no dejar ni a un solo ser humano sin su *Informe Ahnenerbe*.

RICARDO MAURÍ

DIEZ AÑOS DESPUÉS

PRIMERA PARTE

NAGORE

1

Abel se asoma de puntillas agarrándose con fuerza a los barrotes de la ventana. No es que pueda ver gran cosa; de hecho, no puede ver nada. No porque sea ciego, que no lo es, sino porque vive encerrado en un piso de la Barceloneta y pese a que cada noche le llega el olor a mar, él apenas sabe si este existe de verdad. Abel es un niño que se asoma agarrado a esos barrotes que intentan impedir que las palomas se caguen en el alféizar y se acumulen sus excrementos, esos que parecen hechos aposta para recordarle que esa jaula es su mundo, su único mundo. La pared del edificio de enfrente es también parte de su mundo; nada o casi nada los separa salvo una estrecha callejuela que, como Abel, nunca ha visto el sol. Las ventanas que divisa al otro lado le parecen ojos, ojos que lo observan, ojos desnudos de emociones que eluden su sonrisa, ojos que parpadean, ojos que miran pero no desean ser vistos, ojos extraños, ojos que son sus únicos amigos, ojos con los que no se puede hablar.

Abel espera a que el baño quede disponible. Solo hay uno. Nagore, su profesora, siempre lo precede antes del desayuno. Ella vive ahí, con los padres de Abel, en una diminuta habitación con una cama empotrada en un armario de quita y pon. Ella es su amiga, pero es mayor que él, y Abel se pregunta si es normal que alcance dicha categoría alguien que casi podría ser su madre. Él no lo sabe, y por eso hoy piensa preguntárselo. Nagore lo sabe todo. Es su profesora. Cuando sale del baño oye cómo su madre le da los buenos días, luego cómo trastean juntas por la cocina en una especie de ritual que se repite madrugada tras madrugada. Su padre se levanta muy temprano para ir a trabajar. A veces lo oye marcharse, otras no. Como hoy, que ha dormido profundamente. Abel nunca recuerda nada del mundo de la noche y es por eso que piensa que, si nunca sales a la calle, no puedes construir tus sueños. Le gustaría ser un niño normal y cruzar esa diminuta calle que apenas consigue intuir cuando se asoma, andar, correr y jugar. Pero no puede ni hablar de ello, sus padres se enfadan, se lo han explicado mil veces y vuelven a

enfadarse cuando hace que se lo expliquen una vez más. Nagore nunca se enfada. Nagore es muy guapa aunque casi podría ser su madre. Nagore tiene veintinueve años y él solo diez, por lo tanto si fuera su madre debería haberlo tenido a los diecinueve. Abel sabe sumar y restar sin necesidad de calculadora. Ella le dice a menudo que es un genio. Su madre no es que no sea guapa, pero no lo es tanto, aunque a él le encantaría tener el pelo de su mismo color, rojo. Eso la hace diferente. Se llama Isabel y gruñe demasiado.

Cuando Abel sale del baño, con unos pantalones de chándal y su camiseta preferida, la verde de Diesel, Nagore le espera en el comedor con un zumo de naranja recién exprimido, cereales y leche. Su madre ya ha desayunado. Su madre, o trastea por la cocina, o se viste para salir, o sencillamente se sienta a la mesa a hablar. Hoy se ha encerrado en su habitación. La casa es tan diminuta y las paredes tan de cartón que todos los movimientos y los ruidos que provocan forman parte del vocabulario vital del niño, ese que no está constituido por palabras sino por los detalles de cada instante. Ahora mismo, mientras desayuna al lado de Nagore, Abel, sin necesidad de verlo, sabe que su madre viste unos pantalones ajustados y una camisa de botones.

—¿Has descansado, cielo?

Nagore lo llama cielo, siempre lo llama cielo, desde que era un auténtico enano, desde hace tanto que Abel no consigue recordar cuándo. A veces piensa que ella es lo único de verdad que queda en su mundo.

—Pero sin sueños —le espeta como si protestase.

Isabel abre la puerta que, como las de todas las habitaciones, dan directas al comedor. Sonríe, se acerca al niño y le da dos besos. Isabel viste una camisa de seda color rosa y tejanos ajustados. Abel piensa que no le sientan bien, que le hacen el culo gordo. Descuelga el chaleco de la percha de detrás de la puerta de entrada y se lo pone sin disimular las ganas de salir a la calle.

—Estaré un rato fuera, no tardaré, me faltan cuatro cosas. Oye, que vendrá Cunningham, pero imagino que ya estaré aquí...

—No sufras, si viene ya le abriré...

Isabel le aguanta la mirada un instante, y como Nagore sabe qué le preocupa, se adelanta.

—No abriré a nadie más, vete tranquila...

Isabel asiente, se cuelga el bolso del brazo izquierdo, le planta dos besos

maquinalmente a su hijo y sale. Sus pasos retumban por el viejo hueco de las escaleras de tal manera que todo el edificio vibra como el aleteo de un abejorro agonizante. Unos segundos más tarde el portazo de la calle delata que ya se han quedado a solas.

Las inquietudes de Nagore, esas que ni el paso del tiempo ni la fuerza de la costumbre consiguen apaciguar, aparecen como casi siempre, como viejos fantasmas que no la dejan en paz. Ella no puede preguntar, no puede opinar, no puede hacer otra cosa que no sea limitarse a hacer su trabajo. Cobra una auténtica fortuna por hacerse cargo de la educación de ese niño canijo y paliducho. Su sueldo triplica el que cobraba en la escuela y sería más propio de un alto ejecutivo que de una docente. Todo lo que ella tiene que hacer a cambio es callar y no preguntar, pero eso, a veces, la ensucia tanto que cree que las manchas quedaran ahí para siempre.

—Oye, Nagore... ¿Alguien tan mayor como para ser tu padre puede ser tu amigo?

—¿Cómo...?

—Eso, que si alguien mucho mayor que tú puede ser tu amigo o los amigos solo pueden ser niños, como yo...

—Claro que sí, la amistad no tiene nada que ver con la edad...

—Pero...

Abel calla de repente, como si se arrepintiese de opinar.

—Abel, dime, ¿qué te preocupa?

—No, eso...

—¿Yo soy tu amiga?

—Sí, claro. Como Enric.

—¿Enric?

—Mi antiguo profe se llamaba así, cuando vivíamos en Monistrol...

Nagore sabía que Abel tenía un pasado anterior a Barcelona. Ellos mismos le comunicaron, el día que la entrevistaron para el trabajo, que se acababan de mudar a la ciudad. Abel tenía seis años. Pero no sabía nada más. No saber formaba parte de su trato. Si su juramento fuera sagrado, Nagore tendría que dar por zanjado el tema, olvidarse de Monistrol y del tal Enric. Pero no podía. Volvía a sentirse sucia como cada mañana cuando se sentaba a dar clase a ese niño al que privaban de su libertad. Ella se sabía cómplice. Lo era.

—¿Vivíais en Monistrol?

—Sí, en una casa muy grande, rodeada de árboles y animales, desde la

ventana veía Montserrat, ¿la has visto alguna vez?

—¿Y Enric...?

—Era como tú, me daba clases, yo era muy pequeño...

—¿Y qué recuerdos tienes? Dime.

—Nos sentábamos a ver los dibujos, a Pingu. Un día me regaló un peluche de Pingu, ¿no lo has visto? Lo tengo en mi cuarto. ¿Lo quieres ver?

—Luego, cielo. Y ¿sabes por qué os marchasteis?

—No lo sé, pasó algo, no sé qué...

—¿Algo?

—Sí, algo, no sé...

—¿Y dices que veías Montserrat desde tu ventana?

—Es preciosa, es enorme, como una piedra gigante de color azul... ¿Has estado en alguna ocasión?

—Nunca, no soy de aquí...

—¿De dónde eres?

—De Valladolid.

—¿Y eso dónde está?

—Muy lejos, en un lugar donde hace mucho frío...

—Es mamá...

—¿Qué?

De repente, el niño gira levemente su cabecilla como adoptando el mismo gesto del lobo escudriñando la oscuridad. Unos pasos resuenan por el hueco de las escaleras, esa escalera es un sin parar. Sin embargo, para Abel no se trata de unos pasos más, sino de los de su mamá.

La mamá, Isabel, entra y se da cuenta de que la rutina habitual se ha ido de paseo. Nagore y Abel siguen en el comedor envueltos en un incómodo silencio, ese que se produce cuando los secretos te obligan a callar.

—¿De qué hablabais? ¿Qué hacéis que no estáis en la habitación?

—Nos hemos entretenido, ahora vamos, ¿verdad, cielo?

Isabel se queda bajo el umbral con dos bolsas del Carrefour colgando en sus manos, sin saber qué hacer, inmóvil, intentando descifrar, entre esa atmósfera de traición que se extiende como la niebla, qué demonios estaba pasando.

—Bien... ¿No ha venido nadie?

—Ni Dios...

Nagore y Abel se encierran en la habitación del niño, la mayor de la casa, y mientras Isabel se entretiene en guardar la compra, ordenar la habitación y

empezar a preparar la comida, Nagore aprovecha para presentarle las preposiciones a Abel, esas gracias a las cuales las palabras no se caen al construir las frases. Hoy esperan a Cunningham, y cuando viene Cunningham el tiempo a Isabel se le echa encima. Antes, Jordi, su marido, andaba más por casa, la ayudaba, pero Jordi, de un tiempo a esta parte, expresa sin disimulo ese mismo miedo que a ella la atenaza. Isabel está convencida de que pronto saldrá volando. Cuando las preposiciones escribían frases y narraciones tan abruptas como los pensamientos de Isabel, llega Cunningham puntual como todo *gentleman* inglés.

Cunningham es el médico de familia que cada mes, sin excepción, viene a examinar al niño. Inglés y elegante, cincuentón y viejo verde, no deja pasar ni una sola visita sin insinuarse a la profesora que no disimula, ni falta que le hace, el fastidio que sus bromas le causan.

Como en esa casa no existen los secretos ya que los susurros se oyen a voces, Nagore interrumpe la clase sin esperar a que la llamen.

—Por hoy ya hemos acabado, cielo.

Abre la puerta unas décimas de segundo antes de que los nudillos de Isabel rocen la puerta para llamar, se miran y se sonrén. Detrás de ella se esconde ese bulto gordo inglés, alto y grande con impecable uniforme, camisa blanca, corbata roja a rayas, americana oscura y mucho porte para tan poco hombre.

—Ya estamos...

—Hola, Nagore, tan guapa como siempre...

—Buenos días, doctor.

Cunningham la mira de arriba abajo sin disimulo, descarado, y suelta, una vez más, la típica broma de siempre, la de cada mes.

—¿Seguro que no necesitas un chequeo médico?

—No, doctor, no hará falta, como siempre... —añade Nagore mostrándose tan desagradable como puede.

Isabel apoya un brazo en su hombro cuando se cruzan y luego se encierra en el cuarto de su hijo con el médico inglés.

Nagore resopla, entra en la cocina, abre la nevera y se sirve un refresco. Su jornada laboral ya ha acabado, eso es lo único bueno que tienen las visitas del inglés. Lo malo es que, si ya le cuesta pasar esas interminables tardes sin nada que hacer, hoy que acaba una hora antes el tedio será todavía mayor. Muchas veces se ha planteado alquilar algo en Barcelona, ser más libre, poseer su propio espacio, pero los alquileres están por las nubes. Claro que con su

sueldo se lo podría permitir, pero su sueldo es mucho o es poco según cómo se mire. ¿Cuánto tiempo la tendrán cómplice del secuestro? ¿Cuánto aguantará ella? A menudo se propone hacer caso al consejo de sus tíos, que viven en un pueblo de Girona y con los que pasa todos los fines de semana, de presentarse a las oposiciones para coger plaza en una escuela, por eso estudia catalán, por eso, y para llenar las tardes de los lunes, de los miércoles y de los jueves.

Isabel y Cunningham salen al comedor con una conversación que les persigue, no es nueva, pueden cambiar las palabras pero el significado es el de siempre, que todo está bien, unas palabras que se renuevan mes tras mes, como las preguntas sin respuesta, el motivo de esa obsesión que es tabú nombrarla, tan tabú como que significaría su despido inmediato, algo que esa fecha de caducidad que se aproxima le tienta encarar. Nagore necesita saber por qué ese muchacho no puede salir de casa, por qué ese examen médico puntual y automático, por qué tanta protección como para privar a tu hijo de su derecho más elemental: el de la vida. Nagore sabe que llegará el día que no conseguirá morderse más la lengua pero, mientras tanto, mientras no llegue su rebelión, lo único que consigue es criar remordimientos que crecen como un tumor maligno en su interior.

Por la tarde, cuando Nagore está en sus clases de catalán e Isabel deseando que llegue Jordi con el relevo, Abel, como un autómatas, se levanta de delante del televisor y se encierra en su cuarto cuando el reloj marca las seis en punto de la tarde. Enciende el ordenador, abre la ventana del Skype, y los tonos de llamada entrante se reproducen con la misma puntualidad de siempre, «Hermann IX». Su pantalla relampaguea y esa oscura sombra de cada tarde acapara la visión de su *webcam*.

—Buenas tardes, Abel.

—Buenas tardes, señor.

2

Jordi trastea por la cocina con una camiseta de estar por casa y los pantalones del pijama. Es un hombre alto, pero enclenque, que anda garceando con los hombros exageradamente elevados y el cuello inclinado como el principio de una reverencia.

Nagore, pese a que es sábado y lo podría aprovechar para dormir, se levanta de la cama. Esa casa parece una caja de resonancia que capta el más leve sonido. Isabel abriendo y cerrando armarios, preparando la maleta, y un poco antes Jordi trasteando por el comedor y por la cocina, borran ese silencio tan necesario para descansar. Los sábados, normalmente, Nagore ya estaría donde sus tíos, en un pueblecito de la Selva bañado por el río Ter, la Cellera, pero esta noche Nagore tiene una cita. No es nada serio, un chico simpático que conoció en clases de catalán al que le dijo, no sabe muy bien por qué, que sí, que vale, a lo de ir a tomar algo. Nagore no recuerda la última vez que estuvo con alguien y ya va tocando, se dice, aunque el tal Eduardo no es que le levante ni pasiones ni deseos, más allá de servirle de excusa para romper con su rutina. Eduardo es simpático y gracioso pero de no ser porque a ella le cuesta horrores decir que no, nunca hubieran quedado. Nagore no deja de plantearse lo de mandarle un mensaje con cualquier excusa y dejarlo correr. Además ese fin de semana le toca quedarse a Jordi. Cada fin de semana se turnan. Uno Jordi, el otro Isabel, pero Abel siempre se queda en casa como un prisionero al que tienen que vigilar.

Durante los cuatro años que lleva en esa casa, nunca, bajo ningún motivo, han salido los dos a la vez. Ni para ir a cenar. Una vez les propuso que ella se quedaría con el niño, que salieran los dos, que eso es bueno y necesario para las parejas, que Abel y ella, a solas, se lo pasarían la mar de bien todo el fin de semana. Pero ellos no llegaron ni a tomarlo en consideración, no se fiaban y de hecho habían hecho bien, porque, fuera cual fuera el motivo por el cual el niño no podía salir a la calle, ella planeaba sacarlo a que le diera el aire y a que viera el mundo con sus propios ojos por primera vez. Llevarlo al zoo, a

comer fuera, a pasear por las calles, a tomar un helado, al cine... Mostrarle que más allá de su prisión la vida iba pasando y regalarle una mañana que no pudiera olvidar.

Isabel y Jordi formaban una peculiar pareja, nunca se mostraban con el típico cariño de los que comparten su vida. Alguna noche, muy de vez en cuando, hacían chirriar el somier. Eso sí. Pero muy de vez en cuando. Isabel era de las de chillar y por eso a Nagore le parecía extraño que se le escapara alguna muesca en el marcador. A la mañana siguiente de hacer eso se mostraban más simpáticos y próximos, aunque el efecto siempre era pasajero. Abel se interponía entre ellos, más que Abel, su secreto.

Nagore tiene que pasar el fin de semana a solas con Jordi, que apenas le ha dirigido cuatro frases seguidas en todos estos años, a cambio de salir a cenar con alguien que ni le gusta ni le apetece demasiado. No, Nagore se inventará una excusa y se irá a ver a sus tíos como cada fin de semana, aún tiene tiempo de coger el autobús de Girona que sale a las diez y si no pues el Ave, y que la vayan a recoger a la estación. Total, de la Celler a Girona en coche se llega en un santiamén.

Jordi, que se acaba de preparar un par de tostadas, se sienta a la mesita de la cocina cuando advierte que bajo el quicio de la puerta Nagore lo está observando.

—¿Quieres una? —le dice ofreciéndole el plato.

Cuando Nagore mira esos ojos, oscuros y cansados, y ese rostro por afeitarse, despeinado y con las pintas típicas del que se acaba de levantar sin ni quitarse las legañas, le entran todas las prisas de repente.

—No, gracias... ¿hay café? Ya tomaré algo en la estación.

—Sí, la cafetera está llena y recién hecho. Isabel me había dicho que te quedabas... ¿Cambio de planes?

—Ya, un contratiempo, tenía que salir pero me han dejado tirada.

Jordi se la queda mirando como esperando que la inspiración le regale una frase brillante. Cuando Isabel avanza hacia ellos, con sus tejanos ajustados, su melena pelirroja al viento, una camisa de tirantes negra y una rebeca de punto amarilla sobre los hombros, Jordi encuentra esa frase que andaba buscando: que para dejar tirado a un bombón es necesario estar loco de remate. Pero Isabel ahí, entrando en la cocina, saludando y sirviéndose café se convierte en un repentino estorbo para pasar a la acción.

—Así que por fin hemos encontrado novio, ¿eh? —pregunta Isabel de

manera mecánica, mientras se sirve un vaso de café y mete un par de rebanadas de pan de molde en la tostadora.

—No, qué va, solo es un amigo y al final no vamos a quedar...

—Vaya, lo siento...

—No te preocupes, ya te he dicho que no era nada importante.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Te quedas?

—No, miraré si pilló el bus y si no con Ave.

—Creerás que somos una pareja muy extraña, ¿verdad?

—Cada cual es como es.

—Queremos mucho a Abel, sé que cuesta entenderlo...

—Déjalo ya, Isa —Jordi se entromete—, ella ya lo sabe, no tenemos por qué darle ninguna explicación, ese era el trato.

Nagore prefiere no tirar del hilillo del diálogo y de un largo y sonoro sorbo se acaba el café.

—Voy a asomarme a su habitación, es extraño que aún no se haya levantado.

Nagore aguanta unos segundos de cortesía por si sus palabras provocan cualquier comentario y, casi de puntillas, para no despertarlo, entreabre la hoja de la puerta lo justo para enfocar una cama con las sábanas revueltas y vacía. Nagore entra divertida, creyéndose la víctima de un juego, que Abel, escondido por algún rincón, planea darle un susto de muerte. Pero Abel ni se esconde detrás de la puerta, ni debajo de la cama, ni dentro del armario. Entonces Nagore sonrío y se calma. En el baño, claro. Se acerca a la puerta, golpea con los nudillos: una, dos, tres veces...

—¿Hay alguien? ¿Abel?

El cuarto de aseo está vacío. Isabel se ha acercado a ver qué es lo que está pasando.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé... ¿Dónde está Abel?

—¿Cómo que dónde está?

—No lo encuentro en su habitación, pensaba que estaría en el baño...

—Estará escondido. —Isabel sonrío como para quitarle importancia—. Ya verás, vamos a mirar bien.

Mientras buscan por la habitación del muchacho, Jordi se queda debajo del marco de la puerta unos pasos más atrás. Isabel se agacha bajo la cama y Nagore vuelve a revisar el armario, corriendo las perchas de una en una como si buscara una aguja en un pajar.

—¡Aquí no está! —exclama la profesora con voz de alarma.

Jordi, que por fin admite que está pasando algo, entra decidido a revisar la ventana. Los barrotes de su prisión están fijos, como siempre. Sin saber por qué mira abajo, a la calle.

—¡Abeeeeeeeel! —llama Nagore desesperada—. ¡No tiene la menor gracia, sal ahora mismo, joder!

Isabel, que tiene la maleta a punto en un rincón del comedor, no sabe qué hacer. Parada delante de la mesa, revisa el diminuto espacio del salón pensando dónde coño puede esconderse un niño canijo de diez años. Sus ojos se detienen al llegar a la cerradura de la puerta de la calle. Las dos rengleras de cilindros metálicos, esos que van en sus respectivos encajes después de girar las dos vueltas de llave del cerrojo, cosa que hacen siempre antes de acostarse, están escondidas dentro del cuadro de la cerradura. La cadenita de seguridad tampoco está en su sitio.

—¡Jordi! ¿Has salido esta mañana?

Jordi corre hasta la puerta imaginándose lo peor. Abre y baja atropelladamente la escalera, sale a la calle, corre hacia una esquina, luego hacia la otra y vuelve. Isabel y Nagore se asoman en el diminuto balcón que da a la calle desde el comedor, observándolo.

—¡Ha desaparecido! ¡Yo me largo! —grita Jordi al entrar en casa, cerrándose en su habitación y poniéndose a hacer las maletas como un poseso.

—¿Cómo que te largas? ¡Hay que llamar a los *mossos*, por Dios! —exclama Nagore persiguiéndolo por los rincones y sin entender nada.

Entonces Nagore oye unos pasos que resuenan estrepitosamente sobre los peldaños de la escalera. Sonríe al pensar que es Abel que vuelve, pero no, los pasos no vienen sino que van, llevándose a Isabel sin dejar rastro. Corre detrás de ella con el tiempo justo de ver cómo sube a un taxi en el paseo marítimo, a la vuelta de la esquina. Como el conductor se distrae antes de incorporarse a la circulación, Nagore llega a golpear con sus nudillos la ventanilla, Isabel se gira un instante para dedicarle un gesto de horror y un déjalo que lee en sus labios. El coche arranca y ella comprende de repente lo estúpida que ha sido, que el niño estaba secuestrado y que ha sido cómplice durante todo ese tiempo, que eso lo explica todo. Pero ¿dónde está Abel? ¿Ha huido? Lo conoce lo suficiente para asegurar que no, que eso es imposible, que si Abel planeara su huida ella lo hubiera sabido. Corre a casa a ver si aún está a tiempo de retener a Jordi y obligarle a contar la verdad. Se encuentran

en el rellano de la entrada del bloque comunitario.

—¡Jordi!

Pero Jordi no le hace ni caso, la aparta violentamente empujándola contra los buzones y Nagore solo tiene tiempo de retener su imagen unos instantes antes de perderle de vista para siempre.

Un extraño temblor se apodera de ella súbitamente, un mareo que la asfixia y le exige calma. Necesita ayuda, eso es lo único que tiene claro.

Sube los peldaños, por suerte siempre lleva las llaves encima y puede volver a entrar. El escenario que se encuentra dentro es dantesco, como si una banda de rateros acabaran de actuar. Cajones abiertos y desparramados, ropa por el suelo, armarios vacíos, algo se ha roto con el ajetreo y el comedor está lleno de pequeños cristales azules, papeles esparcidos, bolsas de plástico tiradas... Nagore intenta serenarse y recapacitar. Entra en su habitación, todo está en su sitio. Su móvil, sobre la mesita, recargando la batería, emite reflejos de luz advirtiéndole que ya ha llegado al límite de su carga. Suspira para tranquilizarse y luego marca el 012.

Las sirenas irrumpiendo en la calle Maquinista no tardan ni cinco minutos en aparecer. Durante ese tiempo, Nagore, sin pensar en que al hacerlo tal vez obstruía la investigación, aprovecha para recoger un poco, solo un poco. No le da tiempo para más.

—¡Aquí! ¡Aquí! —grita desde el rellano al advertir las carreras de los agentes subiendo los peldaños.

Un agente con la barba dura y azulada, resoplando por el esfuerzo, se planta en el rellano, delante de ella. Su compañero le sigue solo un paso más atrás. Casi llegan al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre?

Nagore se aparta para facilitarles la entrada al tiempo que exclama:

—Ha desaparecido un niño...

El agente que venía detrás, algo más joven, y mucho más alto, inspecciona el diminuto apartamento abriendo y cerrando puertas. El otro, mientras, la interroga.

—¿Es usted su madre?

—No, yo solo le doy clases, soy su profesora...

—¿Cuándo y cómo ha desaparecido?

—No sé, esta mañana no estaba en su cama...

—¿Anoche salió?

—No, es un niño de diez años...

—¿Pero salió? ¿Le vio alguien meterse en la cama? ¿Dónde están sus padres?

Nagore se toma unos segundos antes de responder, necesita procesar la extraña información que se dispone a compartir.

—Sus padres acaban de huir...

El otro agente, que se acaba de incorporar al diálogo, iba a preguntar sobre el porqué del desorden cuando le sorprende la afirmación de Nagore.

—¿Cómo que acaban de huir?

El más bajo de los agentes, el de la barba azulada, lo mira como esperando su opinión pero Nagore se le anticipa:

—No lo sé, no entiendo nada, esta mañana hemos empezado a buscarle pensando que solo era un juego, pero cuando Isabel, su madre, se ha dado cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave y que Abel había desaparecido se han puesto muy nerviosos...

—¿Todo esto lo han provocado ellos? —interrumpe el agente alto refiriéndose al desorden—. ¿Sus padres?

Entonces advierten que la otra puerta del rellano se entreabre lo justo para poder cotillear. El agente de la barba azulada se acerca y la puerta se cierra como la concha de una almeja.

—¡*Mossos*, abra la puerta!

Una mujer algo mayor, en bata, abre al instante visiblemente asustada.

—Yo no he hecho nada... —se defiende ella, atemorizada.

—¿Usted vive aquí, señora?

—De toda la vida, agente... ¿Qué ha pasado?

—¿Ha visto por casualidad a un niño, al de sus vecinos, en las últimas horas?

—¿Un niño?

Nagore y el otro agente observan la escena desde el umbral de la puerta. Cuando la mujer la reconoce la saluda.

—Nagore, guapa, ¿qué dicen de un niño?

—El hijo de sus vecinos, Abel, ¿verdad?, ¿lo ha visto recientemente? —insiste el agente.

—Perdone pero ahí no vive ningún niño. ¿No se lo has dicho, guapa? —

responde ella dirigiéndose a Nagore en vez de al policía.

—Perdone, disculpe las molestias... ¿Vive alguien más con usted?

—Sí, mi hijo.

—¿Se encuentra en casa?

—Está durmiendo.

—Pues haga el favor de despertarlo.

—Es que él trabaja de noche y necesita descansar.

—Señora, es una emergencia, despiértelo...

—Se va a enfadar...

—Ya hablaremos nosotros con él, no sufra.

La mujer, no muy convencida, ajusta la puerta y se va por el pasillo arrastrando los pasos con desgana. El agente más alto vuelve a la carga con Nagore.

—A ver si lo entiendo, ¿puede describirnos un poco al niño?, o mejor, ¿tiene alguna fotografía?

Nagore niega con la cabeza.

—No me permiten que le saque fotos, nunca nadie le saca fotos.

—¿Qué edad ha dicho que tiene el muchacho?, ¿diez años? —prorrumpe el otro agente—. Y ¿no tiene ninguna foto?

—A ver —el agente alto intenta reordenar los hechos—, usted ha llegado esta mañana para darle clase y entonces es cuando se ha dado cuenta de que el niño no estaba, ¿cierto?

—No, yo vivo con ellos...

Nagore no puede acabar su exposición porque desde el otro lado del rellano les llega la voz ronca del vecino.

—¿Qué ocurre?

El agente de la barba azulada se le acerca.

—Perdone que le molestemos, estamos investigando la desaparición del hijo de sus vecinos.

El hombre niega con un ademán cansado y le interrumpe dedicando un gesto al otro portal.

—Ahí no vive ningún niño.

La mujer mayor, celebrando que su hijo la acredite delante de las autoridades, exclama con júbilo:

—¿Lo veis?

—¿No puede ser que no hubieran coincidido nunca?

—Estas casas son pequeñas, el vecindario, la calle, todo... Créame, me paso horas asomado al balcón, fumando, mi madre no me deja hacerlo en casa. A ellos los veo salir y entrar, pero nunca con un niño.

—¿Conoce a esta señorita? —pregunta el agente señalando a la profesora.

—Sí, claro, nos encontramos por la escalera y por la calle, pero no sé ni su nombre...

—¿Y quién más vive ahí?

—Otra mujer, algo mayor que ella, pelirroja, y un hombre que sale muy temprano todas las mañanas, creo recordar que se llama Jordi.

—¿Nunca han visto ni oído a un niño?

—No, se lo puedo asegurar, viven solos, los tres. Yo no me meto, si quieren vivir así son libres de hacer lo que quieran, todo el mundo es libre de hacer lo que quiera.

—Muchas gracias, no le vamos a molestar más.

El hombre se apresura a cerrar la puerta y entre Nagore y los agentes se crea un silencio tenso, el silencio que siempre envuelve a la desconfianza.

—Voy a echar un vistazo —dice el alto—. Mientras, tú llama a la central a ver quién coño vive aquí.

Nagore recuerda de repente que el símbolo más evidente de que no miente, de que ahí vive un niño, es su habitación. Se adelanta un paso y abre la puerta del cuarto de Abel.

—Mire, aquí es donde dormía...

El agente entra. La habitación del muchacho, como la de la profesora, es el único rincón que sigue ordenado. Revisa la mesa del ordenador, los libros de texto, las libretas. Abre el armario y los cajones, constatando que por lo menos sí que hay rastro de un niño.

El agente de la barba azulada, aún con la emisora zumbando, irrumpe en la habitación.

—El apartamento está alquilado sin contrato, la propietaria desconoce la identidad de los inquilinos, ella hizo el trato con un hombre joven que le ingresa puntualmente y sin demoras el alquiler. ¿Qué has encontrado en la habitación?

—Hay ropa de niño, libros de texto, libretas con deberes, un portátil, juguetes... Parece que, o bien aquí duerme un niño, o alguien nos lo quiere hacer creer.

—¿Qué quiere decir con eso? —irrumpe furiosa Nagore al darse por

aludida.

—Perdone, pero todo esto es muy extraño. Un niño desaparece por la noche y sus padres, al descubrirlo, ponen la casa patas arriba y se fugan dejándola a usted sola. Por otro lado, sus vecinos aseguran que en esta casa no vive ningún niño, usted no tiene ni una sola fotografía del chico y, por si fuera poco, resulta que usted vive con ellos y que le da clases...

—Oiga, yo no le miento.

—Solo digo que se trata de un caso muy peculiar. —Y añade dirigiéndose a su compañero—: Otero, ve y pregunta por el vecindario, tiendas de alrededor, bares... a ver qué descubres.

—De acuerdo.

—Nagore, ¿verdad? —vuelve a dirigirse a ella—. Yo me llamo José María Bussón, soy subinspector; a ver, cuénteme desde el principio de qué conoce a esa pareja, por qué vive con ellos, y todo lo que ha ocurrido hoy desde que se ha levantado.

El subinspector Bussón invita con un gesto a la profesora a sentarse en el sofá. Él toma asiento a su lado con una libreta y un bolígrafo en la mano.

—Me contrataron hará unos cuatro años para dar clases particulares a un niño que siempre tienen encerrado en casa, con la condición, que nunca he incumplido, de no preguntar. Me pagaban una auténtica barbaridad y por eso acepté. Yo antes vivía en Valladolid, ¿sabe? Cuando llegué me instalé con ellos, formaba parte del trato que viviera con ellos, aunque con el paso del tiempo les propuse alquilar algo para mí sola y no pusieron inconveniente; pero nunca llegué a materializarlo. El niño es muy espabilado e inteligente, algo canijo y sin color por pasarse todo el tiempo en casa, pero alegre y activo. A su manera es feliz y no me creo que escapara... ¿Esta mañana? Isabel se preparaba para salir a pasar el fin de semana fuera, siempre se turnaban, un fin de semana salía Jordi, y el otro, Isabel. Hoy le tocaba a Isabel. Estábamos desayunando cuando fui a ver si Abel se había levantado. No suele holgazanear ni quedarse en la cama, por eso fui a mirar y vi que no estaba. Primero pensábamos que era un juego, hasta que Isabel descubrió que la cerradura estaba abierta. Por la noche siempre cerramos. Entonces viene lo más raro, agente, a ellos les ha entrado como un ataque de pánico y han huido por separado, primero Isabel. La he seguido hasta la parada de taxis de la esquina, pero no la he podido retener. Ella ya había montado en el taxi. Volví corriendo a casa y me crucé con Jordi abajo, en el rellano de la entrada. Me

apartó de un empujón y salió huyendo. Entonces, al subir a casa he visto todo este desorden, les he llamado y hasta aquí...

—¿Puede decirme los apellidos de Isabel, Jordi y Abel?

—Lo siento... No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? El niño firmaría sus ejercicios y exámenes con nombre y apellidos, ¿no?

—No...

—¿Cómo que no? —El inspector Bussón suspira para calmarse—. A ver... Dígame el nombre de la escuela de Abel, por lo menos...

—Es que Abel no iba a ninguna escuela. De hecho, durante estos cuatro años nunca ha salido de casa.

Otero, que acaba de volver, espera paciente a que termine de hablar.

—Subinspector, todos los testigos coinciden, en esta casa no vive ningún niño, solo tres adultos: dos mujeres y un hombre. El vecino de abajo se queja también de que por la noche suelen hacer mucho ruido, que al parecer entre los tres existe una relación que por respeto no repetiré cómo la ha nombrado...

Nagore se levanta sulfurada otra vez.

—Pero ¡qué demonios están diciendo! Un niño anda por las calles, quién sabe si solo o secuestrado, ¿y ustedes aquí diciendo sandeces y soltando mierda de mí...? Pero ¿qué se han creído? ¿Quieren hacer el jodido favor de salir a buscar al niño?

El subinspector Bussón y el agente Otero intercambian una mirada indecisos. Se crea un silencio. Por el rellano las bisagras chirrían al ritmo del cotilleo y el subinspector decide cerrar la puerta. Parece claro que va a tomar la palabra y su compañero sonrío aliviado.

—Señora, vamos a iniciar una investigación, se lo juro. Comprobaremos que los hechos coinciden con su declaración y para hacerlo oficial le ruego que nos acompañe a comisaría, o bien que se presente en las próximas horas en nuestro cuartel. —Anota un número de teléfono en su libreta, arranca la hoja y se la da—. Puede preguntar por mí, necesitamos una denuncia para poder actuar. Pero tengo que confesarle que tal como se plantea la cosa, está difícil. Ni siquiera sabemos la identidad del niño que presuntamente ha desaparecido...

—¿Presuntamente? —Nagore estalla—. ¡Joder!

—Señora, por favor, entiéndame, ningún familiar ha denunciado su desaparición, estamos buscando a un niño que responde al nombre Abel, nada

más; un niño que solo usted asegura que existe, sin una simple foto, e hijo de un tal Jordi e Isabel que se han dado a la fuga... Perdone, pero admitirá que todo este asunto suena muy raro.

Nagore, intentando controlarse, respira sonoramente, una, dos, tres veces. Cuando suelta el aire, el subinspector lo nota en su cara.

—Muy bien... así que hay que ir a comisaria, pues vamos, no perdamos más tiempo.

Cuando el coche oficial se pone en marcha con Nagore en el asiento de atrás, como si fuera detenida, las cortinas de la fachada que dan a la calle se corren ocultando un sinfín de miradas anónimas.

3

El teléfono no para de sonar. Nagore reconoce que es el de casa casi desde el rellano de la comunidad. Sube a toda prisa saltando los peldaños y asfixiándose. Puede ser importante, piensa. Los vetustos bloques de la Barceloneta no dejan espacio para un ascensor y es todo un fastidio. Abre, tira el bolso y las llaves por el suelo, cierra la puerta con la punta del pie y descuelga justo a tiempo. Una voz que se filtra por el auricular la confunde con Isabel.

—Hola, pensaba que no estabais... ¿Sabes algo de Toni? Llevo horas llamándole al móvil y no me contesta.

—¿Quién eres?

—Vanesa, ¡quién coño voy a ser!

—¿Vanesa?

—Oye, nada, que me parece que es él... ¿Qué hace aquí?

—¿Cómo...?

—Te dejo, sí, es él, ¿qué ha ocurrido? ¿Me lo devuelves? ¿Te has vuelto a cansar de él?

La tal Vanesa cuelga y Nagore parece querer hipnotizar el aparato interrogándolo con la mirada. Luego lo deja en su sitio, se acerca a recoger el bolso y las llaves, que ha dejado ahí tiradas, y sin pensárselo dos veces llama al número que figura en la tarjeta que le ha dado el subinspector.

—Mossos d'Esquadra, ¿dígame?

—¿Me puede poner con el subinspector Bussón?

—A ver, un momento, ¿de parte?

—Me llamo Nagore, acabo de poner una denuncia por la desaparición de un niño, hace nada que estaba ahí en la oficina, ¿lo recuerda?

—Sí, perfectamente, un momento, por favor...

Al cabo de unos segundos, la inconfundible voz de Bussón la sobresalta cuando ella se había perdido en sus pensamientos.

—Hola, Nagore, ¿ocurre algo?

—Sí, ocurre, verás, acabo de recibir una llamada preguntando por Toni.

—¿Por quién?

—Toni.

—¿Y quién es Toni?

—No lo sé, no tengo ni idea, eso es lo extraño, ha llamado una tal Vanesa que me ha confundido supongo que con Isabel y se ha puesto a hablar con total confianza, preguntándome por Toni...

—Oye, Nagore —José María la interrumpe—, que llame alguien preguntando por Toni y que te confunda con Isabel, o con otra, vete tú a saber, no es nada importante, la gente se equivoca a menudo al marcar...

—No os creéis nada de lo que os estoy contando, ¿verdad?

—No es eso, Nagore, simplemente te pido que si nos llamas sea para aportar información que nos pueda ser de ayuda, solo eso.

—No vais a hacer nada, ¿verdad? Me habéis tomado por una chiflada.

—Nagore...

Pero Nagore no espera respuesta y corta la conexión, enojada.

En un estado próximo al sollozo recoge las llaves y el bolso y se sienta en el sofá, intentando no perder la calma. Unos minutos después, aún jadeando, se acerca al teléfono, el mismo que nunca antes había utilizado en los cuatro años que lleva viviendo ahí. Otra de esas normas extrañas que ella nunca incumplió. Revisa la agenda pero no hay ningún número guardado. Entonces decide mirar el registro de últimas llamadas. Le aparece un número fijo con prefijo de Lleida, 973 760 303, sin duda el de la tal Vanesa, y tres números móviles más, uno de ellos repetido. Comprueba que no se trate del de Isabel o de Jordi, Nagore los guarda en su móvil incapaz de recordarlos de memoria, y se anima a llamar al número que figura repetido tras comprobar que no es de ninguno de los dos. La operadora de una empresa de telefonía móvil le responde feliz de creerse que va a colocar alguno de sus productos. Cuelga al instante. Prueba con el otro pero la experiencia resulta parecida, solo que en lugar de telefonía la empresa se dedica a vender vinos a domicilio. Entonces recuerda que en algún lugar del comedor, por alguna estantería, guardaban una guía telefónica. La encuentra y revisa, pasando páginas por poblaciones de Lleida, prefijos que empiecen por 973760. Encuentra diversas poblaciones al norte de Balaguer, entre ellas, Alfarràs, una población que le suena familiar porque en algunas ocasiones Jordi la había nombrado. ¿Qué tendría que ver el tal Toni con Jordi? ¿Por qué Vanesa le había preguntado un poco brusca si se

había vuelto a cansar de él? ¿Cuál era la relación entre Vanesa, Isabel y ese Toni? Nagore comprende que la solución se esconde en Alfarràs y, pese a que hace mucho que no conduce, decide llamar a una agencia de alquiler de coches. Justo cuando se dispone a buscar en internet, recuerda que el portátil de Abel se encuentra en su habitación, y en su interior, tal vez, alguna pista de por dónde empezar a buscarlo. Como se temía, el acceso está protegido. Nagore empieza por lo fácil, Abel. Contraseña incorrecta. Luego Jordiyisabel, así, todo junto. Tampoco. Piensa, Nagore, piensa... se repite, antes de recordar la fascinación que Abel sentía por esa montaña de color azul que contemplaba de pequeño: Montserrat... La pantalla parpadea unas décimas de segundo para mostrarle un menú casi sin ventanas: Word, Skype, Internet Explorer, el antivirus de McAfee y nada más.

Tras celebrarlo con un gesto victorioso, Nagore revisa los documentos Word. Todos ellos, sin excepción, guardan relación con lo que trabajan en clase. A continuación se aventura inspeccionando el historial de navegación, pero la búsqueda es igual de infructuosa: visitas a blogs religiosos es lo único que llama la atención de la chica, el resto son visitas a webs de programas de televisión infantiles sin ninguna importancia. Para acabar, Nagore se guarda lo que cree que puede ser el gran tesoro de su investigación: la cuenta Skype, convencida de que si Abel hablaba con alguien por internet ese alguien podría andar detrás de todo. Pero el Skype de Abel también está protegido y en esta ocasión Montserrat no le regala el acceso. El nombre de usuario que usa Abel es extraño, muy extraño, «Hermann IX». Nagore decide repetir eso mismo como contraseña, pero lo único que logra, después de múltiples intentos (Enric, EnricIX, Nagore, NagoreIX, Pingu, PinguIX, Waltdisney), es provocar que se le abra una ventana emergente pidiéndole que introduzca la dirección e-mail usada al darse de alta para recuperar su contraseña. Pero Abel no tiene ni una sola cuenta de correo en ese ordenador, por lo que, sin duda, se contrató desde una cuenta de Jordi o Isabel. Frustrada, da un puñetazo encima de la mesa. Luego abre el navegador y en el motor de búsqueda escribe Hermann IX, lo que la conduce directamente a un enlace de Wikipedia.

Hermann o Arminio (16 o 17 a. C. a 21 d. C.) fue un caudillo querusco, germano de nacimiento pero ciudadano romano. En septiembre del año 9 d. C. aniquiló al ejército romano de Publio

Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo. Después de su victoria, Arminio trató durante varios años de unir permanentemente a las tribus germanas para resistir más efectivamente los embates de las legiones romanas. Pero no tuvo éxito debido a las rivalidades entre los jefes tribales.

También se enfrentó a los romanos en otras batallas, ya que estos buscaban vengarse de la masacre de Teutoburgo.

Arminio (Arminius) es una variante latinizada del nombre germano Armin (Armen). Muy posteriormente, el nombre Hermann («hombre de guerra» o guerrero) fue considerado una traducción del latín Arminius, probablemente por el reformador religioso Martín Lutero, quien quería usarlo como un símbolo de la lucha de los germanos contra Roma.

4

Cuando Nagore por fin logra familiarizarse con el Seat Ibiza rojo que ha alquilado, cuando consigue pasar de cuarta a quinta tres veces consecutivas sin rasconazos como si fuera Fernando Alonso, llega a la población de Alfarràs tras atravesar un puente sobre un río caudaloso. La carretera cruza el pueblo en dirección a Huesca y por las aceras de la calle apenas divisa gente. Es esa hora entre la comida y la siesta cuando todo el mundo desaparece.

En una esquina de la carretera ve un restaurante y a poco más de cien metros, si continúa por la misma calle, un cruce de carreteras presidido por un semáforo que la echará del pueblo. Para evitarlo gira justo al lado del restaurante y aparca en el primer hueco que encuentra libre. Por suerte en el espacio cabría una autocaravana, que después de años sin sentarse al volante eso de estacionar se le hace eterno. Mil maniobras después pisa la calle. Vanesa no es un nombre muy frecuente y seguro que no hay dos en el lugar, se anima. Pregunta a un muchacho, a dos mujeres, y al final entra en un bar.

Unos hombres toman café en la barra, otros juegan a cartas en unas mesas, y una pareja acaba el postre en otra. La camarera retira los platos y les pregunta si tomarán café. Con los platos sucios en una mano y antes de esconderse detrás de la barra, se dirige a ella:

—Dime...

—¿Puedes prepararme un bocata de lo que sea?

La camarera asiente con un gesto, se esconde en la cocina unos segundos para dejar la vajilla y luego se le acerca:

—¿Frío o caliente?

—Frío, tengo algo de prisa... Estoy buscando a una vieja amiga que vive aquí pero no sé dónde...

—¿Jamón, fuet, queso, atún, longaniza...?

—Jamón... Se llama Vanesa, ¿la conoces?

—Hay una Vanesa justo en la calle de al lado, la primera, en dirección a Barcelona, no sé el número de puerta pero puede que sea ella. —Entonces se

dirige a uno de los que juegan a cartas, alzando la voz—: ¡Pep! La Vanesa, la hija de la Carmen, ¿sabes en qué portal vive?

El hombre, sin levantar la mirada de la mano que está jugando, contesta de manera mecánica:

—Es la casa de al lado del taller.

La camarera, que lo recuerda al momento, asiente efusivamente.

—Sí, claro, es al lado de un taller de automóviles, es una planta baja, pero no sé si la encontrarás, no sé si trabaja, no tengo ni idea...

—Muchas gracias. Oye, ¿podrías envolverme el bocata?

—¿No vas a beber nada?

—Me llevaré un botellín pequeño de agua, ¿tienes?

—Sí, claro.

Con el bocadillo bajo el brazo, Nagore dobla la esquina y se dirige al taller, que tiene un rótulo con una llave inglesa de color rojo cruzada con un destornillador negro. Encima de la puerta del garaje, en letras también rojas y negras, se lee: «Talleres Antón.» Nagore sonrío, ha sido fácil, pero de repente se le borra la sonrisa cuando ve a Jordi, que sale de un bar justo enfrente y cruza la calle.

—¡Jordi! —lo llama, interponiéndose en su camino.

Jordi tarda un instante en reaccionar, y cuando lo hace echa un vistazo inquieto alrededor, como para comprobar que nadie la acompaña.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —le espeta.

—La misma pregunta tendría que hacerte yo, ¿no crees?

—Déjame en paz, Nagore...

Jordi intenta avanzar hacia el portal de su casa pero Nagore se interpone como un jugador de básquet defendiendo en zona.

—No, Jordi, no te dejaré en paz; de hecho, voy a llamar a la policía.

En ese preciso instante, al oír voces, Vanesa se asoma.

—¿Qué pasa, Toni? ¿Quién es esa?

Nagore le dirige un gesto contrariado.

—¿Cómo que Toni?

—Nagore, entra y mejor hablamos...

Pero ella, que no se fía, se deshace como puede de la mano con la que él de repente la sujeta y se planta en medio de la calle buscando un espacio de protección.

—¿Qué coño está pasando aquí? —grita.

Una pareja que pasa en ese momento enfrente del taller se para a mirarlos, Jordi les dedica un gesto de que no pasa nada y a continuación, bajando el tono de voz, vuelve a dirigirse a Nagore:

—Yo no me llamo Jordi, ni Isabel, Isabel... De hecho no somos ni pareja, somos actores.

—No entiendo nada...

—Por favor, entra en casa y te lo cuento.

Vanesa los observa sin atreverse a decir nada.

Nagore asiente, no muy convencida, pero decide seguirlos a lo largo de un oscuro pasillo al final del cual se encuentra una salita llena de luz, la cual parece derramarse de un patio interior repleto de flores, plantas, enredaderas y gorriones que vuelan alborotando entre sus ramas.

Toman asiento en un sofá espacioso y mullido que hay frente al aparato de televisión. Vanesa lo apaga con un rápido gesto. Nagore deja el botellín de agua encima de una mesita y mantiene el bocadillo sobre sus piernas.

—¿Cómo que sois actores? —suelta así, sin más.

—Nos contrataron hace muchos años, a Merche y a mí, para que interpretáramos el papel de padres de Abel. Nosotros hacíamos teatro en plan amateur...

—¿Merche es Isabel? —interrumpe Nagore.

Jordi se calla, piensa unos segundos como buscando las palabras ante la escrutadora mirada de Vanesa y por fin habla:

—Sí, Merche es Isabel, pero a los pocos meses lo dejó. Luego llegó Vanesa...

—¿Tú? —le espeta mirándola.

Vanesa dedica un gesto de fastidio a su marido.

—¿Y a ella qué coño le importa todo esto?

Toni, inseguro, no sabe qué decir.

—Merche volvió y Vanesa se tuvo que ir, por eso tú solo conociste a Merche, o sea, a Isabel.

—¿Y quién es Abel?

—No tenemos ni idea. Nosotros únicamente debíamos tratarlo como si fuera nuestro hijo.

—Y ¿cómo puede alguien aceptar un trabajo tan ruin?

—Por lo mismo que tú lo has hecho, Nagore, por lo mismo... Por dinero, por mucho dinero.

Nagore resopla al darse cuenta de que a Toni no le falta la razón.

—Y ¿quién nos ha contratado, para quién trabajamos?

—Eso es otro secreto, como el de la identidad de Abel...

—Pero... ¡Por Dios! ¡Con alguien hablaríais! Alguna persona con rostro e identidad andaría detrás de todo esto.

—Solo tenemos un número de teléfono móvil, nada más.

—No entiendo nada. —Parapetada entre los cojines del sofá, Nagore intenta descifrar la trama—. Y ¿por qué habéis huido? Lo normal era haber llamado a ese número móvil y explicar lo sucedido, no huir, digo yo...

—Hace ya algún tiempo, justo antes de que tú llegaras, cuando vivíamos en Monistrol, se presentó la policía local con la denuncia de que teníamos a un niño encerrado. Isabel les convenció de que era nuestro hijo y que lo único que ocurría era que preferíamos educarlo nosotros mismos, que eso era todo. La policía se marchó convencida, pero cuando llamamos al contacto para explicar lo sucedido nos hizo dejar la casa de inmediato, que huyéramos sin dejar rastro, nos lo ordenó de forma categórica. Desde ese día se nos impusieron dos nuevas normas: la primera, que cuando rondara la policía o lo intuyéramos, que huyéramos. La segunda, que si alguien llegaba a secuestrar a Abel debíamos largarnos de inmediato y sin denunciarlo. La verdad es que nos llegó a amenazar. Nuestro contacto no quería ni oír hablar de la policía. Tiempo después, y tras hablarlo con Vanesa, decidí dejarlo, pero nunca encontraba el momento. La verdad es que tenía miedo, me di cuenta de que éramos cómplices de un asunto muy oscuro, tal vez el secuestro de un niño, y recordé de lo que eran capaces. —Toni se calla súbitamente, como si el anterior comentario le hubiera dejado sin palabras.

—Toni, ¿de qué me estás hablando? ¿Quiénes son ellos?

Vanesa interviene bruscamente:

—Déjalo estar, Nagore, será mejor que te marches...

—No, no me voy a ir, ¿acaso no os importa nada el niño?

—Nagore, tú no sabes lo que le hicieron a Merche... Tú, no lo sabes...

—¡Por Dios! ¡Tenéis que acudir a la policía!

Vanesa y Toni, desde el sofá, hundidos entre sus cojines y casi sin alma, no aciertan a encontrar una respuesta.

—¡Por Dios! —Nagore se desespera—. Abel puede estar en peligro, ¿es que acaso también fingíais que le queríais?

—Se encuentre donde se encuentre —dice Toni con serenidad—, no estará

peor que con nosotros, encerrado y viviendo dentro de una mentira. Quién sabe, tal vez precisamente ahora se encuentre a salvo de gente tan avariciosa como tú o como yo, que por dinero éramos cómplices de su secuestro.

Nagore, que ya tenía a punto el número del subinspector Bussón, observa la nota de papel temblando entre sus manos. Toni tiene razón. Vuelve a guardarse el número del agente y mirándose a los pies declara:

—Por eso mismo hemos de averiguar qué ha pasado con el muchacho. ¿Me vais a ayudar?

Toni y Vanesa se interrogan con la mirada, en sus ojos nace el miedo, un miedo que les horroriza. Toni niega con un gesto.

—Lo siento...

—¿Puedes al menos facilitarme algún dato? ¿El número de teléfono del contacto? O los datos de la empresa que nos paga... —Nagore razona en voz alta—: Claro, en la seguridad social o en la oficina de Hacienda, o no sé dónde, figurará el nombre y apellidos de las personas que se esconden detrás de la empresa que firma nuestra nómina...

—Nagore, investiga lo que quieras pero a nosotros no nos metas en líos. Repito, se encuentre donde se encuentre Abel no estará peor que con nosotros.

Nagore se da cuenta de que no conseguirá nada de ellos, pero no obstante prueba con un nuevo intento.

—En el ordenador de Abel he comprobado que tenía una cuenta de Skype, su nombre de usuario es muy extraño, Hermann IX. Intenté acceder pero desconozco la contraseña. Solo os pido esto. Toni, Vanesa, si conseguimos descubrir con quién hablaba tal vez descubramos quién anda detrás de todo... ¿no os parece?

Toni se levanta apesadumbrado y con un gesto la invita a salir de su casa.

Nagore opta por suplicar.

—Por favor, os lo ruego...

Mientras Toni la acompaña a la puerta, Vanesa se queda en la salita sin levantar la mirada.

—Si cambias de opinión, llámame.

Toni asiente con un gesto forzado, cobarde, y cierra la puerta sin despedirse.

Nagore, que no ha soltado el bocadillo en ningún momento, advierte que se ha dejado el botellín dentro. Piensa en volver a llamar pero se lo replantea. De camino ha visto una fuente. Pasea hacia el coche, desenvuelve el bocata y empieza a pegarle mordiscos. Una vez en la fuente, bebe un largo trago, mira

al cielo como si en las nubes alguien hubiera dibujado la respuesta, y se promete llegar hasta el final.

Monta en el Seat Ibiza, rasca la primera, rasca la segunda, y a empujones, como si se tratara de una chatarra a punto de explotar en lugar de un último modelo, pone rumbo otra vez a Barcelona con un nuevo plan: encontrar, aunque tenga que contratar a un *hacker*, la contraseña de usuario de Hermann IX.

En la ducha, Nagore deja que el chorro a presión le masajee todo el cuerpo. Su piel brilla y una nube de vapor empaña la mampara. Cierra los ojos y suelta un suspiro que suena como si fuera un quejido. La tensión acumulada ha terminado por sobrepasarla. Demasiadas cosas para un solo día, piensa. Con la intención de acercarse a Monistrol a la mañana siguiente, ha llamado a la agencia de alquiler para prolongar el contrato del Ibiza unos días más. Sabe que lo va a necesitar. Sale de la ducha desnuda, empapando el suelo. Escurre su cabello en el lavamanos y se envuelve con una toalla, anudándola sobre sus exuberantes pechos. Un chorrito de agua como un río enano se larga por el desagüe. Se peina y se pasa el secador de mano, se detiene en un enredo, hace un gesto de dolor, se aplica crema suavizante y se cepilla de nuevo. Mientras, como todo es tan mecánico no puede dejar de pensar en Abel, y en Toni, y en Isabel, se llame como se llame. Un escalofrío la recorre al darse cuenta de que va a pasar la noche, la primera noche después de lo ocurrido, sola en esa casa. De repente la invade el terror y la necesidad de compartir con el subinspector Bussón todo lo que ha descubierto, pero ¿cómo va a lograr que la crea si la trata como a una chiflada? Para tranquilizarse, se dice que quienes entraron la pasada noche ya se llevaron lo que buscaban, y que por tanto ya no tienen motivos para volver. Solo una noche, solo una, se repite. Cuando vuelva de Monistrol se buscará algo, un cuartel general desde donde dirigir toda la operación. Nagore no piensa abandonar a Abel cueste lo que cueste.

Delante del espejo se sacude la melena y sus cabellos vuelan como el baile de una medusa por el mar. Nagore sonríe, se sabe bella. Camina hacia su cuarto y observa que tiene la cama por hacer y desempotrada del armario. Esa es otra de las cosas que hoy se han salido de su rutina. Se pone el pijama, pasa por la habitación de Abel, coge su portátil y se echa encima del sofá.

Cuando venía por la carretera de regreso, le asaltó la idea de investigar las páginas y blogs de temática religiosa que había encontrado en el historial de navegación. Podría ser una buena pista, incluso podría encontrar que hubiera

escrito algún comentario, alguna interacción con otro usuario, quién sabe, como mínimo es algo por donde empezar.

Abre el portátil, introduce la contraseña, clicas en el enlace de Internet Explorer y desde allí accedes al historial de navegación. Extrañada, advierte de repente que está vacío. Qué raro. No lo comprende, seguro que se trata de algún error al cargarse el programa. Nagore usa esa herramienta que nunca falla en el mundo de la informática, eso de reiniciar. Vuelve a introducir la contraseña, espera a que se cargue de nuevo y vuelve a repetir la maniobra con idéntico resultado. El historial de navegación está vacío. Alguien lo ha borrado. Sobresaltada, mira a su alrededor e intuye unas sombras que la acechan.

—¿Hay alguien ahí?

Nagore va hasta la cocina y empuña un cuchillo que tiembla en sus manos. A pesar del miedo que siente, se obliga a escudriñar la casa habitación por habitación. Sus jadeos la traicionan. No lo puede evitar. Mira debajo de las camas, por los armarios, detrás de las puertas, en el balcón... Cuando se convence de que está sola deja el cuchillo encima de la mesa del comedor, a su alcance por si acaso, y vuelve a revisar el ordenador de Abel aún tiritando. El salvapantallas emite una explosión de luces, unas bolitas multicolor que se reproducen hasta que la pantalla no las puede contener como rebotando por los cuatro costados. Luego explotan y desaparecen para volver a crecer unos segundos después. Nagore las borra pasando el dedo por el ratón táctil y advierte algo en el escritorio del ordenador que no le cuadra. Algo que le resulta extraño. Pronto se da cuenta. El enlace de Skype ha desaparecido. Vuelve a sentir ese mismo escalofrío y el presentimiento de que no está sola, de que la vigilan. Alguien ha manipulado el ordenador en su ausencia, pero ¿quién? Mira en la papelera de reciclaje pero lógicamente está vacía. Luego intenta en vano encontrar el programa entre el *software*. No está. Nagore siente que se ahoga. Se levanta del sofá y anda como sonámbula hacia su habitación. Esas cuatro paredes, ese diminuto espacio, que de no plegarse la cama en el armario no se podría ni respirar, también la ahoga, todo la ahoga... La desaparición de Abel, la burla de la policía que la trata como a una loca, la visita a Alfarràs, la manipulación del portátil del muchacho... Nagore necesita aire, pero dentro de esas paredes le será imposible volver a respirar nunca más. Por eso prepara su equipaje como si fuera un animal salvaje que presiente la tragedia. Baja las escaleras a toda velocidad, anda casi corriendo

hacia el paseo marítimo donde ha conseguido aparcar, deja su maleta en el portaequipajes, la chaqueta, el abrigo de invierno, el bolso y su portátil encima de los asientos de atrás, configura el GPS rumbo a Monistrol, hace girar la llave, arranca el motor, embraga, rasca al poner primera, rasca al pasar a segunda y sale zumbando con el diablo en los talones.

6

Ha pasado la noche en un pequeño hotel llamado La Barca, a la entrada de Monistrol y justo delante del cruce de la carretera de Montserrat. La noche, llena de sombras, no la ha dejado descansar. Solo muy de vez en cuando y siempre en estado de duermevela, ese de estar y no estar, ha dado algún achuchón al tiempo para que se acercara a la salida del sol.

Por la noche había tomado un plato combinado en la barra mientras coqueteaba con un joven camarero para sonsacarle información. El chico le había jurado que preguntaría a su madre, que era de esas del pueblo de toda la vida y que si el tal Enric profesor de primaria vivía en Monistrol que diera por hecho que lo encontraría.

Nagore baja a desayunar esperanzada y busca al chico entre el personal del bufé, pero en la sala no lo encuentra a primera vista. Se sorprende de la cantidad de turistas extranjeros que se encuentran en el lugar, seguramente para visitar el monasterio. Ataviados con las más dispares vestimentas, desde los que van de explorador, pasando por los que van de deportista, hasta los de toda la vida con pantalones cortos, camisas a rayas, calcetines y sandalias, todos comparten un rasgo común: los copiosos platos que se sirven, reserva de calorías como si tuvieran que cruzar desiertos. Nagore, para no ser menos, y porque eso del *self-service* siempre le ha despertado las ansias de acumular, se sirve unos embutidos, dos cucharadas soperas de huevos revueltos con ajo y perejil, cuatro lonchas de beicon que aún chispean y dos rebanadas de pan. De reojo controla unos pastelitos de chocolate para después.

—Buenos días, Nagore.

Nagore, que entre tanto ajeteo de turistas yendo y viniendo de sus respectivas mesas al bufé no ha advertido los pasos que se le aproximaban, se gira con un sobresalto. El joven camarero con una sonrisa y un trozo de papel en la mano se abalanza hacia ella para cobrarse la recompensa con dos sonoros besos.

—Buenos días —responde sonriéndole y sin conseguir disimular el poder

hipnótico que le provoca ese trozo de papel.

—Toma, te dije que lo dieras por hecho. Su dirección y teléfono. Es aquí al lado. ¿Vas en coche?

—Sí, claro.

—Arranca dirección Manresa y nada, a doscientos metros, dejando el puente de Castellbell a tu derecha, verás un parque infantil y una zona de p arking al otro lado. Aparcas y junto a una casa de muebles verás una calle estrecha, la calle del Pont, que entra hacia el pueblo, la segunda casa, una con la fachada roja, ahí es.

Nagore se guarda la nota con la dirección, vuelve a sonreírle, y el joven camarero al darse cuenta de que la jefa le vigila, le guiña un ojo y se larga.

—Bueno, voy un rato a la barra o me van a echar... Nos vemos luego,  okey?

—De acuerdo.

Nagore observa cómo sale de la sala, cómo se le acerca una mujer con pinta de mandona que le recrimina algo, cómo él se excusa señalando hacia ella, y cómo la señora se gira para mirarla, resopla y se marcha.

Nagore sonríe y da buena cuenta del plato, sintiéndose más animada. Aunque es demasiado temprano para llamar a la puerta de un desconocido, esa también es la manera para pillar a alguien en su casa una mañana de domingo. El motivo lo vale y Enric, si es que es el mismo Enric al que ella había sustituido, seguro que se lo iba a perdonar. Entonces Nagore cambia de idea, pensando que lo más sensato es llamar primero. S , es lo mejor, se convence.

Camina hacia el *hall* en busca de un poco de calma y marca el número que le ha dado el joven camarero, del que no sabe ni su nombre. Es de un teléfono fijo. Suenan seis tonos, señal de que estarán aún en la cama, y decide colgar. Reflexiona que no es buena manera de presentarse. Por eso decide acercarse paseando, buscar la casa y montar guardia hasta que sea una hora más decente para llamar. Pero justo al cruzar la puerta de salida del hostel, Enric le devuelve la llamada.

Nagore mira la pantalla, reconoce el número y se da ánimos para contestar convencida de que le ha sacado de la cama y que se tendr  que disculpar.

— S ?

—Buenos días...  qu n eres?

—Perdona que te llame a estas horas de domingo, te habrá despertado, lo siento...

—No pasa nada, iba a salir a correr, pero...  qu n eres?

—Verás, no me conoces, me llamo Nagore, llegué anoche de Barcelona para verte, es complicado, estoy aquí mismo, en La Barca, ¿podemos vernos?

—¿Vernos? Pero ¿qué quieres?

—Soy la profesora de Abel, ¿te acuerdas de Abel?

Enric no responde y Nagore cree que se ha cortado.

—¿Enric?

—Sí, sí... Estoy aquí. De eso hace mucho tiempo... Y ¿dices que eres su profesora?

—¿Podemos vernos en persona?

—¿Ahora?

—Por favor, es muy importante.

Enric vuelve a tomarse unos segundos antes de responder, durante los cuales Nagore vuelve a temer que ha perdido la conexión. Finalmente se decide.

—¿Estás en La Barca, dices?

Nagore asiente.

—Cinco minutos —añade él.

—Okey, te espero en el *hall*.

Diez minutos después, que no cinco, un hombre de unos treinta y pocos entra por la puerta del hostel buscando despistado entre miradas. Se cruza con la de Nagore, que le sonrío sentada en un sofá, y se acerca a ella devolviéndole la sonrisa. Nagore respira tranquila al advertir su afable rostro. Si Enric se ha enfadado al menos lo disimula bien. Se levanta para recibirle, se dan dos besos, y luego le invita a sentarse a su lado.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

Enric mira hacia la barra como pensándose, y el joven camarero se acerca.

—Tomaré un cortado —dice.

Nagore toma la iniciativa para que quede claro que paga ella.

—Dos cortados, plis, y los cargas en mi habitación.

Enric no rechista. En lugar de eso ataca el motivo de su encuentro sin más dilación:

—¿Cómo está Abel? ¿Le ha pasado algo?

—No sé por dónde empezar...

—O sea que sí, que le ha pasado algo.

—Ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Ayer por la noche alguien entró en casa y se lo llevó...

—No sé por qué pero siempre he temido que le pasaría algo, sus padres, no sé... Todo era muy extraño.

—Enric, Abel me habló de ti, por eso he venido a verte.

Enric no consigue disimular que eso le alaga y una sonrisa espontánea se dibuja en su rostro.

—Lo tenían encerrado, sobreprotegido... —explica él—. Primero llegué a creer que habían vivido alguna experiencia traumática antes, qué sé yo, la muerte de otro hijo, algo así que justificara su comportamiento, pero de eso no se podía hablar. No sé tú qué tratos tenías con ellos, pero a mí me prohibían preguntar, me jugaba el despido...

—Más o menos igual...

—Cuando vino la urbana con la denuncia de que tenían a un niño encerrado y les amenazaron con mandar a la asistente social desaparecieron sin dejar rastro. A mí, ni me llamaron... No he vuelto a saber nada más hasta hoy.

—¿Conociste a Merche o a Vanesa?

—¿A quién?

—Las dos primeras mujeres que hicieron el papel de Isabel.

—No entiendo lo que me estás diciendo...

—Jordi e Isabel no son los padres de Abel, alguien les contrató, la misma persona que nos contrató a ti y a mí... Merche fue la primera y última madre de Abel, Vanesa entre medio; ambas interpretaban a Isabel. La cuestión es si durante el tiempo que le diste clases siempre fue la misma Isabel...

—Sí, sí, claro...

—Una mujer de mediana estatura, con las piernas gruesas, pechugona y una preciosa melena pelirroja...

—Ajá, sí... Pero, a ver, es que no entiendo nada...

—Enric, necesito saber quién está detrás de todo esto... ¿tú sabes quién te contrató?

—¿Y la policía?

Nagore niega con un gesto, suspira y observa al joven camarero que se acerca con los cortados; los distribuye ella misma encima de la mesita delante del sofá, se echa el azúcar y remueve ruidosamente. Cuando el camarero vuelve a la barra, prosigue:

—La policía me toma por loca, no se creen nada, nadie ha denunciado la

desaparición de ningún niño, Abel es como si no existiera, no sabemos ni sus apellidos, ni quiénes son sus padres verdaderos. Para la policía no soy más que una chalada que se inventa las cosas.

—Pero ahora es diferente, yo puedo testificar. Además está la denuncia en la policía local de Monistrol, nos tendrán que creer...

—Ayer estuve con Jordi y su mujer real, me contaron cosas...

—Te escucho.

—Tienen miedo, mucho miedo. ¿Recuerdas que te he preguntado si conociste a la primera Isabel, a Merche?

Enric asiente.

—Al parecer le pasó algo, algo horrible que le hicieron ellos, no sé el qué ni el porqué, tal vez por atreverse a dejarlos durante un tiempo, no lo sé...

Enric se la queda mirando horrorizado.

—Pero ¿qué me estás contando? Yo acabo de ser padre, ¿estoy en peligro? No entiendo nada, llamaré a Marcos, él me metió en esto...

—¿Marcos? ¿Quién es Marcos?

—El escritor, ¿sabes? Marcos Clos...

—¿Marcos Clos? ¿El de *El Informe Ahnenerbe*?

—Gracias a él me ofrecieron el trabajo.

—¿Marcos Clos es quien nos ha contratado?

—No, no... Pero él debe de conocerlo. Un amigo suyo buscaba una educación especial para un matrimonio que no quería llevar a su hijo a la escuela; él me dio el teléfono para que llamara a Jordi. Marcos seguro que conoce a quien nos contrató. Voy a ver si se encuentra en casa y podemos ir a verlo, vive aquí mismo, cerca del cremallera que sube a Montserrat. Pero antes hemos de decidir si llamamos a la policía, ¿no?

—Esperemos a ver qué nos dice Clos, ¿okey?

Enric asiente con un gesto prolongado; saca su móvil del bolsillo delantero de los tejanos y lo llama. Cuando contesta y se ponen a hablar, Nagore se da cuenta de que se tratan cordialmente, que son colegas.

—Hola, cabrón... ¿Síii?... No, no, luego... Oye, Marcos, deja que te explique... Marcos, escucha, ha pasado algo, hemos de hablar... No, no, Judit está bien y la niña también... ¿Te acuerdas de ese niño al que me recomendaste para darle clases privadas?... Sí, hace mucho tiempo... Oye, mira, ¿estás en casa?... Y ¿cuándo vuelves?... ¿El martes?... Sí, es muy importante... Tengo aquí a mi lado a una chica que es su actual profesora... Sí, ha pasado algo...

Oye, ¿tú tienes idea de quién me contrató?... No, no, sus padres no, la persona que te contactó... Mira, mejor conecto el altavoz y te la paso... Nagore, se llama Nagore... Hasta pronto y vigila con las gabachas.

—Toma —Enric le pasa el móvil—, mejor se lo cuentas tú, está en París, no vuelve hasta el martes...

—¿Hola, señor Clos?

—De señor poco...

Nagore no tiene ganas de reírle las gracias.

—No sé exactamente lo que te ha contado Enric... —dice Marcos Clos al teléfono. Enric, que escucha perfectamente la conversación por el altavoz, le hace un gesto con las manos a Nagore como diciendo que muy poco—. Que le ha pasado algo al niño ese... ¿cómo se llamaba? Solo sé que andas buscando a la persona que recomendó a Enric, aunque no sé muy bien por qué...

De repente, Nagore intuye que el escritor podría ser el jefe de todo, esa mano que aprieta y que tanto temen Jordi e Isabel. Por eso prefiere mostrarse cauta.

—¿Podríamos vernos en persona?

—No tengo ningún inconveniente, pero hasta el martes no vuelvo, me encuentro en París...

—Sí, lo sé... Me esperaré...

—Pero, dime, ¿qué pasa con el niño? ¿Le ha ocurrido algo?

—Se lo contaré el martes si le parece bien.

—Perdona, pero no sé nada de ti... ¿Cuál es tu relación con el niño?

—Soy su profesora, pero eso ya se lo ha dicho Enric.

—Ah, sí, es verdad... Perdona, es que soy un poco despistado. Pero permíteme que insista, no puedes dejarme con el misterio hasta el martes... ¿qué ocurre? ¿Por qué me quieres ver?

—Lo hablamos el martes, ¿de acuerdo?

—Veo que no te voy a sacar de aquí... ¡Mujeres y sus manías! Y por favor, háganme de tú, jolín.

Nagore suspira, el tono de voz de Marcos parece franco y simpático, además es un escritor de moda de esos que siempre salen por la tele y con Enric, que parece muy campechano, se tratan de tú a tú como camaradas. Una vocecilla interior le dice que puede confiar en él y que todo lo que le ha contado ya a Enric es como si se lo hubiera contado a él.

—Oye, Marcos, lo que pasa es que el niño ha desaparecido.

—¿Qué?
—Eso, que alguien se lo ha llevado.
—¿Un secuestro?
—No sé si llamarlo así...
—¿Cómo? No entiendo nada.
—La policía no investiga porque en teoría el muchacho no existe, nadie conoce su identidad, ni a sus padres, no hay denuncia...
—¿Cómo que no!
—Marcos, el matrimonio que vivía con él no eran sus auténticos padres, ni eran matrimonio, eran actores contratados por la misma persona que nos contrató a Enric y a mí.
—Nagore... ¿Me estás gastando una broma?
—¿Te parece que bromeo? Estoy destrozada, Marcos, Abel ha desaparecido y parece ser que solo tú puedes ayudarnos... ¿Conoces la identidad real del muchacho y a sus padres legítimos?
—Hace mucho tiempo de eso, un montón, casi que ya ni me acordaba... Una persona a la que conocí temporalmente me pidió si sabía de alguien que pudiera dar clases privadas a un niño de cuatro años, que tenía un amigo que se lo había pedido y que, precisamente, se iban a trasladar a Monistrol, a mi pueblo, en busca de mayor relax y tranquilidad. Eso es todo.
—¿Y quién es ese hombre?
—Se llama Santiago, es chófer.
—¿Chófer?
—Sí, chófer.
—¿Y dónde puedo encontrarle?
—No tengo ni idea, perdí el contacto, trabajó para un amigo mío durante una temporada y cuando se despidió ya no volví a saber nada más.
—¿Y tu amigo no lo podría encontrar?
—Puede. Pero oye, mejor nos esperamos al martes y lo investigamos juntos, ¿te parece? Ahora tengo una serie de conferencias y entrevistas...
—Marcos, ha desaparecido un niño, cada segundo que pasa es oro.
—¿Y la policía?
—Ya te he dicho que si no identificamos al niño no lo pueden buscar. ¡No existe! ¡La policía de hecho es que ni me cree!
—Lo siento, Nagore, lo único que puedo hacer cuando tenga un momento es llamar al ex jefe de Santiago a ver si sabe de él... ¿te parece?

—Eso sería genial.

—Mira, no tengo más tiempo, que Enric me pase tu contacto por *whatsapp* y si le localizo te llamo, ¿te parece?

—Muchas gracias, Marcos. Y eso, ¿el martes cómo quedamos?

—Tengo que ir al monasterio... ¿Nos encontramos en la plaza sobre las diez?

—¿El monasterio? ¿La plaza?

—No me dirás que no conoces Montserrat...

—Lo siento, nunca he tenido la oportunidad.

—No te preocupes, Enric te lo explica, yo tengo que colgar ya...

—Lo haré...

—Adiós, Nagore, adiós, Enric...

—*Ciao...*

—Adiós, crack —pronuncia Enric elevando el tono de voz, casi gritando.

Le devuelve el teléfono a Enric, que suspira y se lo guarda; se parapeta en el sofá y vuelve a suspirar.

—¿Qué hacemos? Llamamos a los *mossos*, ¿no?

Nagore asiente, saca su móvil y busca entre las llamadas recientes el teléfono del cuartel. Responden de inmediato, pero el subinspector Bussón no se encuentra de servicio. Le preguntan de qué se trata, si es urgente, y Nagore responde que no, que simplemente le avisen y que cuando pueda que la llame. Les recuerda su número, espera a que se lo apunten, se despide y cuelga.

—¿Y yo ahora qué voy a hacer hasta el martes?

—Puedes visitar Montserrat, leer, hacer alguna excursión... ¿Te has leído la novela de Marcos?

—¿*El Informe Ahnenerbe*? No, la verdad, los best sellers no me van, esas novelas que están en boca de todos y que te machacan y te machacan hasta que las compras no son de mi estilo.

—Tendrías que darle una oportunidad, te sorprendería.

—Quizá tengas razón, pero de todas maneras hoy es domingo y no voy a encontrar ninguna librería.

—Eso no es ningún problema. —Enric sonríe—. Espera.

Nagore fija su mirada en su espalda mientras sale a la calle; se lo ve un tío atlético, que eso de que iba a salir a correr no era un farol sino un hábito. Lástima que esté casado, piensa. Además es simpático, como su amigo el escritor al que solo conoce a través de una extraña conversación telefónica pero que la ha dejado con buen sabor de boca. Sí, desea saber qué escribe el

ilustrísimo Marcos Clos que se lo encuentra hasta en la sopa, y como parece obvio que su libro es lo que Enric ha ido a buscar, Nagore se relaja pensando que ha encontrado algo con lo que pasar el tiempo.

SEGUNDA PARTE

EL INFORME AHNENERBE



Marcos Clos

I

En un rincón de una pequeña librería en el barrio de Horta, en Barcelona, en un espacio esquinado y sin luz, estaba todo a punto para acoger la presentación de *Leyendas de Montserrat*, el último libro del desconocidísimo autor Emilio Bellido. Dicho espacio estaba situado en un segundo nivel del local. Para llegar a él, los invitados bajaban a través de un único peldaño situado al final de la pared de enfrente del mostrador, donde una estantería de doce pisos almacenaba las obras de los autores de la M hasta la O, como en una especie de sacrificio obituario. Por la izquierda se accedía a la sala, rincón, o apaño, donde Emilio se disponía a iniciar su presentación detrás de una mesa parecida a las de las terrazas de verano. Tenía a una mujer inquieta sentada a su izquierda, y a un delgado señor, de piel casi traslúcida, a su derecha. Delante de ellos, una docena de personas distribuidas en sillas de madera de esas de los cines al aire libre, de quita y pon, formaban el público entre familiares y amigos, o sea, su séquito habitual. Había tomado la palabra la mujer inquieta que lo estaba por eso de los nervios de hablar en público, en nombre de la librería Vitrell, cuando el ruido de algún objeto pesado la interrumpió, y todos se giraron a ver. Un joven de baja estatura cargado de hombros, casi sin cuello y cabeza rapada, maniobraba con cuidado una estrafalaria silla de ruedas que parecía que, solo con tocar un botón, pudiera salir volando. La mujer que daba la bienvenida se puso en pie y un par de jóvenes, ágiles y prestos, se ofrecieron al instante a ayudar a la extraña pareja que acababa de llegar, que no resultaba extraña tanto por tratarse de un minusválido con su acompañante, sino porque a las presentaciones de Emilio, como se solía decir, no iba ni Dios.

Una vez se calmó todo el alboroto, los recién llegados se colocaron en la última fila como para no molestar. Emilio miró fijamente al ocupante de la silla de ruedas y al instante pudo adivinar que era alguien extranjero que, sin duda, se había equivocado de lugar. Pensaba todo eso con las palabras de fondo, primero de la mujer inquieta dando la bienvenida, después del hombre

de la piel traslúcida que en nombre de Publicaciones de la Abadía de Montserrat daba las gracias al autor por su exhaustivo trabajo. El minusválido, de mejillas coloreadas y rellenas, pelo pincho de ese color de trámite entre el rubio de bote y las canas, grande y gordo como una marmota gigante, sostenía entre sus manos, lanzándole furtivos vistazos, su libro, su nuevo libro de leyendas de Montserrat. Mirándolo, Emilio se quedó como dormitando, en Babia, hasta que el hombre de la piel traslúcida le dio un codazo para advertirle que después de la ráfaga de aplausos que le acababan de dedicar esa docena de congregados, su turno había llegado. Fijó sus ojos, jugando con la mirada de sus amigos, tíos, padres y sobrinos, y optó por el modelo fácil de ronda de agradecimientos, inspiración, escritura y trámites, cuatro anécdotas de esas que arrancan cuatro carcajadas y, media hora después, volvió a ceder la palabra a esa señora, ya más tranquila, para que ofreciera el punto final que todos más esperaban: el ágape, que tratándose de una obra suya y de una editorial digamos de andar por casa, se resumía en unas bandejas de patatas chips, cacahuets, frutos secos, zumos, refrescos y un par de botellas de cava de las que habían debido de sobrar de la última presentación decente. Las presentaciones de los libros sobre leyendas de Montserrat de Bellido eran como esos combates de boxeo de trastienda: cutres, fríos y enmarañados. Bellido, mientras tanto, oyendo como de lejos a la señora que animaba a la parroquia a adquirir un ejemplar para que él lo firmara, se fijó en el joven de cabeza rapada que no podía estarse quieto sometido a todo un repertorio de tics. Cuando todos volvieron a aplaudir y se disgregó el rebaño, el joven maniobró la silla para que el inválido fuera el primero en conseguir su autógrafo.

Pep y Rosa, unos antiguos colegas de universidad, se le acercaron dando saltitos con su libro en alto, como un trofeo, pararon de repente y se hicieron a un lado por eso que tiene el ser humano de mostrarse deferente con el que no puede andar. Al rato se formó una ordenada cola que más bien parecía un rabo. Delante de todo, o sea, del rabo, la cara del hombre minusválido quedó a una altura de la mesa como si fuera un niño de seis años. Su ayudante se retiró un paso atrás de manera cortés, saludó con un gesto, se tiró del cuello de su camiseta un par de veces como si le apretara, miró a su alrededor y desconectó.

—¿Sería usted tan amable?

El hombre, que parecía un enano al otro lado de la mesa, pronunció en un

correcto castellano palabras amartilladas en acento alemán, palabras que, aunque hubieran compuesto un bello poema de amor, sonarían a enfado, a amenaza, a un «te voy a partir la cara» más que a una cortés presentación. Bellido sonrió por partida doble. Primero, porque era la primera vez que un completo desconocido le pedía una dedicatoria. Segundo, porque solo con su aspecto ya había adivinado su procedencia alemana. Bellido tomó el ejemplar de sus manos levantando un poco el trasero y le sonrió.

—Habla usted un perfecto castellano, ¿de dónde es?

—Me llamo Klaus Tötler, instalado aquí en Barcelona por tres meses, he venido de Köln, muy interesada en su montaña mágica...

—Montserrat ha enamorado a muchos de los suyos, como Goethe.

—¿Conoce obra Goethe?

—¿Y quién no? —mintió, jamás en su vida había leído nada del famoso poeta alemán excepto la obra que Octavi Piulats le dedicó: *Goethe y Montserrat*.

Entonces Tötler miró a su alrededor y se dio cuenta de que acaparaba al protagonista del acto.

—Perdón, yo interrumpiendo, pero gustar mucho hablar con usted, ¿puedo comer juntos? Yo le invito, deseo mucho hablar con usted, yo vengo de Alemania para hablar con usted.

Bellido rubricó su firma después de la frase habitual de dedicatoria casi como un garabato. Levantó la mirada, sospechando ser víctima de una broma, le devolvió su ejemplar de leyendas de Montserrat firmado y contestó azorado:

—No puede ser que nadie venga desde Alemania a conocerme, no soy tan importante. —Se arrepintió de sus palabras al instante. ¿Cómo pudo decir «no soy tan importante»?

—Vamos a cenar y se lo explico, ¿está bien?

—¿Ahora?

—Bien, cuando acabe de firmar los libros, ¿puede ser?

Bellido buscó con su mirada al joven cabeza rapada, a ver qué decía él, pero seguía tirándose del cuello de su camiseta sin atender a nada. Bellido se había comprometido a ir a cenar con su madre y sus hermanos, era el trato, convocar a cuanta más peña mejor a cambio de una cena. Sin embargo, la situación era lo suficiente estafalaria y extraordinaria para justificar un cambio.

—Sí, claro, cómo no... Será un honor. Vayan a tomar algo y cuando acabe nos vamos.

El alemán dedicó un gesto al joven para capturarlo de sus mundos imaginarios, donde fuera que estuviese; este reaccionó y estrechó la mano de Bellido con un escueto «soy Javier», en el que dejaba claro su pasaporte español, y maniobrando se volvió a enfrentar a ese maldito peldaño que separaba los dos espacios. Las chips con cava estaban en el de arriba. De repente, su libro dejó de tener importancia para nadie, los unos rompieron la cola para ayudar al cabeza rapada a superar el obstáculo y los otros, olvidando momentáneamente su empeño por conseguir la dedicatoria, se giraron para contemplar la escena.

II

Tötler en su silla de ruedas, su asistente y el escritor, se dirigieron a una brasería justo a la esquina de la librería. Bellido, al entrar, entendió al instante el porqué de esa seguridad en sí mismo que emanaba del alemán. Una espaciosa mesa, previamente reservada, los esperaba en un rincón del amplio salón. Era un espacio de esos que solo usaban cuando el local estaba a reventar, lo cual no era el caso. Más bien todo lo contrario. Los camareros, para atenderlos, tenían que describir un amplio semicírculo dejando atrás un montón de mesas vacías. Toda una molestia para ellos. Sin duda, Tötler era un cliente exigente.

El *maître* los precedió hasta la mesa.

—Su mesa, tal como pidió. Aquí nadie les va a molestar.

El alemán de la silla de ruedas correspondió con un gesto que aunque parecía amable resultó tosco. Javier ni se inmutó, y a Bellido le urgió, de repente, recuperar esas buenas formas latinas.

—Muchas gracias, sí, es una mesa excelente.

Cuando tomaron asiento, Bellido preguntó aquello que le había pasado por la cabeza nada más entrar en el restaurante.

—¿Cómo estaba tan seguro de que aceptaría la invitación?

—Bueno, no estaba. Pero igual Javier y yo teníamos que cenar, ¿no cree?

—Espacio no les hubiera faltado...

Su comentario apenas sacó un esbozo de sonrisa al alemán, y nada al joven, que estaba distraído ojeando la carta.

Transcurrieron los primeros compases de la cena, con un pica pica sugerido por el chef antes de pasar a los segundos platos, como esos primeros asaltos de tanteo que a Bellido le sonaron a interrogatorio. Si estaba casado, si tenía novia, que cómo se ganaba la vida, que dónde vivía...

—Parece usted de la Gestapo.

El comentario, que se arrepintió al instante de haber pronunciado, sirvió para que por fin sonara algo parecido a una carcajada en la voz del alemán.

Bellido suspiró al comprobar que su broma había sido bien aceptada.

—Me ha descubierto...

Al llegar los segundos platos, unos chuletones de buey que se acababan de cocer encima de una piedra al rojo vivo y que perfumaban con el aroma de la grasa vacuna el local, Tötler fue por fin al grano:

—Se estará preguntando por qué le he llevado aquí, ¿verdad?

—Me lo estoy preguntando desde que lo vi llegar a la presentación. Pensaba que se trataba de un error, que se había equivocado de lugar...

—No, no, no... Todo contrario, mucho trabajo hasta encontrar usted.

Bellido abrió los brazos con un gesto de aprobación, mientras Javier, diligente, iba llenando las copas con el Viña Pomal con el que regaban las carnes.

—Usted antes no muy equivocado... —Tötler hizo una pausa y Bellido aprovechó para dar un sorbo al rioja—. Eso de la Gestapo, no asuste, no ser Gestapo pero algo de relación...

—Me tiene, la verdad, cada vez más intrigado...

—Usted persona más enten... ¿Cómo se dice, Javier? ¿Persona más entendado...?

Javier, a petición de su jefe, abrió la boca por primera vez:

—Entendida.

—Usted persona más entendida de Montserrat del mundo.

Bellido se ruborizó.

—¡Por Dios, ya lo quisiera!

—Yo he investigado mucho y sí, usted más entendida del mundo. No se disculpe.

—La montaña me apasiona, su entorno, sus voces, su fuerza, eso es todo. No podría vivir lejos de Montserrat, me faltaría el aire.

—Españoles gente con mucho sangre, pasión. —Volvió a esbozar una sonrisa—. Me gusto, me gusto mucho.

A Javier se le escapó una sonrisilla por el mal castellano de su patrón, que Bellido compartió. El alemán, que lo controlaba todo, lo advirtió.

—¿He dicho algo malo?

—No, que no es «me gusto» sino «me gusta» —aclaró Javier—. Al decir me gusto nos está diciendo que se gusta usted mismo...

—Ah, entiendo...

—¿Que decía de la Gestapo?

—Sí, tiene razón. ¿Cómo dicen aquí? Nos vamos al grano, ¿verdad?

Bellido, que estaba masticando un sabroso pedazo de carne, asintió.

—Usted sabe que el 23 de octubre del 1940, Heinrich Himmler, jefe de las SS, estuvo en Montserrat, supongo.

—Algo así no podría pasar inadvertido, claro.

—Bueno, sabe que Himmler pertenecía también a la Ahnenerbe...

—¿Cómo?

—*Ahnenerbe* significa «herencia de los ancestros», era una sociedad dedicada al estudio e investigación científica y antropológica con el objetivo de divulgar la verdadera Historia del hombre. La sociedad estaba presidida por Heinrich Himmler, Walter Wüst y Wolfram von Sievers. Himmler por eso viajó hasta Montserrat, para escribir Historia, buscando ayuda que monjes negaron.

—Se escribió que Himmler vino a Montserrat por el ridículo motivo de buscar el Santo Grial.

—Usted piensa que es ridículo, yo entiendo, pero espere porque usted seguro no acabar pensando igual...

—El Santo Grial no existe, es solo una leyenda, señor Tötler.

Tötler, después de acabar con el resto de su chuletón, saboreó intensamente, con cierto protocolo, el contenido de su copa. Observó el rojo líquido, levantándola a contraluz, y prosiguió de manera solemne.

—Himmler llevaba una cartera con importante documentación en Barcelona. Esa documentación, sin más copia, era el Informe Ahnenerbe con su conclusión. Bueno, usted no sabe cartera Himmler robada en hotel Ritz, lo que provocó gran problema diplomático entre Franco y Hitler...

—Sí, lo del robo de la cartera de Himmler también lo conocía. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Vámonos al grano, señor Bellido. Yo tener la cartera de Himmler, yo tener el Informe Ahnenerbe.

—¿Cómo es posible?

—No importa, lo que es importante es que yo tener el Informe Ahnenerbe que llevó a Himmler hasta Montserrat... ¿interesante?

—¿Ha comprobado la autenticidad?

—No tener duda de su autenticidad.

—La duda siempre existe cuando hablamos de documentos históricos, señor Tötler.

—Es auténtico, señor Bellido; el informe está escrito en alemán con información encriptada en rúnico moderno...

—¿Rúnico?

—¿No conoce alfabeto rúnico?

—Sí, claro, pero...

—Alfabeto rúnico muy usado en sociedad Thule... ¿sabe qué es sociedad Thule?

—El origen del nazismo, ¿verdad?

—No, la sociedad Thule era una logia germana influenciada por los Golden Dawn, una logia francmasona de origen británico iniciática en las ciencias ocultas, el esoterismo y la magia, que ya existía antes de lo que propiamente se conoce como el nazismo. Se realizaban rituales ocultistas y esotéricos y en ellos participaba un joven Adolf Hitler que pronto destacó por su gran oratoria y liderazgo. La sociedad Thule creía en el origen de la raza aria en el continente desaparecido de la Atlántida y en el emisario del reino de la luz: un ser divino, alto, rubio, ojos azules, que Dios enviar para reinar el hombre hasta el reino de la luz. Bueno, los documentos secretos se transcribían en runa. Si sabemos que la Ahnenerbe es una continuación de Thule de la mano de Hitler, el alfabeto rúnico demuestra que el Informe Ahnenerbe es real.

—Podría ser...

—No podría, señor Bellido, es real. La cartera es la cartera de Himmler y papeles dentro, auténtico Informe Ahnenerbe.

—Y ¿yo qué tengo que ver con todo esto?

—Sí, vámonos al grano... El Informe Ahnenerbe, gracias a los documentos encontrados tras muchos años investigando, excavaciones y otros medios, concluye que el Santo Grial se esconde en Montserrat. Yo lo que quiero es novelar el informe y por eso necesito escritor aquí, en montaña.

—Si lo entiendo bien, ¿me está proponiendo que escriba su novela?

—Exacto.

—Y ¿quién la firmaría?

—Oh, no... usted, por supuesto...

—¿Y realmente cree que el Santo Grial existe y está en Montserrat?

—¿Usted cree en Jesucristo? ¿Es creyente, señor Bellido?

—Jesucristo no es ninguna leyenda...

—¿Verdad que no? Pues el Santo Grial tampoco porque es su Jesucristo.

—¿El Santo Grial es Jesucristo? Aún lo entiendo menos...

—Si acepta escribir mi novela lo entenderá.

—Primero quisiera leer el informe. ¿Está traducido al castellano?

—Mis normas son diferentes, tengo pensada la manera actuar. Usted venir a mi casa cada capítulo, yo cuento un resumen del informe por capítulos, hablamos, y después, usted en su despacho, escribe el capítulo.

—No lo sé, lo encuentro todo demasiado extraño...

—Usted comprenderá textos mucho importancia, mucho valor...

—Y ¿cómo voy a saber que no se lo inventa?

—No lo saber, tiene que confiar en mí. Documentos de Himmler son secretos.

—¿Y yo tendré libertad absoluta para publicar la novela?

—Usted va a ganar mucho dinero, señor Bellido, novela será best seller...

—Casi me conformaría con poder publicarla...

—No, yo no contado todo, derechos vendidos mucho importante editorial americana para todo mundo, todos idiomas, gran promoción. Yo tengo bueno anticipo si primer capítulo que usted entrega es bueno.

—¿Firmaría un contrato con esta editorial?

—No, firmaría contrato con mí.

—Eso es extraño...

—No, nada extraño, usted entenderá. Quiero asegurar que libro sea bueno y cumplir con editorial, yo pagaré cada capítulo, cuando acabe usted tendrá mucho dinero y los derechos de venta con editorial. Yo me comprometo por contrato ceder derechos firmados con editorial a su nombre.

—No entiendo lo que usted gana.

—Que el mundo conozca verdad.

—¿Y si el mundo sigue sin conocerla? Yo escribiré una novela, señor Tötler, y las novelas son ficción.

—Es mi riesgo, señor Bellido... veinticinco mil euros por capítulo...

Dicho esto, Tötler dirigió un gesto a Javier y este abrió una pequeña cartera de cuero que había dejado a su lado, encima de una de las sillas vacías. En su interior había una carpeta negra que entregó a Bellido.

—Léaselo calmado en su casa, es el contrato. Mañana le espero cinco de la tarde en mi casa. Javier vendrá a recogerlo y lo devolverá. Vive en Montserrat, ¿verdad?

Bellido, haciendo esfuerzos para no abrir en ese mismo instante la carpeta, atónito ante las cifras que había dicho el alemán, levantó la mirada casi con

miedo.

—No, vivo en Monistrol, es un pueblo que está en la parte baja de la montaña. Pero oiga, tengo coche y también está el tren, no hace falta que me mande a Javier...

—No, no, vendrá a buscar Javier.

Bellido buscó en el rostro de Javier algún gesto que demostrara su reacción, pero Javier permanecía inexpresivo, como siempre, tan leal que parecía insensible. Entonces notó un deseo irrenunciable de ir más allá, una curiosidad que atravesaba cualquier cautela o señal de alarma; se sentía atrapado en una vorágine creadora que le urgía satisfacer, como un Indiana Jones cualquiera a la búsqueda del Santo Grial, sobrepasado por una serie de acontecimientos como si el más terrible huracán hubiera barrido su morada y su alma. Veinticinco mil euros por capítulo eran las últimas palabras que acababa de entender y eso, después de una presentación de un libro de leyendas por el que le habían pagado seiscientos y no se esperaba nada más, no podía ser verdad.

—¿Ha dicho veinticinco mil euros por capítulo?

Tötler sonrió de manera socarrona dándole unos golpecitos sobre la carpeta.

—Ahí viene todo claro, escrito por abogado en perfecto español. ¿Mañana a las cinco? —rubricó el alemán tendiéndole una mano.

—Hasta mañana a las cinco. —Sonrió él conteniendo una carcajada de pura felicidad.

III

A la mañana siguiente, cuando Bellido subió al monasterio, contempló Montserrat de una manera diferente, dedicándole una cómplice sonrisa.

—Así que resulta que guardas un gran secreto.

Bellido rio de su propio comentario y le guiñó un ojo al pico del Cavall Bernat al pasar por debajo con el cremallera, el tren que escala la montaña desde Monistrol al monasterio. ¿Cuántos locos habría por el mundo buscando tesoros? Montserrat parecía poseer un magnetismo especial para atraerlos. De todos tipos. Los que buscaban ovnis, templos prehistóricos, piedras filosofales, puertas al inframundo, rituales iniciáticos y tesoros como el Santo Grial.

Bellido colaboraba con los monjes organizando e informatizando la biblioteca, cobraba un sueldo que aunque fuera exiguu le ayudaba a ir tirando desde que dejó de dar clases en la universidad. Además, los monjes siempre le tenían un plato a punto. Su relación con el monasterio le venía de lejos, por su amistad con el padre Narcís, que había sido párroco de Marganell, su lugar de nacimiento. Gracias al padre Narcís, fue aceptado en la congregación, ganándose la confianza y amistad del propio abad. Desde entonces, Bellido había desempeñado diversas tareas para el monasterio, como la guardería en las ermitas de Sant Benet y Santa Creu.

Después de pasar su primera noche en Sant Benet comprendió que ya nunca más podría separarse de la montaña y comprendió el instinto que atacó a san Ignacio de Loyola en una ermita próxima, Sant Dimes, cuando tras pasar una noche ahí a la mañana siguiente bajó al monasterio y entregó sus vestimentas de soldado, puñal y espada, decidido a dejar las armas. A partir de entonces dedicó su vida al peregrinaje y a la meditación. Algo parecido le pasó a él en Sant Benet. Un estado de profunda felicidad lo invadió de repente, penetrándolo, cuando por el rosetón de la capilla se filtró el primer rayo de luz de la mañana. Sonrió sin saber por qué, abrió la puerta de la ermita, salió al aire libre y cuando dirigió su mirada a la inmensidad de la montaña,

saludándola, comprendió que no se dirigía a un conglomerado de piedra inerte, sino que le hablaba a un profundo ser que le podía escuchar. En ese instante lo comprendió todo.

Bellido se bajó del cremallera, cruzó la plaza y se dirigió a la portería del monasterio. De camino saludó al padre hostelero, entró en la zona de clausura, delante del claustro, y subió por las escaleras de los compartimentos privados de la congregación hasta la biblioteca. El padre Fran, el encargado de la misma, se encontraba delante del ordenador.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Emilio. Te he dejado en tu mesa un ejemplar que me interesaría mucho clasificar; está en griego, puede tratarse de una transcripción de literatura herética.

—Lo miro ahora mismo, padre. Hoy voy a salir antes y por la tarde no podré subir, me ha salido algo urgente en Barcelona...

—No sufras, lo que no puedas hacer hoy ya lo recuperarás.

Bellido asintió con un gesto antes de dirigirse al archivo, al otro lado del pasillo donde se encontraba su mesa de trabajo. Junto al ordenador estaba el volumen que el padre Fran le tenía preparado, pero Bellido tenía otra prioridad: la Ahnenerbe. Lo habría consultado en casa, pero después de revisar el contrato el tiempo se le había echado encima.

La búsqueda en Google con la palabra clave «Ahnenerbe» le arrojó la cifra de 330.000 resultados que, lógicamente, no pudo revisar. Entre los muchos enlaces por los que navegó, atrapado y absorto en el tiempo, encontró artículos y comentarios variopintos, entre ellos uno que decía que uno de los objetivos de la Ahnenerbe era, ni más ni menos, destruir el cristianismo e imponer una nueva religión alemana basada en la superioridad de la raza aria, que según el nazismo debía su origen a una civilización fantástica, el reino del sol; según una antigua leyenda, había existido una antigua civilización antes de la nuestra, denominada Hiperbórea, que acabó sumergiéndose en el mar debajo del Himalaya durante la Era Glacial. Una civilización habitada por unos seres extraterrestres, los hiperbóreos, de casi cuatro metros de estatura, ojos azules, rubios y piel blanca, que habrían sobrevivido escondidos en grutas hasta nuestros tiempos, y que de ellos llegaría el emisario que llevara el reinado de la luz al mundo. El mesías verdadero. Con tal propósito, leía

Bellido, Hitler creó la Ahnenerbe como una sociedad arqueológica encargada de descubrir y saquear tesoros ocultos de la humanidad. Con la excusa de buscar pruebas del origen de la raza aria, durante los años treinta la sociedad Ahnenerbe llevó a cabo tres expediciones arqueológicas de enorme magnitud en el Tíbet.

Los pasos del padre Fran resonando por el pasillo sustrajeron a Bellido del estado absorto que la lectura del artículo le había producido. Miró la hora y se quedó pasmado al comprobar que el padre se disponía a salir para la misa conventual, la que realizan los monjes a las once. Llevaba casi dos horas navegando entre nazis y no se había dado ni cuenta. Minimizó la pantalla, abrió el libro al azar y fingió estar tan concentrado en su lectura como para dar un respingo cuando el padre Fran posó una mano sobre su hombro.

—¿Alguna pista?

—Uff, perdona, estaba abstraído y no te he oído llegar.

—No, no, perdóname tú a mí...

—De momento la cosa está verde.

—Voy a la conventual, hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando dejó de oír el eco de sus pasos alejándose, copió algunos enlaces, los mandó a su buzón de correo y continuó abriendo obsesivamente los enlaces sobre la Ahnenerbe, que le parecían cada vez más interesantes. No tardó en dar con la pista de Otto Rhan, escritor y arqueólogo, y su obra *Cruzada contra el Grial*, una tesis en la que relacionaba a los cátaros con el secreto del Santo Grial, basada en la expedición a Montsegur que llevó a cabo a principios de los años treinta. Hitler, obsesionado con el tema, después de leer su obra, se puso en contacto con Rhan, al que fichó para la Ahnenerbe, a través de Himmler, financiándole una nueva expedición arqueológica a las ruinas del castillo cátaro a la búsqueda del Santo Grial. Bellido, ensimismado en todo lo referente a esa historia de la que se sentía heredero y cómplice, leyó que Adolf Hitler llegó a obsesionarse de tal manera con la búsqueda del Santo Grial que impuso como requisito a todos los miembros de la Gestapo la lectura del nuevo libro de Otto Rhan, *La Corte de Lucifer*, que el autor alemán había basado en esa última expedición; pero si algo le llamó la atención poderosamente a Bellido fue lo que encontró a continuación: que una vez

finalizada la expedición arqueológica a Montsegur, financiada por la Ahnenerbe, y justo antes de declararse la guerra, algo pasó entre él y Hitler, algo que acabó con la expulsión y suicidio de Otto Rhan solo dos años después de la publicación de su segunda obra. Al parecer, el suicidio guardaba algún tipo de relación con la visita de Himmler a Montserrat; algo que Otto Rhan encontró en esa expedición, y que sin duda alguna estaba en el interior de la famosa cartera que al jefe de las SS le robaron en el hotel Ritz. Eso que, ni más ni menos, estaba en poder de Tötler. Inmerso en una espiral de frenesí, Bellido buscó adónde le llevaba el nombre de su mecenas alemán. Pero en Google no había nada. Temía meterse en algún asunto demasiado oscuro y quién sabe si peligroso. Javier, el chófer, secretario o lo que fuera del alemán, era un personaje inquietante y siniestro. Tan inquietante y siniestro como la propia Ahnenerbe. Por otro lado, todo ese misterio alrededor del Santo Grial y el privilegio de poder conocer de primera mano el contenido de la cartera de Himmler, qué era eso tan importante que había provocado un robo que según había leído podían haber perpetrado los mismos servicios de inteligencia británicos, lo empujaba a tirar adelante pese al temor de acabar como Otto Rhan. Además, por fin admitía algo que la noche anterior estaba muy lejos de poder admitir: que el alemán de la silla de ruedas, realmente, tenía en su poder el verdadero Informe Ahnenerbe. No es que tuviera nuevos datos que se lo certificaran, pero, de igual modo que aquel día en Sant Benet supo que se encontraba delante de la verdad, le acababa de pasar lo mismo.

IV

Javier se presentó a las cinco en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos, haciendo gala de una estricta puntualidad que no tenía nada de española. Conducía un monovolumen Mercedes especialmente adaptado para la silla de ruedas del alemán. Con una disciplina un tanto arcaica y folclórica bajó y le abrió la puerta.

—Buenas tardes, señor Bellido, ¿a punto para el viaje?

Bellido, un tanto incómodo por eso de que le aguantaran la puerta como si fuera un ministro, él, que ni llegaba a final de mes y que por eso le había dejado, cuatro años atrás, su mujer, le respondió en medio de un intento desesperado de reconducir la situación:

—A punto para un bombardero. Pero oye, tío, no me hables de usted.

Javier, después de cerrarle la puerta, dio la vuelta al vehículo y se puso al volante.

—Si me lo permite, le seguiré llamando de usted.

Durante todo el trayecto, Bellido intentó iniciar en vano una conversación que siempre chocaba ante un muro de monosílabos que solo variaban del sí al no.

Cuando llegaron a la A2 y dejaron atrás Abrera, desistió y se dedicó a contemplar el paisaje y a dejar volar la imaginación. En ella dibujó una escena que al no producirse casi le decepcionó. En dicha escena, Javier aparcaba en algún rincón solitario antes de entrar a la ciudad y le vendaba los ojos con un pañuelo negro como si fuera Cary Grant en *Con la muerte en los talones*.

Pero no, Javier condujo por la Ronda de Dalt hasta una preciosa mansión de la zona alta de Barcelona a los pies del Tibidabo, rodeada por un muro, pinos y jardines. El parking estaba fuera del muro, en la misma calle Ganduxer, y se accedía a través de una empinada rampa. En el rellano del garaje había un ascensor y una puerta de alta seguridad. Montaron en el elevador hasta la primera planta. Allí había un lujoso y amplio salón, con las paredes rellenas de lienzos de época, algunos con la pintura ennegrecida por el paso del

tiempo, y una lámpara señorial colgando del techo con dos círculos unidos por cadenas, superpuestos, y una serie de luces como pequeñas velas a su alrededor. En medio del salón una mesa de ébano con un centro de flores naturales que perfumaban el ambiente, diez sillas con porte neoclásico en torno, y una librería en la pared posterior. Justo enfrente de los cuadros, y a la derecha según se entraba, un enorme ventanal con las persianas echadas.

Javier le apartó una silla y con un gesto le invitó a tomar asiento.

—Ahora mismo vendrá el señor.

Bellido asintió con un gesto casi reverente para no ser menos entre tanta solemnidad, tomó asiento, y unos segundos después de que el secretario del alemán desapareciera advirtió que se le aproximaban unos pasos de mujer.

Se puso en pie cuando una bella mujer con rasgos germánicos, alta y con un muy buen tipo pese a que rondaría los cincuenta, se le acercó con una amable sonrisa.

—Usted debe de ser el escritor —dijo en perfecto castellano.

Bellido, que iba a darle la mano, rectificó para recibir dos besos de puntillas. La mujer, cerca del metro ochenta y conservando la huella de la belleza que su juventud le regaló, se mostraba con una naturalidad y simpatía que resultaba chocante entre tanto protocolo.

—¿Y usted?

—Me llamo Rita. Soy la señora Tötler desde hace treinta años.

—Pues se casó siendo una niña, si no le ofende.

A Rita se le escapó una risilla que sonó demasiado aguda para tanta mujer.

Bellido lo aprovechó para mirarla de arriba abajo. Rita vestía unos ajustados pantalones blancos que mostraban, acentuándolas, unas largas piernas que dibujaban un sensual movimiento encima de unos zapatos de medio tacón. Sus muslos formaban esa forma redondeada que tanto gusta a los hombres y Bellido no podía comprender cómo es que se sentía seducido por una mujer que le llevaba tantos años.

—No me ofende, los halagos nunca ofenden, señor Bellido. Pero, por favor, siéntese, mi marido está al llegar. Yo solo quería saludar, él me ha hablado maravillas de usted.

Bellido, pensando si debía pedirle también a ella que lo tuteara o dejar esa batalla por perdida, tomó asiento después de que ella lo hiciera.

—Parece esto una carrera de halagos, señora Tötler. Yo, la verdad, no sé qué es lo que habrá visto su marido en mí...

—Puede llamarme Rita, por favor.

—Solo si usted me llama Emilio.

—Hecho.

En ese momento el zumbido del motor eléctrico de la silla de ruedas de Tötler atrajo las miradas hacia el quicio de la puerta del salón. Segundos después entró el alemán y Rita se apresuró a apartar la silla que presidía la mesa para que su marido maniobrara anclándola en ese preciso punto.

—Perdone que no me levante...

Bellido entendió que esa broma figuraba en el número uno de su repertorio, y le rio la gracia de manera sobreactuada por inusual. Luego encajó su mano y se sentó a su lado.

—Os dejo a solas, ¿queréis tomar algo? ¿Té, café?

—Para mí no hace falta —respondió modestamente Bellido, cuando lo cierto era que se moría por una taza de café.

El alemán lo presintió.

—¿De verdad no quiere nada? Rita hace el mejor café del mundo.

—Siendo así, no podré decir que no.

—Entonces, ¿un café? ¿Y para ti, Klaus?

—Sí, uno negro.

Rita se marchó y Bellido se esforzó para no mirarle el trasero. ¿Cuántos años debería de tener esa mujer? Para distraerse, abrió la carpeta donde guardaba las dos copias del contrato que ya había firmado y las puso encima de la mesa al alcance de Tötler. Cuando el alemán bajó la vista intentó cazar el momento en el que ella salía por la puerta, pero no estuvo a tiempo.

—¿Todo le parece bien?

No, a Bellido no le parecía todo bien, le parecía un chollo, un chollo que al menos económicamente le podía solucionar la vida. El miedo que le había paralizado por momentos al involucrar al alemán de la silla de ruedas con la secta nazi se había desvanecido al conocer a Rita, y si bien el atenuante de todo ese montón de dinero ya era suficiente para no echarse atrás, ver que compartía su vida con una mujer tan encantadora lo acabó de tranquilizar. Por esa extraña regla de tres que une a las parejas, Tötler no podía ser un mal hombre.

—Perfecto, señor Tötler. Solo espero no decepcionarle.

—Bueno, yo no confío, yo estoy segura... ¿Entender cómo trabajaremos?

Bellido, más para recordárselo a sí mismo, recitó el método tal como se

explicaba en el contrato.

—Según el contrato, la novela tendrá un mínimo de diez capítulos, entre pasajes de conclusiones del informe, y otros, abiertos a la imaginación de la trama de ficción según mi propuesta. Antes de la redacción de cada capítulo, nos reuniremos, imagino que siempre aquí, para que usted me cuente la conclusión del informe para que luego, con estos datos, redacte a mi gusto el capítulo en mi casa... ¿es así?

—Correcto. ¿Ninguna pregunta?

—Simplemente si podré tomar notas o grabar su voz...

—Bueno, prefiero notas.

—Okey.

—Después de leído su capítulo, si gusta, pago los dineros y automáticamente renovamos el contrato. Siempre misma forma, capítulo a capítulo... ¿sí?

—Es muy razonable, acepto. Podemos empezar cuando quiera.

Rita apareció en ese mismo instante, casi por sorpresa, ya que al bajar del piso superior en ascensor su taconeo no avisó de su llegada. Llevaba una bandeja en perfecto equilibrio y una sonrisa perenne. Su cutis se esforzaba en no dejar pistas, tan fino, posiblemente retocado, y solo detrás de la comisura de los ojos se intuía el paso del tiempo. De repente Bellido se dio cuenta de que Rita lo tenía hipnotizado y que la estaba mirando sin ningún rubor. Lo supo cuando encontró esa sonrisa que le penetraba de manera privada. Entonces desvió su mirada al contrato que el alemán mantenía en sus manos, y solo los volvió a fijar en ella cuando le pasó la bandeja con los cafés para que él mismo la dejara en la mesa.

—Si necesitáis algo más llamadme...

Acarició el brazo a su marido, le volvió a sonreír a él, y luego los dejó a solas. Bellido se sorprendió de que no tuvieran servicio. A lo mejor estaban ocupados en otros menesteres. A lo mejor a esa sala privada al servicio no les estaba permitido entrar. Sí, era imposible que entre tanta opulencia se hubieran olvidado de los mayordomos.

—Bueno, señor Bellido, ¿vámonos al grano?

El escritor se acercó la taza, le añadió toda la leche que cabía en la pequeña taza, poca para su gusto, dos cucharaditas de azúcar, se acomodó y con gran expectación invitó con un gesto al alemán para que atacara el primer capítulo del Informe Ahnenerbe.

—Primero, usted tiene que entender que yo voy a explicar conclusiones, solo

conclusiones. Fuentes investigación no tienen importancia para su relato, usted debe dar vida en novela a conclusiones... ¿sí?

—Lo entiendo perfectamente. Adelante, estoy expectante.

—Usted, como cristiano, conoce el episodio de la crucifixión, y la fecha situada por los evangelios que es el viernes antes de Pascua. La muerte en la cruz tiene muchos errores, los muertos en la cruz sufrían una cruel agonía como mínimo dos días o más, es improbable que Jesús morir solo horas después de su crucifixión. Hay más errores, los muertos en la cruz se llevaban a tumbas comunes o eran abandonados en el desierto para que se los comieran los animales salvajes, nunca sepultura, señor Bellido; nadie, nunca, antes, había sido sepultado. Jesús fue sepultado mismo viernes a la noche en una cripta privada, propiedad de José de Arimatea, un miembro del sanedrín, noble y millonario...

—Sí, pero según figura en los evangelios un soldado romano clavó su lanza en un costado de Jesús; esto lo explicaría todo, además al día siguiente era la Pascua judía...

—Bueno, los apóstoles en los que se basan los cronistas de los evangelios se dieron a la fuga antes de la crucifixión. Parece que solo Juan pudo estar presente, y si ponemos como ejemplo otros episodios contados por los cuatro evangelios de maneras tan diferentes podemos dudar que lo de la lanza sea cierto, pero bueno, la relación con José de Arimatea todos coinciden. José era un noble descendiente de la casa de David y familiar de Jesús...

—Nada de eso está demostrado, señor Tötler...

—Perdone, no interrumpir, esto es nuestro informe, nuestra base de trabajo, ¿sí? Si paramos discutir nunca vamos al grano, no avanzar, ¿sí?

—Perdone, no le interrumpiré más.

—José, que era persona muy influyente y rica, parece ser que fue a hablar con Claudia, la mujer de Pilatos, con la que mantenía una estrecha relación para conseguir indulto de Jesús o comprarlo si hacía falta. Tras esa charla, que se refleja en sus evangelios como un sueño de la mujer de Pilatos, fueron a verlo, los dos, Claudia Prócula y José de Arimatea. Pero Pilatos se mostró tajante, el mismo gobierno judío, el sanedrín, era quien había condenado a Jesús a la cruz y Jerusalén podría convertirse en una región ingobernable si perdonaba al preso. El mismo César había ordenado a Pilatos respetar al pueblo de Jerusalén y dejar gobernar según sus creencias y costumbres a través del sanedrín. Pero José no se rindió y tramó otro plan ante la mirada

cómplice de Claudia. Solicitó poder llevarse el cuerpo de Jesús y darle sepultura antes de la Pascua judía, ese mismo viernes antes de las doce de la noche. José era una persona muy rica e influyente, así como su esposa Claudia, que provenía de familia imperial. Pilatos cedió no sin temor.

»Lo que pasó en Gólgota nadie lo sabe, solo una cosa está clara, Jesucristo fue llevado al sepulcro de José de Arimatea solo horas después de la cruz, y con pocas horas en la cruz, nadie muere. Bueno, pero ¿qué pasa el día siguiente? Al día siguiente, por la noche, alguien abrió el sepulcro; como el lugar era protegido por soldados de día y de noche, es fácil imaginar que fueron los mismos soldados los que lo hicieron. ¿Por qué? Por orden de Pilatos, porque él sabía que el sepulcro estaría vacío y podría condenar a José de Arimatea por haber robado el cuerpo. Formaba parte de su pacto. Pilatos accedió a que se llevaran a Jesús antes de su muerte. Pero eso, en una ejecución pública, es imposible...

»Recuerde que hablamos del Imperio romano. Si los soldados tenían orden de que la muchedumbre contemplara la ejecución desde cierta distancia, era tan fácil como eso. Solo los soldados saben la verdad, y si en la escena estar dos influyentes miembros del sanedrín como José y su amigo Nicodemo, dos de las personas más ricas de Jerusalén, imagina a quién obedecer los soldados a cambio de unos monedas es fácil, ¿no cree?

—Sí, visto así...

—Déjeme continuar, por favor. Es fácil imaginar el pacto. Pilatos pediría que José, Jesús y toda su familia huyeran para siempre de Jerusalén. Eso serviría de coartada al gobernador romano y borraría sospecha alguna sobre él. Primero: Jesucristo ejecutado, muerto, según la condena del sanedrín que él mismo firmó. Segundo: José de Arimatea condenado por hacer desaparecer el cuerpo. Tercero: Jesús, lejos de Jerusalén, no se iba a aparecer a nadie como Pilatos temía fuera el plan de José. Ese fue el pacto que sellaron Claudia, su esposo y José de Arimatea: la vida de Jesús a cambio de que huyeran y que nunca más se oyera hablar de él. En caso contrario, el mismo José de Arimatea sería condenado por haber robado el cuerpo de Jesús, o peor, por salvarlo del martirio sobornando al centurión, y acabaría siendo ajusticiado también en la cruz. Por eso mandó Pilatos abrir el sepulcro, para acusarlo.

—Y entonces, José de Arimatea huyó con Jesucristo, ¿pero adónde? No tiene sentido que José huyera si había sobornado a Pilatos...

—Claro que tiene sentido, escuche bien, por favor, se lo acabo de decir.

Pilatos, al condenar a José y ordenar su captura, se libraba de cualquier acusación en su contra; lo que no tiene sentido es que José de Arimatea partiera como se cree a Occidente, si Jesucristo fue ejecutado. José, miembro influyente del sanedrín, nunca estaría en peligro si otro robó el cuerpo o, como dicen sus evangelios, Jesús resucitó. Una de las cosas documentadas es que José de Arimatea junto a su familia partió a Occidente, donde acabó estableciéndose, y que murió en Glastonbury, en la actual Gran Bretaña, sobre el año 60, fundando en esa ciudad la primera iglesia católica del Reino Unido. Esto, señor Bellido, todo documentado, José de Arimatea es el pista para comprender todo. ¿Por qué huiría él y toda su familia y nunca volver? Dígame por qué.

—Tal vez la acusación del robo del cuerpo de Jesús fuera suficiente...

—¿Usted cree? ¿De verdad usted cree? Cuando soldados empezaron a buscar a José, él llevaba veinticuatro horas navegando con su mujer Ruth, con María de Betania, que era su sobrina, con su hermano Lázaro, sí, el resucitado, con Magdalena y con Jesús recuperándose de las heridas... Todos familia y linaje de la casa real de David. Veinticuatro horas huyendo y muy lejos de la jurisdicción de Pilatos. ¿No le parece todo pactado? ¿No le parece extraño que hasta pasada la medianoche del sábado nadie irrumpiera en el sepulcro de Jesús?

—Pero fue Magdalena quien lo encontró vacío el domingo por la mañana...

—Sí, y el testigo explica que se le apareció un hombre en medio de una luz brillante y música celestial, que ella creía que era un pastor y que hasta un poco después no se dio cuenta de que era Jesús... ¿seguimos o nos paramos a reír?

—Las palabras de la Biblia se han de interpretar, señor Tötler. No son literales.

—Pues si las interpretamos, podemos tener a Magdalena curando a su amado de las heridas camino a Occidente, por el mar. Ya tenemos su parábola y la correcta interpretación.

—Y ¿quién encontró el sepulcro vacío?

—Cualquiera, eso qué más da. Pero ante la guardia romana, señor Bellido, dígame ¿qué le parece más razonable, que fuera un escuadrón mandado por Pilatos o la divina providencia?

El alemán esperó a que Bellido rubricara una frase en su cuaderno de notas y luego añadió:

—Fin primer capítulo, señor Bellido. ¿Cuánto tardará? Yo deseo ver sus resultados, su propuesta, su guion...

—¿Un par de días?

—Perfecto, mándemelo por e-mail y si todo satisfecho continuamos. Seguro que sí...

—¿Puedo llamarle si tengo cualquier duda?

—Por supuesto, no hace falta decir. Llamaré a Javier...

—Bien.

Mientras Tötler hablaba con su secretario y chófer, Bellido empezaba a trazar esbozos mentales de cómo plantear la novela. Se jugaba mucho. No solo una cantidad de dinero con la que no había ni soñado jamás, sino, además, la posibilidad de poder llegar al final de aquella historia, una historia alrededor de la cual giraba la humanidad. Algo tan grande como para quitarle el sueño. Bellido aún no era consciente de lo que tenía entre manos, de que se enfrentaba a la gran verdad, esa que hacía dos mil años que el hombre andaba buscando.

V

No sin darle antes mil vueltas, Bellido presentó a la mañana siguiente su propuesta para el primer capítulo. De hecho, era algo más que un primer capítulo. Su redacción contenía el boceto de cómo pensaba transformar en novela un informe realizado por unos estudiosos nazis a las órdenes de Hitler. Ese primer capítulo era patrón y muestra.

Lo mandó por e-mail antes de coger el cremallera y poco después ya se arrepintió. No hacía falta ser adivino para aventurar que el alemán le ofrecía una fortuna a cambio de una estructura ejemplar, un ejercicio de creatividad original e inédito, muy lejos de la chapuza que le acababa de presentar, que no era más que un copiar y pegar. Además, la descripción de su mujer y la confesión de su deseo era una torpeza que solo podía justificarse por las largas horas de insomnio de la pasada noche ante el ordenador. Por todo ello, cuando llegaba al monasterio y su móvil avisó de la entrada de un nuevo correo y observó que el remitente era él, se sofocó al instante. Mientras leía el contenido del e-mail, contuvo la respiración.

Querido Bellido:

Debo confesarle que me ha sorprendido, pensaba que los protagonistas serían los de la época, Jesús, José de Arimatea, Magdalena, Pilatos, etc. Nunca ni usted, ni yo, ni Javier, ni mucho menos mi mujer, que, por cierto, me halaga cómo la describe. Nunca me habría pasado por mi cabeza novelar el Informe Ahnenerbe de esta manera y he de confesarle que me fascina. Por lo tanto, querido amigo, debo confesarle que sí, que seguimos adelante, le mandaré a Javier otra vez sobre las cinco, le prepararé su primer cheque y procuraré no dejarlo a solas con mi mujer (es broma).

Deseando protagonizar el capítulo dos a partir de las seis de la tarde, reciba un cordial abrazo.

Klaus Tötler

P. D.: ¿Sería posible concertar una entrevista con el abad? Me gustaría hacer un donativo al monasterio y conocerle en persona.

Bellido atravesó la plaza del monasterio y cruzó la portería con una sonrisa de oreja a oreja. Acababa de ganar veinticinco mil euros y, aunque era el doble de lo que solía ganar en un año, la euforia que lo emborrachaba no se debía a eso.

Una vez dentro se dirigió a la secretaria que encerrada en su centralita atendía a las visitas, controlaba entradas, salidas y demás.

—Buenos días, Neus. ¿Podrías mirar si el padre abad o el padre prior pueden atenderme un momento? —Pese a que Bellido tenía contacto y trato directo con el abad, prefería seguir ciertos formalismos.

—Buenos días, Emilio. Creo que el padre prior no se encuentra, llamaré al despacho del padre abad, a ver...

Bellido se entretenía releendo el mensaje de Tötler mientras, de fondo, escuchaba a Neus hablar con Maties, el secretario personal del padre abad.

—Dice que de qué se trata, si es urgente...

—Bien, sí lo es; he conocido a un excéntrico alemán, un millonario que desearía conocerle y hacer una donación... Si está ocupado dile a Maties que ya escribiré al abad directamente para contárselo o que le llamaré.

Neus transcribió a Maties palabra por palabra mientras iba asintiendo automáticamente.

—Dice que puedes pasar.

Tras despedirse con un gesto, Bellido cruzó el pasillo que conducía al despacho del padre abad. A la entrada, en una especie de antesala separada completamente del amplio salón que ocupaba el abad, Maties lo recibió.

—Estábamos despachando unos asuntos; pero me tomaré un descanso y un café.

El despacho del padre abad daba al ala iluminada del monasterio, sobre la plaza, por eso la luz entraba a destajo en la sala, iluminando los lienzos, crucifijos y demás objetos de valor. El padre abad, parapetado detrás de una mesa de roble macizo, recibió con una leve reverencia y sonrisa a su amigo el escritor. Llevaba la misma sotana negra con capucha que el resto de los monjes, y como único símbolo de su jerarquía la enorme cruz de Cristo

plateada que exhibía sobre el pecho.

—¿Qué te cuentas, Emilio?

Bellido sonrió porque por más que pasaran los años no acababa de acostumbrarse a esa forma tan cordial de hablar que tenía el alto cargo eclesiástico.

—Buenos días, padre abad, no quiero robarle demasiado tiempo. Resulta que he conocido a un alemán que va en silla de ruedas, un buen hombre, es un enamorado de nuestra montaña y le haría mucha ilusión conocerle. Es una persona muy interesante y creo que estaría bien que se encontraran.

—Emilio, si tú así lo crees no se hable más. Habla con Maties a ver cómo tengo la agenda y lo cerráis.

—Además quiere hacer una donación...

—Todas las donaciones son importantes para nuestra obra, pero lo más importante es tu palabra. ¿Va en silla de ruedas, dices?

—Sí, pero desconozco el motivo. Lo acabo de conocer.

—¿Todo va bien por la biblioteca, te entiendes con el padre Fran?

—Sí, a las mil maravillas, muchas gracias.

—Bien, Emilio, si me disculpas, debo atender unos asuntos con Maties antes de la conventual.

—Por supuesto.

Tras estrecharse las manos por encima de la mesa de roble, salió hacia la biblioteca pensando que ya le escribiría un e-mail a Maties para quedar. Sintió una punzada de remordimiento por haber sido incapaz de confesarle al abad los negocios que se traía entre manos con el alemán. En ese momento, presintió que tal vez preparar su encuentro no había sido una muy buena idea y que aún estaba a tiempo de corregirlo.

VI

Pronto se acostumbró a ir de arriba abajo con chófer, como un señor, y también se acostumbró a que era innecesario gastar energías en intentar buscar conversación con alguien que solo sabía obedecer.

De este modo volvió al lugar de encuentro, con el recelo de no saber si Rita había leído su descripción. Sospechaba que sí, ya que la perfecta redacción del e-mail hacía suponer que ella lo había escrito al dictado de su marido. Claro que también podría tratarse de Javier. En todo caso, se arrepentía de esa estupidez de dejar fluir ese instinto erótico cuando quien lo producía era, nada más y nada menos, que la mujer de su mecenas.

Pasó a la sala como la otra vez, se sentó en la misma silla y cuando Javier lo dejó a solas, también como la otra vez, oyó el taconeo de Rita que se aproximaba provocándole algo parecido a un corte de digestión.

—Buenas tardes, Emilio.

Se levantó para recibir esos besos que recibía de puntillas, aún más de puntillas que la anterior vez por el enorme tacón que calzaba en esta ocasión, y la saludó con cierto nerviosismo.

—Buenas tardes, Rita.

—Mi marido me manda para que te acompañe al piso de arriba, al salón. Estaréis mejor.

Rita llevaba un vestido largo, elegante pero discreto a la vez, estampado y ancho, como si quisiera disimular sus sugerentes formas. Bellido imaginó que sería por culpa de sus palabras y, de tan convencido que estaba, durante el breve recorrido entre plantas y por el ascensor a punto estuvo de pedirle perdón.

—Me gusta mucho cómo escribes, Emilio, y la forma de plantear la novela, así, tan honesta, como una crónica del *making-off*. Me fascina.

—Muchas gracias...

Bellido se ruborizó al percatarse de que ya no había vuelta atrás ni perdón, que ella había recogido el guante ante los ojos de su propio marido.

Lo precedió por un pasillo repleto de la luz que se desparramaba por los ventanales de ambos lados hasta una enorme sala con una entrada a la cocina, una salida a una inmensa terraza, un televisor incrustado en la pared que parecía una pantalla de cine, y dos sillones de cuatro plazas separados por una mesita de cristal, de esos que la cuarta plaza dibuja un ángulo recto. El alemán le esperaba sentado en medio de las tres plazas del de su izquierda según se entraba. Era la primera vez que Bellido lo veía lejos de su estafalaria silla de ruedas. Alguien trasteaba por la cocina confirmándole que sí que tenían empleados del hogar.

Entre el espacio que ocupaban y la pared del fondo, que describía un reborde cuadrado en el conjunto del enorme salón, se encontraba la mesa del comedor entre amplios ventanales.

—Perdone que no me levante.

El escritor, sonriendo con menor efervescencia que en la anterior ocasión, se acercó para saludarlo, y el alemán aprovechó para invitarlo a tomar asiento en la plaza que cerraba el ángulo y de esta forma poder encararlo mejor.

—Ahora mismo os traigo café —se ofreció Rita.

Bellido no se atrevió a mirarla.

—Escribe muy bien en castellano —dijo para distraer la atención.

—Yo solo dicto.

Bellido esperó un instante para ver si añadía a quién le dictaba. Pero, o bien no quería decírselo, o bien no lo consideraba importante, así que lo dejó estar y cambió de tema.

—He hablado con el padre abad. Es complicado que le reciba, tiene muchas cosas que hacer; un hombre con su cargo dispone de muy poco tiempo libre.

—¿Y una visita al monasterio? Eso sí posible, ¿verdad?

—Sí, claro, a Montserrat lo llevo cuando usted quiera.

—No, no, en Montserrat yo ya ido, muchas veces... Me refiero al monasterio, dentro.

—Tendría que pedir permiso, no lo sé...

—Por favor, yo haciendo gran donativo... ¿Bueno diez mil euros?

—¿Diez mil euros?

—¿No bueno?

—Sí, sí, por supuesto... La abadía se lo agradecerá.

Rita dejó la bandeja con los cafés y una botella de coñac francés encima de la mesita antes de retirarse sin cruzar ni una sola mirada con el escritor.

Entonces intercambió unas frases en alemán con su marido y luego, disculpándose, se dirigió a él:

—Perdone, no quería mostrarme descortés, es difícil cambiar el idioma habitual y no me di cuenta de que no nos podía comprender...

—Por favor —dijo él—, no tiene de qué disculparse.

—Sí, sí que tengo, no he sido cortés, le he dicho a mi marido que voy a tomar algo con unas amigas... Hasta pronto, Emilio.

En esa ocasión la alemana no dio pie a despedirse con dos besos. Sí se los dio a su marido y se marchó. Bellido comprendió que se sentía violenta y se juró no volver a escribir ni una sola palabra más que pudiera incomodarla. También se dio cuenta de que antes, a solas, se había comportado de una manera muy distinta.

Tötler, como solía decir, quiso ir al grano.

—¿Empezamos?

Bellido sorbió su taza y asintió.

—Yo le dije el otro día que José era el pista de todo, ¿recuerda? Le llamaré siempre José, lo de Arimatea es largo y todos sabemos de quién hablamos, ¿sí?

—Ajá.

—Desde crucifixión hasta los primeros tiempos de la Iglesia datos confusos, mucho. Sobre todo qué pasó con Magdalena, Marta, Lázaro, Jesús y José. Huir a Egipto era lo más fácil. Lo más seguro, lo más cerca... Además, Jesús estaba herida, viajar a Occidente con él mucho arriesgado. Parece que fueron a Alejandría en busca de la protección de la rica familia de Magdalena y...

—¿Cómo que de la rica familia de Magdalena?

—La guerra de los benjamitas, ¿sí? Separó a diferentes familias judías mucho antes de los tiempos de Jesucristo. Los perdedores, los benjamitas, los legítimos propietarios de Israel se exiliaron a diversas territorias, uno Egipto, pero no todos, algunos se quedaron y coronaron a su rey, Saúl. Pero David de la tribu de Judá, le destituyó, proclamó Jerusalén capital de Israel y deslegitimó a los benjamitas. Es el principio de la desunión del pueblo judío, el mismo desunión del año uno de nuestro tiempo entre fariseos y saduceos. Y de esta manera empieza la historia de Jesús, legítimo heredero al trono de Israel según el mismo Evangelio de san Mateo, «hijo de David y Salomón», o sea, un noble heredero aspirando al trono de Israel. Jesús no huyó a Egipto como escribe su evangelio, sino que ya estaba en él. ¿Qué hacía Jesús y su

familia en Egipto? Aquí su evangelio, querido amigo, sí coincide con la verdad: huir de Herodes, que veía peligrar el trono ante la futura unión del descendiente de la casa de David con una de la de Benjamín, María Magdalena, buscando la alianza por matrimonio. La unión del pueblo judío para hacer frente común contra Roma y proclamar un nuevo rey, Jesús, el rey de los judíos... ¿Le suena el título, querido amigo? Por eso escala en Alejandría donde era Magdalena la egipcia, o la negra.

—¿Negra?

—Sí, a los egipcios los llamaban negros ya que así denominaron a su país los propios egipcios, Kemet, o sea, los que provenían de la tierra negra, fértil, una tierra capaz de producir cuatro cosechas al año gracias a los sedimentos del Nilo, y eso resultó clave para toda investigación. Pero vámonos al grano. Jesús estaba mucho malherido después de la crucifixión y murió, o bien de camino, o en casa de la familia de la Magdalena...

—No entiendo nada. Perdona que le interrumpa, pero para poder explicar la historia de manera coherente necesito antes creérmela, o sea, entenderla.

—Adelante, Bellido. ¿Qué es lo que no entiende?

—Si José sobornó a Pilatos para rescatar a Jesús de la cruz, ¿cómo entender que al final muriera? Es un contrasentido, lo normal es que ni lo clavaran a la cruz, sino que todo fuera un engaño, que simplemente le ataran con cuerdas, un poco de teatro y ya está... ¿Cómo es posible que muriera? Esto desmonta la teoría del soborno.

—En absoluto, Jesús llegó a la cruz en estado muy débil por la tortura, latigazos y corona de clavos, mucho sangre perdida, mucho débil antes de la cruz. Luego la posición en la cruz, aunque solo atado, provoca ahogo; muchos condenados en la cruz morir por ahogo, bueno, a muchos condenados los soldados les partían las rodillas y las piernas para que no pudieran sostener el cuerpo y se ahogaran antes. Aunque soldados no clavaran de verdad, si sometieron a Jesús al martirio de la cruz durante horas, ya es suficiente para provocar un daño ya irreparable... ¿sí?

—Pero, eso de Egipto, lo de Magdalena, lo de su estirpe...

—¿Conoce significado de Magdalena?

—Que procede de la ciudad de Magdala, ¿no?

—Magdalena quiere decir «la magnífica», «la más alta», «la torre donde poder observar todo», nombre mucho apropiada para mujer predestinada a unir, gracias al matrimonio, al pueblo judío. La magdalena es el torreón donde

los pastores vigilan a su rebaño...

—Sigo sin creerme que Magdalena fuera una especie de princesa del linaje benjamita, que fuera egipcia y mucho menos que Jesús muriera después de su supuesto entierro...

—Poco a poco irá comprendiendo, ya verá. Jesús llegó muerto o murió en Alejandría y como rey, por rito egipcio, fue embalsamado. Por eso pasaron un temporada en Egipto, para esconderse y para momificar su cuerpo antes de proseguir el viaje previsto a Occidente, a la Galia, donde José era conocido en diversas colonias judías gracias al comercio. José pretendía la protección de su linaje en esas colonias. Para demostrar la grandeza y la sangre real necesitaba traer riquezas, riquezas que pertenecían a la rica casa de Magdalena. Viajar con la momia de un rey crucificado por los romanos formaba parte de este rito de adoración que buscaban.

—Pero a Jesús lo habían condenado los propios judíos, los romanos simplemente lo ejecutaron. ¿Cómo se entiende que José de Arimatea pretendiera que los mismos judíos les dieran protección?

—Estamos hablando del siglo I, querido Bellido, nadie saber qué pasó en Tierra Santa, no haber internet, ni televisión. Nadie en Galia saber quién era Jesús, ni Magdalena, hasta muchos siglos después, por eso tú vas entender cosas al final... Pero aún había más, Magdalena estaba esperando un hijo, un hijo de ella y de Jesús, y estando en los últimos meses de gestación prefirieron arriesgarse y tener a la hija, la princesa, en casa de los padres de la Magdalena. Pero el sitio no era seguro, tanto romanos como judíos los estaban buscando. Los discípulos de Jesús, y especialmente Pedro, habían empezado su labor por Tierra Santa con una corriente de seguidores tan grande e inesperado que inquietó al mismo César, quien ordenó perseguirlos hasta la muerte. La casa de linaje benjamita de Magdalena no era un lugar segura y mucha menos para Sara, la hija de Jesús y Magdalena. Por eso, cuando Sara cumplió los primeros años se embarcaron buscando Galia...

—Perdone si le interrumpo, pero esto cada vez se parece más a *El código Da Vinci*...

—Pero usted no es Dan Brown, si no no pararía de escribir estupideces buscando descifrar mensajes en códigos secretos y extraños y pronunciando cada dos por tres la frase: «Cómo no me di cuenta, si estaba delante de mis narices». ¡Porque eres idiota, señor Brown!

Bellido no pudo evitar soltar una carcajada al mismo tiempo que aceptaba

una copa de coñac de su anfitrión.

—Ya que nos vamos a Francia vamos a hacer el honor...

Bellido levantó la copa y observó a su interlocutor a través del líquido ocre madurado hasta la excelencia como esa historia que poco a poco iba cogiendo forma.

—Y ya que habla de Da Vinci, vamos a desembarcar en un lugar que Da Vinci y otros ilustres francmasones como Isaac Newton y Van Gogh visitaron: la aldea cercana a Marsella de Saintes-Maries-de-la-Mer. Allí llegaron Magdalena, Marta, Lázaro, José y Sara, la princesa. Gracias a las riquezas y a la momia del hijo de David, a José no costar encontrar gente para custodiar su secreto y proteger a la Magdalena y a Sara. Gente que veneró a las diosas egipcias, negras, venidas del mar. De esta manera se creó una hermandad alrededor de la Magdalena provocando una nueva religión que veneraba a las diosas negras. Y así creció Sara, con la protección de dicha hermandad hasta aparecer un noble guerrero querusco, alto, fuerte y robusto, con uno enorme melena rubia y ojos azules que guerreando con romanos oyó hablar de diosas negras como Isis, la diosa que él veneraba, la diosa de la maternidad y la fecundidad, que se escondían en un rincón de la Galia cerca del mar. Seducido por Sara, la princesa negra que había arrojado el mar, el querusco la tomó por mujer y se estableció en el lugar levantando una fortaleza para resguardar los tesoros de su linaje, o sea: el Santo Grial. Esta nueva nobleza, que nació de la unión del noble guerrero germánico que luchaba contra Roma y la hija de Jesús y Magdalena, es el origen de la estirpe merovingia que quiere decir «el que su madre viene del mar». Meroveo, el primer rey merovingio reconocido, cuenta el leyenda, querido señor Bellido, fue descendiente de extraña criatura divina venida del mar. Sara, la princesa negra.

Bellido acabó con el contenido de su copa, rubricó la última nota en su cuaderno con una especie de garabato y se sumió en un meditabundo silencio. Sin atreverse a alzar los ojos, casi ni a respirar, atrapado en el momento más místico de su existencia y sin otra forma de vida que le rodeara, excepto la ruidosa respiración del alemán, sintió un escalofrío que lo hizo ruborizarse.

—¿Y Magdalena? —preguntó como si sintiera vergüenza.

—Magdalena continuó su camino por la costa mediterránea, predicando, peregrinando y, sobre todo, construyendo un mito sagrado hasta su muerte.

Tötler calló esperando alguna respuesta del escritor, pero cuando observó que sus ojos brillaban le dedicó un gesto condescendiente y concluyó:

—Señor Bellido, fin del capítulo.

VII

Esa misma noche, robándole horas al sueño y al descanso, Bellido dio forma al capítulo dos mientras sus convicciones católicas se desmoronaban como un castillo de naipes. Entonces recapacitó recordando la lectura del artículo que encontró en internet y que había copiado en la novela. Ningún informe proveniente de una asociación nazi que buscaba cargarse la Iglesia católica podía ser, en ningún caso, objetivo. Esas conclusiones que él iba anotando y vistiendo con trajes literarios estaban todas hechas a la sazón de lo que se quería demostrar y no del fruto imparcial de una investigación. La Ahnenerbe era poco más que una secta que entre otras muchas cosas que había encontrado por internet había llevado a cabo experimentos científicos usando seres humanos como cobayas. Por ese motivo fue juzgado y condenado a muerte el dirigente de la agrupación nazi, Wolfram Sievers, acusado de realizar experimentos pseudocientíficos con prisioneros de campos de concentración que acababan falleciendo después de sufrir terribles mutilaciones y torturas.

¿Cómo podía dejarse engañar por semejantes patrañas? Desde que el estúpido *El código Da Vinci* se convirtiera en best seller, iban apareciendo informes y hallazgos, profesados con la misma jerga de los charlatanes, sobre supuestas pruebas de la paternidad de Jesús anunciadas a bombo y platillo que nunca llegaban a atravesar la frontera que separa lo real de la ficción. Como si una estúpida corriente de moda se hubiera instalado en el mundo intelectual con la obsesión de hacer creer al mundo que Magdalena era la compañera sentimental de Jesús. Las leyendas suenan con música encantada y uno debe estar muy atento para no caer en su poder. Eso era todo, concluyó.

A la mañana siguiente se levantó tarde, más allá del mediodía, revisó el capítulo, cambió palabras, frases, lo ordenó todo un poco mejor y lo mandó. Era sábado y no tenía previsto subir al monasterio, pero su casa, oscura y vacía, en el centro del aglomerado de viejas viviendas enmohecidas que formaban el núcleo de Monistrol, no es que le ofreciera una atractiva

alternativa. Intuía un sol espléndido ahí fuera, un sol que el alma de su casa, si la tenía, solo sabía de él por referencias tan extrañas como esas fábulas sobre las que estaba escribiendo él.

Se preparó una cafetera pensando cómo y dónde pasar el día. Si visitar a sus padres en Marganell y aprovechar para comer con ellos, o acercarse a Barcelona a comprar algo de ropa ahora que tenía dinero.

Mientras lo estaba decidiendo oyó el clinc de mensaje recibido en su ordenador. Se acercó a la mesita de la cocina donde tenía el portátil abierto y sonriendo comprobó que, como intuía, el correo le traía la respuesta del alemán.

Querido amigo Bellido:

Antes que nada quiero tranquilizarle, puede presentarme al abad de Montserrat sin miedo alguno, no sufra, por Dios, que no le haré quedar mal. Usted está haciendo su trabajo como escritor, y muy bien por cierto, no traiciona a nada ni a nadie. Es su trabajo, nada más.

En cuanto al episodio con mi mujer, que veo tanto le preocupa, debo decirle que no tiene por qué sufrir. La verdad es que nos hizo reír mucho, de hecho volvemos a reírnos los dos, ahora, escribiendo juntos, ella usando el teclado y yo la voz. Rita tiene cincuenta años y claro, que pueda seducir a un hombre tan joven como usted, tanto para ella como para mí no es más que un honor.

Dicho esto, por favor, no adúltere la honestidad de sus palabras, no las silencie, siga por este camino de sincerar todo lo que siente durante el proceso, aunque debo dejarle claro que si intenta algo con mi mujer le mataré (es broma).

Por todo lo demás, espléndido, señor Bellido, realmente espléndido. Le imagino ahora mismo sonriendo y haciendo números de lo que acaba de ganar porque, claro está, continuamos, y a propósito de esto, y esperando que no se sienta obligado si tiene otras cosas que hacer, nos gustaría invitarle a cenar, esta noche. Evidentemente puede venir acompañado, claro que, en ese caso simplemente será una cena de cortesía y el capítulo tres quedará aparcado para otra ocasión.

Ah, una cosa que olvidé comentar, veo que usted suele dividir los capítulos en dos o más, supongo que comprende que el importe por

capítulo se refiere siempre a la escena del informe y es independiente de que usted decida estructurarlo de otra forma. Dicho de otra manera, imagino que ahora mismo estamos escribiendo el capítulo que en números romanos debe corresponder al siete, ¿me equivoco? Y que usted se guarda el ocho para la cena de esta noche, si es que finalmente nos hace el honor. En teoría serían dos capítulos, pero para mí y para el contrato solo uno, la escena que continuará con la dinastía merovingia.

Perdone si le incomodo con mi aclaración, pero los malentendidos hay que solucionarlos antes de que surjan.

Esperando su confirmación para esta noche, reciba un cordial saludo,

Rita y Klaus

P. D.: Javier tiene permiso, tendrá que desplazarse con su propio vehículo. En el garaje hay sitio de sobra y si luego no le apetece conducir de noche puede quedarse a dormir.

Bellido respondió tan rápidamente para aceptar la invitación que incluso sintió vergüenza. La trama de la novela se había apoderado de él e, incapaz de renunciar a escribir un nuevo capítulo, ni se lo pensó. La mágica canción alemana que como una nana le cantaba Tötler encantándole, con esa manera diferente de escribir la historia moderna del hombre, le producía lo mismo que producen las drogas, que mientras uno está bajo su efecto no puede dominar la razón.

Luego abrió el documento donde guardaba el original de su novela y lo contempló como si fuera un monstruo. Un monstruo de su creación del que había perdido el control. Las palabras lo absorbían todo como si lo atraparán en una red de la cual era imposible librarse. Su texto, independiente de la prudencia, era tan honesto que no conseguía hacerlo callar pese a ser consciente de que, escondido en los espacios en blanco, su primer lector era a la vez su protagonista. Pero Bellido, sin necesidad de que el alemán se lo recordara, ya estaba convencido de que tenía que ser así, que la hipocresía no tenía lugar en esa novela porque si todos esperaban la verdad él no podía contar mentiras.

VIII

Rita estaba especialmente bella esa noche, con un vestido fresco hasta las rodillas, ajustado de cintura hacia arriba, escotado y guerrero, con un precioso collar de perlas con una esmeralda en el centro que le ofrecía al escritor la excusa perfecta para poderlo mirar. En las faldas unos volantitos arrugados bailaban cuando andaba, como siempre, encima de unos buenos tacones. El vestido era oscuro sin llegar a negro, y Rita lucía espectacular convertida en el centro de tanta belleza. Llevaba el pelo recogido en una cola hasta media espalda que hacía que sus ojos azules parecieran aún más grandes. En sus orejas dos preciosos brillantes deslumbraban, y en sus muñecas un amasijo de pulseras de oro se cruzaban unas con las otras, como enredándose. Enjoyada como una noble, alta y exagerada, le sonrió pícaramente cuando vino a saludarlo a la entrada del salón.

Un criado había acompañado a Bellido desde la calle, y cuando su patrona le tomó el relevo se despidió y se fue de la sala.

—Querido escritor —le dijo, agachándose para no incomodarlo como las anteriores veces.

Bellido correspondió los besos de bienvenida respirando el perfume almizclado de su anfitriona y, casi sin darse cuenta, le masajeó la carne desnuda de los brazos.

—¿Y su marido?

—Está abajo, en su despacho, ya sabe que ha llegado, no tardará. Por favor, acompáñeme y tomemos algo mientras esperamos.

Bellido siguió a Rita hasta el mismo sofá donde se había construido, no hacía tanto, el último capítulo de su novela. Encima de la mesita ya estaba preparada una bandeja con refrescos, cervezas y una botella de jerez. Bellido esperó a que ella tomara asiento y luego lo hizo él, a su lado.

—¿Le gusta el jerez?

—Si no les sabe mal, prefiero tomar un refresco.

Rita le aguantó la mirada como si fuera a añadir algo. Luego se inclinó sobre

la bandeja. Bellido, consciente de que el pacto de honestidad era sagrado, hizo un esfuerzo por no mirar dentro de su escote. No lo consiguió. En ese momento, por suerte, el zumbido eléctrico de la estrafalaria silla de ruedas lo salvó de seguir mirando.

—Buenas noches, señor Bellido.

—Buenas noches.

Entonces se dirigió a su esposa:

—Mejor si nos sentamos a la mesa, ¿te parece?

—Ya está todo a punto. —Con un grácil movimiento, Rita volvió a mirar al escritor—. Le he preparado una comida típica alemana, espero que le guste.

—Mi mujer, además de guapa, cocina divinamente, ya lo verá.

Una vez en la mesa, Bellido se dio cuenta de que Rita se encargaba del servicio personalmente, y se ofreció a ayudarla.

—No, no, por favor, es usted nuestro invitado —le dijo ella evitando que se levantara.

El alemán aprovechó que su mujer trasteaba por la cocina para recordarle lo de su visita al monasterio.

—Así que, ¿ha escrito a Maties para conocer el abad?

—Antes de salir de casa, espero que pueda ser la semana que viene.

—No tiene que preocupar, señor Bellido. Tengo cartera de Himmler pero yo no ser Himmler...

Rita, taconeando sobre el parqué, acababa de dejar un enorme cuenco con ensalada de patatas mientras a Bellido aún le duraba la sonrisa del anterior comentario.

—*Kartoffelsalat* —dijo, satisfecha de su trabajo, al mismo tiempo que se disponía a servir al invitado.

—Tiene muy buena pinta.

Cada vez que Rita maniobraba agachándose sus senos rebotaban delante de sus narices. Bellido no sabía cómo sobreponerse al deseo de mirar. Además era inútil disimular, tanto si el alemán se daba cuenta como si no, ese monstruo que estaba fuera de su control le descubriría.

—Es una ensalada a base de patata, salchicha, col y cebolla, aliñado con una salsa que es mi secreto...

—A lo mejor ese es el secreto de su eterna juventud.

Tötler, bromeando, dio un puñetazo encima de la mesa:

—¡Eh, tú! Ya te advertí que no intentarás nada con mi mujer...

Por suerte lo dijo entre risas y Bellido ni se inquietó.

Pasaron la velada entre bromas, anécdotas y una botella y media de Marqués de Murrieta. El clima era distendido y Bellido lo celebró consciente de que esos dos se habían convertido en espías de su mente.

—Ayer lo dejamos con nuestro amigo Meroveo, ¿verdad?

Con ese comentario, Tötler daba a entender que el prólogo del capítulo tres, que correspondía al ocho, había finalizado.

—Madre y mar...

—Usted ayer emocionado, ¿verdad?

—La leyenda de Meroveo, la posibilidad de que fuera cierto que la hija de Jesús existiese, no sé, me embriagó la emoción...

—La gente antes tener manera mucho rara para contar la verdad, leyendas conseguían captar más atención que si contaban las cosas sin más.

—Señor Tötler, ¿el Informe Ahnenerbe se basa, únicamente, en la interpretación de leyendas?

—¿Y sus testamentos, señor Bellido, qué son sino la interpretación de leyendas?

Bellido suspiró conteniéndose. Para nada deseaba una disputa dialéctica con su mecenas, lo único que deseaba en esos momentos era que Tötler volviera a abrir su libro.

Rita, aburrida ante lo que se aproximaba, o simplemente porque consideraba que eso eran asuntos de su marido, se levantó, recogió la mesa, se acercó al mueble bar y les dejó todo un surtido de licores en el centro de la mesa dejando claro que ella se largaba.

—Emilio, tienes que probar este Jagërmeister que destilo yo personalmente.

—¿De veras?

—Nooooooooo... Pero está bueno como si lo hubiera hecho yo, prueba —dijo sirviéndole en un vaso de chupito.

—No sé si debo, he bebido mucho...

—Te vas a quedar a dormir aquí, ya te han preparado la habitación de invitados, no sufras.

—No, por favor, no quiero causar ninguna molestia...

—Es para proteger la inversión de mi marido, con lo que has bebido y aún más vas a beber no te dejes conducir. Entiende que no te lo pido, es una orden, ¿eres escritor y no conoces el imperativo?

Tötler aprovechó para seguirle la broma:

—Ella no conoce otro tiempo verbal...

Todos rieron. Rita, que estaba de pie al lado de Bellido, soltó esa risilla aguda tan poco apropiada a su encanto.

—Bueno, os voy a dejar a solas. Ya pasaré luego a vigilar que no estéis muy borrachos...

Mientras el taconeo se alejaba, los dos hombres guardaron el mismo silencio que si reverenciaban a una diosa, y Bellido sintió un hormigueo que era mejor no describir.

—¿Por dónde íbamos, querido Bellido?

—Hablabamos de Meroveo...

—El primer rey de la dinastía surgida de la nada, o del leyenda, que según usted es lo mismo. Una dinastía con árbol genealógico casi completo hasta que carolingios eliminaron su estirpe confundiendo a los últimos descendientes de dicha genealogía. ¿No le parece raro que un noble linaje surja de la nada? ¿No le parece más raro que ese vacío corresponda a los primeros siglos del cristianismo? ¿No le parece sospechosa borrar nombres precisamente de árbol genealógico que puede estar emparentando con el Santo Grial? Entonces, querido Bellido, ¿qué es el leyenda sino una bella manera de contar la verdad?

Bellido se sirvió un segundo chupito del licor de hierbas alemán, sacó su bloc de notas, escribió: capítulo tres. Tötler prosiguió.

—Cuando carolingios ya habían usurpado el reinado de los merovingios allá en el siglo IX, un noble caballero, Guillermo de Gellone, hijo del último rey merovingio Teodorico, que gobernaba una provincia del sur de los Pirineos, decidió buscar un nuevo refugio para el gran tesoro, ese que ya llevaba siglos escondido y cuyo secreto pasaba de generación en generación: el sarcófago de Jesús. Después de la caída del Imperio romano, el auge del cristianismo y la creación de Iglesia católica, ese tesoro por si solo había adquirido un doble valor. De un lado demostraba que la gran religión que empezaba a dominar el mundo, y que el Imperio romano adoptó en el 380, estaba construida sobre grandes mentiras: crucifixión y resurrección.

»Por otro, los propios merovingios, con el rey Clodoveo, nieto de nuestro amigo Meroveo, habían adoptado la religión católica gracias a uno gran pacto con la Iglesia de Roma, en que Clodoveo aceptaba ser bautizado e Iglesia católica le reconocía a él como rey. Gracias a ese pacto que uno reconocía a la Iglesia y el otro al Estado, los merovingios consiguen su mayor expansión y riqueza y, por lo tanto, proteger al mismo tiempo el gran secreto que podía

acabar con la Iglesia era un contrasentido, casi una estupidez.

»Por este motivo, cuando la pérdida de los privilegios merovingios ya era una realidad, Guillermo, habiendo guerreado en provincia de Septimania, Girona y Barcelona, y convencido de haber encontrado un lugar seguro donde nunca nadie lo iba a encontrar, decide buscar nuevo refugio para Santo Grial y nuevos custodios del secreto. Por eso eligió al mejor de sus hombres, el caballero Otger Golant, para encargarse de la misión. Otger construyó un castillo en la montaña más mágica y tranquila que nunca había visitado jamás Guillermo de Gellone, una montaña y un castillo del que Wolfram von Eschenbach ya quiso hablarnos en su poema protagonizado por el caballero Parzival y su épica aventura en busca del Santo Grial, esa a la que él denominó Montsalvat... Querido Bellido, ¿imagina dónde?

—Montserrat.

—Premio. ¿Recuerda que antes le he hablado de la importancia de las leyendas? ¿Sí? Usted, como catalán, conocerá una de las más importantes de su país, ¿sí?

—¿Otger Cataló y los nueve barones de la fama?

—Otro premio para usted, querido Bellido. Aunque bien podemos cambiar el nombre por Otger Cataló y los nueve caballeros del Temple... La Orden del Temple, la auténtica.

—¿Adónde quiere llegar?

—Los templarios como guardianes del Santo Grial no existen, solo existe un grupo de bravos guerreros para la reconquista de la Tierra Santa con una cruz roja sobre el pecho. Pero, paralelamente, otros templarios, los de Hug de Pinós (vaya, qué casualidad, casi llama como auténtico fundador de Orden del Temple, Hugo de Payns) eran verdaderos custodios del Santo Grial.

—Señor Tötler, siento decirle que nunca existió Otger Cataló y que los nueve barones de la fama son leyenda, solo leyenda...

En ese preciso instante el susurro de unos pasos, casi flotando, provocó el silencio. Rita, con zapatillas y batín, se les acercó. Era la primera vez que Bellido la veía sin maquillaje y pudo comprender al mirarla que si realmente tenía cincuenta años había vendido su alma al diablo.

—¿Aún estáis aquí? Voy a acostarme. Ya le mostrarás tú dónde está su habitación...

—Ya estamos acabando...

Rita asintió, se sentó y el alemán, con gesto concentrado, intentó recordar el

hilo de la conversación.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Volvía a poner en entredicho la importancia de los leyenda...

—Es un hecho demostrable, señor Tötler. La leyenda de los nueve barones no existe, los templarios catalanes no existen...

—Pues vaya con cuidado porque los tiene muy cerca... Querido señor Bellido, final de capítulo.

Después de que Rita lo dejara en la habitación de invitados, el escritor recuperó esa última frase e intentó comprenderla. ¿Se refería a ellos? ¿Eran Klaus y Rita los herederos de los caballeros templarios? ¿Sería cierto que los restos de Jesús reposaban en el corazón de la montaña santa? ¿Y si fuera así? ¿Acaso dejaría de creer o, muy al contrario, reforzaría su fe? ¿Por qué su religión, si se basaba en la fe, necesitaba de los milagros?

Por efecto del alcohol, Bellido fue cerrando lentamente los ojos e intentó imaginar que Rita entraba en la habitación. El escritor no recordaba la última vez que se había acostado con alguien. Tenía imágenes, pero era incapaz de situarlas en el tiempo, si hacía ya un año o tal vez más. Entonces sintió un escalofrío al darse cuenta de que tendría que romper el pacto.

IX

A la semana siguiente Bellido esperaba a Tötler a la entrada de la plaza del monasterio, delante del bar. Los vehículos con discapacitados tienen permiso para pasar más allá de las barreras del parking y dejar a los usuarios enfrente mismo del paso al monasterio. El escritor los esperaba sentado encima del peldaño de unas enormes torretas, entre el bar y el edificio del hostel, donde los peregrinos de Montserrat pueden alquilar celdas para pasar unos días de reposo y meditación. Un aluvión de turistas dispares llegados de todos los rincones del mundo componía la serenata de voces, gritos y jaleo típico de las jornadas multitudinarias del monasterio, típicas y habituales, sin descanso. Bellido pensaba en el padre Narcís, que un día le comentó que cuando la lluvia pegaba con fuerza sobre la plaza, echando de allí a todos esos intrusos, era cuando bajaba él y se paseaba pese a empaparse disfrutando de la ausencia de gentío.

Montserrat se había convertido en algo más que un lugar de culto. Era un objetivo turístico primordial para los cazadores de trofeos ansiosos de completar ese hueco en su álbum, entre la foto de la Fontana de Trevi y la torre Eiffel, con la del monasterio.

A Bellido, al igual que al resto de enamorados de la montaña, le molestaba ese turismo de alpargata, *shorts* y cámara de fotos que cuando salían lejos de la influencia de las papeleras dejaban toda su mierda en medio del monte. Esa gente que con sus gritos y algarabía ahuyentaban la espiritualidad de la montaña con el único objetivo de conseguir esa foto que podían comprar sin necesidad de moverse de casa. En esas estaba Bellido, tan distraído, que cuando el monovolumen aparcó a su lado se asustó.

Javier bajó su ventanilla.

—Buenos días, señor Bellido. ¿Qué hay que hacer?

Tötler giró la cabeza desde el otro extremo del vehículo para saludarle también.

—Tienes que dejar al señor Tötler aquí, yo ya me ocupo, y volver al

aparcamiento.

Javier asintió y raudo se desmontó para maniobrar la silla de ruedas por la rampa posterior. Un miembro de seguridad del monasterio se acercó para ayudar.

—No hará falta, gracias —le dijo Javier.

Tötler, a pocos metros de la entrada, abrió los ojos como un crío que por primera vez observa las estrellas y, como encantado, fue girando la silla de ruedas sobre su eje para fijar en el recuerdo la panorámica de las montañas. La magia de Montserrat es esa, que cada vez que te encuentras bajo su influencia te vuelve a enamorar como atrapado eternamente en la magia del primer beso.

Javier esperaba a su lado, mientras el guarda le recordaba que no podía estacionar allí el vehículo.

—Ya te avisaremos cuando acabemos y nos vuelves a recoger aquí. — Bellido, viendo con alegría que el alemán acababa de sufrir un raptó, tomó la iniciativa.

Accedieron a la plaza en silencio. Tötler iba sumido en algún profundo pensamiento, que el escritor respetó hasta que no tuvo más remedio que hablarle para que se desviara del camino. El alemán, acostumbrado a tomar la dirección de la basílica, se dirigía a la arcada que separaba los dos espacios, la antesala de la iglesia y el acceso a la cripta de la Moreneta, la Virgen Negra.

—Por aquí, por favor —corrigió el escritor para conducirlo a la rampa de entrada y a la portería del monasterio, habilitada para acceder en silla de ruedas.

Por el ascensor, un poco apretados, llegaron a la portería donde Neus, sin necesidad de que le preguntaran, se anticipó.

—Ya aviso al padre abad de que han llegado, sea bienvenido al monasterio, señor Tötler.

Tötler hizo una reverencia y Bellido, al mirarle a los ojos, se dio cuenta de que se estaba enfrentando a algo que para él era muy trascendental. El alemán, siempre serio, rígido y seguro, estaba mostrando sus sentimientos y Bellido meditó que realmente se sentía cerca de encontrar su verdad.

Neus, después de una breve charla con Maties, se dirigió a Bellido:

—Dice que los recibirá en la sala Gassó. ¿Le acompañas tú mismo?

—Por supuesto.

—¿Querrán tomar algo? ¿Café, agua, un refresco?

—No, gracias —respondió el escritor, tras interrogar con un gesto al alemán.

Bellido acompañó a su mecenas a la sala Gassó, que estaba al lado, abrió la puerta y dio la luz como si estuviera en su casa. La fascinación del alemán volvió a reflejarse en sus ojos al descubrir unas paredes repletas de lienzos magníficos entre los que destacaba uno con un tigre en posición de ataque casi a tamaño real. El impacto de su visión atraía todos los sentidos. La sala no tenía ninguna ventana que diera al exterior, era un cuadrado cerrado, oscuro, pero a la vez iluminado por esos lienzos que le daban luz. La periferia de la habitación estaba rodeada, dibujando el mismo cuadrado que las paredes, por un gran número de sillas y tresillos con los cojines entapizados de color rojo y aspecto señorial.

El abad llegó en el mismo momento que Tötler inspeccionaba atentamente un fresco de la Moreneta con un vestido rojo y manto azul.

—Señor Tötler, en nombre del monasterio y de la hermandad, le doy la bienvenida al monasterio, su casa.

El alemán correspondió animado al saludo.

—Para mí es honor mucho grande, pero perdone antes mi mal castellano...

—Su castellano es perfecto, no se preocupe, nosotros que somos catalanes lo hablamos peor.

Bellido rio la broma, que el alemán no entendió, y luego saludó al abad.

—Muchas gracias por recibirnos.

—Por favor, siéntate —le dijo a la vez que se retiraba una silla de la ordenada hilera para formar un pequeño corro en torno del alemán.

Bellido se sintió en la obligación de hacer los honores.

—Abad, el señor Tötler lleva tres meses en Barcelona y me está ayudando en mi nueva novela sobre Montserrat, un libro de aventuras muy diferente a todo lo que estaba haciendo hasta ahora.

El abad asintió leve y repetidamente, como meditando.

—Interesante, interesante... Y dígame, señor Tötler, ¿de qué parte de Alemania es usted?

—Köln, en Westfalia. ¿Conoce?

—No he tenido el placer. Es lo que antiguamente se conocía por Teutoburgo,

¿verdad?

—Exacto, ser usted muy ilustrada.

—El abad —intervino el escritor— es una persona como usted, de una gran cultura e inquietudes infinitas.

El abad le dedicó un gesto levantando el brazo derecho como un ademán:

—No seas exagerado, Emilio. Y dígame, ¿de qué va la novela?

A Bellido le subió un sofoco repentino.

—Es historia aventuras, como un Indiana Jones. ¿Sabe qué es Indiana Jones?
—respondió Tötler.

El abad respondió con una sonrisa.

—Los monjes también vamos al cine, señor Tötler.

Su comentario, que consiguió que el alemán rompiera la seriedad de su rostro, lo animó a continuar.

—Es la historia de por qué Himmler venir a Montserrat en el 1940 a preguntar por el Santo Grial.

—De eso yo sé muy poco, señor Tötler.

—El abad aún no había nacido —añadió Bellido, como para sugerir que mejor no continuara por ahí.

Pero Tötler, muy alejado del código latino, no lo comprendió.

—Himmler parece no bueno recibido por monjes y yo comprendo. Himmler era persona muy esotérico y sentía fascinación por el poder de las montañas, fuerzas telúricos y todo eso. Creo que los monjes confundir cuando pidió visitar túneles secretos...

—Yo no sé más que usted de todo eso, señor Tötler. Lo que cuentan las crónicas, poco más... ¿Y la novela que escribe Emilio va de eso?

Bellido se apresuró a recoger el guante.

—Es una novela de aventuras, abad. La búsqueda del Santo Grial y todo eso, tal como ha dicho el señor Tötler; muy a lo Indiana Jones salvo que lo vamos a ambientar en Montserrat. Todo ficción, abad.

—Por eso, señor abad —añadió el alemán—, es para nosotros mucho importante el ambiente, los túneles y pasadizos secretas del monasterio es donde transcurrirá la novela.

El abad empezaba a mostrarse incómodo y Bellido lo notó.

—Ya se lo he dicho, abad, ficción, todo ficción.

Pero el alemán no quería dejar escapar una oportunidad como esa.

—Sí, exacto, ficción. Pero para libro muy bueno que Bellido poder ilustrar

antes con túneles y pasadizos de verdad, aquí, en monasterio... ¿Ser posible esto?

—Señor Tötler, en Montserrat no existe ningún túnel ni pasillo secreto. Lo siento pero todo esto Emilio se lo tendrá que inventar. Pero no sufra, lo hará bien.

—Ya, imagino que no enseñar los túneles a todo el mundo, claro. Pero para nuestro proyecto es importante y yo puedo donar dineros...

Bellido, que no se creía lo que estaba pasando, iba a intervenir antes de que el asunto se le fuera definitivamente de las manos, pero el abad se le anticipó.

—Señor Tötler, su donación al monasterio será muy bien recibida, y es mi obligación y deseo agradecerse en nombre de toda la congregación. Pero si la entiende como una especie de pago, no tengo más remedio que rechazarla.

—No, no, por favor. Donación no es a cambio de túneles. Yo amo su montaña, yo querer contribo... ¿cómo se dice?

—Contribuir.

—Eso, con-tri-buir. Pero montaña estar llena de cuevas y grutas, normal alguna en monasterio, puede que incluso usted no lo sepa.

—El monasterio ha sufrido diferentes ataques a lo largo de su historia, los más importantes de los sarracenos, y cuando la guerra con Napoleón. De haber encontrado algún túnel secreto, los franceses hubieran dejado constancia, ¿no lo cree?

—Ya, si ellos lo encontraron, pero ¿y si no?

Bellido, cansado de todo aquello, decidió intervenir sin disimular su malhumor.

—Señor Tötler, el padre abad ya nos ha concedido mucho tiempo, tiene obligaciones a las que acudir. Si quiere le acompaño a la basílica y a visitar a Nuestra Señora.

—Solo uno cosa, señor abad...

—Dígame.

—Yo sé usted no miente, pero para nuestro libro mucho importante los túneles. Si encuentra yo pagaré a usted mucho dinero.

Bellido se levantó de golpe. Se le había acabado la paciencia y, sin respetar que se encontraba en un lugar sagrado, saltó, perdiendo los nervios, hecho un basilisco:

—Pero ¡qué coño se ha creído!

—Emilio, déjalo, no pasa nada...

—Sí, abad. ¡Sí pasa! Ha abusado de su confianza y de la mía.

—Yo no quería molestar, solo que túneles...

—¡Basta ya, señor Tötler! ¡Basta! Ni al monasterio ni a mí nos interesa su asqueroso dinero nazi, métaselo por donde le quepa...

—¡Emilio!

—Perdón, abad, perdón...

Bellido andaba por el salón como un león enjaulado; el abad se levantó y le puso una mano en el hombro para calmarlo.

—Tranquilo, Emilio, no pasa nada. Señor Tötler, encantado —dijo antes de despedirse.

El alemán, humillado, no respondió; tenía el rostro encendido por la rabia y parecía que iba a explotar. Sin embargo, de manera sorprendente habló sereno y tranquilo.

—Perdone, señor Bellido, he sido muy torpe...

—¿Torpe, solo torpe? ¡Un auténtico estúpido! Eso es lo que ha sido.

—Tengo que contarle el verdad...

Bellido sonrió de manera sarcástica como antesala al comentario que se disponía a soltar:

—¿Verdad o leyenda?

—Le he estado utilizando...

—¿Cómo?

—El verdad no interesa libro sino su ayuda.

—No le entiendo.

—Yo buscar el Santo Grial, el auténtico...

—¿Se refiere al cuerpo de Jesucristo?

—Está escondido aquí, en montaña, yo sé; yo tengo plan pero necesito su ayuda, llevo años preparando...

Bellido todavía no sabía qué pensar. Su silencio animó al alemán a continuar:

—Llevo mucho años soñando este momento; la novela es la coartada para acceder a secretos de los monjes, mi sueño es presentar la novela y tesoro mismo tiempo... ¿Tú puedes imaginar? ¡Tu libro más éxito de todos los tiempos!

—¿Por qué está tan seguro de que su informe es verdadero?

—Eso no puedo confesarlo, querido Bellido. Pero yo le doy mi palabra de que Informe Ahnenerbe es verdadero, yo le doy mi palabra que la momia de

Jesús está en su montaña.

—No lo sé, señor Tötler, después de su comportamiento será muy difícil por no decir imposible obtener información...

—Lo sé, y pido disculpas, pero recuerde que puede ser autor más éxito de la historia, señor Bellido.

—Y si no encuentra su tesoro, ¿qué?

—Usted habrá cobrado muchos dineros por una novela que una editorial americana va a publicar.

—Ah, pero ¿eso es verdad?

—Se lo prometo.

—De acuerdo, de acuerdo... Vamos a llegar hasta el final de este asunto aunque solo sea para demostrarle que las leyendas, como esa otra que circula, eso de que Jesús vivió y murió en Cachemira... solo son eso, leyendas, estúpidas leyendas.

—Mucho bueno señor Bellido, respeto su pensamiento. Entonces, ¿le parece bueno venir a comer en casa? Vámonos a dar giro a nuestra novela.

—¿Capítulo cuatro?

—Capítulo cuatro, querido Bellido.

X

Una chica muy joven y bonita, de poco más de veinte años, con cuerpo de niña y mirada frágil, despidió al abad bajo el quicio de la puerta en el rellano de un tercer piso de un edificio de Barcelona. El abad, vestido de calle, le dio dos besos.

—Cuídate, Alba. Cuídate mucho, por favor.

Ella le sonrió como escondida detrás de su frontera; él se montó en el ascensor y, sin dejar de mirarla a los ojos, apretó el botón de la planta baja.

Maties, el secretario que iba con él a todas partes, lo esperaba dentro de un bar, en la esquina. El abad se asomó sin llegar a cruzar el umbral y le indicó con un gesto que ya había terminado.

Maties fue a pagar mientras el abad esperaba fuera, y desde la barra cruzó su mirada con la de un extraño que tomaba un refresco en las mesitas de la calle. Su levita de sacerdote siempre llamaba la atención.

Cuando el secretario y el abad marcharon calle abajo, el hombre los siguió con la mirada, luego llamó la atención del camarero y pidió otra bebida.

Aproximadamente una hora después, Alba salió a la calle sin darse cuenta de que alguien que se acababa de levantar de una terraza del bar de la esquina la seguía muy de cerca.

En ese mismo instante el abad llegaba a Montserrat, que se tropezó con Bellido nada más entrar. El encuentro no había sido fortuito, aunque el escritor fingió que sí lo era. Llevaba horas esperándolo.

—Abad...

—¿Qué tal, Emilio?

—Quisiera pedirle disculpas...

—No sufras. Si ya cuesta responsabilizarnos de nuestros propios actos, qué decir de los de los demás. No sufras, por favor.

Entonces el abad se dio cuenta de que hablaban en medio de la portería y arrastró a Bellido a un sitio más tranquilo.

—Vamos a mi despacho —le dijo.

Emilio suspiró aliviado al comprobar que el abad no le guardaba resentimiento.

—¿De qué conoces al alemán? —lo interrogó cuando llegaron a su despacho y el abad se sentó a su mesa.

—De poco. Vino a buscarme en la presentación de la otra tarde.

—¿Y él te ha encargado la novela? ¿Es editor?

—No, es un hombre acaudalado, aunque desconozco el motivo de su fortuna. Quiere que escriba un libro de aventuras ambientándolo en el monasterio, eso es todo.

—El otro día me dijiste que creías que era un hombre al que tenía que conocer, que era importante que le conociera. ¿Qué te llevó a pensarlo?

—Es una persona que aprecia mucho la montaña; es instruido e inteligente, y además quería hacer una donación... Pero me equivoqué.

—Ya... Y ¿qué te ha contado él de Himmler?

—Nada, que tenía un informe según el cual el Santo Grial podía estar escondido aquí, en Montserrat.

—El Santo Grial no existe.

—Eso ya lo sé, abad. Ya le he dicho que la novela es de ficción, solo ficción.

—Ándate con cuidado, Emilio.

—No entiendo...

—No te fíes del alemán.

—Gracias, abad. Pero después de lo del otro día, con los túneles, esa es una lección que ya tengo aprendida.

—¿Sigues adelante con su novela o lo has dejado?

—Necesito el dinero, abad, pero si usted me pide que abandone lo haré al instante.

—Nadie debe influir en las decisiones del hombre excepto Dios. Haz lo que tú decidas y no te equivocarás.

—Así lo haré.

—Lo sé, Emilio, lo sé.

—Abad, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué cree que para el alemán era tan importante que le mostrara los túneles?

—Los túneles no existen, Emilio.

—Ya lo sé. Bueno, supongo. Pero la pregunta es: ¿por qué estaba dispuesto a pagarle dinero, y conociéndole me imagino que mucho, por enseñarle dónde estaban los túneles?

—Porque supongo que se trata de uno más de esos chiflados que realmente creen en el tesoro del Santo Grial.

—Ya...

—Emilio, si me disculpas voy a descansar un rato. Llevo todo el día atendiendo asuntos por la capital y ando muy cansado.

—Por supuesto, abad. Y repito, acepte mis disculpas.

Bellido cruzó el pasillo hasta la antesala de la portería, saludó a Neus, distraída en su garita, y se dirigió por la puerta de la sala gótica a un lugar donde los monjes guardaban todo lo que pertenecía al gótico como si fuera un museo: las dependencias privadas del monasterio. Desde allí volvió a la sala Gassó y, asegurándose de que nadie le seguía, entró. Sacó el móvil de su bolsillo y fotografió la imagen de la Virgen con el manto rojo y azul rodeada por monaguillos a sus pies, uno de ellos extrañamente dibujado de espaldas. En el cuadro no figuraba la firma del autor. Eso le hacía dudar aún más de las palabras del alemán cuando este le había asegurado que quien lo había pintado era nada más y nada menos que Leonardo da Vinci, durante su estancia en Montserrat entre 1481 y 1483.

Eso de Da Vinci era otra leyenda moderna, otro majara, un tal Palacios que publicó sobre ello pretendiendo que Da Vinci pasó un año y medio en el monasterio

Definitivamente, Dan Brown, como antes hicieron otros autores como Wolfram von Eschenbach o Michael Baigent, había provocado una plaga de frikis más que dementes, majaras perdidos. Nadie con un mínimo de cultura general podía ni dudar que detrás del trazo de ese lienzo no se escondía el pincel de un artista como Leonardo. Bellido concluyó que se aprovecharía del dinero y del poder del alemán para publicar el libro que le podía catapultar a la fama, y se dijo que si otros habían jugado antes en el terreno de la ficción histórica, por qué él no. Pues vale, de acuerdo, Jesús no fue crucificado, la Magdalena era su esposa y huyeron a Occitania con José de Arimatea.

Coge el dinero y vuela, era eso, solo eso.

XI

Javier, siguiendo las órdenes de su jefe, acompañó a Bellido hasta la terraza de un concurrido bar en la calle Mallorca, muy cerca de la plaza de la Sagrada Familia. El escritor no entendía por qué habían quedado allí; un lugar infestado de turistas atraídos de todo el mundo por el encanto de la catedral inacabada, en un bar sin intimidación y con precios de guiri donde una cerveza costaba más de tres euros. Además, había algo más raro aún que el extraño punto de encuentro: el alemán no lo esperaba solo, sino que lo acompañaba un hombre voluminoso y gordo, con las mejillas coloradas y al que parecía que le faltaba el aire.

—Señor Bellido, siempre un placer verle. Este a mi derecha es Robert Bramley, científico y doctor en Antropología. Él va ayudarle usted mucho, desde ahora ustedes ser socios.

Bramley se levantó para ofrecerle su mano y presentarse en un correcto castellano.

—Buenos días, señor Bellido. Me han hablado maravillas de usted.

—Encantado, doctor. Por su acento no acabo de adivinar de dónde es pero voy a atreverme, ¿americano?

—Casi, si tenemos en cuenta que Estados Unidos fue Nueva Inglaterra... Soy de Londres.

Tötler dirigió un gesto al camarero, pero este miró hacia otro lado.

—Estos chinos más incompetentes que... —Tötler no consiguió acabar la frase porque Bellido lo interrumpió.

—Ya voy yo a la barra. ¿Qué quiere?

—No, yo nada, era para usted que acaba de llegar.

—No se preocupe, cuando se acerque ya pediré, no tengo sed. Pero dígame, exactamente, ¿a qué me va a ayudar el doctor Bramley?

—A encontrar túnel secreto.

Bellido sonrió y Bramley supo por qué.

—Usted no se cree nada, ¿verdad?

Tötler se anticipó para aclarar las cosas.

—El señor Bramley conoce todo nuestro plan, Informe Ahnenerbe, nuestro libro, todo. Hablar con él es como hablar conmigo, ¿sí?

Bellido asintió y se dirigió al inglés.

—Si he de serle sincero, tengo la sensación de estar viviendo mi propia novela, y claro, la ficción es eso, ficción.

—¿Usted sabe que como mínimo cinco castillos están bien documentados en Montserrat?

—Decir bien documentados es decir mucho, señor Bramley.

—Los más antiguos —continuó Bramley demostrando que nada ni nadie le iba a persuadir de su tesis— eran el de la Guardia, llamado también de Bonifaci y el de Santa Magdalena o castillo de Otger, que pudo estar construido en la misma época de nuestro estudio, a principios del siglo IX. Pero hay otros, como el del Marro cerca de Santa Cecilia, el de Sant Antoni cerca de Monistrol y el de Montserrat encima del monasterio aunque este bastante más posterior, sobre el siglo XV. Está claro que nuestra investigación para separar la ficción de la realidad tiene que empezar en el castillo de Otger. Señor Bellido, ¿podría llevarme mañana mismo hasta las ruinas del castillo de Santa Magdalena?

Tötler quiso reordenar la información y la estrategia ya que Bellido ponía expresión de no entender nada.

—Se trata de encontrar uno punto de inicio, uno acceso a grutas subterráneas de la montaña. Una vez encontrando enviaremos un equipo de espeleólogos mucho buenos y si de verdad existen los pasadizos secretos debajo del monasterio los descubriremos.

—Pero señor Tötler, no vamos a conseguir ningún permiso para hacer eso...

El inglés y el alemán se rieron en el mismo idioma.

—Por supuesto, nadie va a pedir ningún permiso, trabajaremos de noche, sin ruido ni llamar la atención.

Bellido tuvo una sensación de ahogo; trabajar a las espaldas de esos hombres que tanto le habían ayudado, los monjes benedictinos, le parecía una especie de sacrilegio. Como si pecara.

—Señor Bellido —dijo Bramley al darse cuenta—, si considera que sus principios no se lo permiten, únicamente le pediré que me acompañe en la investigación. Durante la exploración se quedará al margen.

—¿Y por qué precisamente Santa Magdalena? Si se supone que buscamos un

túnel que comunique con el monasterio, estratégicamente es un mal comienzo. Se lo aseguro.

Tötler, cuando por fin consiguieron pedirle tres jarras de cerveza al chino, cogió el relevo en la explicación.

—El punto de partida es Guillermo de Gellone, hijo de uno de los últimos reyes merovingios, Teodorico IV, aunque esta información se pierde en el complicado árbol genealógico merovingio donde los familiares son nombrados de mil formas diferentes, dependiendo del lugar y título. Él es la conexión con la orden benedictina, ya que después de abandonar las armas se retiró al convento benedictino de Aniane y acabó sus días en Gellone, donde fundó un monasterio que llevaría su nombre. Siempre bajo la regla de san Benito. Él, como ya he dicho antes, ordenó al caballero Otger poner en buen recaudo el tesoro del Santo Grial y es el punto de partida para la investigación Ahnenerbe en la ciudad de Barcelona. Usted sabe primer conde de Barcelona ser uno llamado Bera, ¿sí? ¿Sabe usted quién es el padre del conde Bera? ¿No? Un tal Guillermo de Tolosa, conde de Autun, duque de Borgoña, primo de Carlomagno e hijo de Teodorico; sí, querido Bellido, nuestro Guillermo de Gellone. Y ¿qué tiene que ver todo esto con Montserrat? ¿Sí? El leyenda, otra vez, dice que pastores encontrar la talla de la Virgen en el siglo IX. Si Otger construyó el castillo de Santa Magdalena en el siglo IX en una montaña que estaba bajo el protectorado del conde de Barcelona, el leyenda tiene otra lectura, ¿sí? Pero eso no es todo. La iglesia benedictina más antigua en Barcelona, Sant Just i Pastor, reconocida como la primera catedral de la ciudad, ¿sabe qué diosa veneran desde el siglo IX? ¿Sí? Una Virgen Negra.

—¿Adónde quiere llegar?

—Espere, señor Bellido, no he acabado; en 1736, en excavaciones en iglesia, se encontró una lápida del año 899 con una inscripción que reza: «Aquí descansa Witiza, hijo de Teodorico rey.» Bueno, un error seguro. Witiza rey visigodo no hijo de Teodorico, además de vivir siglo antes. ¿Quién está en lápida de Witiza? ¿Quién tener relación con benedictinos Sant Just i Pastor y al mismo tiempo con condado de Barcelona e hijo de Teodorico rey?

—¿Guillermo de Gellone?

—Premio otra vez, señor Bellido. Otger, por gracia del hijo de Guillermo, conde Bera, obtuvo beneplácito para construir en Montserrat bajo tutela del condado de Barcelona un castillo, una fortaleza, pero la pregunta es: ¿qué protegía una atalaya de defensa en Montserrat tan lejos de poblados? ¿Qué

sentido podía tener?

Bramley escuchaba sin intervenir, mostrando con una orgullosa sonrisilla que él sí que estaba al corriente de todo. Cuando Tötler hizo una pausa, el inglés incitó al escritor.

—Diga, señor Bellido, ¿qué puede proteger una fortaleza en lo alto de una peña, a mil metros de altitud, sin aldeanos ni nobles a los que prevenir o defender de un ataque sarraceno?

—Supongo que la respuesta correcta tiene que ser el Santo Grial.

—Otro premio para usted, señor Bellido. Lo que protegía la fortaleza estaba dentro de la fortaleza, no a miles de leguas de distancia y su pacto secreto sellado en Sant Just i Pastor: la leyenda de Otger Cataló y los nueve barones, ¿recuerda? Ya ha encontrado a sus templarios, querido Bellido, ya le dije que los tenía cerca. ¿Ha comparado nunca la cruz de san Benito con la cruz de los templarios? ¡Vaya, qué coincidencia, es la misma!

Bramley y Tötler se contagiaron adoptando la misma expresión orgullosa, la misma de los niños que comparten un secreto, mientras Bellido procesaba toda la información.

—¿Me está diciendo que los monjes protegen el secreto?

—Pese a que detrás de usted alguien diseñó uno anuncio gigante para que todo mundo descubriera la verdad...

Bellido, sin entender nada, hechizado como siempre le pasaba con el efecto de esa droga que consumía al alemán, se giró de golpe. Pero a su espalda no había nada, excepto la Sagrada Familia.

—¿La Sagrada Familia?

—Otro premio para usted. La obra de un genio, Antoni Gaudí, que se inspiraba en Montserrat y que era devoto servidor de la iglesia de Sant Just i Pastor. Piense, ¿qué nos quería decir Gaudí con su catedral?... Final capítulo, querido Bellido.

En ese momento, en el otro extremo de la Ciudad Condal, Alba se subía al metro en Palau Reial con una carpeta bajo el brazo y su mochila colgada en la espalda. Acababa de salir de clase de la universidad de física y química. Al llegar a la estación de Sants se bajó para hacer transbordo y un hombre la adelantó corriendo en actitud sospechosa. En ese mismo instante un escalofrío recorrió su cuerpo. Su mochila no pesaba como antes. La descolgó y

comprobó lo que se temía, que ese hombre le acababa de robar la cartera con un limpio corte de navaja, justo encima del compartimento donde la guardaba. Alba miró a su alrededor como buscando un rostro amable que la ayudara, pero todo el mundo andaba con prisas y a la suya. Se llevó las manos a la cara y se puso a llorar. Sola.

XII

Bramley era un hombre pesado y fofo, lo contrario de una persona sana y deportista, y todo un estorbo para moverse por las cumbres de Montserrat. Por suerte, el cremallera de Sant Joan, un tren que escalaba casi en vertical desde el monasterio a la mencionada cima facilitaba algo la labor. Pero claro, el itinerario desde el Pla de les Taràntules, lugar donde se ubicaba la estación y la cima de Santa Magdalena, con una última ascensión empinadísima por las escaleras de Jacob, amenazaba seriamente el éxito de la misión.

Como Bellido ya sospechaba que mover a ese mastodonte sería complicado, había llevado bebidas energéticas, frutos secos y chocolate.

Y en esas estaban, descansando bajo unos robles, hidratándose, a pocos metros de empezar la última ascensión a las ruinas de la ermita de Santa Magdalena, esperando que el inglés recuperara el aliento y volviera el color normal a su rostro, cuando Bellido aprovechó la altura para mirar abajo, al monasterio, y se dio cuenta de que todo ese esfuerzo era en balde; que, aun suponiendo que existiera un entresijo de túneles subterráneos en la montaña, suponer que alguno con origen en Santa Magdalena pudiera llevarlos hasta el monasterio era algo más que una quimera, era pura ciencia ficción.

—¿En qué estás pensando? —dijo Bramley tras recuperar el habla, tuteándolo.

—Todo este esfuerzo es inútil...

—¿Por?

—Si lo que buscamos es el origen de un túnel secreto que nos lleve hasta el monasterio, mira. —Bellido señaló en dirección al monasterio que se aparecía como un juguete enano en la distancia—. Buscar una conexión desde aquí es algo completamente imposible.

—Las pruebas de que el castillo que hizo construir Guillermo era el de Santa Magdalena son evidentes.

—Ya, en eso tienes razón. Pero ¿por qué asociáis el castillo con un túnel que lleve al monasterio? ¿No puede ser que lo que escondiera Otger se encuentre

en alguna gruta, o enterrado, dentro de lo que era el recinto del castillo?

Bramley imitó el gesto del escritor señalando al monasterio.

—Y ¿qué hacen los custodios ahí, a kilómetros de distancia?

Bellido miró encima del monasterio y vio de repente Sant Dimes, la ermita que corona la peña a los pies de la cual se construyó la basílica.

—¡Es ahí! —le dijo al inglés como víctima de un encanto.

—¿Cómo?

—Que es ahí. El castillo que buscamos no es el de Santa Magdalena, sino el de Sant Dimes, el antiguo castillo de Montserrat.

—No puede ser, se construyó en el siglo XV...

—Todo cuadra excepto las fechas. Mira, obsérvalo bien, justo encima del monasterio hay una zona restringida de uso exclusivo para los monjes; de hecho, unas escaleras casi en vertical, protegidas por dos puertas cerradas con llave, comunican la ermita de Sant Dimes con la zona de clausura del monasterio y la cuidan con tanto celo como el que protege un tesoro. Allí han subido a meditar personas tan importantes como Otto Rahn, el dalái lama, Guillermo de Humboldt, san Ignacio de Loyola, Gaudí y dicen, aunque yo no me lo creo, incluso Leonardo da Vinci. Allí vivió el padre Boil, que fue el monje que acompañó a Cristóbal Colón en su viaje a las Américas, y también allí se escondió Xirinacs de la policía de Franco... Bramley, lo que estamos buscando se esconde en Sant Dimes, la ermita construida en el antiguo castillo; si existe un castillo del Santo Grial no puede ser otro, no entiendo cómo no se me ha ocurrido antes...

—Pero, repito, el castillo de Montserrat lo construyó Pedro de Aragón en el siglo XV...

—¿Recuerdas tu pregunta de ayer, Robert?

—¿Qué pregunta?

—Que qué pintaba un castillo a más de mil metros de altitud sin aldeanos ni nobles que proteger a muchas leguas de distancia... Pues imagina si, encima, ese castillo se construye sobre un peñasco tan abrupto y minúsculo que como mucho pueda dar morada a un puñado de soldados.

—Podría tratarse de una atalaya de vigilancia...

—Cierto, pero para ello tendría que estar comunicada con una fortaleza a la distancia justa para poder avisar con señales de humo o fuego, fortaleza que ya te digo yo que no existía en el siglo IX.

—Pero es que el castillo es del siglo XV...

—Si Sant Dimes es nuestro castillo del Santo Grial, hemos de dar por buena la hipótesis de que en el siglo XV lo único que hizo Pedro de Aragón fue reedificarlo como atalaya de defensa, pero que anteriormente Otger construyó su castillo allí, donde precisamente mayor actividad telúrica se percibe de toda la montaña.

Bellido, sin darse cuenta, al haber trasladado el escenario de su novela a Sant Dimes, un lugar predilecto de la historia de Montserrat, adonde acudía siempre que necesitaba meditar o sentirse cerca de Dios, se había impregnado de toda esa historia como si fuera real integrándose por completo como uno más del proyecto.

Siempre había dado por seguro que allí arriba había algo; que lo que él sentía y vivía cuando cerraba los ojos allí arriba nunca se había expresado en el interior de ningún templo que hubiera construido el hombre. Que en lo más profundo de su montaña latía un corazón que en ninguna parte como en Sant Dimes se podía escuchar, y, al darse cuenta de que ese corazón podía ser el de su señor Jesucristo, sin darse cuenta se santiguó y se estremeció.

XIII

A la mañana siguiente, después de pedir las llaves al hermano que se encargaba de la manutención y limpieza de la ermita con el pretexto de que necesitaba meditar, Bellido subió con el mastodonte inglés a lo más alto de la peña.

Ellos no podían usar el camino de los monjes, restringido a la zona de clausura, por lo que tuvieron que rodear la montaña por las escaleras del Paso de los Franceses, unas escaleras, casi de mil peldaños, que llegaban hasta el pico más alto de la montaña, el de Sant Jeroni, a mil doscientos cuarenta metros, venciendo un desnivel de quinientos metros en poco menos de un kilómetro. Toda una *iron-man*. Por suerte no era necesario llegar hasta el final de la escalinata; a medio camino, encima de una roca, se encontraba el desvío que conducía al sendero GR de Can Massana y a las ermitas de Sant Benet, La Trinitat, Santa Creu y Sant Dimes. Un trayecto, ladeando la montaña, de una hora aproximadamente que con el lastre del inglés se duplicó.

—Hay diferentes sendas que comunican el sendero GR con Santa Creu y Sant Dimes, pero cogemos la de Santa Trinitat porque de esta manera, ganando la altura de las murallas del antiguo castillo, podremos observar su perímetro mejor y hacernos una idea, imaginarnos su contorno...

Bramley flexionó las piernas y se agachó reposando ambas manos sobre los muslos; unos segundos después, consiguió exhalar.

—¿Falta mucho?

—Nada, saltamos unas rocas y tendremos el castillo delante, justo donde se tendía el puente levadizo.

Al llegar a la última peña, donde un enorme precipicio separaba la cima de Sant Dimes de la que se encontraban ellos, Bellido alargó su brazo y señaló.

—Ahí lo tienes.

—Yo no veo nada —respondió Bramley, resoplando.

—Fíjate bien, se observa la estructura, los adobes, la forma cuadrada...

Entonces Bramley advirtió el contorno y, ciertamente, un pequeño muro

antiguo aún se aguantaba en pie.

—¿Y eso? —preguntó extrañado el inglés.

—¿El qué?

—Fíjate, Bellido, en medio de la roca, unos metros más abajo de la construcción.

Mirando atentamente hacia el punto que le indicaba, Bellido advirtió algo que le había pasado por alto. Justo allí donde él señalaba, en medio de la roca natural de la montaña, había un orificio hexagonal tapiado por un bloque cuadrado que parecía una ventana en medio de un bloque de roca macizo.

—Parece una ventana... —exclamó.

—Una ventana tapiada, fíjate en la cuña de piedra que alguien ha incrustado para que no se mueva. Eso es obra del hombre, no de la naturaleza —apuntó Bramley.

Bellido no se lo podía creer.

—Por lo tanto, quien la tapió lo hizo por dentro. Está hueca, la montaña está hueca...

El inglés y el catalán se miraron compartiendo un idéntico entusiasmo.

—¿Podemos llegar allí?

—Claro, vamos.

Volvieron sobre sus pasos hasta recuperar la senda que conducía a la entrada de la ermita pasando primero por la de Santa Creu, una preciosa ermita edificada dentro de una cueva natural. Entre ambas se encontraba el acceso a las escaleras de los monjes. Los letreros de propiedad privada del monasterio empezaron a hacerse visibles al llegar enfrente mismo del precipicio, que se alzaba encima de la basílica de Montserrat. Desde las alturas, las personas que andaban por la plaza parecían hormigas multicolor perdidas en un ir y venir constante. En el estrecho pasillo, entre el bloque de piedra de su izquierda y el precipicio a la muerte a su derecha, una caída libre de más de quinientos metros. Una portezuela de hierro forjado con cerrojos impedía el paso al intruso aprovechando un hueco entre dos peñas.

—Bienvenido a Sant Dimes —dijo Bellido haciendo girar la llave.

El escritor se hallaba atrapado en una contradicción constante de sentimientos. Por un lado, entregar lo más místico y misterioso de la montaña a unos enviados de Hitler aún no sabía para qué fin, lo atormentaba y le hacía sentirse vil. Pero, por el otro, ese paso adelante que acababa de dar, ese que lo dejaba delante de una puerta que solo tenía que cruzar para creérselo todo,

lo empujaba hacia dicho umbral, embrujándolo.

Andando por la periferia, con el abismo a su derecha y la roca a su izquierda, después de volver a cerrar el paso con llave, llegaron a la pequeña explanada donde se encontraba la ermita y, enfrente, la capilla. Bellido empujó la puerta. La pequeña nave construida con un solo arco era poco más que un almacén donde iba a parar toda la mierda. Sacos llenos de escombros, cajas, plásticos, sacos, de todo...

—No me lo imaginaba así —se sinceró Bramley.

—La ermita está en constante remodelación y la capilla sirve para guardar los materiales al abrigo de las inclemencias del tiempo. Claro, de esta manera no creo que Ignacio de Loyola tuviera ninguna revelación —bromeó.

—Ah, la leyenda de san Ignacio, la conozco. Subió a pasar unos días de meditación en la ermita y aquí, en lo más alto, tuvo una revelación que le hizo entregar las armas y emprender una vida dedicada a la predicación.

—Estás pisando donde pisaron sus pasos, como muchos otros.

—¿Y el castillo?

—Estamos en el centro. Todo esto debían de ser las dependencias interiores, los salones y las habitaciones.

Bramley, extrañado, dio una vuelta sobre sí mismo. Se encontraba en lo alto de un despeñaperros y, claro, no podía comprender cómo ni quién pudo construir un castillo ahí.

—Ya te dije que el lugar era pequeño.

Detrás de la ermita, para ganar el desnivel de una gran roca, dos tramos de escalera metálica les facilitaba la acción.

—Las rocas tendrían que haberse quedado dentro del recinto de la fortaleza, ahí llevan desde el principio de los tiempos —explicó el escritor.

Imaginarse la estructura del castillo era complicado entre rocas y peñas que no se podían apartar como quien corre un mueble. Eso era lo que estaba pensando Bramley y lo que Bellido adivinó.

Al llegar a lo más alto de la cima de Sant Dimes, unos peldaños esculpidos sobre una peña eran testimonio de una historia que alguien escribió muchos siglos atrás, tantos que bien pudiera tratarse del mismo Otger Golant. La peña, en el pasado, formaba parte del interior de la fortaleza y la escalera seguro que llevaba a alguna dependencia privada. Subieron a la misma por esos peldaños y, desde ahí, Bramley volvió a mirar a su alrededor intentando dibujar en su imaginación los límites de la fortaleza.

—Realmente tienes razón, Bellido. ¿Qué sentido tiene una atalaya de defensa aquí pese a divisarse media Cataluña? Prevenir de un ataque sarraceno desde esta distancia es una auténtica quimera. Por otro lado, la construcción en permanente equilibrio, existiendo otros puntos con la misma o parecida perspectiva de visibilidad y mayor, con mucha mayor facilidad de construcción, nos delata que realmente nos encontramos en los cimientos del castillo del Santo Grial.

Bramley decía esas palabras como encantado, mientras Bellido inspeccionaba los alrededores de la roca de los peldaños.

—La ventana que hemos localizado —proseguía Bramley— se tiene que encontrar a mi izquierda, a unos diez metros o más de mis pies. Tendremos que perforar, pero siendo esta la zona protegida ya me dirás cómo vamos a hacerlo...

Entre la peña donde se había quedado Bramley plantado como un estandarte y la pequeña explanada, prostituida por el Gobierno de la Generalitat al colocarle una estación meteorológica, un rastro de arena reciente junto a un matorral llamó la atención a Bellido. ¿Qué animal terrestre puede vivir entre peñas casi aislado?

Se acercó y observó unos excrementos. Bramley había llegado hasta su lado.

—¿Qué es eso?

—Excrementos de un animal salvaje que de ninguna manera podría sobrevivir aislado entre cerros, una jineta.

—¿Qué quieres decir?

—Que sin duda hay cuevas y laberintos que comunican entre sí...

Bellido sacó el machete que siempre llevaba en su mochila, partió el tallo del arbusto, perfumando de romero el ambiente, y dejó al descubierto el enorme hueco de una madriguera.

—¿Qué es eso? —preguntó fascinado el inglés.

Bellido enfocó con la linterna de su móvil una rampa que bajaba casi vertical y escarpada, en la parte interior de la roca.

—¿Qué es eso? —repitió Bramley.

Pero Bellido, que se encontraba tan fascinado como él, en lugar de responder empezó a descender por dentro, como hechizado.

—Cuidado, Bellido, con cuidado... —exclamó dándole una mano.

Una vez se sintió seguro, bien apoyado, con casi todo el cuerpo dentro del orificio, enfocó su linterna a ras del suelo. A una distancia aproximada de

cuarenta centímetros la una de la otra, y de manera simétrica, aparecían unas manchas extrañas. Bellido rascó sobre ellas con su machete.

—¿Qué encuentras? ¿Qué hay? —exclamaba Bramley, impaciente.

Bellido se encaramó de nuevo al exterior. Allí, bajo el mismo sol que algún día iluminó a Otger, dijo:

—Hay una escalera que alguien, deliberadamente, ha nivelado rellenando los huecos con cemento para que no se pueda usar.

—¿Es profunda?

—Mucho más de lo que me alcanza la vista.

Bramley sonrió casi emocionado, con toda la emoción que le sea posible a un británico, y se abrazó efusivamente a su compañero. Bellido notó cómo sus mullidas carnes le estrechaban antes de sentenciar:

—Bramley, la hemos encontrado. Es la escalera que lleva a Dios, la escalera de Jacob.

XIV

Javier y Tötler estaban reunidos en un despacho en el último piso de la residencia del alemán. Antes de la salida al solárium y a la piscina, y justo enfrente de la otra habitación de la planta, donde la caldera, la sala de máquinas del ascensor y la lavadora. Tötler usaba los espacios según los asuntos que tenía a tratar y la época. Por ejemplo, ese era el lugar ideal para trabajar a principios de verano, cuando la luz atravesaba el espacio por los cuatro costados. El alemán tenía una carpeta abierta encima de la mesa, de la que se desparramaba un sinfín de fotografías en las cuales siempre aparecía Alba, sola o acompañada. Javier, a su lado, las iba comentando.

—Vive completamente sola en la calle Balmes con Diputación, el piso es de alquiler y se lo paga el abad...

—Vaya, vaya, con el cura.

—No, no es lo que parece, señor Tötler.

—¿Ah, no?

—No, es mucho mejor. Alba es su sobrina, pero es algo más que una sobrina...

Javier hizo una pausa estratégica, como para dar importancia y suspense a lo que se disponía a explicar.

—Cuenta, cuenta...

—Verá, los padres de Alba tuvieron un accidente de circulación hará algo más de un año. Murieron. Desde entonces el abad se ocupa de ella como si fuera su padre.

—Vaya...

Javier rebuscaba unos papeles entre los del informe; cuando los encontró, los lanzó encima de las fotos enérgicamente.

—Mire, es un intercambio de e-mails en los que se aprecia el alto grado de conexión y afecto que existe entre ellos. Alba era la única hija de su hermano, el que murió en el accidente, y desde entonces él ha ocupado su lugar.

—O sea, que ya lo tenemos... Bueno trabajo, Javier.

—Ya le dije que Detectives Gómez eran los mejores para estos casos; caros, pero los mejores.

En ese instante sonó la línea interna de la casa, la que Tötler usaba para hablar con el servicio y, en ocasiones, con su mujer.

—¿Sí? —preguntó.

—Señor Tötler, los señores Bramley y Bellido preguntan por usted —le comunicó Teresa, una chica rumana que servía un poco para todo.

—¿Bramley y Bellido? ¿Dónde están?

—Aquí, en el salón de la planta baja.

—Diles que ahora bajo. ¿Y la señora?

—Ahora mismo, señor Tötler. La señora creo que está en la piscina.

—¿En la piscina? De acuerdo, gracias.

El alemán se apresuró a recoger los papeles y guardarlos dentro de la carpeta. Luego ya los dejaría en la caja fuerte, lejos de miradas curiosas, pensó.

—Bueno trabajo, Javier —reiteró—. Puedes retirarte.

Abajo, en el salón, Bramley y Bellido continuaban ebrios de emoción, sumergidos aún en ese estado de impaciencia que exalta el temperamento del que tiene buenas noticias. Sus caras lo decían todo.

—Vaya... ¿Qué ha pasado?

Bramley, después de cruzar una furtiva mirada con el escritor, se adelantó:

—Ya lo tenemos, señor. Ya lo tenemos...

—Nos equivocamos de castillo —interrumpió Bellido reclamando su dosis de protagonismo—. No era Santa Magdalena, sino Sant Dimes, justo encima del monasterio.

—Un túnel baja casi en perpendicular, por el interior de la montaña, hasta más allá de lo que pueden ver los ojos...

Bellido y Bramley se iban sucediendo narrando la hazaña a dúo:

—Es una antigua escalinata esculpida en la roca, pero alguien la ha inutilizado llenando con cemento la pisada. Ahora no es más que una especie de tobogán que se precipita quién sabe adónde...

—Pero ¿es posible bajar?

—No sin protección. Necesitaríamos una cuerda de seguridad, necesitaríamos ayuda profesional... —respondió el inglés con un gesto de

fastidio.

—Bueno, hablaré con Javier y lo organizamos.

Bellido deseó advertir la peculiaridad del lugar.

—Existe un problema, señor Tötler. La zona se encuentra bajo protección del monasterio, es una zona privada, hoy hemos tenido acceso porque he pedido las llaves, pero montar un equipo de espeleología ahí arriba sin que se enteren los monjes será complicado. Además en la ermita de al lado, Santa Creu, a la vista de Sant Dimes, hay un guarda que pasa allí la noche.

Tötler guardó silencio, concentrándose. Al cabo de casi un minuto, preguntó:

—¿Puedes volver a conseguir la llave?

Bramley anticipó la respuesta:

—En previsión, antes de devolverla, hemos ido a hacer copias...

—¡Bueno! Y ese guarda, ¿usted lo conoce, señor Bellido?

—Sí, claro, a veces hemos comido juntos en el monasterio, con los monjes.

—¿Come en el monasterio?

—Sí. Baja cada mañana sobre las diez, tiene una habitación en el monasterio, se asea, come con los monjes, supongo que se echa la siesta y luego vuelve a subir a la ermita para pasar lo que queda de tarde y noche.

—Eso nos deja un grande margen maniobra... Bueno... Hay que bajar allí y saber dónde llevan las escaleras. Lo prepararé todo. Bueno trabajo, señor Bellido, ahora ya puede dedicarse a escribir y nosotros ocupar de lo otro.

—Señor Tötler, si me lo permite, desearía bajar. Deseo fervientemente saber adónde conduce el túnel.

El inglés y el alemán cruzaron una tensa mirada sin conseguir disimular que eso los incomodaba.

—Pero piense, señor Bellido, que si alguno problema y los monjes pillar usted ya no poder volver al monasterio, piénselo.

—Lo sé, pero acepto el riesgo. Allí abajo puede haber la respuesta a muchas cosas y no pienso perdérmelo.

—Bueno, señor Bellido, bueno.

—De todos modos, creo que lo más apropiado es volver con una buena iluminación y valorar el riesgo real antes de montar ningún tinglado —añadió el escritor como recapacitando—. Eso es el hueco de una escalinata, aunque sin peldaños; creo que nos hemos precipitado con eso de que es imposible bajar sin protección...

Bramley no lo veía con los mismos ojos.

—Sinceramente, yo no perdería el tiempo e iría directamente con profesionales, señor Tötler.

El alemán, después de tomarse unos segundos para decidir, concluyó:

—No es malo la idea de Bellido, no es malo. Cuanta menos gente implicada, mejor. Conseguiré los mejores focos y vámonos a ver, ¿sí?

XV

Mientras tomaban unos cafés en el bar de la plaza, Javier, Bramley y Bellido aguardaron relajados a que el guarda de Santa Creu regresara al monasterio. Javier, por orden de Tötler, se había unido a la expedición. El inglés aprovechaba la ocasión para mirarles las piernas a las turistas con *shorts* que paseaban por delante, a algunas incluso les tiraba los trastos sin ningún disimulo. Bellido sentía vergüenza ajena y Javier, sin intervenir en el juego, simplemente sonreía.

Hubiera sido preferible ascender a Sant Dimes de madrugada, pero el escritor, con buen criterio, prefirió no cruzarse con el guarda de camino.

Sobre las doce del mediodía y bajo un sol de justicia se plantaron delante de la entrada a la gruta, la misma que seguramente descubriera Otger hacía nada más y nada menos que mil doscientos años. Se disponían a emprender el mismo camino que hizo él entonces, y la emoción los hacía guardar un denso silencio. La brisa cortaba entre los peñascos silbando como un rumor de brujas y una pareja de águilas culebreras volaban en círculo como para protegerlos. Bellido, que podía oírlos, miró a su alrededor y cual guerrero que entona el grito de ataque dijo para dar aliento:

—Si Otger bajó sin cuerdas ni protección, nosotros también vamos a hacerlo.

Bramley, aún recuperándose del esfuerzo de la subida, levantó su puño en señal de conjura y Javier se ajustó el casco, encendió el foco frontal y metió la cabeza dentro de la cueva. Las curvas, escurridizas, se escondían de la luz.

—El paso es estrecho y con mucha pendiente, pero no parece peligroso.

Bramley, jadeando, no lo veía tan claro.

—Si quien fuera se tomó la molestia de destrozar los peldaños es por algo...

—Otger bajó por esta gruta con una antorcha y nada más... ¿Vamos? — espoleó de nuevo el escritor.

Javier, de frente y a gatas, se adelantó a investigar.

—Voy a ver, esperen.

Bellido se agachó justo a la entrada de la cueva, pero el bulto de Javier ocupando casi la totalidad del diámetro del acceso le impedía ver otra cosa que no fuera su trasero.

—¡Hay que agacharse en el primer tramo, pero luego la gruta se ensancha y te puedes levantar! ¿Bajan? —gritó Javier desde dentro.

Bellido instó al inglés con un gesto:

—Pasa tú primero, entre los dos te sentirás más protegido...

Bramley asintió; dirigió su mirada al sol como temiendo no volver a verlo nunca más y se metió para dentro.

Descendieron serpenteando por la escalinata que bajaba en picado, pisando sobre las manchas azuladas del cemento y extremando las precauciones.

A medida que se iban adentrando al corazón de Montserrat enfocaban, curiosos, el interior de la montaña que escondida en una eterna sombra tenía un relieve oscuro, casi negro. Las paredes estaban grabadas con la marca de diminutos surcos de agua y por unas crestas longitudinales de afilado filo que la recorrían de arriba abajo. El reverso de Montserrat era rugoso, frío y oscuro. Bellido pensó que si eso era una aventura a lo Indiana Jones, le faltaban los escorpiones asesinos o las víboras, o una nube de murciélagos sobrevolándolos... pero no, no había nada de eso.

—Apóyate con los dos brazos en la pared, Bramley. —Bellido advirtió el enorme sacrificio que el inglés estaba haciendo. Sus ojos delataban algo más que fatiga, miedo.

Javier, que había tomado cierta ventaja, los esperó al toparse con un paso complicado. Bellido y Bramley llegaron unos minutos después.

—¿Cómo van? —preguntó Javier sin darse cuenta de que los deslumbraba con el potente foco.

Ambos respondieron cerrando los ojos y girando la cara.

—¡Perdón! —se disculpó—. Aquí hay que hacer una maniobra un poco complicada. Un salto entre rocas con cinco peldaños tapiados que ayudaban a salvar el precipicio y ahora no sirven de nada. Pasaré yo primero y les ayudaré; pongan los pies encima de lo que era el peldaño, está rugoso por el cemento y eso les va a ayudar; agáchense y cójanse de los salientes de la roca, fíjense en mí...

Javier saltó como un orangután por los riscos, y como su foco iluminaba hacia el techo tuvieron la impresión de que de repente se lo había tragado el vacío.

—Yo no voy a poder —confesó Bramley cuando vio que su compañero desaparecía en lo negro.

—No me jodas —prorrumpió el escritor.

—Id vosotros, estoy reventado, no puedo dar un paso más...

El resuello del inglés era una prueba de que estaba diciendo la verdad, y su mirada lo era del miedo que sentía. Bellido se dio cuenta.

Al otro lado del escollo, abajo, como venciendo un salto vertical de unos veinte metros, el reflejo de la luz de Javier bailaba centelleando entre las rocas.

—¿Qué ocurre ahí arriba?

—Bramley se planta, no puede más.

—¡No me jodas!

—No puede, Javier. Esto es demasiado duro para él, mejor que se dé media vuelta y suba a su ritmo...

Bramley le dedicó un gesto de agradecimiento y, apoyando una mano sobre su hombro, le dijo:

—La historia te está esperando. Haz fotos, muchas fotos...

Bellido le sonrió y luego, siguiendo las instrucciones de Javier, empezó a bajar por la roca agarrándose donde podía. Tenía la sensación de precipitarse al vacío.

Javier, desde abajo, le daba luz y aliento:

—Vamos, escritor, suelte su mano izquierda y busque un punto un poco más abajo para volver a agarrarse, sin miedo. Luego haga lo mismo con el otro brazo, un pie, el otro... La pared está llena de grietas donde agarrarse, pálpelas. ¡Usted puede! ¡Por Dios, muévase!

Bellido inspiró y suspiró profundamente; tenía la sensación de estar atrapado, de no poder moverse, y que si soltaba ni que fuera levemente una mano o levantaba un pie iba a caer al vacío. Suspiró, inspiró, y bajó articulando sus movimientos de manera gradual y mecánica, tal como le indicaba Javier. Poco a poco. Paso a paso. Desde arriba, Bramley, más relajado después del reposo, trataba de infundirle ánimos.

—Vamos, Bellido, tú puedes...

Venció el último tramo de un salto y al tomar contacto con el suelo suspiró profundamente.

—Bien, escritor, bien.

Entonces, lejos del peligro y más animado, Bellido razonó algo más que

evidente:

—Nos estamos equivocando...

Javier frunció el ceño y el escritor se explicó:

—Estamos buscando el Santo Sepulcro, ¿verdad? Entonces ya me dirás cómo cojones bajaron hace siglos un sarcófago por aquí pudiendo usar las escaleras.

Javier reaccionó rápida e inteligentemente:

—Porque puede que este sea el camino de vuelta...

—¿Cómo?

—Tal vez Otger encontró el final de la gruta, otra puerta...

Bellido lo entendió de repente:

—Claro, si el laberinto nos lleva al monasterio es por eso que se construyó ahí, para preservar y tapiar para siempre el Santo Grial. Esta gruta posiblemente nos lleve a la cripta, debajo mismo de la basílica donde Otger encontró la otra entrada, la que da al monasterio, la antigua ermita de Santa Maria...

—Por eso fortificó la entrada desde la cima, para que nadie tuviera acceso. Otger recorrió este camino de vuelta y entró por donde hoy está el monasterio. Vamos, señor escritor, no hay tiempo que perder, estamos cerca del secreto mejor guardado de la historia del hombre.

—¿Sabes, Javier?, yo también empiezo a creerlo.

Javier correspondió al comentario con un gesto nada habitual en él, una sonrisa, y prosiguieron su camino.

La escalinata continuaba su tozudo camino al centro de la tierra, deslizándose por el contorno de la roca, a tramos casi tan en vertical que Javier y Bellido bajaban agachados, como en un tobogán, agarrándose con manos y pies contra las paredes.

Unos veinte minutos después llegaron a una zona completamente llana, donde la gruta se convertía en una enorme caverna parecida a la garganta de un monstruo. La piedra, encima de sus cabezas, a unos cincuenta metros de altura, dibujaba diversas fallas que variaban de tonalidad entre rojizas y grises de la que colgaban crestas de roca y alguna estalactita. Por los laterales circulaban corrientes de aire que la atravesaban. La concavidad que como una burbuja llenaba la roca por dentro se cerraba unos metros delante de ellos desembocando en un nuevo pasadizo.

—¡Vamos, señor Bellido, ya falta poco!

Bellido dirigió su mirada al techo y al imaginarse debajo del Pla de Santa Maria, entre la plaza y la basílica, sintió un escalofrío.

Anduvieron unos pocos metros más completamente en llano hasta que un bloque de piedra les cortó el paso. A primera vista se apreciaba que no era natural. Tallada de manera circular, sobresalía unos centímetros, diferenciándose de la piedra natural del corazón de la montaña. Allí mismo, a su izquierda, encontraron unos nuevos peldaños pero que a diferencia de los otros no estaban tapiados. La escalera se encaramaba siguiendo el borde de la roca hasta lo más alto de la gruta.

Javier inspeccionaba la losa convencido de que se encontraba delante del portal del gran secreto.

—Mire, escritor, es aquí, lo hemos encontrado... ¡si conseguimos mover la piedra...!

En el extremo de la circunferencia que encajaba con la roca natural había un encaje cilíndrico y en su interior una vara metálica que se incrustaba dentro de la puerta, anclándola con la montaña.

—Mire, si conseguimos mover eso...

Javier agarró el extremo del cilindro de metal que se solapaba a la roca y tiró con todas sus fuerzas, gritando. No se movió ni un solo centímetro. Resopló, rendido, y se echó sobre el suelo maldiciendo:

—¡Hay que abrirla como sea, maldita sea! ¡No podemos fracasar ahora!

Bellido, más sereno, inspeccionó los anclajes con la palma de la mano y percibió un marcado desgaste en la roca natural, justo en el extremo del cilindro de metal, sin duda provocado por el movimiento de este contra la roca. El diámetro era el mismo. Entonces observó que la barra de hierro atravesaba la losa por dentro y que se fijaba a la roca a su izquierda y a su derecha. Levantó una enorme piedra que casi no podía sostener y Javier, al darse cuenta de lo que pretendía, se la quitó de las manos, la levantó como si fuera un juguete y empezó a golpear el extremo del cilindro metálico con todas sus fuerzas. Se fue animando al observar que el cilindro corría unos centímetros dentro de su eje. De repente se oyó un estrépito como si algo se resquebrajara y la piedra rodó un metro a su izquierda abriendo una grieta. Por ella se precipitaron dos esqueletos, que al caer se fragmentaron en mil pedazos. Un cráneo rodó por encima de los pies del escritor.

—¡Qué coño es esto! —gritó Bellido, dando un salto atrás.

—¡Joder! —exclamó Javier sin perder de vista los huesos que se acababan

de desparramar delante de sus narices.

Tras unos segundos de silencio, después de recomponerse, y extremando el cuidado para no pisar encima de los cadáveres, se asomaron enfocando con sus potentes frontales por el interior de la grieta. El halo de luz les mostró una bóveda natural, del tamaño de una ermita, con forma de capilla y un macabro mosaico de esqueletos a sus pies que lo cubría todo.

Javier y Bellido se quedaron como lo que les rodeaba, de piedra.

—Así que estaban aquí... —comentó el escritor de repente.

—¿Cómo?

—Cada año desaparecen excursionistas por la montaña de los que no se vuelve a saber nunca nada más. Se pierden por las grutas ocultas de la montaña hasta llegar aquí... Esto es una trampa, mejor no entrar.

—Yo más bien creo que son personas de otra época, diría que llevan siglos aquí...

—Tal vez tengas razón, no queda ni rastro de sus vestimentas. Sea lo que sea, queda claro que aquí ya no está el tesoro. Todos esos llegaron antes que nosotros a por él... Será mejor no entrar o acabaremos igual.

Javier suspiró y, pisando encima de los cadáveres que llegaban hasta el otro lado de la piedra formando una duna, cruzó sin hacerle caso. Bellido, desde fuera, intentó retenerle por un brazo.

—No entres, Javier.

Javier se soltó con un enérgico gesto.

—Solo echar un vistazo.

—¡Ni un vistazo ni leches, Javier, no entres!

Bellido se apartó unos pasos andando de espaldas, presintiendo que Javier se iba a quedar encerrado de un momento al otro. Jadeaba, asustado. Aquello era una trampa, una macabra trampa. Intuía que en cualquier instante se volvería a cerrar la piedra dejando a su compañero atrapado para siempre. Pero Javier, andando casi de puntillas como si los esqueletos quemaran, llegó hasta el centro de la bóveda en el mismo momento en que Bellido, que continuaba retrocediendo, topó con el primer peldaño. Sin pensárselo dos veces, subió por la escalera tal vez para no ser testigo de cómo su compañero quedaba atrapado dentro.

Javier, mientras tanto, primero apartándolos con los pies, luego con las manos, fue retirando los restos humanos para intentar limpiar un espacio que le permitiera comprobar el suelo. Cuando lo logró, dibujando un pequeño

círculo, se dio cuenta de que el firme era regular, llano y artificial. Javier apartó y amontonó las calaveras hasta conseguir dejar al descubierto el límite de un rectángulo, como una lápida, del mismo tamaño de un sarcófago que encajaba con la piedra natural. Entonces ojeó hacia la entrada para asegurarse de que el escritor no se diera cuenta, y golpeó con el puño. La concavidad sonaba a hueco. Sonrió para sí, contuvo un gesto eufórico y salió a toda prisa. Encima de su cabeza, a gran altura, brillaba la luz del frontal del escritor.

—¿Qué hay ahí arriba, señor Bellido?

El escritor, inspeccionando un hueco cuadrado sobre su cabeza que parecía el de una chimenea, suspiró al darse cuenta de que la cripta no se había tragado a Javier.

—Las escaleras mueren en un rellano que parece el hueco de una chimenea —dijo.

Javier subió hasta su lado para comprobarlo, agachó la cabeza por debajo del hueco e iluminó hacia arriba. La luz moría en un negro vacío.

—Por ahí se va al monasterio, señor escritor...

—Eso mismo pensé...

Sin conseguir disimular la frustración emprendieron el camino de vuelta. Bellido, tras un largo silencio, fue el primero en hablar:

—El pobre señor Tötler va a sufrir una gran decepción. Tantos años soñando con este momento y el gran secreto de Montserrat solo es un cementerio...

—Quién sabe —contestó Javier—, incluso podría tratarse de las mazmorras del castillo.

—No lo creo. No cabe la menor duda de que el tesoro del Santo Grial estuvo ahí algún día, y que ya no lo está. En caso contrario, con tapiar los peldaños no hubiera sido suficiente. Hemos pecado de ilusos, Javier.

Él le dedicó una sonrisilla hipócrita que Bellido, que estaba trazando mentalmente el esbozo del capítulo final, no advirtió.

XVI

Alba llegó al portal de su edificio sobre las ocho y media de la noche. Desde que le robaron la cartera padecía manía persecutoria. A todas horas y por todos lados creía que la seguían. Por eso, antes de entrar al rellano comunitario miró calle arriba y calle abajo para asegurarse de que nadie la había seguido hasta su casa. Entró, comprobó su buzón, llamó el ascensor y subió hasta la tercera planta. Su puerta era la cuarta del rellano. Sacó las llaves, escogió la correspondiente, la introdujo en la cerradura, giró dos vueltas y súbitamente alguien se precipitó sobre ella enviándola de un empujón hasta la salita de estar. Alba se levantó gritando de manera histérica, pero con una fuerte bofetada la hicieron callar.

En la sala capitular del monasterio, convertida en comedor, una treintena de monjes con su indumentaria negra daban gracias a Dios por los alimentos que acababan de tomar. El padre abad y el prior desfilaron los primeros por la enorme sala, y el resto de la congregación, en orden y silencio, detrás. Por el hueco del claustro se intuía que la noche le iba ganando al día, tiñendo con esa luz crepuscular de principios de junio los anocheceres. El padre abad rodeó el patio y se dirigió a su habitación. Al entrar, vio que su teléfono móvil estaba vibrando encima de la mesa.

Era Alba, pero no pudo cogerlo a tiempo, y se apresuró a devolverle la llamada. Antes del segundo tono su sobrina contestó y por su tono de voz, sobresaltado, como la vez que le habían robado la cartera, o peor aún, cuando lo de sus padres en el hospital, supo que le pasaba algo.

—Tío...

El abad no consiguió oír ninguna palabra más, en su lugar una voz masculina con acento sudamericano la sustituyó.

—Buenas noches, abad. Escúcheme, solo escúcheme...

—Oiga, ¿quién es usted?

—Le he dicho que me escuche. ¿Quiere volver a ver a su sobrina? Pues

entonces va a obedecerme. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Alba?

—Alba está aquí, a mi lado, sana y salva... ¿Va a obedecerme?

—¿Qué quiere?

—Veo que empezamos a entendernos... Mire, se va a dirigir sin cruzar ni una sola palabra con nadie a la plaza del monasterio, allí unas personas lo están esperando. Siga sus instrucciones si quiere volver a ver a su sobrina...

—¡Oiga! ¡Oiga!

La comunicación se cortó y el abad sintió un escalofrío que le crecía desde muy adentro. Se sintió mareado. Por un momento creyó que iba a perder el equilibrio y se apoyó a los pies de su cama. ¿Y si no era más que una broma?, pensó. En ese momento sonó en su móvil el tono de mensaje recibido. Era Alba. El abad suspiró y lo abrió. Era una foto de su sobrina maniatada en el sofá del comedor, con los brazos para atrás y amordazada. Por sus ojos abiertos como dos lunas llenas se desbocaba el terror. Tenía la falda levantada hasta la cintura y las bragas bajadas sobre las rodillas. Al pie de la foto había un mensaje escrito: «Siga las instrucciones sin avisar a la policía ni a nadie. Si no obedece, lo primero que haré será follármela.»

El abad se pasó una mano por la cabeza en un gesto desesperado y dirigió la mirada al crucifijo que colgaba de la pared para pedir clemencia para su sobrina. Que no era justo, le dijo a su Dios, que la vida la maltratara así, que no era justo, que si quería hacer sufrir a alguien que ahí estaba él, pero que Alba no era más que una niña que ya había sufrido bastante. Se santiguó y salió al exterior evitando saludar a nadie.

A esas horas la plaza de la basílica descansaba del ajetreo de la jornada, respirando con una cadencia monótona que invitaba a la relajación. Sin embargo, el abad no podía relajarse, algo muy grave estaba ocurriendo pero aún no sabía el qué. Del interior de los arcos que separaban la plaza del patio de la basílica aparecieron cuatro hombres que avanzaron hacia él de manera decidida. Tres de ellos jóvenes y atléticos; el otro, el que encabezaba el grupo, de mediana edad, alto y rechoncho, fue el que le habló:

—Buenas noches, abad.

El abad no contestó el saludo. Les aguantó la mirada con una mezcla de indignación y rabia.

Bramley continuó:

—A su sobrina no le va a pasar nada siempre y cuando siga nuestras instrucciones.

—¿Cuánto quieren? En el monasterio no tenemos dinero. Díganme... ¿Qué quieren?

—No buscamos dinero, abad. Para empezar usted nos va a acompañar adentro, al monasterio...

—Es zona de clausura, está prohibido el paso.

—¿Seguro? —masculló el inglés mostrando el móvil en alto—. ¿Quiere que llame a nuestro amigo? Sí, el que está haciendo compañía a su sobrina...

El abad asintió con un gesto de impotencia. Pronto el resto de los monjes acudirían al último rezo de la jornada en el recinto del coro superior de la basílica. Tal vez se darían cuenta de algo y avisarían a la policía. Eso sería terrible, y prefirió dar un rodeo y entrar por el almacén, donde era más probable no encontrar a nadie. Encabezó el grupo y se dirigieron a la calle del hotel Cisneros; en la esquina se encontraba el enorme portal por donde se descargaban las mercaderías, el mismo portal por donde antiguamente entraban las caballerías a la catedral. Una vez dentro, enfrente del hueco de las escaleras, en un espacio donde se respiraba un fuerte aroma agrio, Bramley fue al grano.

—Abad, no queremos hacerle ningún daño a su sobrina, por eso, lo mejor para todos es que hablemos claro. Mire, hemos descubierto la cripta y el sarcófago; no, no me ponga cara de no entender nada... Hemos estado allí, le digo, hemos accedido por la antigua escalinata del castillo de Sant Dimes. Hablemos claro y no nos trate de imbéciles, por favor...

—Pero...

—¡Escuche! ¡Solo escuche! Sabemos que hay un pasillo secreto que comunica directamente con el monasterio. Usted nos acompaña y a su sobrina no le ocurrirá nada, ese es el trato.

El abad advirtió que los otros tres hombres cargaban con pesadas mochilas que, para descansar, acababan de descargar sobre el suelo.

El abad suspiró y suplicó:

—Por el amor de Dios, me están pidiendo un imposible porque eso no existe. No hay ningún pasillo secreto, solo son fantasías, leyendas, ¿no lo entiende?

Javier, con aquella misma sonrisilla hipócrita que dirigió al escritor, se

adelantó un paso para mostrarle en la pantalla de su móvil la fotografía de la cripta con todos los esqueletos alrededor.

—Por Dios, ¿qué es eso? —exclamó el abad.

El mismo Javier respondió; los otros dos, con pinta de sicarios y con la maldad encastada en sus expresiones, se mantenían en un segundo plano:

—Lo sabe perfectamente, abad, lo sabe perfectamente...

—No, os lo juro, soy el abad del monasterio de Montserrat, he hecho unos votos, no puedo mentir. No miento, no sé de qué me están hablando, no tengo ni idea de dónde es esa foto ni cómo llegar ahí, lo juro.

Bramley volvió a tomar el mando:

—Mire, abad, de momento no vamos bien, pero le aseguro que no vamos a perder la noche, de una manera u otra nos vamos a divertir... Le doy tres segundos para que nos lleve hasta el pasillo secreto...

—No existe ningún pasillo secreto...

—Muy bien, abad, muy bien, le creo... Pero le repito que nosotros no vamos a perder la noche; nos vamos todos juntos a Barcelona, usted también, con tanto voto de castidad ya debe de estar hasta los huevos...

El comentario provocó carcajadas en el grupo y el propio Bramley se rio. Después de las risas continuó:

—Como le decía, nos vamos a divertir un ratito con su sobrina y usted lo va a ver, con sus propios ojos...

—Por el amor de Dios, os lo suplico, dejadla en paz, hacedme a mí lo que queráis pero a ella dejadla, dejadla en paz...

Javier volvió a anticiparse mostrando el móvil en alto como si fuera un detonador.

—Muy bien, abad, como prefiera. Voy a llamar a mi amigo para que vaya empezando...

El abad se precipitó con un gesto desesperado sobre Javier, lo que provocó que los otros dos intervinieran sujetándolo.

—Por favor, por favor... —rogó.

Javier conectó el altavoz y llamó.

—¿Kevin? ¿Qué tal? ¿Estás con la chica? Que diga algo, su tío la está escuchando...

La voz de Alba les llegó con total claridad a través del altavoz.

—Tío... Tío... Por favor, ayúdame, por favor...

Alba solo acertó a pronunciar esa frase antes de proferir un intenso y

desesperado sollozo.

—Kevin, dime, ¿está buena la tía? —Javier continuó a lo suyo.

—Joder, sí está buena...

—Pues venga, vamos, no te cortes, queremos oír cómo la haces chillar, fóllatela...

—¿De veras?

Entonces el abad, al que tenían que sostener ya que no se tenía en pie víctima de un ataque de ansiedad, gritó:

—¡No! De acuerdo, de acuerdo...

Bramley sonrió prepotente y orgulloso.

—Vaya. ¿Y su juramento? Nos ha mentado, señor abad, irá al infierno...

El abad, completamente enajenado, alargó un brazo, como si expirase, hacia el teléfono que Javier aún mostraba en alto.

—Quiero hablar con ella, exijo saber que está bien...

Javier asintió y se la pasó.

—Alba, cariño, ¿estás bien...?

Pero Alba no conseguía articular ninguna palabra, solo un llanto.

—Alba, ¿te han hecho algo? Alba...

El abad levantó la mirada llena de odio.

—Hijos de puta, vais a pagar por esto...

—Le doy mi palabra de que a Alba no le van a tocar ni un pelo. ¿Vamos, señor abad? Cuanto antes acabemos antes se irá Kevin de casa de su sobrina.

El abad asintió y se puso en marcha buscando el hueco de las escaleras. Sus pasos rebotaban en el vacío provocando eco. Al llegar junto al claustro comprobó que el último rezo ya había concluido y que los monjes que luego tenían la costumbre de ir a dar las buenas noches a su señora ya se habían retirado a sus aposentos. Se esperó por si había movimiento por los pasillos, comprobó la hora y por fin decidió que el camino ya estaría libre. Pasaron por la parte alta de la basílica hasta encontrar un nuevo tramo de escaleras que les llevaba a la parte trasera de la iglesia y, más allá, enfrente del altar de la Moreneta, la misma que, encerrada en una urna de cristal, veneraban miles de personas a diario. Al llegar, el abad se postró de rodillas sobre el peldaño que había ante el altar.

—Lo siento, lo siento, Señora, pero no tengo más remedio que traicionaros...

Entonces dirigió su mirada a los intrusos.

—Colocaos delante, justo delante...

—¿Cómo? —preguntó extrañado Javier.

Bramley lo apuntó con el índice extendido.

—No intente nada, abad. Si Kevin no sabe nada de nosotros antes de una hora, la matará. Está avisado.

El abad, sin disimular la rabia que contenía su mirada, asintió.

—No voy a intentar nada. Esta es la puerta que da acceso al túnel.

Javier comprobó el suelo y sonrió al darse cuenta de que se encontraba en la parte superior del montacargas que conducía al rellano de la escalera, justo encima de la cripta.

—No nos miente, señor.

Bramley sonrió y volvió a dirigirse al abad.

—Adelante.

El abad se santiguó, se descolgó el enorme crucifijo con la forma de la cruz de los templarios, la introdujo en un orificio justo al lado de la urna de cristal que protegía a la Virgen y volvió a dirigir su mirada al grupo.

—Es importante que nos agrupemos delante de la Virgen. Va a bajar todo el altar.

El grupo, por culpa del bulto de las mochilas, no cabía en un solo viaje. Bramley lo advirtió.

—Bajad primero vosotros, yo iré luego con el abad.

Después de pronunciar esas palabras sacó un revólver y lo apoyó contra su sien.

—No vamos a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

El abad negó con un gesto, hizo girar el crucifijo y un mecanismo se activó después de un fuerte crujido metálico. La imagen de la Virgen, dentro de su urna de cristal, se tambaleó y de repente empezó a hundirse junto a todo el bloque pavimentado sobre el cual millones de personas de todo el mundo han grabado sus pasos. Lentamente, las cabezas de la Virgen, Javier y los otros dos fueron desapareciendo por el negro boquete tragándose incluso sus voces.

—Bien, abad. Ahora iremos usted y...

Bramley no pudo acabar la frase. Una sombra que se escondía detrás del santuario se precipitó sobre él golpeándole con un objeto pesado. El inglés trastabilló y cayó por el hueco del montacargas, justo a tiempo de ver la expresión de espanto con el que lo despedía Bellido.

El abad, en un ataque de nervios, lo cogió por la pechera y empezó a zarandearlo.

—¡Por Dios, Emilio, qué has hecho! ¡Qué has hecho!

—Tranquilícese, abad, se acabó todo...

—No, maldita sea... ¡No! ¡Tienen a mi sobrina retenida y...!

—Su sobrina está a salvo, abad —lo interrumpió el escritor para cortar su angustia de cuajo—. Los *mossos* la han rescatado ya...

—¿Cómo?

—Sabía lo que tramaban, lo sospechaba.

—No entiendo...

—Usted me dio la pista cuando me dijo que no me fiara del alemán. El día que vinimos a visitarle, ¿recuerda? Decidió dar un giro a la novela, un giro que se salió del guion que teníamos pactado...

—Explícate, Emilio, no entiendo nada.

—Perdone... Hasta ese día, yo escribía los capítulos después de reunirme con él, fiel a lo que me decía. Pero el día que nos peleamos delante de usted, ¿recuerda? Ese día cambió todo. Ese día el alemán decidió darle un giro a la novela y cambiar, también, la manera de actuar. En lugar de encontrarnos y ceñirme a la realidad a la hora de escribir la novela, empezó a pasarme unas notas, indicaciones, con una nueva línea argumental que tenía que ir añadiendo a la trama. Básicamente un nuevo personaje, Alba, su sobrina. Entonces, a medida que iba avanzando en la obra, pero sobre todo al darme cuenta de que una vez les había mostrado el acceso al túnel de Sant Dimes mi presencia sobraba, investigué si usted tenía una sobrina que se llamara Alba... y *chapó*, ni se había molestado en cambiarle el nombre. A su Alba, al igual que la de la novela, le acababan de robar la cartera y ahí fue cuando lo tuve claro. Hoy, hace apenas unas horas, el alemán me ha pasado el argumento del capítulo final y yo, sin pensármelo dos veces, he subido al monasterio temiendo que el guion se estaría interpretando en tiempo real. He llegado en el mismo momento que entrabáis al almacén, me he colado por el otro lado, por la portería, y me he escondido detrás de la puerta de las escaleras. Desde ahí lo he oído todo y, también desde ahí, he llamado a los *mossos* para denunciar el secuestro. Luego os he seguido hasta la cripta y el resto ya lo sabe.

Bellido sostenía en una mano un enorme crucifijo manchado de sangre que el abad no dejaba de mirar con expresión disgustada.

—Lo siento... pero aquí es lo que uno tiene más a mano.

En ese momento el montacargas devolvió el cadáver de Bramley. Bellido no pudo disimular un gesto de arrepentimiento ante el difunto. El abad le puso una

mano sobre el hombro.

—Que Dios te perdone —le dijo.

—Habrá que avisar a los *mossos*...

El abad asintió.

—Sí, que se lleven a este extorsionador que pretendía robarnos la imagen de Nuestra Señora.

—¿Cómo?

—Esa era su amenaza, pretendía llevarse la Moreneta. —El abad dirigió su mirada al órgano encima de sus cabezas—. Por suerte ha aparecido usted cuando estábamos allí arriba; han discutido, se han peleado y él ha saltado desde lo más alto rompiéndose la crisma...

Bellido miró hacia arriba como creyéndose la coartada.

—Abad, lo siento, es físicamente imposible que cayendo desde allí arriba el cuerpo impacte aquí. La trayectoria iría a parar sobre el altar de la basílica.

El abad y el escritor se asomaron a la barandilla del adoratorio de la Virgen y miraron hacia abajo, a la iglesia. Sin necesidad de decir nada, lo agarraron entre los dos por los pies y los brazos y a la de tres, no sin esfuerzo, lo lanzaron encima del altar. El cuerpo de Bramley quedó expuesto cara arriba sobre la mesa de la eucaristía.

—Que Dios nos perdone —pronunció el abad santiguándose.

—¿Y los que están abajo?

—De esos se va a encargar el Espíritu Santo...

—Abad... ¿qué estamos protegiendo?

El abad, empujándole hacia la salida, le pasó un brazo por encima del hombro.

—Eso que nunca debe perder el ser humano, Emilio. La fe.

TERCERA PARTE

LA ESCALERA QUE LLEVABA A DIOS

Nagore, que por fin ha logrado que no le rasquen las marchas, conduce hasta el monasterio maniobrando con precaución. Las curvas, los ciclistas que invaden la calzada y los autobuses que bajan a toda velocidad sin importarles un carajo comerse el asfalto de los demás, secuestran toda su atención. Gracias a eso, Nagore puede distraerse de esa extraña sensación que la ha invadido desde el capítulo uno de *El Informe Ahnenerbe*.

La noche anterior, justo después de que la llamara el subinspector Bussón, cerró el libro con la ilusión todavía latente de seguir viviendo su trama.

Nagore le explicó al subinspector todo lo que sabía, le habló de Enric y de la denuncia en la policía local de Monistrol que provocó que la supuesta familia huyera luego a Barcelona y que ella lo sustituyera. El subinspector tomó nota y le prometió tenerla informada. También añadió, como para disculparse, que eso podía hacer avanzar la investigación de manera sustancial. Nagore, sin embargo, en ningún momento de la conversación le regaló un tono afable, su resentimiento afloraba después de cada palabra.

Durante el ascenso hasta el parking del monasterio, en una sucesión de empinadas rampas que mantiene constantemente revolucionado el motor, raramente consigue meter la tercera.

Por fin llega a la explanada del parking y consigue aparcar cerca de la barrera de control y de la zona de autobuses. Desmonta del coche y se dirige como hipnotizada al mirador desde donde Monistrol, a sus pies, parece un puzle. Más allá, como un riachuelo, el Llobregat, y hasta encontrar las cordilleras en el horizonte, un sinfín de poblaciones que no acierta a identificar. De repente se gira como si recordara algo, levanta los ojos buscando el cielo, y fascinada llena sus pulmones con el aire de las altas cumbres. Montserrat le acaba de regalar su encanto, su extraña e insólita geografía, sus peñas separadas por abismos, sus cumbres con formas regulares como cultos gigantes a dioses prehistóricos, sus manchas arboladas bebiendo de las rocas y ese inmenso equilibrio entre lo esotérico y lo material que

atrapa al visitante desde el primer instante. Nagore se acerca al monasterio mezclándose entre la horda de turistas por la calle principal más allá del *párking*, donde confluyen los peregrinos que se acercan por los senderos que suben desde Monistrol, los del camino de la Santa Cueva, y los de la estación del funicular, enfrente mismo del cremallera. Imagina a Emilio Bellido saliendo de la estación y sonríe como si en lugar de quedar con el autor hubiera quedado con el personaje. Atrás ha dejado los tenderetes donde los payeses de Marganell venden sus productos, básicamente el famoso *mató*, los quesos de cabra, de oveja, y miel. Al pasar por delante le dieron a probar unos tacos de *mató* y de tan ricos que eran le prometió al payés que a la vuelta se iba a parar. Le aseguraron que con un chorro de miel por encima aún saben mejor. Eso le ha abierto el apetito y como le sobra más de media hora decide entrar al *self-service*, al lado de la tienda de *souvenirs*, pero al momento se arrepiente. Si la trama continúa, tiene que ser fiel a los escenarios y localizaciones de la novela y ese no era el bar de Bellido, su bar era el de la plaza que según la novela estaba justo delante del portal de entrada y donde, por cierto, se tenía que encontrar, no con Bellido, sino con Clos. Menudo lío. Da media vuelta y a poco más de doscientos metros, justo al lado de la oficina de la policía y de la estación del cremallera de Sant Joan, el mismo que cogieron Bramley y el escritor para llegar a Santa Magdalena, encuentra el bar de la plaza y se imagina sentados a una mesa, al aire libre, a Javier, a Bramley y a Bellido esperando el momento idóneo para asaltar el castillo del Santo Grial; al llegar delante del portal donde la turbamulta empuja en una sola dirección hacia la plaza del monasterio, y pese a que su estómago ruje pidiendo un alto en el bar, pasa de largo y como si oyera un canto de sirenas va a su encuentro a través de la explanada de Santa María. Intenta abarcarlo todo al mismo tiempo que admite que es imposible, que no puede llenarse de tanto, que entre lo más raro y bello que la madre naturaleza haya parido jamás y el misticismo de su entorno, solo una ínfima parte de su encanto se va a dejar tocar. Como si toda la montaña fuera un templo consagrado a los dioses de la creación y el construido por el hombre, un simple invitado de cartón.

Nagore anda en círculos, como loca, como borracha, como una niña entregada a un juego imaginario situando las escenas de esa ficción que ha grabado ya para siempre en su interior. Y le parece ver a los malos saliendo de detrás de la arcada, con Bramley al frente, rechoncho, viejo verde y torpe, como el doctor Cunningham, y los otros tres a sus espaldas, con más cara de

malos que los piratas del Sabina, y el abad, el pobre padre abad, ocultándose bajo su capucha, y Bellido escondido detrás de una columna con el mismo rostro de su autor tal como aparecía en la contraportada: calvo, robusto, con los labios carnosos, atractivo, los ojos pequeños y ligeramente achinados detrás de unas gafas de oscura montura de pasta. Y entonces, buscando el sol, Nagore topa con la cima de la peña más alta sobre su cabeza y se imagina que es nada más y nada menos que Sant Dimes, el castillo del Santo Grial, y estremeciéndose confiesa haberse tragado el anzuelo hasta el alma, que la magia de las palabras de Clos ha obrado ese milagro de convertir real la ficción y que, ante sus ojos, el mismo caballero Otger Golant transporta con sus caballerías el tesoro.

—¿Nagore?

Nagore da media vuelta con un sobresalto y se encuentra con los ojos achinados de Marcos Clos, detrás de los gruesos cristales de unas gafas de ante.

—Pero ¿cómo me has reconocido? —pregunta.

Marcos sonríe, camina los dos pasos que los separan y le da dos besos.

—Por tu foto del perfil...

Nagore se golpea teatralmente la frente.

—Anda, claro... ¡Qué tonta, el *whatsApp*! Pero no me has mandado ningún mensaje... —añade extrañada.

—No, pero Enric me pasó tu contacto.

De repente, Nagore siente vergüenza de esa foto poniendo caras y sacando la lengua.

—Aunque reconozco que así, sin poner caras raras, estás mucho más guapa.

—Marcos parece poder leerle el pensamiento.

—Vaya con el escritor, todo un seductor...

—Es la verdad. Oye, ¿vamos a un sitio más tranquilo?

—Yo lo que tengo es hambre, estoy famélica, no he desayunado aún...

Marcos le acaricia levemente el brazo para indicarle la dirección y juntos vuelven sobre sus pasos hasta el bar de la plaza.

Piden bocadillos y refrescos y luego salen afuera para sentarse sobre el peldaño de una de las macetas, la que está más cerca del principio de las escaleras del Paso de los Franceses.

—Este es mi sitio —dice él.

—Tu sitio mola —responde Nagore con un destello en los ojos.

Clos se emboba unos segundos de más mirándola y para romper el hechizo decide abordar el tema que se traen entre manos.

—No te he mandado ningún *whatsApp* porque no tengo noticias de Santiago, el chófer que me preguntó si conocía algún profesor para el niño. Pero sí que he hablado con la persona que era su patrón y nos va a recibir. Es alguien muy influyente y puede ayudarnos, quiere conocerte.

—¿Qué le has contado?

—Todo lo que sé, que un niño que algo tiene que ver con Santiago ha sido secuestrado pero que la policía no interviene porque el niño es como si no existiera. Es eso, ¿no?

—Sí, más o menos...

—Si te parece y no tienes ningún otro compromiso podemos ir ahora, nos está esperando. Ya le he adelantado que seguramente pasaríamos antes del mediodía. ¿Tienes coche?

—Sí, de hecho es de alquiler y me irá bien conducir hasta Barcelona, así lo podré devolver o me van a clavar... Porque vamos a Barcelona, ¿verdad?

—Sí, a la calle Ganduxer.

—¿Ganduxer?

—Ja, ja, ja, veo que te has leído mi novela y antes de que me lo preguntes la respuesta es que sí, que vamos a ver a Tötler.

8

Nagore había acabado el libro la madrugada anterior, antes de subir a Montserrat. Se había ido a la cama con los personajes campando por su subconsciente a sus anchas: Javier, Bramley, Bellido, Tötler y la seductora Rita. Y, como si aún no se hubiera despertado, como si la hubieran atrapado dentro de sus páginas, ahora maniobra bajo la mirada de un empleado de Tötler que le va dando instrucciones para que aparque, en ese mismo p arking que su imaginación había dibujado completamente diferente, entre el monovolumen y un utilitario. Las paredes color cemento del garaje contrastan con esas otras de un blanco impoluto que existen en su imaginación, así como la puerta de acceso a la vivienda, que tampoco está en su lugar. Ella, en su croquis, la había ubicado a la izquierda según se entraba, no en el centro, donde ahora los espera el criado.

—Buenos días, señor Clos —saluda aguantando la puerta.

— Qu e tal, Jorge? Esta es Nagore, una amiga.

Nagore se inclina sobre Jorge para saludarlo con dos besos y Jorge, casi espantado, los rechaza al mismo tiempo que le da la mano.

—Bienvenida, señorita Nagore. El señor Ernest Netzer los está esperando.

Qué difícil ser a todo esto, piensa Nagore. Criados comportándose como en la Edad Media y a T otler, que habr a que llamarle Netzer.  Y Brenda, o sea, la seductora Rita, ser a aún tan guapa? Sin darse cuenta, le molesta pensar que sí.

Jorge los acompaña hasta la segunda planta donde, al final del pasillo, en la sala, los espera Netzer sentado en su rincón del sofá. Nagore abre los ojos como platos sin poder creer lo que le pasa, que el libro se sigue escribiendo y, como si ella fuera Alicia en el país de las maravillas, se ha quedado atrapada dentro.

—Perdona que no me levante —dice T otler.

Nagore, que estaba esperando la frase, casi se echa a reír. Se acerca, se agacha y le planta dos besos.

—Yo soy Nagore.

—Marcos hablado de ti...

—¿Qué tal, señor Netzer? Hacía tiempo que no nos veíamos.

Netzer dirige su respuesta a la chica, bromeando:

—Desde que él es famoso y rico que no recuerda de pobres amigos.

Netzer acumula en su mirada algo más que años; esa misma expresión de derrota que, si fuera un lobo, provocaría que el resto de la manada lo hiciera pedazos.

De repente el taconeo de la seductora Rita irrumpe en la sala. Nagore le dedica un relampagueante examen visual que le provoca una sonrisa triunfal. Brenda es una mujer de sesenta años que tras largas horas de sufrimiento y esfuerzo en el gimnasio intenta engañar, sin conseguirlo, al tiempo. Los pechos caídos, las patas de gallo, las ojeras, la carne fofa debajo de los brazos... Nagore, casi con lástima, se acerca para saludarla sin acabar de creerse que eso que Marcos no se atrevió a escribir, al final del capítulo en que durmió en casa del alemán, fuese un revolcón entre ambos.

—Usted debe de ser Brenda...

—Encantada, preciosa, y tú Nagore, pero, por favor, sentaos. —Y se dirige a su marido—: ¿Es que los vas a tener aquí de pie? ¿Dónde están los modales?

—Marcos es de casa, no necesita esperar que yo invite sentarse, ¡bueno!

Marcos y Nagore toman asiento en el sofá de al lado y Brenda junto a su marido, en el otro. El alemán decide, como siempre, ir al grano.

—Marcos explicando lo del extraño secuestro del niño...

Marcos, como buen escritor, se siente obligado a contar el prólogo.

—Ella era su profesora, estaban en Barcelona; el niño, que se llama Abel y tiene diez años, es el mismo al que Santiago me pidió que le encontrara un profesor particular cuando se mudaron a vivir a Monistrol, cuando tenía cuatro años. Un tiempo después, al parecer, alguien denunció a la policía de Monistrol que tenían a un niño encerrado en casa las veinticuatro horas del día sin dejarlo salir a la calle, y esto provocó que huyeran a Barcelona. Pues bien, este mismo niño acaba de desaparecer y la policía dice que poco puede hacer porque ningún familiar ha denunciado su desaparición. Es más, el niño no tiene ni identidad.

—De todas maneras —añade Nagore—, gracias al testimonio de Enric, el amigo de Marcos, los *mossos* ya empiezan a creerme y a investigar.

—Bueno... Vámonos por partes —Netzer habla y razona al mismo tiempo, lentamente—, cuéntame cómo desapareció, por favor.

—Por la noche, mientras todos estábamos durmiendo, alguien entró sin forzar la cerradura y se lo llevó.

—¿Y no oísteis nada? —pregunta Brenda para no quedarse al margen.

—Nada.

—Bueno, seguro que niño conocía a persona que entró.

Nagore niega con un gesto.

—Abel nunca salía de casa. Abel no conocía a nadie.

—¿Alguno amigo de padres, tal vez?

—No entraba nunca nadie a esa casa.

—¿Nadie?

—Solo una persona. Un inglés, el doctor Cunningham...

—¿Cunningham? —interrumpe Marcos bruscamente.

Nagore se vuelve hacia él para responderle:

—Sí, inglés y muy parecido a tu descripción de Bramley. De hecho, mientras leía tu novela lo veía a él.

—Es que Bramley es Cunningham en la realidad...

—¿Cómo?

Ante tal coincidencia, Marcos aborda al alemán sin contemplaciones:

—¿Qué tiene usted que ver con todo esto?

—Nada, yo nada...

Brenda, en un gesto protector e instintivo le acaricia encima del hombro como si lo masajeara.

—¿Cómo que nada? Santiago, su chófer, es quien me pidió que encontrara un profesor para el niño y ahora resulta que Cunningham lo visitaba... ¡Todo gira a su alrededor! ¡No me mienta!

—¿Javier es Santiago? —interrumpe Nagore hecha un lío.

Brenda levanta su mirada como si quisiera robarle su juventud y le responde casi susurrando:

—No, Javier es Javier. Marcos quiso dejarle su mismo nombre, Santiago le sustituyó.

—Y ¿dónde está Santiago? ¿Dónde puede encontrarle la policía? ¿Y Cunningham?

Nagore acaba de encontrar una autopista en dirección al niño y no la piensa desaprovechar. Netzer, sin embargo, muestra las palmas de sus manos pidiendo calma y, sin conseguir disimular en su expresión un estado de profunda preocupación, habla arrastrando las palabras. Los demás, en un

profundo silencio, esperan con expectación.

—Mejor no hablar con policía, no bueno para niño, ni para nadie...

—¿Qué? —lo interrumpe Nagore, a punto de perder los nervios.

—Es muy importante que nosotros encontrar el niño, está en peligro...

Nagore se levanta agitando los brazos, desesperada.

—¿Cómo que está en peligro? ¡Pero de qué cojones está hablando!

—Querido, mejor que les cuentes la verdad. —Brenda lo anima acariciándole dulcemente, que obedece con la mirada perdida hacia la pantalla oscura del televisor.

—Javier tuvo un hijo que nació enfermo. Condenado a muerte. Luego todo se complicó, se pelearon con su esposa y ella se largó con el bebé.

El alemán, como un todoterreno que no acaba de coger *reprise* para atacar la pendiente, se para y toma aliento.

—Por Dios, acabe... —Nagore no lo soporta.

—Dilo... —vuelve a alentarlo su mujer.

—Cunningham trabajó con el equipo que clonó a la oveja *Dolly* y ya hacía un tiempo que me animaba para que le financiara un proyecto secreto, la primera clonación humana.

Nagore se deja caer de golpe sobre el sofá al encajar el significado de esa frase.

—De repente pareció que los hechos se aliaran —prosigue el alemán—, la propuesta de Cunningham, el nacimiento del bebé de Javier, el diagnóstico inmediato que lo condenaba a la muerte, la pelea con su mujer, el abandono... Era como una señal, ¿lo entiende?

—¿Clonasteis al hijo de Javier? —Marcos parece no entender nada.

—Fue cosa de Cunningham. Hizo congelar el cordón umbilical con el pretexto de investigar un posible remedio para su enfermedad. Pero el remedio, el único remedio, él lo tenía muy claro.

Nagore, sin conseguir disimular la contrariedad por la situación, desea poner nombre a todas las cosas y situarlas en el guion.

—Y ¿dónde está Javier?

—Javier desapareció sin dejar rastro hace diez años. Desde entonces yo me he encargado de Abel, él no llegó ni a conocer a su hijo.

—Hemos de acudir a la policía —proclama ella sin dudarlo.

—Si vamos a la policía mi marido irá a la cárcel por intentar hacer un favor a un amigo que estaba destrozado, y eso no es justo. Ernest tiene setenta años,

lleva más de cuarenta en una silla de ruedas y no se merece este final.

—¿Y Abel, qué se merece Abel?

—Abel se merece y necesita —continúa Ernest Netzer— que lo encontremos antes que nadie para que Cunningham pueda continuar dándole la medicación. Usted puede ayudarnos a encontrarlo, vivía con él, piense quién tenía acceso al muchacho. Imposible secuestrar en silencio por la noche si Abel no conocía a su raptor.

Nagore, de repente, se acuerda de Merche, y de Jordi, y del miedo. De repente recuerda que esa extraña persona que los contrataba a todos y que los tenía atemorizados se encuentra delante de ella. De repente se da cuenta de que tiene que andar con pies de plomo.

—De acuerdo, señor Netzer, confiaremos en usted...

—Hemos de encontrar muchacho, señorita Nagore. Yo mucho interesado como usted y seguro que sin policía podemos trabajar mejor. ¿Quién más conocer a Abel, aparte de Isabel, Jordi y Cunningham?

Nagore finge pensarlo con un gesto, pese a que conoce la respuesta perfectamente. El niño no conocía a esa persona sino de manera virtual. Sin lugar a dudas la había conocido en algún portal de los que él visitaba por internet y hablaban por Skype.

—No tengo ni idea, señor Netzer, ni idea...

—Piense, es importante.

Entonces, la profesora se dirige a Marcos:

—Tendríamos que irnos...

Marcos asiente y Brenda se levanta para acompañarlos hasta la puerta.

—Por favor, cualquier novedad me llaman. Yo ayudaré en todo lo que necesiten, ¿sí?

Marcos le palmea la espalda en un gesto cordial de despedida.

—Descuide.

Ya en la calle, mientras se dirigen a devolver el coche, Marcos confiesa que no se ha creído la historia.

—Vas a ir a la policía, ¿verdad?

—¿Te extraña?

—No, la verdad es que no. Pero primero le daría un margen de confianza a Netzer.

—No sabes de la misa la mitad...

—¿A qué te refieres?

—Nada, nada...

—No, ¿cómo que nada? No puedes ir dictando sentencias y luego esconderte. Dime...

—Por cierto, ¿y tú cómo vas a volver a Monistrol?

—En tren, pero no me cambies de tema...

—Jordi estaba aterrorizado, ¿sabes?

—Y ¿quién es Jordi?

—El supuesto padre de Abel.

—Ah...

—Temía a la persona que le pagaba, o sea, a Netzer, y le temía porque a Isabel le hizo algo espantoso, no sé qué...

—No, no veo a Netzer en plan mafioso; lo siento, lo conozco desde hace diez años, te estás confundiendo...

—Mira, te voy a dejar en la estación y yo me iré a comisaría.

—Mejor te acompaño.

—Como quieras.

—¿Y tú dónde vives?

—Joder, tienes razón...

—¿Qué?

—Que esa es otra cosa que tengo que solucionar, no tengo dónde pasar la noche...

—¿Y eso?

—Vivía en la misma casa de Abel...

—¿Tienes las llaves?

—Sí, claro...

—¿Vamos a echar un vistazo?

9

Héctor, en chándal, recoge sus pertenencias en el peculio de la cárcel de Quatre Camins. Sin levantar la mirada hacia el funcionario, comprueba el contenido del sobre amarillo que lleva su nombre: un paquete de tabaco, su teléfono móvil, un encendedor con la bandera colombiana, su cartera con quince euros dentro, unas monedas, un paquete de pañuelos de papel y un juego de llaves. Firma el comprobante y retira los veinte euros que le quedaban en su cuenta, la que usan en presidio para sus gastos personales. Los mete en su cartera y reparte todo el resto en los bolsillos de sus tejanos. Héctor es de estatura mediana, fuerte, moreno, y con una cicatriz peculiar que nace en la comisura inferior del labio izquierdo hacia el lóbulo de la oreja.

—¿Te vienen a buscar o te pido un taxi?

—Vienen.

El funcionario dedica un gesto al guardia que se esconde detrás de las espaldas de Héctor, este asiente y lo acompaña a la salida. Allí, en el parking, una joven pareja lo está esperando. Después de saludarse montan en un Renault Clio negro exageradamente tuneado. El chico, de unos veinte años, se pone al volante. Héctor, unos catorce o quince mayor, a su lado, y la chica, que es su sobrina, detrás.

El chico arranca a toda velocidad, y entre una nube de polvo y humo derrapan en busca de la A2.

—¿Morales sigue activo? —pregunta mientras entretiene la vista por ese paisaje que lleva tantos años sin contemplar.

Kendra, su sobrina, se queja:

—No, Héctor, basta ya de estupideces...

—¿Te estoy hablando a ti, eh? Dime, ¿te estoy hablando a ti?

El chico, que se llama Josan, interviene.

—No tengo ni idea, tío, ni idea...

—Okey, ya lo averiguaré.

—No, Josan. ¡Que no! ¡Ya basta!

Héctor se vuelve enseñando los dientes, la apunta con el índice y le espeta con rabia:

—Por culpa de la hija de puta sobrina del abad de Montserrat a mis hermanos se los ha tragado la tierra. Si no entiendes eso es porque eres una zorra que no te importa otra cosa que joder con este. O te callas o te parto la cara, ¡zorra!

—Tío, párate...

—Tú no te metas, Josan, no te metas...

—Solo digo que tranqui, ¿okey?

—¿Tranqui? Los cojones voy a estar tranqui yo, ¡los cojones!

Kendra se cruza de brazos, se queda callada, de morros; todos callan y en silencio Josan maniobra en la rotonda de Martorell dirección a Barcelona.

Nagore y Marcos encuentran la casa tal como ella la había dejado. El portátil de Abel sobre el sofá, restos de cristal azul por el suelo y todo ese desorden general que provocó la huida. Ni el propietario, ni nadie, se han acercado aún al lugar.

—Me has hablado de Jordi. Pero y de Isabel, ¿qué sabes?

—Nada. Solo que, como Jordi, era una actriz contratada, eso se lo tendrías que preguntar a tu amigo alemán.

—No creo que ni él lo sepa, él delega, siempre delega, seguramente los contrató Santiago. Por eso me pidió a mí lo del profesor.

—No me creo que Netzer no sepa dónde está su antiguo empleado. Lo siento pero no me lo creo, creo que tu amigo miente más que un bellaco, mira. — Nagore le muestra un sobre doblado que escondía en un bolsillo del pantalón —. La he cogido cuando salíamos, estaba encima de una mesita, al lado de la puerta, nadie se ha dado cuenta.

—¿Qué es?

—Una extracto bancario, pero mira a quién va dirigida...

—Ernest Sievers —lee él en voz alta.

—O sea, que no se llama Netzer...

Clos rompe el sobre y mira el contenido. El recibo de la luz. Comprueba la dirección de la calle, Ganduxer, 8. Todo es correcto excepto el apellido: Sievers.

Mientras, Nagore ha puesto en marcha el portátil del chico y ha escrito en

Google el nombre, Ernest Sievers. La búsqueda da resultado pero en alemán.

—¡Mierda! —exclama.

—Espera, déjame a mí, copiaré el enlace y se lo mandaré a un amigo. — Clos se sienta a su lado, le quita el portátil, busca su cuenta de correo, la abre y redacta—. Vale, ya está. Ahora mismo le doy un toque para que se lo lea.

Clos elige un número de la agenda de contactos de su móvil; llama, y su amigo le responde al instante.

—... Pasando el rato... Sí, por supuesto... bueno, bueno, no es para tanto... escucha, Pet, necesito que me hagas un favor... mira, es fácil, te acabo de mandar un e-mail con el enlace de un artículo que está escrito en alemán, ¿podrías traducírmelo ahora mismo?... sí, muy urgente, es para otra novela... Okey, Pet, muchas gracias... Hombre, eso dalo por hecho... Okey, okey, hasta luego... Gracias...

Clos, que se había levantado y paseaba por el salón con el teléfono pegado a la oreja, cuelga y mira a Nagore, que sentada en el sofá cruza sus larguísimas piernas. Lástima que no lleve falda, piensa. La imagen que le ofrecería esa perspectiva sería fantástica. Ella se da cuenta y sonríe algo azorada.

—Ahora mismo nos manda la traducción per e-mail...

—Perfecto.

—Oye, estaba pensando en eso que me has dicho antes...

—¿El qué?

—Que no tenías dónde pasar la noche. Y eso, que mi casa es muy grande y estamos solos Sharon y yo.

Nagore suspira, descruza las piernas, se acomoda y no consigue disimular el fastidio que le causa saber que en casa de Marcos viva una tal Sharon. Claro que, piensa ella, era previsible. Guapo, famoso y millonario, no iba a estar solo, seguro que la tal Sharon es una jovencita de veintipocos con silueta de avispa y que se pasa el día moviendo el culo delante de él.

—No, de ninguna manera, buscaré un hotel para esta noche y mañana empezaré a mirar apartamentos. Voy a quedarme en la Ciudad Condal hasta que encuentre a Abel...

—Por eso mismo creo que es mejor que estemos juntos, vamos a llegar al final de todo esto como un equipo, ya lo verás.

—No quiero causar ninguna molestia...

—¿Molestia? ¡Qué va!

—Hombre, no creo que a Sharon le des una gran alegría trayendo a otra

chica a casa, la verdad...

—¿Sharon Stone? ¡Ella encantada!

—¿Vives con Sharon Stone?

—Aún no te has dado cuenta de que *Sharon Stone* es mi spaniel bretón, ¿verdad? Ha sido divertido ver la cara que ponías...

—¿Qué cara?

—De celosa...

—¡Yo no he puesto esa cara!

—¿No?

—Oye, eres muy creidito, tú, ¿eh?

—Vale, déjalo, pero te vienes a casa.

—¡Hablo y mando!

En ese instante Marcos recibe en su móvil la señal de que le ha llegado un correo.

—¿Vamos a leerlo en el portátil? —sugiere.

Hola, crack:

Espero que te vaya bien con la tía buenorra con la que dices que estás.

Mira, resumiendo, que tengo el jefe cerca y no me puedo arriesgar, habla del accidente de circulación del sobrino de Wolfram Sievers, un ex dirigente de algo llamado Ahnenerbe, condenado a muerte por un tribunal de los derechos humanos, en los juicios de Núremberg, por haber realizado crímenes atroces contra presos de los campos de concentración a los que sometía a una serie de experimentos científicos que, después de una cruel tortura, acababan casi siempre con la muerte. Experimentos tan horribles como amputarles miembros a los presos e intentar injertárselos a otros, o sea, un macabro intercambio de extremidades; estudios sobre la capacidad humana de soportar una tortura bajo el efecto de determinadas drogas y cosas por el estilo, es decir, toda una perla el Sievers este. Pues bien, el artículo cuenta que este sobrino suyo, el del accidente, se hizo famoso por amasar una extraña fortuna de golpe que algunos sospechan pudo provenir o bien de encontrar algún tesoro escondido en una antigua casa de campo en Westfalia, propiedad de la familia que él acababa de heredar, o bien de

vender algún tesoro que su tío había escondido allí. Precisamente el accidente, que según pone pudo dejarlo inválido de por vida, se produjo a las pocas semanas de haberse comprado un Porsche y el secreto de su fortuna sigue hoy en día sin desvelarse. El artículo explica más cosas pero creo que son irrelevantes, detalles del accidente, de su estado, reacciones de familiares, pero vaya, que si lo crees oportuno luego con más tiempo te lo traduzco todo. Por cierto, la noticia es de hace un montón de años, ¿lo sabes? De 1977. El blog donde la has encontrado, de ideología nazi, enlaza con la hemeroteca del diario *Der Spiegel* de esa fecha.

Salud, birras, y suerte con la piba,

PETER

Marcos cierra el correo, se ruboriza, se gira y con una cómica y teatral sonrisa se disculpa:

—Lo siento...

Nagore se hace la dura aunque insinúa una leve sonrisa.

—A ver. Primero, yo tenía razón. Ernest Netzer no es quien dice ser y nos vamos a ir a comisaría pero corriendo. Segundo, con la piba no creo que tengas suerte porque no pienso quedarme en tu casa, ¿vale?

10

El subinspector Bussón se levanta de su mesa con un gesto reconciliador, pero Nagore y Marcos no tienen tiempo de verlo. Ella se ha revuelto furiosa buscando la salida y él va detrás de ella.

—¿Qué ocurre con esos? —pregunta un compañero que pasa en ese momento por al lado.

—Hace unos días denunció la desaparición de un niño misterioso, sin padres, sin apellidos, sin fotos... Unos días después me contó que en la policía municipal de Monistrol tenían una denuncia registrada contra los padres del mismo niño, por tenerlo encerrado en casa, que por eso huyeron a Barcelona para continuar escondiéndolo. Llamé a la local de Monistrol y no existe tal denuncia. Ahora, encima, me viene, acompañada de un famoso, no sé, como si se pensara que de esa manera me la iba a creer, con el cuento de que el niño es un clon...

—¿Un clon?

El subinspector no consigue reprimir la carcajada.

—Sí, un clon...

—¡Madre mía, esa chica necesita un loquero!

—Eso mismo pienso yo.

Marcos, en la terraza de un bar de la calle Valencia cercano a la comisaría, intenta calmar a Nagore.

—Es que no lo entiendo, ¿por qué Enric también nos miente?

—No, él no nos ha mentado. Una cosa es, digamos, un chivatazo, y otra una denuncia formal. Si alguien llama a la policía para denunciar, qué sé yo, que se oyen gritos en la casa de al lado, que cree que un marido está pegando a su mujer, pongamos por caso, y cuando va la policía no encuentra nada, lo más normal es que esa llamada, más allá del informe de rutina, se traspapele. No existe denuncia, digamos, de papel.

—Lo que ocurre es que desde el primer momento no me han creído, me tratan como a una loca. Si hicieran su trabajo bien irían a interrogar a Enric...

—Ya...

—Y mientras, Abel, Dios mío...

Nagore se derrumba y Marcos intenta darle coraje con un abrazo.

—Lo vamos a encontrar, Nagore, te lo prometo. Ahora lo que vamos a hacer es ir a devolver el Ibiza, te instalas en mi casa y decidimos la estrategia, un plan de acción.

—Y ¿cómo vamos, en tren? Recuerda que estoy de mudanzas y llevo media vida metida en el maletero.

Marcos se lo piensa mejor.

—A ver, tienes razón, mira, ya no vendrá de aquí si hoy no devolvemos el coche. Nos vamos a Monistrol con el Ibiza, dejas tus cosas, te instalas, y mañana volvemos; tú con el tuyo, yo con el mío y problema solucionado. ¿Te parece?

Nagore, con expresión seria, asiente, da un sorbo profundo al Nestea que se está tomando y luego piensa en voz alta:

—¿Tú crees que Abel estará bien?

—Claro, sea quien sea quien se lo ha llevado no es para hacerle ningún daño...

—Pero Netzer o como se llame ha dicho que necesita la medicación...

—Nagore, no creo que por unos días le pase nada...

—Claro que a lo mejor nos están mintiendo; yo nunca he visto que Abel tomara ninguna medicación. ¿Y si lo que quieren es seguir investigando con él?

—¿Qué quieres decir?

—Ya has visto de lo que era capaz el tío de ese... ¡Joder!

Nagore golpea con rabia sobre la mesa y la pareja de japoneses que beben cerveza en la mesa de al lado levantan la mirada, espantados.

—Tranquila, Nagore, te juro que vamos a dar con él.

—Es que me sulfura el pasotismo del subinspector, de la policía... Pero ¿qué se han creído?

—Vamos a conseguir pruebas suficientes para que se tomen el asunto en serio, ya lo verás.

—Hemos de encontrar a Bramley.

—¿Bramley?

—Perdón, quería decir a Cunningham.

—¿Sospechas de él?

—De quién si no... Netzer o Sievers, o Tötler, o como cojones se llame el alemán, tenía al niño controlado, ¿por qué lo iba a secuestrar?

—Cunningham no se esconde, Nagore. Lo puedo llamar y quedar con él cuando quieras, pero... ¿Qué móvil podía tener él?

—Venderlo a la Ahnenerbe para que sus científicos hagan pruebas con el niño. ¿Te das cuenta? Es el primer ser humano clonado de la historia.

—La Ahnenerbe ya no existe.

—Y ¿cómo podemos estar seguros de eso? Mira a Netzer, buscando tesoros de la humanidad y realizando experimentos pseudocientíficos. ¿No era eso lo que hacía precisamente la Ahnenerbe? ¿No podría explicar eso su fortuna?

—No te entiendo...

—Imagina que Netzer al mudarse a la casa que heredó de su tío encontró la cartera de Himmler y se la vendió a una nueva generación de la asociación paracientífica nazi que aún, en 1977, siguiera existiendo. Imagina que Netzer, con el paso del tiempo, acabara haciendo algo más que todo eso, pasara a convertirse en su nuevo líder.

—Entonces tu hipótesis carecería de sentido, Cunningham le robaría el niño a Netzer para vendérselo a él mismo, no tiene ningún fundamento...

—Eso suponiendo que la dirección de la Ahnenerbe estuviera unida y fiel a Netzer. Pero ¿y si no es así? ¿Y si existe, pongamos por caso, una corriente disidente?

—No lo sé, Nagore, creo que lo mejor que podemos hacer es hablar con Netzer de tú a tú y obligarle a decir todo lo que sepa, confesarle que sabemos quién es, todo eso que dices no son más que conjeturas...

—Son más que conjeturas, Marcos, quien ha secuestrado al niño sabe que es un clon, y si hacemos una lista de las personas que lo saben pronto vamos a acabar: Netzer, su mujer y Cunningham. Punto.

—Y Javier...

—¿Javier?

—Sí, Javier.

—¿Te refieres a Javier o a Santiago? Perdona pero es que me hago un lío...

—Javier es Javier y Santiago es Santiago. Santiago aún no existía cuando redacté el libro. ¿No te parece extraño que Javier desapareciera al mismo tiempo que su personaje en mi novela?

—Ahora que lo dices...

—Siempre lo había encontrado una coincidencia curiosa, pero claro, ahora,

al descubrir que Abel es su hijo, y al conocer la historia de su otro hijo, el enfermo, ya no lo encuentro curioso sino extraño.

—¿Qué quieres decir?

—Que Javier nos ha estado espiando todo este tiempo, que no ha muerto como todos pensábamos; que quizá desconfiara del experimento, que tuviera miedo de que no saliera bien, pero curiosidad a la vez, que estuviera en contacto de una manera u otra con su hijo, esperando el momento oportuno para poder estar con él...

—¿Te he hablado de Hermann IX?

—¿Cómo?

—Era el *nick* que usaba él para comunicarse por Skype. Cuando se lo mencioné a Jordi, su supuesto padre, curiosamente me encontré al volver que alguien había borrado todo el historial de navegación de su ordenador y desconfigurado la cuenta del Skype. Sin embargo, no se habían llevado el ordenador.

—Eso se puede hacer por control remoto, es un programa llamado DeskShare con el cual controlas a distancia otro aparato.

—O sea, Marcos, que Jordi llamó a esa persona para advertirle que yo andaba detrás de la pista de Hermann IX...

—A Javier...

—O a Cunningham...

—Nagore, ¡cambio de planes! Nos vamos a Alfarràs...

—El alquiler del Ibiza al final me va a costar un huevo...

—No te preocupes, no olvides que soy un escritor famoso.

—Lo siento por tus planes.

—¿Qué planes?

—Ya sabes, la tía buenorra, el pibón ese que te querías llevar a casa...

—Mira que eres tonta.

11

El barrio de Vilapicina, de origen obrero y humilde, en el distrito barcelonés de Nou Barris, se perfuma según de dónde sople el aire de mar o de montaña; con tráfico constante y calles que escalan empinándose buscando Collserola, amontonando edificios unos encima de otros y cambiando de aspecto como todo cuando pasa el tiempo.

Donde antes había un bar ahora Héctor encuentra un locutorio; donde estaba el supermercado, una tienda de moda. Es por eso que cuando divisa el taller mecánico Autos Vilapicina, en la esquina con la avenida Borbón, el colombiano sonríe convencido de que sigue siendo la guarida y tapadora de Morales.

Entra con cautela, buscando algún rostro conocido entre los mecánicos que operan con sus monos mugrientos y encharcados de sudor, y ve que se acerca un muchacho al que no recuerda haber visto antes.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunta mientras se limpia las manos con un trapo.

El acento colombiano del chico delata que esa sigue siendo la madriguera del Rata. Nunca contrata a nadie que no lleve su sangre.

—¿Está el Rata?

El muchacho se lo queda mirando extrañado. Muy pocos se atreven a llamar así al señor Morales.

—El señor Morales anda por ahí dentro. ¿Quién pregunta?

—Héctor, el de los Páez...

El muchacho, al que le brillan exageradamente los ojos y los dientes tras su máscara de grasa, asiente y le da la espalda.

—Un momento —murmura cuando ya se ha girado.

El eco metálico de las escaleras, que como si levitaran separan el garaje del despacho de su jefe, resuena entre las paredes del local, un garito acristalado del cual, desde abajo, se otea una cuarta parte del interior. Héctor divisa la calva de Morales al volverse para mirar por la ventana, y le dedica un saludo

desde lejos.

—¡Dice que suba! —grita el muchacho desde el rellano de las escaleras metálicas, justo delante de la entrada al despacho.

Héctor aguarda al pie de la escalinata a que el chico baje, y sin siquiera mirarlo, pisando con fuerza la estructura que chirría sobre sus ejes, salta por los peldaños hasta la puerta del despacho. Golpea con los nudillos al mismo tiempo que empuja la puerta y lo recibe una corriente gélida del aire acondicionado. El Rata, detrás de una mesa con su correspondiente desorden y ordenador, hace equilibrios encima de un taburete. A su espalda, una mujer con un monobiquini rojo enseña unos exagerados pechos dentro de un calendario. El espacio, sin ventilación, es como una burbuja de nicotina.

—Vaya, vaya... Mira a quién tenemos aquí.

—¿Se sabe algo de mis hermanos?

—¿Qué tal si empezamos con un buenas tardes, qué tal te va todo, etcétera, etcétera, etcétera? Han pasado muchos años.

—No me toques los cojones, Morales, que ya vienen hinchados...

—Entiendo que una temporadita en la sombra te los haya hinchado... No, no sé nada de ellos.

—Necesito saber quién nos contrató ese día...

—Para qué, no te los va a devolver. Son gajes del oficio, Héctor. Tus hermanos están muertos, enterrados y putrefactos. No remuevas el pasado y vive el futuro ahora que puedes, créeme.

—Ya sé que nadie me los va a devolver, pero también sé que alguien que ahora duerme muy tranquilo pronto va a despertar dentro de su peor pesadilla...

—No pedimos el NIF a quien nos hace los encargos, Héctor. Trabajamos sin IVA —añade tronchándose.

Pero Héctor, con muy pocas ganas de reírle sus gracias, a lo suyo.

—La chica que secuestré esa noche es, nada más y nada menos, que la sobrina del abad del monasterio de Montserrat. Desconozco si lo sabías. ¿Quién cojones y por qué pretendía extorsionar a un cura?

El Rata, de repente, olvida las acrobacias encima del taburete y reposa los codos encima de la mesa.

—¿El abad de Montserrat? —pregunta sin conseguir disimular que acababa de despertarle su interés—. Y ¿cómo sabes eso?

—¿No lo sabías?

—No nos dieron los detalles. Pero, repito, ¿tú cómo lo sabes?

—Fácil. Yo me encargué de chantajearlo, ¿recuerdas? Por eso me encerraron.

—No, a ti te encerraron por idiota...

—¡No me toques los huevos! Pienso llegar hasta lo más profundo de todo esto aunque tenga que ir a ver al mismo abad de Montserrat, cara a cara.

—El abad de Montserrat —repite el Rata mientras piensa—. Interesante, la verdad, interesante...

—¿Verdad? ¿Vas a decirme ahora para quién cojones trabajamos esa noche?

—No he vuelto a saber nada más de él. Ese fue su primer y último encargo.

—¿Cómo se llamaba?

—Era un alemán que iba en silla de ruedas.

—¿En silla de ruedas?

—Sí. Vino con una buena carta de presentación.

—¿De quién?

—Eso no te concierne. Solo puedo añadir que lo acompañaba un neonazi que creo recordar que se llamaba Javier, no estoy seguro. De hecho cerramos el trato con él.

—Y ¿cuál era el trato?

—Eso ya lo sabes... Tú secuestrabas a la sobrina de, ahora resulta ser el abad de Montserrat, y tus hermanos le reventaban la caja. Era necesario llevar un equipo percutor, pero eso, repito, ya lo sabes.

—No, me refiero al trato con el neonazi, ¿tienes algún teléfono? ¿Alguna dirección? ¿Dónde os encontrabais? Dame algo.

—Eres un tipo listo, Héctor. Si el jefe era alemán y el machaca neonazi creo que ya sabes en qué tipo de ambientes tienes que preguntar.

Héctor asiente espasmódicamente, como si fuera un tic.

—Okey, creo que con eso me apañaré. —Y se da media vuelta.

—Un momento, un momento...

Héctor vuelve atrás.

—Toma asiento, por favor...

—Soy todo oídos.

—Puedo tirar del hilo hasta conseguir saber para quién trabajaba Javier, pero lo vamos a hacer juntos; todo esto es muy extraño y algo gordo tiene que haber detrás.

—Yo solo quiero venganza, jefe.

—Vamos a saber qué pasó esa noche. Has despertado mi curiosidad.

12

El anochecer los sorprende durante el largo recorrido a Alfarràs. Ese era el plan. Presentarse sobre la hora de la cena para asegurarse de encontrarlos. Por el camino, tras haber conseguido dominar el cambio de marchas sin brusquedades, Nagore desea atacar eso que lleva rato dándole vueltas por la cabeza:

—¿Cuánto hay de cierto y cuánto de inventado en tu *El Informe Ahnenerbe*?

—Creo que no lo sé ni yo...

—Todos los personajes tienen su doble en la vida real, pero ¿y la acción? ¿Qué hay de cierto?

—Hay una parte de la obra que sigue estrictamente la realidad, como una crónica de mi trabajo, hasta que esta resulta insuficiente y es necesario dejar paso a la imaginación.

—¿Y cuándo ocurre eso?

—Al subir a las ruinas del antiguo castillo de Sant Dimes...

—¿Qué pasó?

—Encontré la entrada al túnel, tal como explico, a través de la madriguera de una garduña o de una jineta, no sé; y unas escaleras esculpidas en la roca, en el interior de la montaña, intactas, no como lo explico en la novela, eso del cemento es pura invención. Pero después de los primeros metros la escalinata estaba tapiada por una gruesa pared de piedra...

—¿Y entonces?

—Entonces nos reunimos con Netzer y juntos decidimos el desenlace final de la novela.

—¿Y Javier?

—¿Qué?

—Eso, que cuándo desapareció.

—Fue muy raro. Justo cuando acababa de redactar el otro final, el que habíamos acordado con el alemán.

—¿Cómo? ¿Había otro final?

—Sí. Y ahora estoy casi seguro de que si me lo hizo cambiar fue por culpa de su desaparición...

—Cuenta...

—En el final que habíamos decidido, Bramley, dos sicarios colombianos y Javier consiguen llegar a la cripta, rompen la lápida con taladradoras, descubren el sarcófago y justo cuando se disponían a abrirlo, como un fundido a negro en el cine, acabo el capítulo. En el epílogo, se recrea una presentación de la obra en la cual interviene Tötler. La presentación es multitudinaria y a ella acuden medios de comunicación de todo el mundo ya que la editorial se ha encargado de filtrar que, durante la misma, se va a desvelar el secreto mejor guardado de la historia de la humanidad. Después del discurso y de una serie de diálogos entre el escritor y su mecenas, el segundo desvela que el final de la novela es un fiel reflejo de la realidad: el resultado positivo de una ardua y larga investigación que empezó a las órdenes de Hitler. Cuando el diálogo llega a su cénit de emoción, se corren unas cortinas que estaban tiradas justo detrás de la mesa de la presentación y en el interior de una urna de cristal, de pie, se muestra la momia de Jesucristo.

—Dios mío, ese era el final real que él había soñado. O sea, que era verdad eso que cuenta tu homólogo Bellido: te querían quitar de en medio; Marcos, eso lo explica todo, el cambio del final y la desaparición de Javier. La expedición siguió adelante mientras a ti te tenían entretenido escribiendo...

—No te entiendo...

—Por Dios, Marcos, ¡abre los ojos! Todo encaja. Tú les muestras el acceso al túnel que, vale, está bloqueado, y por eso después de reunirte con Netzer decidís un final de fantasía. Pero este, mientras tú lo escribes, paralelamente corre en la vida real. Derrumban el muro, encuentran la cueva del Santo Grial y cuando lo tienen todo a punto para llevárselo algo falla y Javier queda atrapado allí dentro para siempre...

—Claro, por eso me hace cambiar el final. Entonces, si Javier quedó atrapado dentro de la montaña, el único sospechoso del secuestro de Abel es Cunningham.

—Hemos de conseguir que Jordi lo confiese. Seguro que está compinchado con el inglés, seguro que fue él quien le avisó de que había dejado una pista, la de Hermann IX...

—Hay una manera de comprobar tu hipótesis.

Nagore, acelerando en una de las innumerables rectas que dibuja la carretera

pasado Balaguer y encarando ya los kilómetros finales, se anticipa al comentario del escritor con la misma velocidad con la que revoluciona el motor.

—Subiendo a Sant Dimes...

—¡Exacto! —corroboró él.

Nagore se anima por momentos. Su entusiasmo por el desarrollo de la trama que cree adivinar es tal, que Marcos empieza a temer por su vida.

—Oye, ¿no tendrías que ir un poco más despacio?

—Es que todo encaja, Marcos. —Ella ni lo escucha—. La muerte de Javier, cuando el experimento del clon ya era un hecho, deja huérfano al niño antes de nacer, un niño al que habrá que esconder durante toda su vida ya que será imposible cambiarlo por el bebé muerto de Javier...

—Sí, Nagore, es eso, ya lo tenemos, pero, por favor, frena un poco...

—Conseguir que Jordi confiese es vital; al idiota de Bussón no le quedará más remedio que pedirme perdón, ojalá lo echen del cuerpo...

—Y oye, por cierto, eso del *nick* del chico, Hermann IX, ¿indagaste algo?

—Sí, claro. Era un guerrero querusco que liberó Teutoburgo de los romanos tras una dura batalla, sin duda Abel lo encontró por la red y le hizo gracia.

—¿Querusco? ¿Teutoburgo?

—¿Qué pasa, Marcos?

—Westfalia es el antiguo Teutoburgo; su capital, Köln. ¿Sabes de dónde es Netzer?

Nagore conduce acorde al estado de sus emociones, es por eso por lo que ahora el Ibiza casi se para, al ralentí.

—¿Cómo es posible que Abel eligiera precisamente ese *nick* sin conocer a Netzer? —exclama.

—No, Nagore, no es posible. Hay coincidencias que quedan fuera de la ley de las probabilidades y esta es una de ellas.

—Por lo tanto, Netzer conocía y hablaba con Abel.

—Lo que nos acaba de provocar un lío de muerte porque esto significaría que borrando la pista de Hermann IX no se protegía a Cunningham, sino a Netzer.

—Ya estamos llegando. Oye, como sea hemos de conseguir que Jordi cante...

—A mí torturar se me da muy mal...

—Mira que eres tonto...

—Y tú una preciosidad.

El Ibiza da un acelerón a las puertas del pueblo y una sonrisa se perfila en la cara de su conductora.

—Eso es más bonito que lo del pibón... Aún tienes posibilidades.

Marcos se reconforta sobre su asiento y ríe sin añadir nada más.

Jordi y Vanesa cenan en medio de un clima tenso, casi sin dirigirse la palabra. Que alguien llame a su puerta a esas horas de la noche, y con el plato caliente encima de la mesa, solo ayuda a echar más leña a un fuego que se aventura lleva tiempo en combustión.

—¿Y ahora quién coño es? —prorrumpe Jordi dando un manotazo al aire.

—Ve a ver, no soy adivina...

Jordi niega con la cabeza, baja el tono y añade:

—Yo no estoy, Vanesa. Ve a ver tú y según quien sea yo no estoy, ¿vale?

—Estoy hasta los ovarios de todo esto, ¿me oyes?

El timbre vuelve a insistir con un triple tono.

—¡Ya voy! —grita ella, se levanta y arroja la servilleta sobre el mantel de mala gaita.

Jordi, mientras tanto, aguanta la respiración.

Nagore dirige un gesto a Marcos cuando advierte que unos pasos se deslizan por el pasillo hacia ellos. Él asiente. Cuando Vanesa abre no puede disimular su expresión de fastidio.

—¿Qué coño haces aquí?

—Tenemos que hablar...

—Pero déjanos en paz, ¿no? —Entonces se fija en quién la acompaña y pone cara de sorpresa—. ¿Y este? ¿No es Marcos Clos, el de *El Informe Ahnenerbe*?

Marcos sonrío. La fama siempre abre puertas.

—El mismo, ¿me has leído?

—Vi la peli...

—Ah.

Nagore interviene para ir a lo que realmente interesa:

—Tenemos que hablar con Toni.

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Pues eso, trabaja de noche.

—Ya.

El diálogo es entre ellas, Marcos se convierte en un simple espectador.

—¿No me crees?

—Me parece un poco extraño que con el dinero que seguro habéis ganado durante todo este tiempo tenga que trabajar de noche, la verdad.

—Pues mira, si no me crees es tu problema, no tengo que dar explicaciones, ¿vale?

—Necesitamos hablar con él, lo sabemos todo...

—¿Seguro? —Vanesa ríe sarcástica—. Vosotros no sabéis nada, pero nada de nada. Y ahora, si me permites, te voy a cerrar la puerta y te ruego que no nos vuelvas a molestar.

—Espera, espera un momento, dime dónde lo puedo encontrar, es importante.

—Dé-ja-nos en paz. Si quieres saber algo habla con esa, con la puta ex de mi marido, pero a nosotros nos dejas ya, ¿entiendes?

Vanesa les da con la puerta en las narices y ellos se quedan mirando como si un fantasma se acabara de cruzar en sus vidas.

—¿Merche? —exclama Nagore—. ¿Merche es la ex de Toni?

—Parece ser que Vanesa tiene razón, Nagore...

—¿Cómo?

—No sabemos nada.

Marcos lleva meses sin pisar el monasterio ni hablar con el abad. Al publicarse la novela, muchos años antes, la relación entre ambos se enfrió. Marcos ya no entra y sale del monasterio como de su casa. Sigue visitando a los monjes con los que había entablado una mayor amistad, cierto, pero sabiendo que su presencia incomoda al abad ya no frecuenta el lugar como antaño. Solo muy de vez en cuando. Marcos no comprende por qué la publicación de la novela, una obra de ficción, de aventuras, un *thriller* sin más, le había disgustado tanto. Sin embargo, durante todo el camino de vuelta de Alfarràs, conduciendo para que Nagore pueda descansar, no deja de pensar en ello. Aprovecha la soledad del volante, también, avanzando por la carretera en medio de una noche estrellada, para decidir que a la mañana siguiente irá a visitarlo por sorpresa. Curiosamente la oscuridad le brinda la luz que ilumina una posibilidad que poco a poco se va construyendo y que explica el rechazo del abad. Que todo sea verdad.

Al llegar a Monistrol, *Sharon Stone* los recibe con una inusitada alegría después de haber pasado todo el día a solas. Pese a que una canguro la ha visitado, paseado y dado de comer, ella temía que su dueño la había vuelto a abandonar justo cuando acababa de regresar de París.

Sharon aúlla y ladra de pura felicidad; además, Marcos viene acompañado y la tal Nagore parece de las que les gusta jugar.

—¡Calla, calla! —le susurra Marcos, por deferencia a los vecinos, mientras Nagore se agacha y se deja olisquear y lamer por la perrita.

—¿Tú eres *Sharon*? ¿Tú eres *Sharon*? —le va repitiendo con ese tono que se dedica a los niños, jugando.

Él vive en las afueras de Monistrol, cerca del cremallera y del acceso a una de las rutas que, pasando por el convento de Sant Benet, conduce al monasterio. El Camí de l'Àngel, uno de los senderos menos concurridos por los excursionistas. Su casa está al final de una calle urbanizada junto a otros chalés y andar armando jaleo cerca de las dos de la madrugada no es de

persona civilizada.

Entran el equipaje de Nagore y luego Marcos la acompaña a su habitación.

—La cama está preparada. —*Sharon*, como si le hablaran a ella, se sube de un salto, feliz—. ¡No, oye, tú no!

Nagore ríe.

—Déjala, se puede quedar. De pequeña dormía con un setter, se llamaba *Bobby*, será divertido...

—Te dará la noche...

—Qué más da.

—Oye, levántate cuando quieras, en la cocina ya te dejaré café a punto, y tú misma, prepárate lo que quieras, estás en tu casa...

—¿Vas a salir?

—Quiero aclarar las cosas con el abad. Creo entender por qué le molestó tanto mi novela, todo empieza a cuadrar. Me levantaré temprano para pillarlo justo después de laudes.

—¿De qué?

—Un rezo que se realiza a las siete y media en la basílica.

—De acuerdo... Oye, ¿cuando nos levantemos saco a pasear a *Sharon*?

—Eso, de paso conocerás Monistrol. Te dejaré un juego de llaves sobre la mesita.

Nagore sonrío, se le acerca y le da dos besos en las mejillas, uno de ellos muy cerca de la comisura de los labios. Casi rozándolos.

—Buenas noches, Marcos...

Marcos le devuelve la sonrisa y antes de cruzar el umbral no puede resistir el deseo de darse media vuelta para mirarla por última vez. Pero ella, distraída con el perro que intenta salir detrás de su dueño, no se da cuenta.

—Tú aquí, conmigo...

Sharon, feliz, mueve la cola, se vuelve y cogiendo carrerilla se sube de un salto otra vez encima de la cama.

—Dulces sueños —susurra él antes de ajustar la puerta.

Entonces Nagore levanta los ojos, se da cuenta de que la estaba mirando y siente que algo se remueve en su interior. Se abraza a *Sharon* y se confiesa:

—Me estoy enamorando de tu amo, pero, ssshhh, no se lo digas... —La besa sobre su húmedo hocico y ella se revuelve para devolvérselo lleno de babas.

A la mañana siguiente, una ligera lluvia envuelve la montaña de Montserrat con un manto de niebla más propio de otra estación. Marcos maniobra con sigilo por la cocina para no despertar a las chicas, y después de tomarse un rápido café con leche contemplando la sierra desde la ventana, le deja una nota sobre la mesita. «¿De verdad que tengo posibilidades?» Saca su Freelander dorado del garaje y sube al monasterio.

La agitación de la jornada aún no ha llegado a su auge, la lluvia protege el templo e incluso los vendedores de Marganell atienden sus tenderetes a un ritmo diferente. La niebla esconde las cumbres que envuelven el monasterio y hace resonar con mayor estridencia sus campanas. Marcos, andando por esa única calle llena de comercios, no consigue encontrar la fórmula de cómo encarar el diálogo con el abad. Con esa incertidumbre pesándole sobre la conciencia sube por las escaleras hacia el primer piso donde se encuentra la portería. De camino se cruza con un hombre de unos sesenta años que baja pisando los peldaños con fuerza. Tiene el pelo corto, escaso y plateado, y cuando pasa por su lado apenas corresponde a su saludo. En la garita, en lugar de Neus, que aún no ha empezado su jornada, Marcos encuentra al padre hostelero.

—Marcos, ¡cuánto tiempo!

—Buenos días, padre Gabriel.

—¿Has quedado con alguien?

—No. Verás, me urge un poco hablar con el abad. ¿Se encuentra?

—Precisamente acaba de despachar a una visita, seguro que os habéis cruzado.

—¿A estas horas?

El abad se halla caminando distraído, meditando, cuando unos pasos que se acercan lo alertan y al levantar la vista se encuentra con la sonrisa y la mano tendida de Marcos, que le cierra el paso.

—Abad...

—¿Marcos?

—Necesito hablar con usted.

—Tengo un poco de prisa, lo siento...

—Perdone, pero es que es muy importante.

—¿No puede esperar?

—De ninguna otra manera insistiría.

Marcos llevaba diez años sin volver a ver la sonrisa del abad, pero pese a

eso, la expresión que le dirige en ese instante, triste, tensa, desesperada, no se la había visto antes.

—Bien, vamos a mi despacho. —Se da media vuelta y al darle la espalda, susurra—: Tal vez sea lo mejor.

Marcos no comprende esa frase.

Antes de entrar a su salón, Marcos se asoma al despacho de Maties para saludarlo, pero el espacio de su asistente está vacío y sin luz. El abad, en lugar de ocupar su sitio, detrás de la mesa, se sienta en un sofá al lado de la puerta como para indicar que su encuentro será breve. Marcos se acerca una silla.

—Necesito saber algo, es urgente.

—Habla.

—Ya le he preguntado mil veces por qué le había molestado la novela; las mil veces me ha contestado lo mismo, que si me he aprovechado de esto o de lo otro, y la enorme irreverencia de las afirmaciones que contienen. No quiero volver a discutir sobre eso, solo quiero saber si hay algo más...

—¿Te parece poco la blasfemia de que a Jesucristo no lo crucificaron y que en el monasterio guardamos su momia? ¿De verdad que te parece poco, Marcos?

—Es que en las últimas horas están pasando cosas que me llevan a sospechar que gran parte de mi novela es real.

El abad se pone en pie evidenciando que se acaba el tiempo y algo más: su paciencia.

—No sé qué pretendes, pero te ruego que lo dejes en paz...

—¿Que lo deje en paz? ¿A quién?

El abad pasa por su lado, casi apartándolo, y dejándolo solo en su despacho se va. Oye que se saluda con Maties, que acaba de llegar, y le dice que Marcos está allí. Luego sus pasos se alejan. Él, sin saber qué hacer e intentando analizar esa última frase, se queda en el despacho.

—Marcos... —Maties acaba de entrar.

Se estrechan la mano.

—¿Qué le ocurre? Lo veo raro, lejano, no sé...

—Tenías que haberlo pensado antes, Marcos. Ahora ya no estás a tiempo.

—Es que no sé de qué me hablas, palabra.

—De Alba, claro.

—¿De qué?

—Mira, Marcos, el padre abad siempre ha deseado ocultar su vida privada,

es por eso que en el monasterio nadie conoce a su sobrina, ni su historia. En cambio, tú vas, investigas, usas lo de su hermano para tu novela, sin molestarte siquiera en cambiar el nombre, solo los hechos, y te extrañas de que se haya molestado. Yo, la verdad, no entiendo ni cómo te permite volver a pisar el monasterio.

Marcos encaja toda esa explicación como si oyera hablar en japonés.

—¿De qué me estás hablando, Maties? ¿De qué?

—Por Dios, Marcos, ¿acaso la fama te ha vuelto tonto?

—¿Quieres hacerme creer que eso que cuento en la novela, eso de que el abad tiene un hermano que murió en un accidente dejando huérfana a su sobrina, es cierto?

—¿Me tomas el pelo? ¿A qué juegas? —Maties, un hombre reservado, prudente y cauto, está al borde de explotar.

—¿Es eso? ¿Lo de Alba es cierto? Pero, es que no lo entiendo... ¿Cómo puede pasar desapercibido que el hermano del abad del monasterio de Montserrat y su mujer sufran un accidente y mueran? ¡Es imposible! ¡Yo y medio mundo lo sabríamos si fuera cierto!

—Eso mismo es lo que no entiendo yo, que tu novela tenga tanto éxito construida bajo una coartada tan inverosímil. Podías haber inventado algo mejor o, ya puestos, escribir la verdad.

—¿Qué verdad? Por Dios, Maties, te lo juro, no sé de qué me estás hablando.

Maties, en un gesto desesperado, se agarra la cabeza con ambas manos como si tratara de relajarse.

—Marcos, estoy a punto de creer que te has vuelto loco. Pones a Alba en tu novela, explicas, cambiando el argumento, que para él Alba es lo más importante de su vida y ahora me estás intentando hacer creer que no sabías nada y que todo es fruto de una casualidad. Pero, por favor, ¿por quién me has tomado?

—Maties, el argumento de la novela lo pacté con Netzer, el alemán que llevé al monasterio, mi mecenas, ¿recuerdas? Lo de la extorsión al abad usando a una sobrina huérfana que él protegía fue sugerencia de él. Un invento, o eso pensaba yo. Yo no sabía nada, no tenía ni idea de que Alba fuera una persona real, te ruego que me creas, te lo juro, yo no sabía nada.

Maties guarda silencio como buscando la verdad, como deseando creerle.

—¿No sabes que los padres de Alba llevan años atrapados en el sórdido

mundo de las drogas y que por eso el abad es su tutor legal? ¿De verdad no lo sabes? ¿De verdad te han estado utilizando sin que te enteraras?

—¿Cómo?

—¿Me estás diciendo de verdad que quien lo descubrió fue tu mecenas y tú no sabías nada?

—Te lo juro.

—Pero... ¿Por qué? ¿A qué venía hacer salir a Alba en la novela?

—Porque el alemán, además de ser un gran hijo de puta, es una persona muy inteligente, de esta manera sigue extorsionando al abad con su secreto.

Maties recapacita en esas últimas palabras, que no sabe cómo ubicar, pero que de momento prefiere dejar de lado.

—¿Ahora comprendes que para el abad ya no eres ni serás nunca más bien recibido?

—Lo que no entiendo es por qué Netzer no me propuso el argumento real...

—Posiblemente para probarte sin que sospecharas nada. Era posible que tú conocieras los hechos, y si era demasiado claro con su propuesta tú te habrías dado cuenta de que había estado investigando al abad.

—Sí, sí, lo recuerdo. —Marcos parece atrapado en una regresión que desea compartir palabra por palabra—. Lo recuerdo perfectamente. Estábamos cenando. Brenda también comentaba. Pensábamos cómo poder extorsionar al abad entre los tres, entre risas. Ella propuso que lo mejor para estos casos era una amante y yo le dije que eso estaba demasiado visto y que era un recurso fácil. Entonces él empezó a formar la idea de un muchacho al que protegiera, un hijo secreto. A mí me parecía bien, pero Brenda intervino para sacármelo de la cabeza, que eso era de culebrón sudamericano o, peor, de novela de Zafón, y entonces, como si se le acabara de ocurrir, Netzer, eufórico, dijo: ¡Ya lo tengo! Una sobrina, una sobrina con la que tenga un lazo especial, no sé, y se quedaron los dos en silencio, esperando. Claro, ese era el momento, si yo supiera lo de su sobrina habría soltado que no, que de ninguna manera. Estaba todo pactado y tanto Brenda como Netzer hacían su papel. Entonces sugerí lo del accidente, lo sugerí yo, pero porque estaba bailando bajo su son. Por eso aceptaron mi subtrama, para no pisarme más; entre la verdad, lo de las drogas, o lo del accidente, tampoco había tanta diferencia.

Maties, que ha estado escuchando atentamente, desea aclarar las cosas de una vez por todas.

—Lo que no entiendo es por qué el alemán tenía que recurrir a Alba. Por qué

en una obra de ficción es tan necesario contar algo tan íntimo, personal y cercano a la realidad. No lo entiendo.

—Yo sí lo entiendo, poco a poco, pero lo voy entendiendo... El argumento y la trama de mi novela son reales, desde la primera hasta la última palabra porque esa es su manera de tener extorsionado al abad. Para siempre...

—Marcos —Maties lo interrumpe preocupado—, todo esto te está afectando demasiado.

Pero Marcos sigue a lo suyo.

—O sea, que Alba fue secuestrada realmente para extorsionar al abad para que les abriera el pasadizo secreto. ¡Todo encaja! ¡Javier está atrapado aquí dentro...!

Maties se pone en pie y se le acerca con un tono fraternal:

—Marcos, por favor, tendrías que ir a ver a un médico, me preocupas.

Pero Marcos también se levanta víctima de una súbita urgencia.

—Voy a ver a Netzer y le voy a hacer contar la verdad aunque sea a tortazos. ¡Te lo juro! Te juro que me va a contar la verdad, toda la verdad, maldito cabrón, maldito cabrón... —mastica rechinando los dientes.

Marcos sale casi corriendo y sin despedirse, como un loco. Maties se santigua convencido de que el escritor ha enloquecido de repente, que eso de que la fama se sube a la cabeza, en su caso, ha ido un paso más allá hasta llevarlo a la enajenación mental.

Salta las escaleras y cuando sale al exterior se da cuenta de que la llovizna de la mañana ha acabado convirtiéndose en un auténtico aguacero. La plaza, desierta, brilla bajo el diluvio. Entonces Marcos, como hacía el padre Narcís, sin importarle quedarse empapado cruza la plaza en dirección a la basílica. Como había previsto, el lateral por donde los turistas hacen interminables colas para adorar a la Virgen está vacío. Corre por el pasillo de la cripta ignorando los letreros que ruegan silencio, corre por las escaleras, corre atravesando el portal de plata y entre imágenes de ángeles y crucifijos llega, también corriendo, hasta el altar del adoratorio en un santiamén. Marcos se agacha sobre el mosaico, unas piezas que encajan las unas con las otras a través de un dibujo que, si lo miras con atención, provoca mareo. Como un encadenado en negro, granate y blanco que parece moverse. Marcos pasa su uña y advierte, por el contorno que separa el bloque con el pasillo, que oculta por el dibujo de las baldosas se encuentra una ranura que parece un encaje. Marcos saca su llavero del bolsillo y pasa una llave por el resquicio para

asegurarse de que no se trata de la junta entre piezas, sino del espacio que separa el bloque que se desliza hacia el túnel secreto, pero en ese preciso instante llegan unos turistas japoneses envueltos en impermeables azules. Parecen sorprendidos, casi asustados, de encontrarse a un hombre tumbado en el suelo. Marcos, desde abajo, les muestra el juego de llaves al mismo tiempo que se pone en pie.

—Se me habían caído.

Y sin acabar de certificar una cosa o la otra, sale al atrio por donde los turistas dan la vuelta después de adorar a la Virgen, un pasillo exterior entre la pared de la iglesia y la montaña, que va a parar a la cueva donde crepitan noche y día las velas que los peregrinos encienden con sus deseos y plegarias. Ahí mismo, contemplando el crepitar de los cirios, promete que va a obligar a decir toda la verdad al alemán, como sea.

La lluvia parece que remite y la niebla escampa a medida que el Freelandor dorado desciende la montaña camino de Monistrol. En el pueblo, la gente, que ha recuperado rebecas y anoraks del armario, sale a pasear como los caracoles después de la tormenta. Todos conocen a Marcos, y más ahora que su novela le ha hecho famoso. Cuando se adentra conduciendo por las callejuelas en busca de su hogar, lo saludan con el brazo en alto y una sonrisa. El ambiente es más puro y limpio tras la lluvia. Todo lo contrario de lo que siente su corazón. Marcos se sabe cómplice de un delito sin perdón; que, a pesar de una pasajera embriaguez de fama, ni ese éxito le corresponde; que más allá de escribir libros de leyendas, poco tiene de escritor, y que diez años después de *El Informe Ahnenerbe* ha sido incapaz de rubricar ni una sola frase más. Marcos Clos es un fraude, piensa, y la primera persona que lo tiene que saber es ella, Nagore, para no volver a equivocarse. Una vez ya le dejaron por ser un fracasado y no quería volver a pasar por la misma situación. Él no era el autor de uno de los mayores éxitos de la literatura; él simplemente redactaba un dictado, una extorsión. Primero se lo descubriría a ella y luego al mundo entero.

Mientras tanto, en Barcelona, Héctor se orienta por la calle Ferran cerca del ayuntamiento. Ha memorizado el número que le acaba de dar el Rata por teléfono. Le ha dicho que era importante y que lo esperaba allí.

El bar, casi en la esquina con la plaza Sant Jaume, es un frankfurt cutre, con una entrada estrecha y una sola hilera de mesas pegadas a la pared paralela a la barra. Héctor se extraña de que Morales haya elegido ese lugar. Anda hasta el final de la barra y, como se imaginaba, en su interior el local se ensancha. El Rata, que está en compañía de dos hombres, lo saluda desde una mesa esquinal y oscura del comedor. Héctor se acerca, les dedica un gesto y se sienta.

—Estos son Wiman y Keylor.

Héctor estrecha sus manos inclinándose por encima de la mesa.

—Son dos de mis mejores hombres, casi hermanos —alardea el Rata.

Héctor se los queda mirando, como analizándolos. Sus expresiones y su físico no desvelan gran cosa, salvo un intelecto deficiente, una bribonería a flor de piel y muchas horas de gimnasio.

—¿Y bien? —añade Héctor para romper el silencio.

—Nuestro amigo alemán, el de la silla de ruedas —prorrumpe Morales como si de repente le estallaran las ganas de contar— es una especie de cazatesoros descendiente de un líder de la Gestapo. Nada más y nada menos que Wolfram Sievers, que a su vez pertenecía a una asociación creada por Adolf Hitler, la Ahnenerbe, que llevaba a cabo expediciones arqueológicas en búsqueda de tesoros de la humanidad. Pues bien, resulta que en 1945, el líder de la Ahnenerbe, Himmler, estuvo en Montserrat y se rumorea que lo que lo trajo a la montaña no fue precisamente la Moreneta, sino la búsqueda del más codiciado de los tesoros: el Santo Grial.

—¿El Santo Grial? —lo interrumpe Héctor impulsivamente.

—Sí, Héctor, has oído bien, el Santo Grial... Eso es lo que buscaban tus hermanos, junto al tal Javier, mientras tú asustabas a la sobrina del abad.

Héctor, desbordado por la excitación, se toca la barbilla de manera insistente.

—Y al neonazi, ¿lo has localizado?

—Precisamente el neonazi, Javier, desapareció junto a tus hermanos durante la operación. Dicho de otra forma, corrió su misma suerte.

—¿Y el tío de la silla de ruedas?

—Por eso te he hecho venir. Tenemos una cita con él dentro de un rato y me preguntaba si nos querrías acompañar...

Wiman y Keylor sonríen dando a entender que están al corriente de todo, y para demostrar también que no son idiotas, que la metáfora de la cita para ellos no tiene confusión.

—Lo estoy deseando...

El Rata comprueba la hora en el Rolex de oro macizo que luce en su muñeca izquierda.

—Bien, vamos a desayunar algo para ganar tiempo. Sobre las once y media se queda solo en casa. Su señora marcha acompañada de una chica del servicio y el mayordomo sale a pasear el perro por la puerta principal. Tardan unos diez minutos en dar la vuelta a la manzana. A su regreso, estoy casi seguro de que si se lo pedís con amabilidad nos invitará a pasar.

—¿Qué raza de perro? —Héctor intuye un imprevisto.

Wiman, carcajeándose, abre la boca por primera vez:

—Una especie de caniche.

Morales, escondiendo una sonrisilla por el comentario sobre el perro, se da media vuelta en su silla para llamar la atención del dueño del local.

—Aunque no lo parezca aquí se come de puta madre —añade.

A Héctor lo invade un estado cercano a la felicidad al reconocer que pronto tendrá cara a cara al responsable de la muerte de sus hermanos.

Marcos aparca el coche en la calle, junto al muro del chalé, y *Sharon Stone*, capaz de reconocer el ruido del motor a kilómetros de distancia, recorre la verja que separa el patio por dentro para esperarle en la entrada. Marcos abre la reja y el bretón empieza a saltar sobre sus patas traseras como haciendo acrobacias circenses. Más allá, al final de un rastro de losas que atraviesan el césped, bajo el umbral, Nagore viene acercándose con un brazo en alto.

—¡La tía esta! —exclama señalando a la perrita—. Si encuentra palomas por el camino no hay quien ande; se queda quieta, inmóvil, mirándolas, como si les tuviera miedo, yo qué sé...

Cuando se encuentran se besan. Un beso rápido y urgente en los labios que no aclara quién ha besado a quién.

—No, no les tiene miedo, eso es la muestra, es un perro de caza y lo que hace es indicar que ha localizado la pieza levantando una patita y quedándose completamente inmóvil... Oye, hemos de hablar.

—Primero me gustaría responder tu WhatsApp, neandertal...

—¿Mi qué?

—Ja, ja ja... Dejar notitas sobre un papel, ¿no es eso?

—Puede.

De repente Nagore se da cuenta de que pasa algo, que Marcos no está de buen humor. Recuerda que se ha levantado temprano para ir a ver al abad, y súbitamente lo comprende.

—¿No ha ido bien con el abad?

Entran, van a la cocina, Marcos se sirve un café de la jarra, añade leche y se sienta junto a la mesita. Nagore se retira una silla a su lado.

—Alba existe...

—¿Cómo?

—¿Recuerdas a la sobrina del abad, en la novela?

—Sí, sí, perfectamente...

—Pues eso, que tenías razón. Netzer, bueno, Sievers, me ha estado utilizando.

Marcos provoca una pausa por si Nagore quiere añadir algo, pero ella respeta el silencio y se limita a acariciarle el brazo.

—Secuestraron a Alba —prosigue él— para extorsionar al abad, como en la novela; y me lo hizo escribir para tenerlo pillado por los huevos hasta siempre.

—No te comprendo.

—Los padres de Alba no están muertos. Los padres de Alba son toxicómanos, toda una mancha para una persona que desea hacer carrera episcopal. Mi novela es como un contrato vitalicio de extorsión. Fuera lo que fuera lo que se llevaron de la cripta, el abad nunca podrá denunciarlo. Y yo, Nagore, yo soy cómplice de todo esto; de hecho, la novela no es ni mi novela, ellos me la han dictado; no soy más que un negro con firma, el primero de la historia. Nada más.

—No digas eso...

—Es la verdad, pero se acabó... Voy a ver a Netzer y le obligaré a confesar. Luego daré una rueda de prensa y lo confesaré todo.

—Pero ¿has investigado que realmente fue secuestrada? ¿Exactamente qué te ha contado el abad?

—No ha sido el abad, sino su secretario. Me ha confesado que Alba existe, me ha confesado el problema con sus padres, que el abad es su tutor legal y que, por haberla sacado en mi novela, el abad nunca me va a perdonar.

—Marcos, no podemos perder más tiempo, voy contigo... Tenemos al alemán entre la espada y la pared, es la hora de ir a verlo y obligarle a que nos cuente dónde está Abel.

—Si es que lo sabe, Nagore, si es que lo sabe...

—De acuerdo, si es que lo sabe. Pero como mínimo le obligaremos a que muestre todas sus cartas.

—Okey, nos vamos. —Dicho esto, busca a *Sharon Stone* con la mirada—. Tú aquí —le dice señalando hacia su sillón.

Sharon suspira y se sube a regañadientes. Esa es la señal de que van a volver a dejarla sola.

—Vamos con los dos coches y así devuelvo el Ibiza, ¿de acuerdo?

—Buena idea, te espero fuera, cierra tú.

A Nagore eso le ha sonado como lo más cerca que ha estado nunca de una

relación formal, e incapaz de disimular una sonrisa responde:

—Perfecto, hasta ahora.

Marcos sale al jardín, cruza el rastro de losas, abre la verja, pisa la calle y súbitamente advierte algo raro. Cuando se acerca a su Freelander se da cuenta de lo que es.

—¡Hijos de puta!

En ese instante, Nagore, maniobrando en la esquina, encara el portón de salida al garaje, dobla la calle y ve a su amigo maldiciendo. Para a su lado y enseguida se da cuenta de lo que pasa. En el parabrisas, con pintura negra y trazo rápido, alguien ha sellado una amenaza: ABANDONAD O MORIRÉIS.

Nagore se baja.

—Ahora sí que la policía tiene que empezar a hacernos caso... Dios mío, Marcos...

Marcos, completamente desenchajado, ni la escucha.

—Cambio de planes —dice—, volvemos a ir con tu coche. Ya lo devolveremos otro día, y no te preocupes por la factura, ya la pagaré.

—Marcos, escucha, hemos de llamar a la policía.

—Luego, Nagore, luego... Primero vamos a ver al hijo de puta de Sievers...

Nagore, convencida de que no le hará cambiar de opinión, se monta en el Ibiza, pone la primera sin rascar y, sumidos en un profundo silencio, ponen rumbo a Barcelona.

15

Jorge sale a pasear el caniche blanco a las 11.32. Un poco antes, Brenda y Teresa, la chica que trabaja en la casa, han salido con el utilitario tal como estaba previsto.

Keylor llama la atención de Héctor dándole un codazo.

—Mira, el terrible perro guardián...

Héctor, tenso, no responde.

Los cuatro colombianos se esconden en el interior de un todoterreno Toyota plateado, aparcado en la calle a unos cincuenta metros de la entrada.

—¿Estamos? —Morales quiere evitar cualquier tipo de relajación.

—Claro, jefe —responde Wiman.

—Él volverá a aparecer por esta esquina... Tú y Héctor, cuando pase por nuestro lado, os bajáis y le seguís de cerca. Ya sabéis qué tenéis que hacer.

Todas las miradas se vuelcan hacia la esquina justo detrás del todoterreno.

—¿Lo sabéis o no? —insiste el Rata, enojado.

—Claro, jefe, claro —responde Wiman al mismo tiempo que Jorge pasa por su lado.

De repente se abren las puertas de atrás del Toyota y Héctor y Wiman, casi pegados a él, le siguen. Cuando el mayordomo se detiene delante de la puerta y revisa su bolsillo para sacar las llaves, los dos hombres se le echan encima y lo amenazan. Jorge, nervioso, busca ayuda con la mirada y el caniche tira de la correa y se escapa. Abren la puerta y le empujan hacia adentro. En ese momento Keylor y Morales, comportándose con total normalidad, se bajan del todo terreno, se acercan a la casa, empujan la reja, que tras un pequeño patio comunica con la calle, y entran. Héctor los espera aguantando la puerta. El caniche se queda fuera, en la calle, ladrando.

—Llévanos hasta tu jefe y no te va a pasar nada... —Wiman apunta a Jorge con un revólver.

—Está en la cama, no se levanta hasta más tarde. Por favor, no nos hagan nada, es inválido, por favor...

—Vamos a su habitación, ¿okey? —insiste Wiman.

Por la A2, cerca de Molins de Rei, suena el móvil de Nagore. Ella, sujeta al volante, mira de reojo el aparato que va metido en un hueco del salpicadero.

—¡Es el número de Alfarràs...! —exclama con sorpresa.

—¿Contesto? —pregunta él.

Nagore coge el móvil y, haciendo caso omiso a las normas de circulación, descuelga.

—Lo siento —se justifica—, es importante.

Marcos asiente.

—¿Sí?... ¿Cómo?... Jordi, Jordi, te lo agradezco, tranquilo, pero... Pero ¿de quién demonios me estás hablando?... Jordi, por favor, nos tendríamos que ver... Pero ¿quién es él?... Jordi, has de hablar con la policía, ¿no lo entiendes?... ¡Joder! ¿Acaso no te importa nada Abel?... Jordi, por Dios... ¡Ha colgado! —exclama.

—¿Qué ocurre?

—Me ha pedido que lo dejemos estar. Dice que estamos en peligro, que no quiere que me ocurra nada, que él es muy peligroso. Y lo más raro de todo —añade—: que vio cómo mataba a esos dos tíos a sangre fría; que no nos metamos, que son gente muy mala.

—Vuelve a llamarlo...

—Es inútil, no me va a contestar. Lo ha dejado claro, muy claro... Tenemos que ir a la policía, pero ya. Oye, tú, como famoso, algún trato de favor tienes que tener, conocerás a algún periodista ilustre, o político... A ti te van a escuchar. Que le den por culo a Bussón. Pide ayuda, por Dios...

—Ya lo estaba pensando, Nagore, ya lo estaba pensando... Primero vamos a ver a Netzer y luego haré unas llamadas.

Nagore seguía analizando la conversación, pensando en voz alta:

—¿A quién se referirá cuando dice «él»? Dice que vio cómo «él» mataba a esos dos tíos a sangre fría. Pero ¿a qué tíos y quién? ¿Netzer? ¿Cunningham?

—No, yo no me creo, sea quien sea el alemán, que sea capaz de matar a nadie. Y el inglés, aún menos...

En ese mismo momento, bajando por Ganduxer, un todoterreno plateado arranca delante de ellos.

—Mira, hemos estado de suerte, aparca ahí.

Un caniche de pelo blanco cruza la calle sin precaución y el todoterreno frena haciendo chirriar las ruedas. Marcos reconoce al perro, es *Piti*.

—¡*Piti*!

Piti corre a sus brazos.

—Ha ocurrido algo —vaticina él.

Nagore se asusta al comprobar que la puerta está abierta y que Marcos tiene razón, que ha ocurrido algo.

—¡Quédate aquí! —le ordena él.

Al asomarse al recibidor confirma la sospecha de que alguien ha entrado en la casa. El salón donde el alemán le recibió el primer día, justo al lado del rellano del ascensor, parece víctima de un terremoto. Las pinturas literalmente arrancadas de las paredes, cajones volcados y sensación de caos general.

—¿Quién anda ahí? —grita tan alto como es capaz, disimulando el pánico que le impide dar un solo paso más.

Nagore aparece a su lado.

—Te he dicho que te quedaras fuera.

—Hay que llamar a los *mossos*...

De repente el ascensor se pone en marcha.

—Alguien sube. ¡Larguémonos! —exclama Marcos, dejando claro que lo de ir de héroe no va con él.

Se esconden bajo el umbral con un pie dentro y el otro fuera. La calle, tan cerca, es su salvación. El ascensor se para en la planta y la portezuela se abre lentamente. Brenda y Teresa, que carga un par de bolsas, salen de la cabina.

—¡Brenda!

La chica se asusta y suelta una de las bolsas. Una botella estalla.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre aquí? —Brenda advierte el horror en sus ojos.

Del piso de arriba les llegan unos lúgubres quejidos de auxilio.

La chica está a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Ladrones, señora, han entrado ladrones... —jadea casi sin poder respirar.

Entonces Marcos se da cuenta de que tiene que dar un paso al frente y tomar el mando.

—Llamad a la policía, y no os mováis de aquí.

Pero Brenda no le hace caso y corre detrás de él por las escaleras.

Nagore saca su móvil del bolsillo y llama a emergencias tras comprobar con Teresa, que apenas atina a asentir con la cabeza, la dirección exacta de la casa.

Al llegar al primer piso, donde se encuentra la sala de estar, Marcos ve a Jorge maniatado y amordazado a una silla. Busca entre los cacharros de la cocina desparramados por el suelo unas tijeras y cuando las encuentra se da cuenta de que Brenda no está a su lado.

—¿Brenda? ¿Brenda?

Jorge gimotea intensamente para que lo desate.

—Lo siento, señor Clos, lo siento. No he podido hacer nada, lo siento...

—Tranquilo, tranquilo, ya ha pasado... ¿Dónde está el señor?

—No lo sé, señor Clos. Me han obligado a levantarlo de la cama, lo han metido en su silla de ruedas y luego me han traído hasta aquí. No sé más, señor Clos, no sé más...

—¿Han secuestrado al señor Netzer?

—No, no... Le he oído gritar, le pegaban... Lo siento muchísimo...

—¿Dónde? ¿Dónde lo oías gritar?

—En su despacho, arriba, en su despacho... Lo siento, lo siento... —En ese momento entra Brenda—. Lo siento, señora, lo siento...

Pero Brenda, que no sabe esconder que una urgencia la reclama, ni lo mira, coge a Marcos del brazo y lo lleva a empujones hacia la terraza.

—Toma. —Le entrega un pequeño sobre amarillo—. Esto no puede caer en manos de la policía, nunca. Por favor, míralo ahora mismo, yo ya no puedo más. Ernest quería que lo tuvieras tú si a nosotros nos pasaba algo...

—¿Brenda?

—Hazme caso, por favor. Un notario tiene una copia junto a nuestro testamento. Era para ti, pero no hace falta esperar más. Yo me retiro, estoy harta. —De repente, Nagore aparece y eso la hace sentirse incómoda—. Cógelo, Marcos, cógelo y vete antes de que lleguen los *mossos*.

—¿Qué ocurre? —Nagore no entiende nada.

—¿Y Ernest, dónde está Ernest? —Marcos aún menos.

A Brenda, súbitamente, se le mojan los ojos.

—En su despacho... Muerto...

—¿Lo han asesinado?

Nagore, horrorizada, da un paso atrás.

—Marcos, confía en mí. —Brenda lo mira directamente a los ojos—. Idos antes de que llegue la policía. Mírate esto de inmediato y lo comprenderás, lo comprenderás todo...

Marcos coge de la mano a Nagore y se la lleva casi a rastras.

—Por Dios, Marcos... ¡No podemos huir!

Pero Marcos ni la escucha. Se pone al volante del Ibiza, comprueba que en el interior del sobre hay un cedé y cuando suenan las sirenas de la policía arranca sin levantar sospechas.

16

—Pero ¿adónde vamos? ¿Se puede saber adónde coño vamos?

—A buscar un locutorio, no sé, tenemos que ver qué hay en el cedé...

—¡Por Dios, Marcos, hemos huido de la escena de un crimen!

—Ya se nos ocurrirá algo...

—Pues ya puedes ir pensando el qué. ¿Te das cuenta de que nos acabamos de convertir en los principales sospechosos?

—Hemos salido a ver si encontrábamos a *Piti*, ¿eso!...

—¿El caniche? ¡Pero joder, Marcos, si lo has entrado a casa en brazos!

—Diremos que con los nervios lo había olvidado. ¡Mira! ¡Ahí! —exclama señalando un locutorio—. Entramos, ponemos el cedé y volvemos a casa de Netzer con el rollo de que no hemos encontrado al perro.

—Pero... ¿y si Brenda les da otra versión de por qué nos hemos ido?

Sin responder, Marcos aparca en el primer sitio que encuentra, en la esquina, en la zona de carga y descarga.

—Nos multarán...

—¿Y eso te importa?

Entran a la carrera en el locutorio y un hombre paquistaní con bigote a lo Omar Sharif les dirige la mirada desde el otro lado del mostrador.

—Necesitamos un ordenador.

—El tres —responde como si fuera una máquina.

El número tres es el de más a la derecha de un grupo de ordenadores que se encuentran de cara a la pared que da a la calle. A su izquierda, con dos ordenadores de por medio, está la puerta de salida. Detrás, a unos cinco metros y de costado, la mesa del paquistaní del bigote. Una columna con chicles y caramelos y la caja registradora, a su derecha, les cubre las espaldas.

—¡Vamos!

Nagore arrastra una silla, víctima de un cóctel de emociones que entorpece sus movimientos. Marcos se agacha sobre el aparato, introduce el cedé en la

ranura correspondiente, maniobra con el ratón y busca el programa apropiado para su lectura. A los pocos instantes el reproductor emite una imagen que centellea sobre un fondo oscuro. Marcos reconoce al instante el primer paisaje que aparece en la filmación.

—Es el claustro del monasterio —explica.

Quien graba va andando junto a otras personas. El audio reproduce el eco de sus pasos, aunque en la imagen no se ve a nadie. De repente una de ellas se adelanta y aparece en el plano. Es un monje con su sotana negra y la capucha echada. Siguiéndolo, dan la vuelta por el pasillo del claustro hasta la puerta principal del monasterio. La iluminación es deficiente. Caminan por el pasillo interior que conduce a la basílica, delante mismo del altar de la iglesia. Es la ruta que recorren los monjes para ir a misa sin necesidad de dar la vuelta por el exterior. Delante de la alfombra color grana que cubre el suelo del altar, unos veinte metros por debajo del adoratorio de la Virgen Negra, se paran. Bajo la estera se esconde la puerta de una trampilla que el monje deja al descubierto.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le grita una voz.

El monje duda y alguien le propina una patada en la espalda.

—¿Quieres volver a ver a tu sobrina o no?

Nagore y Marcos cruzan una mirada que vuela a la velocidad de la luz.

—¡El abad! —exhala Marcos, casi sin aliento.

Nagore, atenta a todo lo que pasa en la pantalla, calla.

Entonces el abad se descuelga una enorme llave de su collar, la introduce en la cerradura y levanta la tapa mostrando un agujero negro que parece no tener final. Una escalinata de piedra lo recorre casi en vertical. Bajan por los peldaños envueltos en sombras, apenas se distingue nada. Al llegar abajo la cámara se entretiene enfocando un profundo túnel del que solo se intuyen los primeros metros. La gruta se ilumina de repente por unas linternas de mano que proyectan halos de luz temblorosos sobre las paredes. Se oyen los pasos y la respiración de los hombres que las sujetan, siguiendo al abad, que los precede hasta el final del túnel; una cueva con forma de cripta, pequeña y abovedada. Los hombres que sujetan las linternas iluminan el pequeño espacio.

—Tenéis que reventar esta lápida. —La cámara enfoca a Javier dando unas patadas sobre el suelo.

—Ese era Javier —comenta Marcos sin dejar de prestar atención.

Un hombre que no identifican, con aspecto de sudamericano, se agacha y golpea con su puño alrededor.

Nagore, completamente absorta, ni pestañea.

—No parece excesivamente gruesa —proclama al levantarse.

Otro hombre que tampoco identifican, de aspecto parecido al primero, se acerca, también se agacha y ejecuta la misma comprobación.

—Trabajo fácil —pronuncia con cierta chulería.

Nagore y Marcos reconocen esa voz: era el que antes amenazaba al abad.

Entonces, esos dos últimos hombres hacen saltar en mil pedazos la lápida con martillos neumáticos. El sonido es ensordecedor. Al fondo, el abad, con la capucha echada casi difuminado sobre un fondo negro, se mantiene al margen sin saber qué hacer. Unas décimas de segundo después la imagen queda cubierta de polvo. Cuando la nube se desvanece, entran en acción Javier y los otros dos para limpiar el boquete de escombros hasta dejar al descubierto un sarcófago cerrado, sin símbolos ni relieves. La cámara se entretiene recorriéndolo hasta que descubre una inscripción en un lateral: IESVS NAZARENVS REX IVDAEORVM.

Marcos lo traduce en voz alta al mismo tiempo que se estremece:

—Jesús de Nazaret, rey de los judíos.

Nagore, emocionada, le responde:

—No me lo puedo creer, es tu novela, Marcos, es tu novela...

—No, no es mi novela. Es el hijo de Dios, su cuerpo, ¿te das cuenta de lo que significa esto? —le responde con voz temblorosa.

Nagore no responde porque sí lo sabe, y como sabe lo que significa para un hombre cristiano como él, simplemente le da la mano, apretándola con fuerza, mientras Javier y sus compinches levantan la tapa del sarcófago. La cámara se acerca en un primer plano, oscuro, del interior, donde una silueta humana, oscura también, apenas se distingue del contorno del sarcófago. Entonces, un plano cerrado sobre la cabeza del cadáver desvela perfectamente unos rasgos humanos, un rostro como si de una figura de ébano se tratara. El puente de la nariz intacto, largo y prominente, el hueco donde ya no se conservan sus ojos; la piel alrededor de la cara como aterciopelada, tensa, dibujando el relieve de los huesos faciales; largos pelos sobre los hombros y en la barba como sucias rastas amarillentas, y la señal de los espinos en su frente como un macabro tatuaje.

Nagore siente a través de su mano que la temperatura de Marcos va en

aumento, al mismo tiempo que su algo más que amigo está a punto de derrumbarse. Su respiración se ha acelerado y ella no quiere ni mirarlo para no entrometerse en la intimidad de sus lágrimas. Solo aprieta con mayor intensidad su mano y Marcos, a punto del sollozo, le corresponde el gesto. Ella misma, que nunca ha creído en Dios, ni en la Iglesia, ni en nada, está a punto de ceder a tanta emoción mientras la cámara recorre el cuerpo de Jesucristo.

Entonces ven acercarse a Cunningham.

—Cunningham —musita Nagore.

Marcos responde con un gesto, incapaz de articular ni una sola palabra.

Cunningham trastea con guantes y pinzas encima de los restos de Jesús, tomando muestras que va guardando en unas bolsitas de plástico. Luego cambia las pinzas por una jeringuilla y las bolsas por unos botecitos de cristal a los que inyecta algún tipo de sustancia que extrae clavando la aguja entre los huesos. Cuando acaba lo guarda todo en su maleta, cierra la cremallera y se la cuelga. Al lado del sarcófago, una bolsa de plástico de las que se suelen usar para transportar los cadáveres confirma que se disponen a llevarse el cuerpo. Javier se encuentra agachado sobre el plástico, los otros dos alrededor del sarcófago y de fondo la voz de Cunningham, que ya ha salido del plano, pidiendo que extremen su cuidado. Parece ser que él es quien graba la mayor parte del tiempo. El abad no aparece en la imagen, su hábito negro lo mimetiza con el ambiente. Solo se intuye su sombra.

—Extremad el cuidado, por favor... —va repitiendo el inglés.

Javier se une a los otros dos. Lentamente levantan el cuerpo.

—Con cuidado, con cuidado...

De repente la imagen empieza a bailar y se oye un terrible estruendo, como cuando un edificio se viene abajo.

—¿Qué es eso? ¡Salgamos!

La cámara enfoca una alocada carrera sin conseguir captar nada excepto polvo. De repente la lluvia de secuencias abstractas que enfocaba la carrera se para. Alguien tose ruidosamente, como si se ahogara. Se percibe perfectamente una profunda respiración. La pantalla no emite nada más que polvo.

—¡Javier! ¡Javier! Por Dios... ¡Javier!

Fin de la grabación.

Una guardia urbana acaba de entrar al locutorio.

—¿Es de alguien ese Ibiza rojo de la esquina?

—Ya vamos, ya vamos... —dice Marcos, esperando a ver si la fama le perdona la multa.

La urbana, sin mostrar ningún tipo de actitud preferente con el escritor, guarda su emisora.

—Han estado de suerte, iba a avisar a la grúa.

Nagore sale afuera con la guardia y Marcos paga al paquistaní del bigote. Se guarda el cedé en un bolsillo y el simple contacto con el disco le estremece al recordar lo que contiene.

Cuando se incorpora, la poli ya se ha marchado y Nagore sostiene la multa entre sus dedos, revisándola. Se montan. Esta vez la profesora se pone al volante.

—Hemos de volver antes de que nos pongan en busca y captura —dice ella.

—No seas exagerada...

—¿Exagerada? ¡Marcos, que hemos huido de la escena de un crimen, joder...!

—Oye, antes tenemos que hablar de lo que acabamos de ver...

—Cuesta, la verdad...

—¿Piensas lo mismo que yo?

—¿Abel?

—Claro, Abel.

Nagore suspira profundamente, al mismo tiempo que frena delante de un semáforo que pasa de ámbar a rojo. Están aún lejos de Ganduxer. En la zona alta, donde los ricos, los locutorios no abundan, puesto que junto a la primera papilla a los bebés ya se les regala el iPhone con seis megas de navegación.

—¿Tú crees posible que realmente Abel sea un clon de Cristo? —Nagore se atreve por fin a soltar esas palabras, que desde la primera imagen de Cunningham tomándole muestras han aparecido en su mente.

—Eso lo explicaría todo, Nagore. Que Netzer lo protegiera invirtiendo tanto dinero. También supone el clímax de sus antecesores, los que crearon la Ahnenerbe, la conjunción perfecta entre la ciencia y la Historia. No solo demostrar la condición humana de Jesús para derrumbar los estamentos de la Iglesia, sino que, además, haciendo mofa de la resurrección, ellos, los seres superiores, la raza sublime, resucitan al hombre dos mil años después. Todo un impacto mundial.

—Pero ¿por qué esperar tanto?

—Por falta de pruebas, tal vez...

—Tenía a Abel, las muestras de ADN de Jesús y el cedé... ¿Qué más pruebas necesitaba Netzer para pavonearse de su triunfo?

—Nagore, seguro que hay algo que se nos escapa. No me puedo creer que llevara esperando diez años y quién sabe cuántos más planeaba esperar...

—Sí, es realmente extraño. Supongo que no conseguir la momia de Jesús fue determinante, un paso atrás... Tenemos que confesarlo todo a los *mossos*...

—No lo podemos hacer, Nagore...

—¿Cómo que no?

—Abel es el clon de Jesucristo, no podemos tolerar que una cosa así salga a la luz. Es demasiado gordo, hemos de encontrarlo nosotros mismos y encargarnos como sea de que tenga una vida normal. Tenemos que protegerlo. No lo podemos condenar a vivir eternamente en un escaparate.

—Marcos, no creas que no te entiendo, pero en estos momentos me resisto a pensar en Abel como un clon de nadie. Abel es un niño bueno y encantador, mi alumno. Es eso por encima de todo, un niño, y por ese motivo necesito saber dónde se encuentra, con quién, y si está a salvo.

—Nagore, ya estamos llegando y nos van a interrogar. Pongámonos de acuerdo.

—Marcos, ya te he dicho lo que pienso hacer...

—Brenda me lo ha pedido, no le podemos fallar...

—Y ¿cómo piensas encontrar a Abel, eh?

—Tengo el presentimiento de que Brenda nos llevará a él. Hablemos primero con ella, por favor...

—¿Y Cunningham?

—¿Qué?

—¿No crees que todo apunta a Cunningham? El secuestro de Abel y el asesinato de Netzer.

—¿Y el móvil?

—Marcos... —De repente Nagore lo ve claro—. Jordi me ha dicho que estábamos en peligro, que vio cómo «él» asesinaba a esos dos a sangre fría... a «esos dos», Marcos, a los tíos que acabamos de ver en la filmación.

—Claro. —Marcos la interrumpe entusiasmado—. Una vez finalizada la operación, esos dos sobran, eran testigos incómodos del mayor descubrimiento de la Historia. Por eso, después de que el hundimiento de la cripta se llevara a Javier, Cunningham tuvo que hacer el trabajo sucio.

—Sí, Marcos. Cunningham tiene al niño, Netzer lo descubrió y por eso esta mañana ha decidido asesinarle.

—Un momento. —Marcos recuerda algo que desbarata la hipótesis—. ¿Y Jordi?

—¿Jordi?

—Sí, Jordi dijo que vio cómo mataba a esos dos. Luego él también estaba allí.

—A lo mejor era el cámara, puede que lo contrataran para eso, para filmar. Nosotros hemos deducido que lo filmaba el inglés, pero podía haber una quinta persona.

—¿Y por qué esa quinta persona no corrió la misma suerte que los dos sudamericanos? —Marcos seguía sin creérselo.

—Porque Jordi, como ya hemos comprobado, está metido en esto desde el principio. Es bastante más que un simple actor contratado, es uno más de ellos.

En medio del fervor de la conversación, giran por la avenida Bonanova esquina Ganduxer. De lejos aprecian el destello giratorio de un sinfín de sirenas, dos manzanas más abajo. El encuentro con la policía es inminente.

—Nagore, tenemos que ir a ver a Cunningham.

—Pero ¿estás loco?

—Confía en mí. Si él es realmente el culpable lo tenemos pillado por los huevos, le exigiremos que nos devuelva a Abel a cambio de destruir el cedé.

Nagore, asustada, aparca el coche encima de la acera, enfrente de la fachada de la casa del alemán, justo detrás de un coche de los *mossos*. Un agente se acerca a ella haciéndole desde lejos gestos de que allí no pueden estar.

—Ni una palabra —susurra Marcos cuando ella baja la ventanilla.

—Perdone, señorita, pero aquí no se puede parar. Circule, por favor...

Marcos se abalanza sobre su amiga para acercarse a la ventanilla y llamar su atención.

—Agente, creo que nos están esperando. Nosotros hemos descubierto el asalto y justo antes de que ustedes llegaran hemos salido a ver si encontrábamos el perro de la señora Netzer, que se había escapado.

—¿Cómo? ¿Qué perro?

—*Piti*, el perro de la casa, su dueña, al darse cuenta de que no estaba en la casa, estaba sufriendo y por eso hemos ido a dar una vuelta por si lo veíamos.

El agente revisa sin disimulo el vehículo con su mirada.

—Un momento.

Luego activa la emisora y se aparta unos pasos para tapar sus palabras.

—No entiendo por qué hago esto —confiesa ella.

—Porque de momento es lo mejor.

El agente vuelve a dirigirse a ellos con ese mismo andar decidido de antes, pero con un rostro no tan tenso.

—Por favor, síganme.

En ese momento se cruzan con los celadores, que sacan en camilla el cuerpo de Netzer, dentro de una bolsa de plástico como la que aparecía en el cedé. Marcos no puede evitar un gesto de fastidio.

Dentro, Brenda, destrozada, habla con un inspector. Las palabras que les llegan suenan a despedida. El agente, interrumpiéndolos, avanza un paso.

—Inspector, estos señores son los que han descubierto el asalto.

Marcos se acerca a Brenda y le acaricia un brazo.

—Lo siento, no hemos encontrado a *Piti*.

El inspector le dedica un gesto contrariado y el agente que los acompaña lo aclara:

—Es el perro de la señora, inspector; han salido a ver si lo encontraban, se ve que con la confusión del atraco la puerta ha quedado abierta y el perro se ha escapado.

—¿Un caniche blanco? —pregunta el inspector.

—¿Lo ha visto? —responde teatralmente Nagore.

—Anda por casa.

—¡Joder! —Marcos se apunta al teatro.

Entonces el inspector se dirige a Brenda:

—Para lo que sea estamos a su servicio, no dude en llamarnos. Ahora, si lo desea, ya puede ir al tanatorio, si quiere la acompañamos.

Marcos se interpone:

—Ya la llevaremos nosotros, gracias.

Brenda asiente y el inspector con un gesto invita a los recién llegados a pasar al salón y a tomar asiento. Unos agentes toman fotografías del desorden mientras, por el otro lado, Teresa y Jorge van ordenando.

—Me llamo Ángel Gutiérrez, inspector de los Mossos d'Esquadra —les dice tendiéndoles la mano—. Necesito hacerles unas preguntas.

—Adelante —responde Marcos.

—¿A qué hora han llegado?

Nagore y Marcos cruzan la mirada como buscando consenso.

—Ufff... ¿Las doce? —le pregunta ella.

—No llevábamos la radio del coche y sin escuchar las noticias cuesta de precisar, pero más o menos —responde él—. Hemos salido de Monistrol sobre las once.

Al recordar Monistrol le viene a la memoria la imagen del parabrisas de su Freelander con una amenaza de muerte y se da cuenta de que si lo denuncia no tardarán en atar cabos y relacionar las cosas.

—¿Se encuentra mal, señor Clos? —El inspector quiere dejar claro que su sofoco repentino no pasa por alto ante un profesional.

—Sí, sí, claro que me encuentro mal. Acaban de asesinar a un amigo, ¿cómo cree que me siento?

—Que lo hayan asesinado no queda claro.

Nagore interviene:

—¿No lo han asesinado?

—¿Qué la induce a pensar eso, señorita?

—No lo sé, es lo primero que me ha venido a la cabeza.

El inspector provoca un silencio y a continuación prosigue:

—¿Exactamente qué ha ocurrido?

Marcos se da cuenta de que tendrá que cambiar parte de los hechos.

—Hemos conseguido aparcar muy cerca; un todoterreno plateado arrancaba dejándonos la plaza en la calle. Ha frenado porque había un perro en medio.

—¿*Piti*?

—Exacto. Yo he salido al darme cuenta de que era el perro de los Netzer. Lo he llamado, lo he cogido en brazos y entonces he visto que la puerta estaba abierta. En ese momento he bajado al caniche y ya no me he preocupado más del perro al darme cuenta de que alguien había entrado en la casa. Ese es el momento en el que, erróneamente, he creído que *Piti* volvía a escaparse.

—¿Cómo se ha dado cuenta de que habían entrado?

—He visto el desorden de este salón, inspector. —Marcos abre los brazos señalando el caos que los rodea—. Era evidente lo que había pasado; entonces el ascensor se ha puesto en marcha y por miedo a que se tratara de los ladrones hemos corrido hacia la entrada, sin perder de vista la cabina pero también la calle por si acaso. Eran Brenda y Teresa. En ese momento hemos escuchado gemidos que provenían del piso de arriba y es cuando he subido. Encontré a Jorge atado a una silla, y Brenda me ha dicho que había encontrado a su marido en el despacho, muerto.

—Y entonces usted y la señorita huyen a buscar un perro —dice con retintín de ironía el policía.

—*Piti* es uno más de la familia, inspector, y cuando Brenda, después de comunicarme que acababa de encontrar a su marido muerto, me ha preguntado por *Piti* y he recordado que lo había vuelto a dejar en la calle, he pensado que solo faltaría que, encima, atropellaran al perro. Inspector, si usted no tiene perro no puede llegar a entenderme.

—Lo tengo, señor Clos, y aun teniéndolo suena raro que salgan pitando, ¿no cree?

—Pues no, le llevo la contraria.

Entonces, al darse cuenta de que Nagore no ha abierto la boca, se dirige a ella.

—¿Puede explicarme su versión de los hechos, por favor?

—Es la misma que ha contado Marcos. Con la excepción de que cuando él ha subido las escaleras con Brenda, Teresa y yo nos hemos quedado allí —Nagore dirige un gesto al otro lado de la puerta del salón— para llamarles a ustedes. Cuando he colgado me he armado de valor para subir arriba y entonces es cuando he visto a Jorge que estaba como blanco, asustado, en un rincón y sin saber qué hacer, y a Brenda y a Marcos hablando.

—¿Dónde hablaban?

—En el comedor, ya se lo he dicho...

—Sí, sí, de acuerdo, pero exactamente en qué lugar, sitúemelo, por favor.

—Cerca de la salida de la terraza.

—¿Dentro o fuera?

—Dentro.

—¿Y luego?

—Luego Marcos me ha cogido de la mano y me ha llevado hacia el coche diciéndome que teníamos que encontrar a *Piti*...

—¿Querían encontrar al perro en coche?

—Bueno, primero lo hemos llamado desde la calle, a gritos. Entonces le he propuesto que diésemos la vuelta a la manzana con el coche, que sería mejor...

—Han tardado unos cuarenta minutos en dar la vuelta a la manzana...

Marcos avanza la respuesta.

—No somos de Barcelona, y nos hemos hecho un lío. Con los nervios y el tráfico nos hemos visto obligados a cruzar la Diagonal, y ya no había manera de dar vuelta atrás...

—Ya...

—Es la verdad, inspector —declara de manera tajante ella.

—Bien, de momento eso es todo, pero tengo que pedirles que se mantengan localizables, les podemos necesitar. ¿Tenían planeado algún viaje?

—No, no, por supuesto.

El inspector les entrega una tarjeta a cada uno y Nagore empieza a sospechar que acabará coleccionando los números de teléfono de todos los Mossos d'Esquadra de la ciudad.

—Bien, nosotros nos vamos. Muchas gracias por su ayuda.

Nagore y Marcos acompañan al inspector hasta la salida observando cómo los vehículos oficiales, excepto los de la científica que siguen en la casa, se retiran.

—No se ha creído nada —confiesa ella.

—No sufras, Nagore, nosotros no hemos matado a nadie.

El taconeo de Brenda bajando las escaleras los calla.

—¿Me acompañáis a Sancho de Ávila?

La pregunta es retórica y se puede interpretar como un: «vamos a hablar».

De camino, con Nagore al volante y Marcos de copiloto, el escritor abre fuego con una pregunta obligada:

—¿Cómo te encuentras?

Brenda parece un fantasma pintarrajeado para disimular que el miedo le ha robado el color y el aliento.

—¿Lo habéis mirado?

Marcos sonríe para sus adentros. Eso es lo que su difunto marido preguntaría tras un «vámonos al grano, señor escritor».

—Sí, Brenda, claro.

—Ahora ya sabéis quién es Abel...

Nagore, observándola a través del retrovisor, también se apropia eso de ir al

grano.

—¿Sabes dónde está el niño?

Brenda arrastra sus palabras como si de tan cansada ya no soportara ni el esfuerzo de hablar.

—Lo secuestraron la semana pasada. Bueno, pero eso ya lo sabéis. Lo que no sabéis es que le pidieron medio millón de euros en efectivo...

—¿Cómo? —Marcos casi salta a la parte de atrás del Ibiza por el espacio entre los asientos—. ¿Me estás diciendo que cuando hablé por teléfono con Ernest ya le habían pedido el rescate y por lo tanto sabíais lo del secuestro?

—¿Y qué querías que hiciéramos? Ernest le pidió una semana para reunir el dinero del rescate y él lo aceptó...

—¿Él? ¿Quién es él? ¿Quién es el secuestrador?

—No podíamos hablar con nadie —Brenda continúa como si Marcos no la hubiera interrumpido—, ni contigo, ni mucho menos con la policía. Ernest te pidió que vinieras para intentar averiguar si tu amiga sabía algo que nos pudiera ayudar. Pero ¿qué querías que te dijéramos, eh? ¿Que te había utilizado para llegar hasta el sarcófago de Jesús y para extorsionar a tu amigo el abad? ¿Que habíamos conseguido clonar al mismo Jesucristo? ¿Que Abel era su clon? ¿Y que ahora, alguien que lo había averiguado lo había secuestrado para hacerse millonario?

—Pero... ¿quién lo podía saber?

—Eso era lo que Ernest pensaba que nos podía decir ella, Nagore.

Nagore, a la que por culpa de los nervios le vuelve a rascar el cambio, reconduce la conversación.

—Lo que no entendemos, Brenda, es qué esperaba tu marido para dar a conocer al mundo su experimento.

—Ernest vivía con la obsesión de que el niño poseería algún recuerdo de Jesús y que él sería la primera persona con quien lo compartiría. Cada noche se conectaban a través del Skype y hablaban durante horas. Ernest le contaba pasajes de la Biblia esperando que eso le ayudara a recordar.

Marcos sigue asomando medio cuerpo hacia la alemana.

—Pero ¿hasta cuándo? Abel crecía y llegaría el momento que solo a la fuerza hubiera aceptado su cautiverio. ¿Qué pretendía?

—Ernest le hablaba de Jesús, preparándolo, hasta que llegara el momento, con la madurez, de explicarle la verdad.

Nagore alucina.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad, que él era Jesucristo. Cuando Abel lo asimilara, ese sería el momento de explicar al mundo entero que bajo el altar de la basílica de Montserrat los monjes benedictinos esconden un gran secreto. Ese sería el momento de explicar al mundo que tu novela, Marcos, no es una obra de ficción, y el momento, también, para regalar a tus lectores el capítulo final.

—Y ¿cómo pudiste intervenir en un asunto tan vil y asqueroso como el secuestro de la pobre Alba? —Marcos le dedica un gesto de desprecio.

—Yo no lo sabía. —Brenda abre el bolso, lo revuelve, encuentra la cartera, saca una tarjeta de su interior y se la da—. De hecho, eso es algo que llevo clavado aquí, en mi corazón. Lo descubrí cuando encontré un informe de un detective con fotos olvidado en su despacho. Entendí al momento que usaría esa información para extorsionar al abad y conseguir el acceso al túnel. Pero nunca llegué a imaginar de qué modo. Esa es otra cosa que te pido, que mires de arreglarlo, que le ofrezcas dinero, lo que sea, que la ayudes, esa es su tarjeta de visita... La he estado siguiendo todo este tiempo; me hice alumna suya, da clases para adultos, pero claro, nunca he podido decirle la verdad. Pero eso tú sí puedes hacerlo; tú eres el escritor de *El Informe Ahnenerbe*, tú has usado su historia y tú sí que le puedes ofrecer tu perdón. Te lo suplico, necesito saber que se encuentra bien, que no tiene secuelas y ayudarla en todo lo que necesite, te pido este último favor antes de volver a Westfalia.

Nagore da un acelerón girando la rotonda de Glòries y los neumáticos chirrían sobre el asfalto.

—¡Y de Abel! ¿Alguien se acuerda de Abel? —grita encolerizada.

—El secuestrador, sin duda, es la persona que ha entrado hoy en casa y ya se ha llevado el dinero. Estábamos esperando su llamada para concretar el trueque. No tiene ningún motivo para retener al muchacho.

—Si tu teoría fuera cierta no habría asesinado a Ernest —continúa Nagore.

—Hemos de esperar la autopsia, pero todo indica que no ha sido asesinado.

Marcos, que por comodidad había vuelto a su posición normal, vuelve a girarse hacia atrás:

—Pero ¿qué me estás diciendo ahora?

—No, no hay más signos de violencia que algún golpe, algún puñetazo, nada que justifique su muerte excepto un infarto.

—¿Un infarto?

—Sí. Ernest ya sufrió uno hace más de veinte años y su estado era delicado.

La excitación del asalto puede ser la causa que desencadenara un nuevo ataque de corazón.

Nagore, asimilando la información, intenta ir a lo práctico.

—A ver, si el secuestrador ya tiene el dinero, y encima la persona a la que chantajea muere y ya no le puede sacar más partido, ¿por qué no devuelve al niño?

Ya en el parking del tanatorio de Sancho de Ávila, Brenda se derrumba:

—No lo sé, no lo sé... Puede que lo haga de un momento a otro, no lo sé...

—Pero —insiste Nagore— ¿tienes alguna manera de comunicarte con el secuestrador?

—No, Nagore. Lo siento, no tengo ni idea, siempre llama él al teléfono de casa, desde un número oculto y con la voz modulada.

—¿Y Ernest, de quién sospechaba? —pregunta Marcos.

—Él sospechaba de Santiago. Por eso le echó, porque siempre andaba husmeando. Estos días lo hizo seguir por un detective, pero no encontró nada. No es él.

—Me dijo que no tenía ni idea de dónde estaba Santiago.

—Te mintió para que no te entrometieras. Aparte de él, no existe ningún sospechoso.

—¿Y Cunningham?

—¿Cunningham? ¡Cunningham es su socio en todo este asunto! Cómo puedes pensar que él... es una estupidez...

Desmontan del Ibiza y Brenda se dirige a la recepción. Pero antes, para zanjar el asunto, insiste:

—Por favor, encárgate de Alba. Después del entierro yo me volveré a mi casa con mi familia. Estoy harta, quiero olvidarme de todo este asunto. Por supuesto, si el secuestrador se pone en contacto conmigo, o si sé algo de Abel, os lo comunicaré de inmediato.

Nagore da un paso al frente, firme, severa.

—Brenda, Marcos... A mí solo me importa una cosa: Abel. Os doy el resto del día para que aparezca el niño. Si mañana por la mañana todo sigue igual, iré a ver al inspector Gutiérrez y le contaré toda la verdad, ¿queda claro?

Brenda asiente cerrando los ojos, sumisa.

—Estarás en tu derecho de hacerlo.

Marcos se acerca a la alemana, la coge por los hombros y le da un beso en la mejilla.

—Yo me encargo de todo. Cuídate, Brenda.

A Brenda le cae una lágrima, da media vuelta y ofreciéndoles la espalda camina hacia la recepción del tanatorio, derrotada. Su taconeo, alejándose, instala la nostalgia en el espíritu de Marcos. Suspira, mirando cómo se aleja esa mujer a la que tanto deseó y se da cuenta de que el tiempo pasa y que detrás no deja más que sombras.

—¿Y ahora qué? —pregunta Nagore sin ocultar su enfado.

—Vamos a hacerle una visita sorpresa a Cunningham. Se acerca la hora de comer y le pillaremos en casa.

—¿Sabes dónde vive?

—Claro, he estado un par de veces.

18

El Rata, con un habano entre los dedos que parece incombustible, alimenta la burbuja de nicotina de su despacho. Sentado delante tiene a Héctor y, encima de la mesa, entre ellos, unos fajos de billetes, unos pergaminos con símbolos extraños y el original encuadernado de *El Informe Ahnenerbe*.

Héctor, con el índice golpeando insistentemente sobre sus tapas, parece completamente fuera de sí.

—¡Ahí lo pone todo, jefe! ¡Ahí!

—¿No tienes suficiente con el regalo que nos ha dejado Santa Claus?

—Por Dios, o contigo o sin ti, te estoy ofreciendo ir a medias...

—¿Dices que en esa novela está escrito el final que tuvieron tus hermanos y Javier?

—¡Te lo juro!

—Héctor, perdona pero no has tenido tiempo de leerla...

—No, Morales, ¡claro que no! Pero ¿tú me escuchas cuando te hablo? Te digo que me sonaba el título y me sonaba haber visto un ejemplar en casa de unos amigos donde estoy, que acabo de llamar preguntando y que Juliana, la chica de mi amigo, me la ha estado contando del principio hasta el final mientras tú repartías el botín con esos. ¡Joder! ¡Lo cuenta todo! ¡Hasta salgo yo!

—A ver, a ver, Héctor, relájate... ¿Adónde quieres llegar?

—El abad de Montserrat tiene el tesoro que buscaban mis hermanos. No lo tiene el alemán de la silla de ruedas, en la novela sale todo, en la novela se llama Tötler, es el jefe de todo, pero la operación fracasó, el tesoro sigue en Montserrat...

—A lo mejor si no te lo hubieras cargado el hombre nos lo habría contado...

—Yo no me lo he cargado, ¡joder! Te juro que si no le llega a dar el ataque lo canta todo, te lo juro...

—Repito, ¿qué pretendes?

—Volver a extorsionar al abad a cambio del Santo Grial. Pero esta vez lo

haremos todo más fácil. Secuestraremos a su sobrina, pero no a cambio del acceso al túnel, como en la novela, no. Haré que el abad en persona me lo lleve a casa a cambio de su sobrina.

—Montserrat tiene una enorme influencia. Lo que me propones es como extorsionar al presidente de la Generalitat. Héctor, te has vuelto loco... Querías saber qué le había pasado a tus hermanos y vengar su muerte, ¿cierto?

—Sí, pero...

—No, no me interrumpas. Ahora ya lo sabes, el alemán, máximo responsable de lo de tus hermanos, ha muerto; y encima te han llovido ciento veinticinco mil euros del cielo, con los que puedes rehacer tu vida. Un consejo, Héctor: coge el dinero y vuela.

—O sea, que no me vas a ayudar.

—Si quieres te compro la novela. No, mejor quédate el original.

Héctor niega con la cabeza, disgustado. Coge el dinero, lo amontona en una vieja bolsa de deportes y con el original de *El Informe Ahnenerbe* bajo el brazo sale del garito, baja los peldaños provocando un exagerado tintineo, cruza el garaje y bajo el sol de la calle abre la primera página con la alegría de encontrar el nombre, teléfono y dirección de su autor.

19

Nagore y Marcos están en la terraza de un bar, al otro lado de la calle de la entrada comunitaria del edificio de Cunningham.

—Tarde o temprano volverá... Solo es cuestión de paciencia —dice él.

—¿Y si ya no vive ahí?

—Lo sabría.

—¿Seguro?

—No, pero tengo que confiar en algo.

—Mándale un *whatsapp* a Brenda y se lo preguntas. No nos vamos a pasar todo el día aquí por nada...

—Tienes razón.

Marcos coge el móvil, abre el contacto de Brenda de la aplicación *whatsapp* y redacta el mensaje. Luego revisa la tarjeta con los datos de Alba que le ha dado Brenda y la llama. Mientras lo hace, Nagore le dedica una mirada interrogante.

—Estoy llamando a Alba.

—¿Ahora?

Al tercer tono Alba coge el aparato y Marcos se lo comunica a Nagore con un gesto.

—¿Alba?... Hola, verás, deja que me presente, soy Marcos Clos... el escritor, sí... No, no, por favor, no me cuelgues... Por favor, escucha, solo escucha... No, por favor... Entiendo que pienses eso de mí... Necesito verte... No, no... Un minuto, solo un minuto... Ya sé que os he hecho daño y precisamente por eso te quiero ver... Alba, por favor, concédeme solo un minuto, te lo ruego... No, tu tío no sabe que te iba a llamar... Es largo y complicado... ¿Ahora?... Sí, te lo prometo, será solo un minuto... ¿Dónde?... Estoy muy cerca, dos o tres estaciones de metro, en cinco minutos estoy ahí... Te lo juro, un minuto... Hasta ahora.

Mientras él hablaba, Nagore no paraba de ponerle caras, contrariada.

—¿Cómo que te vas? ¿Y si viene Cunningham?

Antes de que consiga pensar una respuesta, le llega el mensaje de Brenda; lo abre y lo lee.

—No va a venir...

—Ya no vive aquí. Te lo he dicho...

—No, sí que vive aquí. Pero resulta que está con Brenda, en el tanatorio.

—Perfecto, ¡ahora ya sabe que lo estamos esperando!

—Nagore, escucha, voy un momento a ver a Alba. No voy a tardar. Mientras, tú conoces a Cunningham, si decidiera volver antes lo entretienes.

Nagore no puede esconder su disgusto. Se da cuenta de que todo el asunto se le está yendo de las manos y que cada minuto que pierden es oro. Mentalmente se convence de ir a la suya, incumplir la promesa, llamar al inspector Gutiérrez y contarlo todo. Cuando Marcos se largue, lo hará, concluye.

—De acuerdo, Marcos, vete...

Marcos advierte su enfado, pero no puede hacer nada. Alba está esperando.

—Vuelvo en un cuarto de hora...

—Okey, okey, okey...

Marcos se apea en la estación de metro de Universitat, busca entre el jeroglífico de pasillos la salida a la plaza y cuando la encuentra, justo delante de las escaleras mecánicas, ve el bar que Alba le ha indicado. La terraza, al otro lado de la calle, sobre la acera, está protegida por una valla enramada que le impide ver a las personas en las mesas. Busca el paso de peatones, rodea la terraza y ve a una chica en la última mesa, que levanta la mirada. Marcos la reconoce solo por ese gesto. Se imaginaba a una chica atractiva y esa Alba no tiene nada que ver con su Alba, la de la novela. La Alba de verdad es algo gruesa y tirando a fea.

—¿Alba?

Ella asiente y Marcos, sin tenderle la mano debido a la aprensión, se sienta.

—Bien... Cuesta empezar, lo siento...

Alba pone los ojos en blanco:

—No sé a qué has venido, la verdad. El daño ya está hecho y no lo podrás reparar.

—Lo sé. Tampoco pretendo que me perdones, pero necesito que me escuches, solo eso...

—Pues venga, habla... ¡Soy toda oídos! —proclama con sorna.

—Te va a sonar a excusa, a disculpa, no lo sé, tómatelo como quieras, pero yo no sabía nada. Quiero decir, que no sabía que lo que estaba escribiendo fuera cierto, no sabía que tú eras una persona real, no sabía lo de tus padres y, por supuesto, no sabía que te iban a secuestrar de verdad...

—¡Un momento! —lo interrumpe Alba bruscamente—. ¡Para el carro! ¿Tú te has vuelto loco? ¿Es verdad eso de que los personajes acaban por comerse al autor o qué?

—No te entiendo...

—Oye, estás confundiendo tu novela con la realidad, tío, de verdad, vete a ver un psiquiatra y a mí déjame en paz.

—Alba, ya sé que no te gusta hablar de ello ni revivirlo, no es esa mi intención. Solo quiero que entiendas que yo no sabía que te iban a usar para forzar a tu tío a llevarles hasta la entrada secreta del túnel...

—Marcos —interrumpe de nuevo—, empiezas a darme miedo.

Marcos la contempla atentamente, analizándola, intentando comprender la sinceridad de esas palabras.

—Alba, perdona, yo lo sé todo y precisamente es por eso, porque lo sé, porque sé que un tipo te asaltó en tu casa, te ató y te amordazó en un sillón, que necesito hablar contigo y que me comprendas. No te pido que me perdones, solo que me creas. Creía que solo existías en mi ficción.

Alba se queda en silencio. De repente se echa a reír.

—Te has vuelto completamente majara. ¿Realmente crees que a mí me pasó lo mismo que a la Alba de tu novela? ¿Qué pretendes?

—Alba, perdona, pero lo sé todo. No pretendo que revivas ese recuerdo, solo que me creas.

Alba se pone en pie dando a entender que la charla ha acabado.

—Pide ayuda, por favor.

Marcos se queda en la mesa, pasmado. En ese momento aparece un camarero preguntando qué va a tomar. Él ni le responde, se levanta y se marcha soportando sus insultos.

Nagore sostiene el móvil con una mano mientras con la uña esmaltada de rojo de la otra mano apunta el número de teléfono del inspector Gutiérrez. Lleva rato así, sin decidirse. Súbitamente unos pasos la sorprenden. Alguien hace correr la silla de su lado y se sienta. Nagore se vuelve asustada. Un

hombre completamente desconocido, algo mayor que ella, con el pelo rasurado y perilla, gafas de sol Ray-Ban, camiseta ajustada y vaqueros, le habla:

—Qué tal, Nagore, ¿cómo va todo?

—¿Nos conocemos?

El hombre se provoca unas carcajadas antes de hablar.

—Tú a mí sí. Soy famoso.

Nagore instintivamente coge su bolso para protegerlo al mismo tiempo que comprueba entre las mesas de al lado si alguien puede echarle una mano.

—Me tengo que ir, lo siento.

Entonces él la agarra por la muñeca con fuerza y dirige un gesto sobre la tarjeta que descansa encima de la mesa.

—Yo no le llamaría, no es buena idea.

—¿Quién eres?

—Ya te he dicho que soy famoso... ¿No me reconoces?

—Lo siento...

El desconocido no le suelta la muñeca y ella le mira la mano.

—No te voy a hacer daño, no sufras...

—Me lo estás haciendo... —A Nagore le tiembla la voz.

—Perdona —dice soltándola—. Así que no me reconoces. Pues voy a darte una pista, soy un personaje de la novela de tu amigo... ¿Ahora?

Nagore sigue sin saber quién es ese loco. El hombre continúa:

—Le vas a dar un recadito a tu amigo el escritor, toma nota... Le dices que vaya reuniendo medio millón de euros en efectivo si queréis volver a ver el niño...

—¿Cómo?

—Vaya, veo que ahora por fin muestras interés...

—¿Tienes a Abel?, ¿cómo está?

—Se lo está pasando en grande, no sufras. Él ya está acostumbrado a eso, no lo olvides, tú le has tenido secuestrado mucho más tiempo...

Nagore no consigue reprimir un gesto que le da la razón.

—¿Quién eres?

—Pero ¿de verdad que aún no me has reconocido?

Él provoca un silencio esperando la respuesta, pero como no se produce, continúa:

—¿De verdad que no te das cuenta de que soy el malo de la novela?

Entonces, Nagore advierte que ya ha visto antes esa hipócrita sonrisa, en el cedé. Diez años más joven pero, en definitiva, la misma sonrisa.

—¿Javier?

Sin dejar de sonreír, Javier se levanta.

—Dile que ya me pondré en contacto con él. —Se va y al cabo de un instante, como olvidando algo, se da la vuelta hacia ella—. Por cierto, no hace falta que te lo diga, pero si haces esa llamada lo mato.

—¿Serías capaz de matar a un niño? —le lanza ella con descaro.

Javier vuelve a provocarse la misma asquerosa carcajada de antes.

—Total, al tercer día resucitaría, es el cuento de nunca acabar...

Entonces sí, se vuelve y se marcha, tronchándose de su propio chiste.

Nagore nota un vacío que la ahoga. Algo que se desencaja en su interior y de lo que le urge desprenderse. Su respiración se dispara, pero el deseo de romper a llorar no se hace realidad. Sus manos tiemblan y no la obedecen. Vuelve a dejar el móvil sobre la mesa, incapaz de teclear un simple número. Se marea. Necesita hablar con Marcos, necesita que esté a su lado, necesita a alguien, acaba de ver a un muerto y no comprende nada, tampoco su falta de valor, que Abel no se merece. ¿Por qué no le ha exigido una prueba de que Abel está bien? ¿Por qué, maldita sea, no le ha exigido hablar con él?, piensa.

De repente, esa marca que todos llevamos encima, la forma de andar, ese modelo que nos diferencia del patrón, confirma que sus rezos han sido escuchados.

Marcos solo tiene que mirarla a la cara para leer en su expresión el horror.

—Nagore, guapa... ¿Qué pasa?

Nagore, que no sabe cómo ni por dónde empezar, se levanta y le abraza. Su corazón vuelve a dar un vuelco, como si alguien hubiera hecho sonar la campana de los fantasmas y estos acudieran todos al mismo lugar.

—¡Miraaaaa!

Marcos se vuelve, mirando a donde ella le señala con desesperación, al otro lado de la calle, convencido de que Cunningham acaba de aparecer. Pero no, en la entrada al edificio, abriendo la puerta con llave solo ve a una mujer con el culo algo gordo.

—¿Qué pasa, Nagore, qué pasa? —le dice mirándola a los ojos.

—Esa mujer...

—¿Qué?

—Era Isabel.

20

Sobre la misma zona de carga y descarga que unas horas antes ocupaba el Ibiza rojo alquilado de Nagore, aparca un coche de los Mossos d'Esquadra. Dos agentes se desmontan y se dirigen directamente al locutorio.

El paquistaní del bigote los recibe incómodo. La visita policial nunca es agradable. Ellos saludan tocándose la gorra y se acercan.

—Buenos días, caballero. —Uno de los agentes toma la palabra y el otro, un paso más atrás, revisa con su mirada el local, sin moverse.

—¿Pasa algo?

—No, no sufra, pero podría ayudarnos. Entre las doce y media y la una menos cuarto de hoy una pareja, un señor de unos cuarenta años y una chica más joven, han estado en su local. Puede que le ayude a recordarlo que una agente de la guardia urbana ha entrado a avisar de que tenían el coche mal aparcado...

—Ah, sí, *recuerdo, perdido* un ordenador.

—¿Sería tan amable de indicarme cuál?

El paquistaní gira hacia la derecha sorteando con un gesto la columna de chicles y caramelos.

—Ese, número tres.

—Bien, nos lo vamos a llevar...

—¿Cómo?

—Puede ser la prueba de un delito, pero no sufra, que se lo devolveremos sano y salvo.

—Pero yo necesito, trabajo...

—Nos lo tenemos que llevar, lo siento. Pero le prometo que no tardaremos en devolvérselo.

Mientras tanto, en otro punto de la ciudad, Marcos y Nagore siguen en la terraza del mismo bar cazando fantasmas.

—Pero ¿seguro que era Javier?

—Sin duda alguna...

—Joder, joder, joder...

—¿Podrás conseguir el dinero?

—Ya me dirás cómo retiro medio millón en efectivo sin dar explicaciones...

—Lo primero que tienes que hacer cuando se ponga en contacto contigo es exigirle hablar con Abel. ¿De acuerdo?

—Nagore... ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

—Nos estaría siguiendo, ¿no?

—No. Se lo ha dicho Cunningham, están juntos en esto... Ahora ya sabemos por qué desapareció Javier. Todo estaba programado para sacarle aún mayor tajada al alemán unos años después. Con lo que no contaban era con la muerte de Netzer.

—Pero, Marcos... ¿Y la grabación? Hemos visto cómo Javier quedaba atrapado.

—¿De verdad que lo hemos visto? No hemos visto nada más que lo que ellos querían que viera Netzer.

—Por eso no sueltan al niño. ¿Por qué conformarse con medio millón pudiendo conseguir más? Al entrometernos les hemos hecho un favor.

—¿Y la pintura en el coche? ¿La amenaza?

—Netzer aún no había muerto. Seguro que confiaban en seguir extorsionándolo. Y nosotros, investigando, éramos una amenaza.

—¿Y cómo coño sabían que investigábamos?

—Por Jordi, claro...

—Por Jordi o por el ordenador. —Marcos de repente se da cuenta—. Hemos sido unos ingenuos, Nagore...

—¿Cómo?

—Todo lo que hemos buscado por el ordenador de Abel estaba controlado, no hacía falta expresamente que Jordi nos delatara. De hecho, puede que no lo hiciera. Tampoco hacía falta. Javier o Cunningham controlaban el ordenador de Abel a distancia para espiar sus charlas con el alemán y, sobre todo, para encandilar al muchacho e involucrarlo en su propio secuestro. Seguro que Javier hablaba con Abel por Skype y luego borraba el rastro.

—¿E Isabel, qué tiene que ver con todo eso? ¿Por qué vive con Cunningham?

—Eso, Nagore, que nos lo cuente ella... ¿Vamos?

—No nos va a abrir.

—Buscaremos la manera.

Cruzan la calle y se plantan delante del interfono del edificio. Marcos revisa las placas que identifican a los inquilinos. Nagore no lo entiende.

—¿No me habías dicho que sabías dónde vivía?

—Y lo sé. Estoy buscando alguien que nos abra sin preguntar... Mira, «CRIPSA, publicidad». —Marcos llama y el portero automático se activa—. ¿Lo ves?

—Primer escollo superado. ¿Y ahora qué?

—Tú te escondes a un lado hasta que abra la puerta, el resto déjame a mí.

El lento ronroneo del motor del ascensor les regala un instante de sosiego. Marcos, instintivamente, roza la mano de Nagore; ella, mirándolo de soslayo, acaricia la suya entrelazando sus dedos.

Cuando llegan al rellano de la tercera planta, él le susurra:

—Ponte a un lado, que no te vea.

Marcos llama de manera familiar y el revuelo de alguien moviéndose por dentro, seguido de unos pasos, le avisa que la cosa, de momento, va bien. Pero los pasos se paran al otro lado de la puerta. Marcos se siente observado y por eso agacha la mirada como hablándole a sus pies.

—Oiga, perdone... ¿Señor Cunningham? Soy Alberto, el de CRIPSA, tenemos un problema en la comunidad y necesito que hablemos.

La puerta se abre lentamente. Isabel observa al hombre con prudencia y curiosidad. Su rostro le suena, pero ¿de qué?

—John no se encuentra en estos momentos...

En ese instante Nagore da un salto al lado y se planta delante de sus narices.

—¿Qué? —Isabel retrocede como asustada, intenta cerrar la puerta, pero Marcos, prevenido, ya ha puesto un pie.

—Isabel, ¿qué significa esto? —Nagore, sin pensárselo dos veces, se escabulle al interior.

—¿Adónde vas?

Pero ella no le hace caso y recorre el pasillo como si nada.

—¡Abel! ¡Abel, cariño! —llama—. ¡Soy yo, Nagore! ¡Sal!

—Pero ¿qué demonios estás haciendo? —Isabel, fuera de sí, la sigue repitiendo esa misma frase.

—Sabemos que Cunningham y Javier han secuestrado al niño, no empeores las cosas. La policía ya está en camino. —Marcos decide jugar la carta del miedo.

Mientras, Nagore revisa el piso abriendo y cerrando habitaciones.

—¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

Isabel se planta chillando delante de ella, roja como un pimiento.

—¡No tengo ni puta idea de dónde está mi hijo, joder! ¡Ni puta idea!

—¿Tu hijo? —le escupe Nagore con desdén.

—Sí, mi hijo... Abel es mi hijo —dice Isabel trazando en sus labios una mueca como de asco.

Marcos se adelanta.

—Lo sabemos todo, Isabel, no finjas más. Jordi... o, bueno, Toni nos lo ha contado todo. Sabemos que fuisteis contratados para hacerle de padres. Lo sabemos todo. ¡Basta ya de fingir! ¡Basta ya!

Isabel, agotada como si hubiera acabado una maratón, anda unos pasos hacia el comedor y se desploma sobre el sofá.

Nagore busca la mirada de Marcos desesperadamente, pero él no la ve. Marcos se acerca a Merche y se sienta a su lado.

—¿Tú eras la pareja de Jordi?

Merche asiente.

—Pero Jordi vive en Alfarràs con Vanesa...

—Ya...

Nagore se sienta a su otro costado. Ahora Merche queda entre los dos.

—Isabel, perdona, me cuesta llamarte Merche. ¿Nos lo puedes explicar?

Isabel, temblando, junta las manos sobre el regazo para que dejen de moverse. Su respiración acelerada casi la ahoga y cerrando con fuerza los párpados resiste el llanto. Cuando los abre sus ojos brillan, pero Nagore y Marcos no se dan cuenta. La mirada de Merche se esconde a ras del suelo, invisible.

—Voy a acabar en la cárcel, ¿verdad?

Marcos intenta animarla:

—Te ayudaremos en todo lo que podamos, pero antes explícanos la verdad.

—Yo soy la madre de Abel, pero renuncié a ello al tenerlo de ese modo...

Nagore se impacienta:

—¿De qué modo? ¡Por Dios, habla claro de una vez!

—El doctor Cunningham nos contrató a Toni y a mí para que tuviéramos un hijo. Un hijo secreto al que tendría que dar a luz a escondidas y encerrar en una casa, noche y día, hasta que el señor misterioso con el que hablábamos a diario por Skype mientras Abel aún era pequeño se encargara de él. Él siempre ocultaba su rostro con una distorsión de imagen. Más tarde, cuando

Abel ya fue mayor, empezó a hablarle directamente, a solas. También nos obligó a cambiar de identidad para que nadie que nos conociera pudiera encontrarnos mientras, digamos, trabajábamos.

—¿Llamas trabajar a hacer de madre de tu propio hijo? ¿Cómo puedes ser tan ruin, Isabel, cómo?

—Desde tu posición de niña universitaria, pija y mimada, es muy fácil hacer juicios de valor. Tendrías que haberte visto como yo, con todo el mundo de espaldas, con todo en contra, luchando simplemente por poder sobrevivir, a ver cómo te las apañabas, a ver... Ese señor misterioso nos salvó la vida, a Toni y a mí.

—Ese señor —interrumpe Nagore— se hace llamar Ernest Netzer, ¿lo conoces? ¿Sabes quién es?

—No, no sé cómo se llama, ni quién es, pese a que pasé en su casa los últimos meses de embarazo. Él siempre se hacía llamar señor. Me llevaron allí con los ojos vendados y de noche. Necesitábamos dinero, vivíamos en la miseria y, de repente, nuestra vida podía ser diferente a cambio de aceptar ese extraño trato. Ser cómplices del secuestro de nuestro propio hijo. ¿Qué hubieras hecho, tú, eh? ¿Dime?

—Y ¿qué pasó con Toni? —Marcos se interpone para rescatar a Nagore.

—Cuando vivíamos en Monistrol, creo que fue el segundo año, nos peleamos y me marché...

—Pero... —Nagore vuelve a la carga— ¿volviste? No entiendo nada, creo que no nos estás diciendo la verdad, Isabel, si no eres sincera no te podremos ayudar.

—Volví, sí, claro que volví. Había dejado a mi hijo en manos de otra tía que habían buscado para sustituirme, Vanesa. Además necesitaba dinero y no tenía adónde ir.

—Y entonces echaron a Vanesa y te devolvieron el trabajo. Por eso os peleasteis con Jordi... quiero decir con Toni. Porque él tenía una relación con ella, lo empiezo a entender todo. —Marcos intenta atar todos los cabos sueltos.

—Por qué nos peleamos, no importa, lo que importa es que soy cómplice del secuestro de un niño...

—¿Dónde está Abel?

—No lo sé, Nagore, te lo juro...

—Pero si acabas de decir que eres cómplice de su secuestro...

—No me has entendido, Nagore. Me refiero a cuando lo teníamos encerrado en ese cuchitril de la Barceloneta. A ese secuestro.

—Isabel, ¿de quién teníais tanto miedo? ¿De quién huíais cuando desapareció?

—Teníamos esas órdenes, huir antes de que llegara la policía en caso de que al niño le pasara algo. Si por ejemplo Abel moría, teníamos que huir. Si desaparecía, también.

—Pero Isabel, no lo entiendo. ¡Abel es tu hijo! Ninguna madre abandona a su hijo... ¡Ninguna!

—Teníamos miedo, mucho miedo, sabíamos de lo que eran capaces...

—¿Quiénes?

—Los hombres del señor misterioso, claro...

—¿Qué te hicieron, Merche? ¿Qué te pasó?

Merche, hundiendo su mirada a ras de suelo, gesticula cansinamente que no.

—¿Y Cunningham? —Marcos decide hacerse un hueco en la charla al darse cuenta de que ese recuerdo que tanto la hiere nunca saldrá a la luz—. ¿Qué haces en su casa?

—Acudí a él, no sabía adónde ir...

—¿Y él no te da miedo? —Nagore pone los ojos en blanco.

Merche sonrío de manera irónica:

—A él solo le importa una cosa. Ya sabes cuál, Nagore. Gracias a eso me dejó volver...

—No te entiendo...

—Una vez a la semana quedábamos aquí, en este apartamento. De esta manera conseguí que echaran a Vanesa y que me devolvieran el trabajo después de desaparecer casi un año.

—Pero eso lo puedes denunciar, eso irá a favor tuyo. —Nagore, casi sin darse cuenta, se pone a su lado.

—¿Seguro? —Merche levanta la mirada y entonces Nagore se da cuenta de que lucha por contener el llanto—. ¿Sabes dónde lo conocí? ¿Sabes a qué me dedicaba cuando lo conocí?

—Erais actores, ¿no?

Merche vuelve a sonreír con socarronería, al mismo tiempo que una lágrima vence el cerco y resbala, dejando un trazo brillante por su mejilla.

—Cunningham me conoció en un club, era su preferida. Y Toni, ¿Toni actor? Toni era un puto camello, un desgraciado que apenas sacaba para sobrevivir y

pasarse el mono. Nuestras desgracias nos mantenían unidos.

Nagore calla y Marcos también respeta el silencio. Merche se seca las lágrimas con la punta de los dedos antes de proseguir.

—Cunningham es un putero, pero aparte de eso es buena gente. Él no tiene ni idea de dónde está Abel ni de quién ha podido secuestrarlo. Está tan preocupado como vosotros, la verdad.

Marcos se pone en pie y se dirige a Nagore:

—Será mejor que nos vayamos.

Nagore duda si añadir algo. Finalmente mira a Marcos y asiente.

Antes de salir, Marcos le dirige unas últimas palabras.

—Dile a Cunningham que le llamaré luego, que tenemos que hablar. Es muy urgente.

Merche, que ya no controla el llanto, responde con un simple gesto.

21

Sharon Stone, histérica, recorre ladrando y dando brincos todas las ventanas que dan al exterior. Ha detectado algo raro que perturba su rutina de dormir un promedio de veinte horas al día.

Clara, su canguro, una chica joven que ayuda a Marcos en las tareas domésticas, además de encargarse de la bretona cuando él no está, se acerca con largas zancadas. ¿Qué le pasará a esa?, piensa al oírla ladrar. De camino, a unos cien metros de la entrada, aparcado en la acera de enfrente, delante del chalé del doctor Puig, observa un Seat León con dos hombres dentro. Se la miran y le dedican un saludo. A Clara no le hace ninguna gracia y menos cuando lee lo que hay escrito en el parabrisas del Freelander de su jefe. Mira atrás sin disimulo, hacia los hombres. Le parece que la observan. Mientras, *Sharon Stone* no para de ladrar, le pasa algo. Sin pensárselo dos veces coge el móvil y llama.

—¿De verdad que nos vamos a ir? —Nagore, dentro de la cabina del ascensor, no entiende la retirada—. Esa no nos ha contado de la misa la mitad.

—No, Nagore, no nos vamos a ir. Vamos a montar guardia. Lo que pretendía es que se lo creyera.

Una sonrisa espontánea se perfila en el rostro de la chica.

Cuando llegan al rellano, Marcos abre la puerta de la calle y entran. Le dirige un gesto para que no haga ruido y casi de puntillas la conduce hasta las escaleras.

—Ahora volvemos arriba, sin hacer ruido, y nos escondemos en el hueco de las escaleras, entre el tercero y el cuarto—susurra—. Cuando llegue el ascensor nos asomamos y si es él lo asaltamos.

En ese momento suena el teléfono de Marcos.

—¿Es Javier? —pregunta Nagore como si mencionara al propio Satanás.

—No, es Clara. —Cuelga y luego empiezan a subir peldaños, despacio.

Clara agita sus brazos en un gesto de fastidio. *Sharon* no deja de ladrar. Le pasa algo. Pero Clara tiene miedo. Mira a su alrededor en el momento en que los hombres desmontan y se dirigen a ella, parsimoniosamente. Ella da un paso atrás dispuesta a salir por piernas cuando un estallido repentino de cristales rotos la alerta. Se gira súbitamente hacia la casa de Marcos en el momento que suena la alarma. Los hombres se precipitan corriendo, cruzando delante de ella blandiendo pistolas. *Sharon Stone* ladra aún más frenéticamente y Clara se larga corriendo. Los hombres sortean la valla y se suben al techo del Freelander de un salto. Al pisar el jardín, ven a un tipo trepando por una cuerda que se sujeta sobre el muro por un garfio. Escala a toda velocidad, azuzado por la sirena.

—¡Alto, policía!

Héctor, allí colgando, cierra los ojos con fuerza y maldice su suerte, su puta mala suerte, que ese billete a la libertad que le habían entregado hacía apenas unos días solo era de ida y vuelta.

Nagore y Marcos guardan silencio agazapados en su escondite. Han apagado sus móviles como si se encontraran en el Liceo. Marcos siente la respiración de la chica de cerca y la mira de reojo intentando adivinar sus pensamientos. Ella se da cuenta, gira levemente la cabeza y le sonrío. Sostienen la mirada unos instantes hasta que un extraño instinto los obliga a acortar la distancia que los separa y unir los labios levemente. Se separan casi sin espacio, sus ojos sobre sus ojos, y vuelven a fundirse, ahora sí, en un beso intenso que interrumpe la puerta del tercero C al abrirse.

Se asoman lo justo para encuadrar la escena. Merche, con una bolsa de viaje, espera delante del ascensor. Se esconden. Marcos, con un gesto, pide calma a Nagore. Cuando el ruido del ascensor confirma que ya se ha ido, la coge de la mano y la lanza en carrera por las escaleras.

—¡Vamos, rápido!

Bajan a toda prisa para llegar casi al mismo tiempo. Jadeando, observan el vaivén de la puerta de la calle cerrándose cuando ellos pisan el último peldaño.

—¡Espera! —dice él para evitar ser descubiertos—. ¡Ahora!

Una vez fuera solo tienen tiempo de ver cómo arranca un Audi Q5 blanco que la estaba esperando.

—¡Maldita sea! —grita ella.

—¡Nos la han jugado! Ese era el coche de Cunningham.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Primero nos vamos a la agencia, a prolongar el contrato de alquiler del coche y a pagarles la multa; luego nos volvemos a Monistrol a ver qué puedo hacer con lo del dinero.

Nagore le da la razón asintiendo.

Al salir de la agencia entran en un restaurante. Pasan de las cuatro de la tarde y el hambre aprieta. Vivir en Barcelona tiene esa ventaja, que a cualquier hora te dan de comer.

La camarera, una chica menuda con acento mexicano, les deja una cuadrícula plastificada con los platos a elegir.

—Los guisantes con jamón, el gazpacho y el pollo al chilindrón ya no quedan.

Ellos la miran, asienten al mismo tiempo y se someten en silencio al duro trámite de escoger bien. Nagore rompe el hielo:

—¿Pueden ser dos primeros?

—Claro, cariño —contesta la mexicana mostrando unos dientes immaculados.

—Entonces una ensalada y los espaguetis.

A Marcos le atrae el plan.

—Para mí lo mismo.

Entonces recuerda que tiene pendiente llamar a Clara y aprovecha que Nagore va al servicio para hacerlo.

—¿Clara, me has estado llamando?... ¿Me has dejado un WhatsApp?... Joder, no, no lo he mirado en toda la mañana... ¿Cómo?... ¡Joder!... ¿Cómo no me han llamado?... No lo entiendo... ¿Sharon está bien?... ¿Quééééé?... ¡No me jodas! ¡Qué bueno!... Voy para allá... ¡Muchas gracias!... Sí, sí, que espere contigo, por favor... Otro para ti... *Ciao*.

Nagore acaba de regresar y lo interroga con la mirada.

—No te lo vas a creer... *Sharon* ha evitado un asalto en casa, seguramente Javier... ¡Lo han pillado!

Nagore dibuja la mejor versión de su sonrisa.

—¿De verdad? ¿Y Abel?

—No sé, no sé nada... Al parecer unos *mossos* hacían guardia en mi casa esperándonos cuando *Sharon* ha detectado que alguien se había colado en el

jardín e intentaba entrar. Pues bien, la tía se ve que ha volcado la figura esa que tengo junto a la entrada, ¿sabes?, la dama del paraguas, se ha caído sobre la cristalera de la entrada, la ha roto y ha saltado la alarma. Entonces, los *mossos* han salido del coche y lo han detenido.

—¡Por Dios, Marcos, eso es extraordinario! Pero ¿cómo no nos llaman de comisaría?

—Bueno, tengo un montón de llamadas perdidas de un número larguísimo...

—Pues devuélvela, corre. Tienen que ser ellos... Por cierto, no lo entiendo...

—¿El qué?

—¿*Sharon* anda por casa con la alarma conectada? ¿Cómo no la dispara?

—Porque los infrarrojos pasan por encima de su altura.

Entonces, el *Girl on Fire* de Alicia Keys suena como melodía de llamada en el móvil de Nagore. Hipnotizada, mira la pantalla:

—Es Bussón —anuncia incrédula.

—Contesta, va, ¿a qué esperas?

—¿Subinspector?... Hola... Sí, está conmigo... ¿Qué?... Sí, en un lugar público... Por la calle Mallorca, no sé... De acuerdo... No, no nos movemos...

—Nagore se dirige a Marcos—. Oye, ¿sabes la dirección exacta?

Marcos mira el reverso de una servilleta.

—Mallorca, 198, Restaurant Montse.

—Mallorca, 198, Restaurant Montse —repite al teléfono—. Hasta ahora... A usted... Bueno, bien pensado casi es normal que no me creyera... No, no, tranquilo... Hasta ahora.

—¿Qué pasa, Nagore?

—Dice que viene a buscarnos, que estamos en peligro.

—¡Vaya novedad!

Ya en la comisaría, los mismos agentes que los han ido a buscar al restaurante los acompañan a un despacho. Uno de los agentes llama golpeando a la puerta con suavidad.

—¡Adelante!

Marcos y Nagore advierten que acaban de interrumpir una conversación en privado. Gutiérrez, que estaba sentado de manera poco protocolaria encima de la mesa, se baja para saludarlos y Bussón se levanta de su silla.

—Siéntense, por favor. —Bussón toma la palabra.

Inmediatamente se enfrentan en un dos contra dos con una mesa de por medio.

—Me acabo de enterar de lo que ha pasado en casa —advierte Marcos.

Gutiérrez lo explica:

—Una pareja hacía guardia esperándoles, el perro ladraba histéricamente y, encima, su coche aparcado delante tenía pintado sobre el parabrisas una amenaza de muerte. Entonces, una chica que se ve que lo conocía lo ha visto. Seguramente lo ha llamado pero no le ha contestado. Los agentes han advertido que estaba inquieta y han salido del vehículo con la intención de identificarse cuando alguien ha roto un cristal de su casa, parece que el perro, y ha saltado la alarma. La sorpresa de nuestros hombres ha sido sorprender a un delincuente en fuga. Se trata de Héctor Páez, un viejo conocido, acababa de pasar una temporada en prisión por acumulación de delitos, entre ellos un homicidio. Lo pillaron diez años atrás por asaltar y violar a una chica en su propio domicilio.

—¿Cómo se llamaba la chica? —pregunta espontáneamente Marcos.

—Eso es confidencial —sentencia Bussón.

—Lo sé, pero es que es muy importante... ¿Era la sobrina del abad de Montserrat?

Los dos inspectores se miran como buscando qué contestar. Bussón prosigue:

—Héctor, el detenido, llevaba el original de su novela en el vehículo. *El Informe Ahnenerbe*. Yo la leí hace un tiempo. Por cierto, le felicito. —Marcos le da las gracias con un gesto—. Verá, hay muchas coincidencias entre este caso y su novela. Héctor pertenecía a una banda de narcos colombianos; sus dos hermanos, desaparecidos, también. Héctor ya ha sido identificado por Jorge como uno de los hombres que han asaltado esta mañana el domicilio del señor Ernest Netzer. Hemos entrado en su domicilio y hemos encontrado su parte del botín, además de unas joyas que pertenecían a la señora Netzer. Eso lo relaciona todo. En su novela, señor Clos, aparece un alemán en silla de ruedas y tres sicarios colombianos, uno de ellos, el que secuestra y extorsiona a la sobrina del abad, se llamaba Kevin, y bien podría tratarse de Héctor en la realidad. Se lo preguntaré directamente, ¿de qué conocía usted a Héctor?

—De nada, subinspector. Es un personaje de mi novela propuesto por el señor Netzer. Él, de la misma manera que Tötler en la novela, era mi mecenas y juntos planeábamos el argumento. Yo no sabía que todo lo que escribía era real.

Gutiérrez, que se da cuenta de que lleva demasiado tiempo callado, vuelve a la carga:

—¿Todo? O sea, el asalto a los túneles de Montserrat, ¿también?

Marcos busca desesperadamente a Nagore con la mirada y ella, con un gesto, asiente.

—El asalto a Montserrat, también.

De repente suena la melodía de llamada entrante en el móvil de Marcos, que había olvidado silenciar.

—Lo siento —se disculpa sacándolo de su bolsillo—. Lo pondré en silencio.

Pero al ver escrito en pantalla «llamada oculta» se lo piensa mejor.

—Creo que tendría que contestar, puede ser el secuestrador...

El inspector y el subinspector cruzan sus miradas y Bussón responde a bocajarro:

—¿De Abel? Conecte el altavoz, conteste y téngalo entretenido.

Sale corriendo del despacho, seguramente para ordenar que rastreen la llamada.

Marcos obedece y la voz de Javier, que en diez años no ha cambiado, resuena alto y claro en la habitación.

—Señor escritor... ¡Cuánto tiempo!

—Javier, no sé qué pretendes...

—¿No lo sabes? Pues es muy fácil. Ya verás cómo nos vamos a entender. Yo quiero el dinero y tú al muchacho. Consígueme medio millón de euros y dejaré en libertad al crío. Simple y claro, señor escritor.

—Antes quiero hablar con él. Necesito una prueba de que está bien...

—Oye, no me toques los huevos...

—Quiero una prueba, Javier. ¿Cómo voy a saber que realmente tienes a Abel?

—De acuerdo, pero tú ve preparando el dinero; haremos el trueque mañana y procura mantenerte vivo, no me jodas como el alemán.

—Oye, ¿cuándo me volverás a llamar? Oye... Oye... —Mira a Gutiérrez—. Ha colgado.

Bussón entra en estampida.

—No la han localizado...

Nagore lo mira a los ojos.

—Antes, cuando me ha llamado, me ha parecido entender que por fin ya se creía la desaparición de Abel. ¿Por qué? ¿Qué más han averiguado?

—En la investigación por el asalto a casa de los Netzer apareció su nombre como implicada. En la ficha policial figura su denuncia por lo del niño y por eso el inspector Gutiérrez contactó conmigo con el fin de intentar relacionar los dos casos. En la inspección que hemos llevado a cabo en el chalé hemos encontrado material de quirófano e instrumental propio de los partos.

»También he investigado mejor la denuncia puesta en Monistrol años atrás. No constaba por que no se había cursado de manera formal, pero hemos verificado que realmente alguien telefoneó a la policía local para informar de que en una casa tenían encerrado a un niño que nunca salía a la calle, como si estuviera secuestrado. Hemos enviado a unos agentes a Monistrol y han hablado tanto con la señora que lo denunció como con Enric, vuestro amigo. La persona que hizo la denuncia, al parecer, se animó cuando al encontrarse por la calle a la madre y preguntarle por su hijo negó tener ningún hijo. Pues bien —Bussón dirige la mirada a Marcos—, y esto va a contestar su pregunta anterior, al sospechar por la descripción que nos dio la mujer, que nos dijo que era pelirroja, que la madre del niño podía ser la misma persona que asaltó y violó Héctor, le mandamos unas fotografías de archivo a nuestros agentes para que se las mostraran. Pues bien, le enseñamos su foto y nos lo han confirmado tanto ella como vuestro amigo Enric. La madre de Abel era la

misma persona que violó Héctor y que, por supuesto, nada tenía que ver con la sobrina del abad.

Gutiérrez continúa con la conclusión, como un toma y daca sin descanso:

—Y eso es lo que cierra el círculo para relacionarlo todo: su novela, el Santo Grial de los cojones, el niño desaparecido, el asalto a la casa de Ernest Netzer, su muerte y lo que sea que se llevaron precipitadamente de su casa y que miraron en un locutorio cuando presuntamente andaban buscando al perro. Se lo pregunto directamente: ¿vamos a colaborar?

Nagore, desesperada, suelta una frase que suena tan grave como un sollozo.

—Lo que es importante es recuperar a Abel, por Dios...

—Pues por eso —conviene Bussón—. ¿Nos van a entregar el cedé o *pendrive* o lo que sea que descargaron en el ordenador número tres del locutorio?

Nagore le acaricia la mano a Marcos. Él la mira, sonrío, abre la cremallera de su bolsa y, mostrando en alto el cedé, advierte:

—Señores: lo que contiene esta grabación es el secreto mejor guardado de la Historia y, más allá del uso que se le dé para esta investigación, lo más sensato sería que luego se mantuviera en secreto y en propiedad exclusiva de los monjes de Montserrat.

Los inspectores cruzan una mirada enigmática, asienten como hechizados y se agolpan alrededor del portátil, junto a Nagore y Marcos, para ver la filmación.

Minutos después nadie sale de su asombro. Bussón, tras un silencio, toma la palabra:

—O sea, que cuando me vinisteis con eso de que era un clon, era verdad. Pero no solo eso, encima resulta que el niño es... ¡No puede ser!

Gutiérrez, por su parte, de pura emoción se ha puesto en pie y pasea por el despacho con las manos sobre la cabeza como un león enjaulado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —no deja de repetir.

Marcos lo aclara antes de que sea tarde.

—Eso era lo que pensábamos hasta hace poco. Pero al parecer el experimento no salió bien y entonces fue cuando Cunningham...

—¡Un momento! —Gutiérrez, sentándose otra vez, lo interrumpe bruscamente—. ¿Quién coño es Cunningham?

—Cunningham —prosigue— es Bramley en mi novela, un científico del equipo que clonó la oveja *Dolly* y que ha estado engañando todo este tiempo

al alemán y a su mujer haciéndoles creer que Abel era un clon de Jesucristo, cuando en realidad lo que hizo fue contratar a una pareja para que tuvieran un hijo en secreto; un hijo que nació en casa del alemán y eso explica, también, las herramientas de quirófano que han encontrado.

A Bussón la cosa no le cuadra.

—Pero, si le quería hacer creer que era un clon, ¿cómo coño se le ocurre llevarle una partera a casa? ¡Esa no es la manera de hacerle creer que el bebé era un clon de Jesucristo!

—O sí —interviene Nagore—. Si le convence de que el embrión clonado tiene que nacer en un vientre materno para mayor seguridad de éxito.

Marcos, asombrado, asiente.

Gutiérrez suspira y con un pañuelo de papel se seca el sudor de la frente.

—Necesitamos saber todos los datos que tengan de ese tal Cunningham..

—Acabamos de estar en su casa —recita de manera inocente Marcos.

—¿Qué? —Bussón empieza a perder los nervios.

Nagore intenta tranquilizarlo.

—Pero no estaba, no se preocupe. Solo hemos encontrado a Merche.

—¿Y quién es Merche? —Gutiérrez abre los brazos, casi desesperado.

Marcos levanta una mano con el índice apuntando al cielo.

—No se lo va a creer: Merche es la mujer que violó Héctor y la misma que parió a Abel en casa de Netzer.

Nagore toma el relevo:

—Al mismo tiempo que también es Isabel, la madre que huyó cuando yo lo denuncié por primera vez, como ya han descubierto sus agentes en Monistrol.

—Pero ¿se llamaba Isabel o Merche? —Bussón se ha puesto en pie hecho un atajo de nervios.

—Merche en la realidad; Isabel en su papel secreto de madre de Abel.

—Y... —Gutiérrez se concentra como temiendo que se va a perder— a ver, ¿por qué Merche o Isabel, o como se llame, estaba en casa del científico?

Marcos piensa que esa respuesta es mejor que la de un hombre.

—Porque Cunningham la protegía a cambio de sexo. De hecho, de esa manera la conoció, en un club. Merche hacía de puta y su marido Jordi era un camello.

Bussón se dirige a Gutiérrez con sorna:

—¡Joder, ahora también tenemos un Jordi! Una puta y un camello...

—Bueno —vuelve a intervenir Marcos—, eso tampoco es preciso, de hecho

se llama Toni.

—¡Joder! —Gutiérrez pierde definitivamente la paciencia—. ¿Cómo coño se llama, Toni o Jordi?

—Toni en la realidad; Jordi cuando hacía de padre de su propio hijo.

Gutiérrez suspira y con desesperación busca la complicidad de Bussón con la mirada.

Bussón niega con la cabeza.

—Lo siento, yo también me he perdido.

Nagore se da prisa a recolocar todo.

—Miren, es fácil de comprender. El científico los contrató para que tuvieran el niño secreto. Luego, abreviando, Merche se enfadó con Jordi, bueno, con Toni, y se largó, abandonó durante un año. Durante todo ese tiempo contrataron a una nueva mujer para que hiciera de madre, que suponemos que ya conocía a Jordi, porque ahora son pareja, una tal Vanesa que vive en Alfarràs; claro que, ahora que lo pienso, a lo mejor se enamoraron en Monistrol, pero bueno, eso es lo de menos. Merche se puso en contacto con el científico porque quería volver, necesitaba dinero y añoraba a Abel. Bueno, eso es lo que dice, yo creo que solo añoraba el dinero. La cuestión es que Cunningham aceptó devolverle el trabajo a cambio de que se pasara una vez a la semana por su apartamento, ya sabe. Echaron a Vanesa, que se volvió a Alfarràs, y Merche volvió a hacer el papel de Isabel.

Gutiérrez suspira dirigiéndose a Bussón.

—Bien, habrá que mandar una patrulla a casa de ese tipo y detenerlos. Me parece que tenemos bastantes pruebas para inculparlos. Posiblemente también sean ellos los que retengan al muchacho.

Marcos vuelve a levantar el brazo.

—A ver, tengo una mala y una buena noticia...

Gutiérrez vuelve a abrir los brazos interrumpiéndole.

—Por Dios, señor Clos, acabe, suéltelo todo pero hágalo de una vez...

—Se han dado a la fuga...

—¿Qué? —Bussón no se lo puede creer.

—Pues eso, que estábamos en su casa, espiando por si volvía a casa Cunningham después de hablar con Merche, y hemos visto cómo huían los dos.

—¿Y la buena? Porque espero que esa sea la mala —añade Bussón.

—La buena es que al secuestrador lo conozco, es Javier, el neonazi de mi novela.

Bussón se desploma sobre su silla emitiendo un sonoro suspiro.

—¿Tiene el nombre y los apellidos del neonazi?

—Yo no, pero la señora Netzer por supuesto. Trabajó muchos años con ellos, era su chófer.

Gutiérrez siente la necesidad de empezar a abreviar las cosas.

—Vamos paso a paso. Primero de todo, ustedes se vuelven a casa. Les pondré bajo custodia, de incógnito; también pincharemos sus teléfonos. Por favor, no den ni un solo paso sin informarnos ni intenten nada a solas. Ya han visto que solo sirve para empeorar las cosas. Usted acepte el pago del rescate y todas sus condiciones. Cuando hablen por teléfono, reténganlo, cuanto más tiempo mejor. ¿De acuerdo?

—¿Van a liberarlo, verdad? —implora Nagore.

Bussón asiente seriamente.

—Le doy mi palabra. Pero, por favor, no cometan más disparates.

Marcos, ante lo que parece una despedida, desea aclarar algo que ha quedado flotando en el aire, sin resolverse.

—Respecto a lo que hemos visto en el cedé...

—Lo pondremos a disposición de nuestros superiores y ellos lo valorarán. Mientras, el cedé queda retenido como prueba.

Ambos policías los acompañan a la puerta.

—Sobre todo, actúen con normalidad, por favor —les ruega casi de rodillas Gutiérrez al despedirse.

Ya en la calle, Marcos y Nagore andan uno al lado del otro en silencio, buscando un taxi que los lleve a donde han dejado aparcado el Ibiza rojo. De repente, Marcos pasa un brazo por encima de su hombro.

—Vamos a encontrar a Abel, te lo prometo...

Nagore apoya una mejilla sobre su pecho y él cierra los ojos soñando eternizar ese momento y no soltarla nunca más.

La oscuridad recorta la sierra de Montserrat, confundiéndola con las sombras. Nagore duerme en el puesto del copiloto mientras Marcos toma las últimas curvas antes de enfilarse la recta que los llevará a casa, ya en Monistrol.

Piensa si ir a buscar a *Sharon*, que se ha quedado con Clara, pero ante la incertidumbre de lo que pueda pasar decide dejarla con ella.

La montaña mágica lo tiene hechizado desde pequeño, cuando, desde su casa en Marganell, pasaba las tardes mirándola por el balcón hasta que la noche se la llevaba. Ahora entiende su poder hipnótico y su creación tan abstracta, tan irreal, tan rara. La naturaleza desde el principio de los tiempos ya había previsto el templo al hijo de Dios. Él había tenido la suerte de nacer allí, a su lado. Nada de lo que había pasado cambiaba sus creencias ni su fe. La humanidad evoluciona hacia una plena inteligencia, pero hasta llegar a ello el hombre pasa por diferentes etapas, como la ingenuidad, la inocencia, la ignorancia y la incultura. Los ancestros se basaban en un conocimiento sencillo y básico, primordial, casi irracional, por eso era necesario maquillarles la realidad a través de leyendas. Leyendas que ahora parecen absurdas como esos milagros que la Biblia cuenta que hacía Jesucristo, leyendas que eran del todo necesarias cuando el hombre aún no sabía hacer uso de la razón. La resurrección habla del espíritu y del alma y para él, para Marcos, nada iba a cambiar por demostrarse que Jesús era un ser mortal y con descendencia.

Marcos piensa todo esto con el coche parado delante del garaje, mirando embobado, como cuando era niño, a la noche llevándose a su montaña. Luego activa la portezuela con el mando, encara la rampa y baja. Nagore, a su lado, duerme con una sonrisa que él deshace con un beso.

—Ya estamos en casa, dormilona.

Nagore se estira intentando reconocer las paredes del garaje que la rodean.

—Tengo ganas de ver a *Sharon Stone* —declara bajando del coche de un salto.

—Se ha quedado con Clara. Con la ventana rota era lo mejor.

—Ah... ¿No la han arreglado?

—Vendrán mañana. Clara ha puesto unos cartones, me ha dicho.

Nagore entra en el comedor, se descalza y tras un sonoro suspiro se desploma encima del sofá. Marcos sonrío al verla moverse por su casa como si fuera suya y espontáneamente, sin darse cuenta, su pensamiento toma voz:

—¿Sabes que te quiero?

A Nagore se le escapa una carcajada.

—¡Yo no!

Entonces el recuerdo de Abel la entristece de repente.

—¡Deseo tanto que se acabe esto!

Marcos se acerca y la consuela con un abrazo.

—Voy a llamar al director de mi sucursal para que vaya preparando el dinero.

Toni y Vanesa, asustados, miran cómo se alejan las casas de Alfarràs por la ventanilla del coche patrulla que los ha ido a buscar. Los llevan retenidos como testigos de un caso de secuestro y posibles cómplices de los hechos. De momento no necesitan ningún abogado, les han contado.

Los agentes hablan entre ellos de cosas cotidianas para pasar el rato mientras, detrás, el miedo impone el silencio.

Nagore, reconfortada en el sofá, intenta ordenar la sucesión de acontecimientos que la han azotado desde la desaparición del niño. Todo le parece tan irreal que lo lógico sería no tomárselo en serio. Su vida era aparentemente normal hasta que entró en esa casa, hasta que aceptó, por dinero, ser cómplice de un secuestro. Ahora no hay marcha atrás, piensa, atrapada en los más trascendentales secretos de la historia del hombre y formando parte sin darse cuenta de la misma. Lo que más le extraña, lo que no le encaja, es que su corazón aún sea capaz de enamorarse en medio de tanto trasiego.

—Yo no sé si llamar al inspector, no sé si puedo decir para qué quiero el dinero... —Marcos, abrumando con sus pasos, rompe en mil pedazos sus pensamientos—. Es que no me ha puesto más que pegas, que tardará unos días, e insistiendo en que lo normal para un movimiento así sería una transferencia o

un cheque.

—Pues sí, llámalo antes de que Javier vuelva a ponerse en contacto... Oye, Marcos...

—Dime.

—Que vamos mentira tras mentira y me pregunto yo, ¿realmente hemos encontrado por fin la verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué el colombiano atacó a Merche?

—Antes no te lo he contado. Alba se ha sincerado conmigo y me ha dicho que a ella no la había atacado ni secuestrado ningún hombre, y yo me lo he creído. Pero entonces ¿cómo se explica que se extorsionara al abad secuestrando a Merche?

Nagore se incorpora de repente, de un brinco, de pura emoción.

—El abad está implicado...

Marcos niega con la cabeza al mismo tiempo que retira su anterior argumento:

—No, no, no es eso... Hemos visto cómo le pateaban la espalda y cómo le amenazaban usando el nombre de su sobrina, de su so-bri-na...

—Puede que el colombiano hubiera secuestrado a ambas y que Alba lo haya borrado de su memoria. Sabemos que Merche fue violada, según la policía, hará unos diez años, pero no la fecha. Sabemos que existe el vínculo entre Cunningham, Netzer y esos matones, ¿no? Entonces puede que, por algo que ahora se nos escapa, contrataran sus servicios también para darle un escarmiento a Merche y por lo tanto el colombiano atacara a las dos chicas en fechas diferentes. Alba primero, lógicamente. Merche después, cuando le pillaron.

—¿Para obligarla a aceptar el trato? —pregunta Marcos con el ceño fruncido.

—Por ejemplo...

—Creo que el inspector haría bien en interrogar también al abad.

—Después de ver la grabación seguro que ya lo tiene en cuenta.

En ese momento el sonido del móvil de Marcos hace que sus sentidos se disparen.

—Es él —suspira al mirar la pantalla antes de descolgar—. ¿Sí?... ¿El portátil?... ¿Javier, oye? Javier... Javier... —Cuelga y se dirige a Nagore—. Dice que abramos el portátil del niño y que entremos en su Skype.

—Pero si lo había borrado...

—Seguro que ya vuelve a existir.

Nagore va a su habitación a buscarlo. Mientras, Marcos revisa el boquete, cubierto por un cartón, que ha quedado en la cristalera de la entrada. Le tranquiliza comprobar que por ahí no pasa nadie. Los pasos de Nagore resuenan sobre el parqué cuando ella regresa con el ordenador del muchacho.

Ciertamente la cuenta de Hermann IX vuelve a estar activa y un usuario con un *nick* lleno de números y letras está llamando. Marcos, con el portátil encima de las piernas y Nagore al lado, la acepta y Javier, con una sonrisa burlona detrás de lo que se intuye una mesa, ya que el plano muy cerrado de la *webcam* simplemente enfoca su superficie, los saluda.

—¿Qué tal, señor escritor? La fama y el dinero le sientan bien, hace muy buena cara.

—Déjate de estupideces y vamos al grano. ¿Dónde está Abel?

—Despacio, amigo, despacio... Primero me vas a hacer un plano general con el portátil, quiero saber que estáis solos.

Marcos se levanta aguantando a pulso el ordenador de Abel y como si fuera el objetivo de una cámara enfoca todos los rincones del comedor.

—¿Satisfecho?

—Ahora —prosigue Javier— los móviles. Delante de la cámara quiero ver cómo los desconectáis. ¡Vamos! —Obedecen y luego continúa—: Ahora voy a compartir con vosotros un vídeo privado. En él podréis ver a Abel. Dura cuarenta segundos. Lo vais a mirar desde este mismo ordenador, sin moveros del sofá. Yo voy a controlar el ratón por control remoto. Recordad que veré todos los movimientos que hagáis desde el portátil de Abel, si veo algo raro lo pagará el muchacho. ¿Estamos? —Ellos asienten con seriedad—. Cuando acabéis de ver el vídeo seguiremos hablando por Skype.

Entonces, la flecha del ordenador toma vida propia como si un fantasma hiciera correr el ratón. Javier, usando el DeskShare, cierra el programa, entra en Google, abre YouTube, escribe un nombre de usuario: gjncbfsk5598, luego mueve la flecha y clica sobre «mi cuenta» y de ahí a vídeos privados y contraseña. Nagore y Marcos ven cómo unos puntos negros van ocupando su lugar, como si fueran ellos quienes teclearan, al mismo tiempo que desde quién sabe dónde Javier va entrando los dígitos secretos. Finalmente, empieza el vídeo. Abel, enfocado por un foco de luz, como si estuviera en un escenario, aparece amordazado y atado en una silla. Todo a su alrededor está oscuro.

—¿Es él? —le pregunta Marcos a Nagore, dudando. La imagen es lejana y no se distingue su rostro a la perfección.

—Si —responde casi sin habla—. Es él, sin duda. Además lleva su camiseta favorita, la Diesel de color verde. —Nagore acaba de recitar la frase con los ojos mojados y la imagen se le empaña.

La cámara deja de enfocar al niño y corre a través de unas oscuras paredes hasta enfocar el techo. En la pantalla no se distingue nada, pese a que un débil foco lo ilumina. Cuando el enfoque se centra en el techo aumenta la iluminación mostrando una trampilla del tamaño de una puerta de garaje inclinada hacia abajo, abierta. La voz de Javier se convierte en un *off* cuando la trampilla se cierra emitiendo un zumbido.

—Con un simple mando se abre y se cierra, ¿veis?... ¿Que por qué os cuento esto? Enseguida lo sabréis.

La imagen se aleja mostrando en un plano lejano a Abel sobre la silla y la puerta cerrándose encima de él. El ratón independiente cierra la aplicación YouTube para abrir el Skype. Javier aparece de nuevo en pantalla mostrándoles un pequeño mando.

—En este momento —pronuncia con la misma sonrisa prepotente de antes—, encima de la cabeza del niño hemos dejado una tonelada de escombros, y lo único que lo separa de quedarse ahí, sepultado para siempre, es este simple botón. Señor escritor, preste atención porque hay cambio de planes. ¿Sabe? No me ha gustado nada que fuerais a la policía, pero como no soy una persona resentida le voy a dar una segunda oportunidad. Pero no me vuelva a fallar, señor escritor, porque si no, no me quedará otro remedio que enterrar a ese pobre chaval bajo una lluvia de escombros y, créame, no me apetece nada. ¿Estamos?

—Javier, deja de jugar conmigo y dime de una puta vez qué es lo que quieres.

—Escúcheme atentamente. Vamos a abrir sus cuentas bancarias y revisarlas, todas, intentaremos transferir la mayor cantidad de dinero que podamos. Si la cifra cumple mis expectativas vamos a liberar al muchacho; que no, voy a seguir reteniéndolo hasta que acordemos nuevos plazos. Ya lo ve, señor escritor, hasta le ofrezco el pago fraccionado, como Hacienda... ja, ja, ja, ja.

—Te van a pillar, Javier, y lo sabes... Lo mejor que podrías hacer es dejar al niño ahora mismo en libertad y no complicar más las cosas...

—Como psicólogo no se ganaría la vida, señor escritor. Mire, vamos a

dejarnos ya de chorradas y como decía nuestro amigo Tötler, ja, ja, ja, ja, ¡vámonos al grano, señor escritor! Por cierto, muy buena la novela y... ¡Ah, sí! Quería preguntarle una cosa, muy personal, la chica que se tape las orejas... ¿Te follaste a Rita? Ja, ja, ja, ja, ja... Dime, soy todo oídos... ¿te la follaste?

—No, no lo hice... Javier, ¿podemos centrarnos en cómo pagar el rescate? —responde bruscamente.

—Ya veo, no quieres que la chica se entere, ¿eh? Es guapa, canalla... O sea, que sí, que te la cepillaste, ya me lo imaginaba... ja, ja, ja, ja... Uy, perdone, no me había dado cuenta de que sin querer le había cambiado el trato, ese es un error que no puede cometer un chófer... Señor escritor, ahora que ya sé que es un pillín y que tanto se beneficia a las maduritas como a las jovencitas, preste atención. Usted también, profesora. ¿Tiene Skype en su portátil?

Ella, que no desea abrir la boca, responde afirmativamente con un gesto.

—Bien, deme su *nick* de usuario y la llamaré. Abra el ordenador encima de la mesa del comedor y prepare una silla a su lado de tal manera que yo pueda verla. Usted, señor escritor, tiene treinta segundos para ir a buscar las claves secretas de sus respectivos bancos y volver, venga. Usted también, Nagore, vamos, vamos...

Marcos se dirige a su despacho y Nagore, después de darle su nombre de usuario Skype, a su habitación, sin perder ni un segundo. La imagen del pobre niño desangelado ha conseguido su objetivo, que sumisos, como borreguitos ante el matadero, dejen de luchar y se entreguen a un único fin.

Unos segundos después, Marcos se sienta delante del ordenador mostrando a la *webcam* las tarjetas de claves de La Caixa y del Banco de Santander.

—Solo trabajo con estos dos bancos...

—De acuerdo, me lo voy a creer. —Por el fondo de la pantalla, Javier ve una sombra que cruza a toda velocidad con un portátil en la mano—. Bien, esa tiene que ser Nagore. Que se conecte, que coja las tarjetas con las claves y que no se mueva del enfoque de la *webcam*. Yo la visualizaré minimizando una ventanilla para vigilarla. ¿Todos en sus puestos?

—Sí —dice corto y seco Marcos.

—Vale —lo mismo, ella.

Marcos toma el mando del ratón para acceder al primer banco, de fondo las instrucciones del neonazi.

—Muéstreme primero un estado general de sus cuentas y luego céntrese en las que esté libre de retirar la cantidad que quiera. Recuerde que si reúne

medio millón cerramos ya el trato y Abel duerme esta misma noche con ustedes... Vaya, vaya, señor escritor, tiene mucho dinero... Muy bien, ahora vaya al lado de Nagore y a medida que se lo vaya pidiendo me va dictando los dígitos correspondientes de la clave de seguridad, ¿estamos?

—Que sí, que sí...

—Una vez hayamos acabado, llamaré a los respectivos directores de sus oficinas para ordenarles que autoricen las operaciones realizadas por internet de tal manera que en un plazo máximo a veinticuatro horas se transfiera el dinero. Amenácelos con retirarlo todo si ponen pegadas. Es lo más efectivo. Piense que la vida de Abel está en juego y que a mí no me tiembla el pulso ante la mirada de nadie, ni que sea un niño.

Unos minutos y trescientos cuarenta mil euros transferidos. Después, Javier cierra ambas sesiones sin despedirse. En el buzón de mensajes de Skype aparece un mensaje nuevo. Nagore lo abre.

Aún faltan ciento sesenta mil euros para pagar la deuda. Sin embargo, como soy buena persona vamos a cancelarla siempre y cuando nada se interfiera en la operación durante las veinticuatro horas necesarias para que llegue el dinero. Recordad que la vida de Abel depende de un simple clic. Cuando el dinero llegue a su destino y podamos disponer de él, lo liberaré, tenéis mi palabra.

Marcos vuela de la mesa del comedor al sofá. El ordenador de Abel ya ha cerrado la sesión. Buscar un rastro es imposible. Entonces recuerda las palabras de Javier y decide llamar a los respectivos directores. Mientras, Nagore también conecta su teléfono y revisa las llamadas. Marcos sale del comedor para hablar sin interferencias con el director del Banco de Santander; curiosamente él acepta de buen grado y le asegura que antes de veinticuatro horas transferirán el importe, pese a quedar perplejo al darse cuenta de que Marcos no tiene la menor idea de a qué país lo ha enviado.

—¿Qué haces? —pregunta Nagore al mismo tiempo que él vuelve a la sala para conectarse de nuevo al ordenador.

—Buscar el número de cuenta al que he ingresado el dinero podría ser de gran importancia para la policía...

—No, Marcos, no... Nada de policía, por favor...

Pero no hace falta prevenir a Marcos. Javier ya se ha encargado de borrar las operaciones y simplemente se refleja que alguien ha estado manipulando sus cuentas por el saldo que ha quedado a cero.

—Bussón nos ha estado llamando. —Nagore mira fijamente la pantalla de su teléfono.

—A mí también —comenta él comprobando sus llamadas.

—Llámale, pero, por favor, no les digas nada. —Nagore se lo suplica con la mirada.

Él botonea para devolver la llamada y al mismo tiempo le dedica un gesto para tranquilizarla.

—... Sí, un portátil que él controla gracias a un programa... Sí, el DeskShare... No, ni rastro... Enseñarnos que el muchacho estaba bien... No, estaba muy oscuro... Tampoco, lo tenía amordazado y atado a una silla el muy cabrón... Sí, hay que ser un ser muy despreciable para hacer eso, un auténtico hijo de puta... No, ya se lo he dicho, estaba muy oscuro, parecía un sótano... No, claro, imposible acceder, ya lo habrá borrado todo... ¿Cunningham?... No, ni idea... Un momento, se lo pregunto. —Marcos se aparta el aparato de la oreja para dirigirse a ella—. Dice que han localizado el coche de Cunningham en el parking del aeropuerto, pero que sus nombres no figuran en ningún vuelo, que seguramente viajan con pasaportes falsos, que si se nos ocurre adónde pueden ir. —Nagore niega con un gesto—. Oiga, inspector, tampoco tiene ni idea... sí, sí, por supuesto... Buenas noches.

Marcos cuelga y precipitadamente se dirige a Nagore.

—Tal como creíamos, Cunningham, Javier, Merche y vete a saber si Jordi, están todos compinchados. Ahora mismo vuelan hacia el mismo destino que mi dinero. Nagore, tendríamos que ponerlo en manos de la policía, en las oficinas respectivas del Banco de Santander y de La Caixa, tienen en letras gigantes escrito el nombre del aeropuerto donde los pueden detener.

—¿Y Abel?

Marcos suspira paseando crispado por el comedor.

—No creo que Javier se atreva a hacerle nada... Yo creo que simplemente huirá cuando se entere de que han detenido a sus socios...

—¿Estás seguro de eso? Porque yo no.

—No, no, claro que no lo estoy...

—Pues eso.

—Oye, Nagore... ¿Ese niño era Abel, seguro?

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Hay algo raro en todo esto. Si quería demostrarnos que tenía a Abel, lo normal sería haberle dejado hablar con nosotros por Skype; en cambio, no sé, la filmación, tan oscura, sin oír su voz...

—Llevaba su camiseta.

—Sí, una camiseta Diesel de color verde; me pregunto cuántas más habrá...

—Pues yo nunca he visto otra. Además, es esa, le sobraban un par de tallas, es esa y el niño, Abel, no lo dudes.

Marcos, agarrándose la cabeza con ambas manos, se deja caer encima del sofá, meditando. De repente se levanta en estampida.

—¡Ya sé dónde lo tiene!

Nagore, incrédula, responde:

—¿Cómo?

Marcos levanta un brazo señalando con el índice de la mano izquierda la pared norte del comedor:

—Está ahí al lado, en Montserrat...

—¿Te has vuelto loco?

—Recuerda la filmación, Nagore. ¿Dónde has visto antes un lugar oscuro y cerrado como ese?

Nagore resopla.

—Un sótano, un zulo, una cueva, un desván, un garaje, un trastero, un corral...

—¿Con trampa incluida para sepultar a los intrusos?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—El abad lo sabe todo, era la última pieza que faltaba para que todo encajara con mi novela, pero con una diferencia. En *El Informe Ahnenerbe* no se salva nadie. En cambio, en la realidad, cuando el abad apretó el botón, bajo los escombros solo atrapó a los dos colombianos y todo lo que pasó después ya no lo escribí yo. Esas páginas que le faltan a mi novela explican por qué ahora Javier tiene el mando en lugar del abad...

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a hacerle una visita. Tú quédate aquí y avisa a los *mossos*...

—¡Ni hablar! ¡Voy contigo!

—A donde voy es zona de clausura, no puedes entrar.

Nagore se cruza de brazos, enarca una ceja y sonrío.

—¿Clausura? ¡A la mierda la clausura! ¡Vamos!

El Ibiza rojo salta de la rampa del garaje a la calle rechinando los neumáticos sobre el asfalto. Al cabo de unos segundos un vehículo aparcado en la acera de enfrente enciende las luces, gira en redondo y sale zumbando detrás de ellos.

—¿Qué piensas hacer, cuál es el plan?

—Si tengo que retorcerle el pescuezo se lo retorceré, Nagore. Pero el abad nos va a llevar hasta Abel, te lo juro.

—¿Y si te equivocas?

—Si me equivoco pues pediré perdón, que para eso es cura, para perdonar a sus hermanos... —Echa un vistazo al retrovisor—. Nos vienen siguiendo desde casa, imagino que serán los agentes que nos vigilan. Mejor.

Nagore se vuelve para mirar por el parabrisas de atrás, nerviosa.

—¿Seguro que son ellos?

—Sí, seguro... Oye, Nagore, yo preferiría que me esperaras fuera...

—Ni hablar, Marcos, ni hablar. Si Abel está allí dentro yo voy contigo.

—Empeorarás las cosas. He de acceder a la zona de clausura. Aún me sé de memoria el código de acceso por la puerta del almacén y todos los entresijos de pasillos para acceder a la zona que te digo, pero si un monje me ve con una mujer solo servirá para complicar las cosas...

—¡No insistas, Marcos, voy contigo, te digo!

Al llegar a la plaza del monasterio, andando tranquilamente como turistas nocturnos para no levantar sospechas, Marcos comprueba la hora: las 21.40. Los monjes estarán recluidos en sus habitaciones tras el último rezo de la noche, piensa. Eso le infunde ánimos, coge de la mano a Nagore y, disimulando ante la mirada de un agente de seguridad que los repasa de arriba abajo, la conduce hacia la entrada del almacén comentando en voz alta:

—Mira, el restaurante Cisneros, vamos a ver si nos dan de comer...

Tras comprobar que el agente se aleja en su patín eléctrico, introduce el

código de acceso e invaden el monasterio por el mismo sitio donde ambientó la escena final de su novela: el almacén. El corazón le va a estallar. Abre la misma puerta que abrieron sus personajes diez años atrás, la que comunica con la escalera, y pisando con cuidado los peldaños, como hicieron ellos, se dirige a la zona de clausura. Desde allí caminan hasta el altar de la basílica, que iluminado por la combustión muda y tintineante de las velas los recibe con su mística presencia. Agachado delante de la entrada comprueba que la iglesia ya ha cerrado sus puertas y que no queda ningún turista dentro. También que arriba, donde el adoratorio de la Virgen, ningún monje esté rezando.

—No hay nadie, vamos —le susurra.

Marcos levanta su mirada desde el altar hacia el capitolio que de día lo ilumina. Desde su misma vertical, mirando el cielo como a través de un calidoscopio, imaginaba a los ángeles sobrevolando a la Virgen, protegiéndola. Antes de que el abad lo declarara proscrito entraba y salía del monasterio como de su casa. En ese momento, recordándolo, comprende por qué se construyó la iglesia encima mismo de la antigua ermita de Santa María sin respetarla, cosa que, por ejemplo, sí se hizo con la de Sant Iscle, que se conserva dentro del recinto del monasterio. Santa María guardaba la cripta por un extremo y el castillo de Sant Dimes por el otro. Por eso el abad Oliva, primer heredero del secreto sellado en Sant Just i Pastor, hizo construir la basílica ahí, entre abruptas montañas. El adoratorio a la Virgen, el altar de la iglesia y el capitolio construido todo sobre un mismo eje, encima del sarcófago donde está enterrado nuestro Señor, representa la resurrección, como una escalinata para llegar al cielo, la escalera que llevaba a Dios. El gran secreto de los monjes, el Santo Grial.

—¿Qué haces aquí, Marcos? —Súbitamente una voz familiar le aparta de todos esos pensamientos.

—¿Abad?

—¿Y esta mujer?

Nagore retrocede hasta sentir el contacto del cuerpo de su amigo.

—Me llamo Nagore.

—¿Qué hacéis aquí? —El abad habla con un tono bajo, prudente y respetuoso, acorde con el lugar.

—Abad, lo sé todo...

El abad lo interroga con la mirada y el escritor prosigue:

—Sé que tienen al muchacho. Lo sé todo, y la policía, que está ahí fuera,

también...

Al abad, de repente, le cambia la expresión del rostro.

—¿Es que no lo entiendes? —le espeta enigmáticamente.

—¿Qué es lo que no entiendo, abad?

—¡Es por su bien! No os entrometáis más, os lo ruego, dejad al muchacho en paz...

Nagore, desesperada y venciendo el miedo que instantes atrás la atenazaba, avanza un paso bruscamente, como si le fuera a pegar.

—¡Cómo puedes ser tan miserable de decir que lo habéis secuestrado por su bien! ¡Hijo de puta!

Marcos, aunque está de acuerdo con ella, no puede olvidar su fe cristiana y el respeto que profesa a esa persona y al lugar, y la retiene por un brazo.

—Por favor, cálmate.

El abad se gira hacia atrás y dirigiendo un gesto que se pierde entre las sombras dice:

—Ve a buscarlo.

Unos pasos se alejan taconeando por el pasillo y luego suben las escaleras.

—¿Vais a liberarlo? —pregunta ella esperanzada.

Pero el abad no le responde y, contrariado, se dirige a Marcos bruscamente:

—Lo has estropeado todo implicando a la policía. ¡Todo! Esto es el fin de la Iglesia. Tú solo te has cargado más de veinte siglos de obra, veinte siglos predicando la palabra de Cristo para llevar la paz al mundo. ¡Tú solo!

—Y ¿qué tiene que ver el secuestro de un pobre niño con todo esto, eh? — espeta Marcos violentamente.

Nagore, incapaz de morderse la lengua, le coge el relevo.

—Sois tan hipócritas y asquerosos que no puedo comprender cómo una sola persona conserva su fe y os escucha. ¿Cómo se puede ser tan cínico para condenar a Marcos, después de secuestrar a un pobre niño y pedir medio millón de euros de rescate? ¡Me dais asco!

Nagore, reacia a escuchar las palabras de calma, se enfervoriza cada vez más, estallando, hasta que desde la penumbra del pasillo unos pasos que se acercan llaman su atención, con expectación.

El rumor de unos pasitos que parecen flotar le resultan familiares, y su corazón casi se para cuando de la mano de un hombre vestido de calle, el mismo con el que se tropezó Marcos por las escaleras la última vez que visitó el monasterio, Abel abre la boca y los ojos al mismo tiempo que, rebosando

ilusión, grita su nombre:

—¡Nagore! ¡Nagore!

El hombre lo suelta; Nagore se agacha, abre los brazos y el niño va corriendo hasta colgarse de su cuello, besándola y llorando de pura emoción.

—Abel, Abel, Abel, cielo... —susurra ella hasta convertir su nombre en un profundo sollozo.

Pero el abad, aún en estado de *shock*, levanta la voz por primera vez en su vida dentro del monasterio.

—¿Cómo que hemos pedido medio millón de euros? —El abad dirige esa acusación al hombre que viste tejanos.

—No sé de qué me habla... —confiesa.

—¿Dónde está Javier? —pregunta Marcos para llegar al fondo de la cuestión.

—¿Qué Javier? —contestan ambos a la vez.

—¡Javier! ¡El neonazi! ¡Su socio!

El hombre misterioso y el abad cruzan la mirada, extrañados.

Nagore, aún agachada con Abel entre los brazos, sin llegar a creerse el reencuentro, levanta la mirada y añade:

—Abad, no juegue con nosotros. Acabamos de ver a Abel atado a una silla debajo de la trampa, con Javier... Por eso estamos aquí...

El abad, en un gesto para calmarse se ajusta las gafas, luego resopla y añade susurrando:

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Entonces Marcos levanta la alfombra granate del altar enérgicamente, buscando la trampilla.

—¡Vamos abajo, abad, ya es hora de aclarar las cosas!

El hombre misterioso hace el gesto de detenerlo, pero el abad se lo impide.

—Marcos —dice el abad acercándosele—. ¿Qué estás buscando?

Marcos pone los ojos en blanco y levanta los brazos apuntando con ambas manos al cielo.

—¡Por Dios! No disimule más, no disimule más... Sabemos que una extraña alianza os une con Cunningham, Merche y Javier... Hace apenas unas horas Javier nos ha mandado una grabación de Abel amordazado y atado a una silla aquí abajo —Marcos señala insistentemente a sus pies—, con la amenaza de que iba a apretar el botón si no pagaba el rescate... ¡Déjese ya de estupideces! Los *mossos* lo saben todo y están ahí fuera esperando, solo tengo que

llamarlos.

—Marcos, ¿te refieres al mismo Javier que sale en tu novela? —De repente el abad parece que lo ve claro—. Por Dios, Marcos, te estás volviendo loco, acosas a mi sobrina intentando hacerle creer que es la misma Alba de tu libro y ahora ves fantasmas por todas partes. Marcos, necesitas que te vea un profesional.

—Y usted lo que va a necesitar es un abogado —le espeta.

El abad se sume en un intenso silencio, meditabundo, como si se hubiera ido al desván a por palabras.

—Este señor se llama Pablo Mercier —dice al cabo—, ex jefe, jubilado, del grupo especial de operaciones de la policía, los GEO, y gran amigo del monasterio. Abusando de su amistad le pedí un favor después de leer tu novela. Que investigara a Tötler, tu mecenas. Tu obra y la realidad iban cogidas de la mano, excepto por la absurdidad de creer ver un lienzo de Da Vinci en la sala Gassó y toda esa tontería del viaje de la Sagrada Familia. Pero, en cambio, la escena en dicha sala con el alemán es exactamente un reflejo de lo que pasó. Incluso creo recordar que ni te inventaste los diálogos. Luego, por supuesto, el asunto de mi sobrina. Feo, sucio y necio, usando ese mismo adjetivo que me dedica tu amiga, maquillado solo un poco.

»Al poco tiempo de investigar a Ernest Netzer, Pablo descubrió que Netzer en realidad se apellidaba Sievers y que era descendiente de Wolfram Sievers, ejecutado al acabar la Segunda Guerra Mundial por el ejército de los aliados acusado de múltiples y horrorosos crímenes contra la humanidad. Wolfram Sievers también era miembro de la Gestapo y de esa misma Ahnenerbe que daba título a tu novela. Como te imaginarás, eso aumentó nuestra curiosidad y, por lo tanto, hizo que avanzara la investigación. Pablo pinchó todos los teléfonos del alemán, rastreó todos sus movimientos y lo siguió por todas partes. Gracias a eso descubrimos que finalmente Sievers había encontrado una gruta secreta que conducía a un sarcófago con los restos de, según ellos, Jesucristo. Un auténtico disparate, un horror. Pero un horror mayor nos esperaba: Cunningham, el científico que según pudimos saber había formado parte del equipo que clonó a la oveja *Dolly* estaba intentando clonar a la momia que encontraron dentro del sarcófago. El experimento concluyó con éxito y es por eso que decidimos que lo mejor que podíamos hacer era liberar al niño, el clon, y adoptarlo en el monasterio. De ninguna manera podíamos permitir que saliera a la luz un asunto tan despreciable y ruin; que alguien,

como era la intención del alemán, lo presentara al mundo como el clon de Jesucristo, una auténtica barbaridad.

»Paralelamente, Pablo puso a investigar a unos hombres de su confianza por la montaña intentando encontrar el túnel secreto. Pero Montserrat es un jeroglífico de grutas y cuevas subterráneas, y pese a que sigue la investigación aún no hemos dado con la cripta donde se esconde el sarcófago. —Nagore y Marcos, aunque ya saben que está mintiendo, le escuchan atentamente deseando saber hasta dónde quiere llegar—. Todo este tiempo hemos seguido de cerca todos los movimientos del alemán. Pero no ha sido fácil. Sievers, que era una persona inteligente, protegió a Abel a través de un falso matrimonio durante diez años sin dejar rastro. Hasta que apareció Javier, torpe, precipitado y ambicioso.

—O sea, que sí conocían a Javier; ¿ve como me acaba dando la razón? — Marcos por fin decide intervenir, sobre todo para dejar claro que no se cree nada de lo que les está contando.

El abad le hace un gesto con la mano abierta.

—Espera, no me interrumpas... Javier apareció de buenas a primeras hará unos meses en el monasterio. Se presentó en la portería diciendo que quería hablarme de mi sobrina Alba. En el monasterio, excepto mi secretario, nadie conoce que tengo tal sobrina. Pues bien, Maties, el secretario, me comunicó lo que estaba pasando e inmediatamente lo hice pasar a mi despacho. Javier, que necesitaba dinero, me amenazó con que o bien le pagaba diez mil euros de inmediato o se iría a una revista sensacionalista a explicar la historia de mi hermano y su mujer. Yo le respondí que a lo mejor esa era la voluntad del Señor, que no lo ocultara más y que si creía oportuno explicarlo, que lo explicara, pero que yo no le daría ni un solo céntimo. Javier se marchó irritado y yo no tardé en volver a usar tu libro como nexo de unión. Javier era el mismo Javier de *El Informe Ahnenerbe*, solo que en carne y hueso y diez años mayor. Él le dio a Pablo la pista de dónde estaba el muchacho, ya que al fracasarle mi extorsión planeó un golpe mejor: secuestrar al muchacho. A partir de aquí todo fue muy fácil, solo teníamos que esperar a que lo secuestrara para arrebatarlo. Javier se puso en contacto con Toni, el falso padre del niño, al que obligó a hacerse cómplice. Al parecer instaló un programa DeskShare en el portátil del chico para poder hablar y hacerse amigo suyo, tramando, con la ayuda de Toni, un plan para ganarse la confianza del muchacho. Le contaron que estaba secuestrado, que por eso no podía salir

a la calle y que Javier era un policía que lo iba a ayudar. Fueron despacio, muy despacio, para que Abel no alertara a Sievers ya que cada noche hablaban por el ordenador. Tampoco a Isabel, ni a su profesora, Nagore. Finalmente, cuando tuvieron al chico convencido, Toni lo sacó de la cama la noche de su secuestro, le dijo que había llegado la hora, lo acompañó hasta la puerta y se lo entregó a Javier, que estaba esperando abajo. Lo que Toni no vio es que cuando cerró la puerta de la entrada comunitaria, Pablo, con tres hombres más, emboscó a Javier y le quitó al chico.

—Es una bonita historia, abad. Usted también podría escribir un libro, le paso el testigo para que lo haga: *El Informe Ahnenerbe 2*.

Nagore se había puesto en pie; Abel, abrazado a su cintura, ya había escuchado antes esa historia. Abel iba de mentira en mentira y por eso tenía miedo, por eso se abrazaba con fuerza a la única persona en la que podía confiar: su profesora.

—Vamos, cielo, se ha acabado todo —le susurra iniciando el gesto de irse.

Pero el abad le cierra el paso.

—Déjenos ir, abad. Una pareja de los *mossos* nos espera en la plaza. Si no salimos entrarán ellos... —dice ella, amenazante.

Pablo interroga al abad con un gesto y este asiente. Entonces el ex jefe de los GEO saca a relucir su pistola.

—De aquí no se mueve nadie.

El niño se abraza con fuerza a Nagore y el abad toma la palabra ante el desconcierto de Marcos, que no sabe qué hacer.

—O sea, Marcos, los *mossos*, exactamente, ¿qué versión de los hechos conocen? ¿Eso del acceso a un túnel secreto oculto debajo de la alfombra del altar de la basílica, donde teníamos al niño atado, amordazado y bajo una trampa mortal para obligarte a pagar un rescate? ¿O la que te acabo de contar?

—Ahora lo entiendo todo, abad, ahora lo entiendo, le está utilizando. Eso de que había llegado la hora de contar la verdad y todas las monsergas. ¡Y una mierda! Usted quiere llegar al Vaticano y con una mancha así encima de su espalda no lo logrará jamás. ¡Javier le está extorsionando!

—¡Basta, Marcos, basta! ¿Sabes que puedo hacerte encerrar en un psiquiátrico? ¡Acosas a mi sobrina y vienes aquí con un montón de mentiras, pero se acabo!

Nagore intenta llevarse a Abel, pero Pablo se lo impide agarrándola con fuerza por el brazo.

—¡Déjala! ¡Déjala! —grita el muchacho al mismo tiempo que le propina una patada en la espinilla.

Pablo se revuelve con un gesto de dolor y Marcos, espontáneamente, agarra el candelabro de encima del altar y le golpea con todas sus fuerzas en la cabeza. El GEO trastabilla y Nagore le da una patada en la mano con la que agarra la pistola; esta salta por los aires y antes de que Marcos consiga atraparla, unos pasos se precipitan desde el pasillo.

—¡Alto, policía!

Pablo, entregándose, se aparta un paso mientras el abad no sabe cómo reaccionar.

Los agentes los esposan, comprueban que nadie ha sufrido ningún daño y piden refuerzos a través de la emisora. Un par de minutos después el revuelo provocado se dispersa por todo el monasterio y uno detrás de otro van acudiendo los monjes al lugar. La reacción de todos ellos al ver al abad esposado es la misma, como escrito en un guion. Primero la sorpresa, incluso estupefacción, luego las preguntas y la indignación. Los dos agentes se las ven y se las desean para contener la ira de los religiosos de negro exigiéndoles un respeto por el lugar y que retiren las esposas al abad.

Por suerte para ellos no tardan en llegar más agentes, los del Samur y una asistente social.

—¿Puede quedarse conmigo? —le dice Nagore a la mujer—. Soy su profesora.

—Lo siento, ahora me lo tengo que llevar.

Abel se agarra a la cintura de su profesora.

—Yo quiero ir con Nagore, por favor.

—Hemos de llevarte a ver un médico, cariño. Pero ella puede acompañarnos si quieres. —Dirige una mirada a Nagore—. ¿Sí?

—Por supuesto —celebra sonriendo.

Uno de los dos agentes que han intervenido en la operación se cuelga la emisora y llama la atención de Marcos.

—El inspector Gutiérrez quiere verlos ahora mismo. Me ha pedido que los acompañe, es urgente.

—De acuerdo, claro —responde Marcos al mismo tiempo que le entrega a otro agente el candelabro manchado de sangre que aún sujeta—. Lo siento, aquí es lo que uno tiene más a mano.

El agente le sonrío.

—Pero ¿no era un crucifijo?

—¿Acaso todo el mundo ha leído mi libro? —responde el escritor bromeando.

Nagore los interrumpe:

—¿Yo también tengo que ir? Iba a acompañar a Abel al hospital.

—Un momento, lo consulto.

Unos segundos después, tras el sonido de estática de la emisora sintonizando y cuatro palabras que el agente cruza con su superior, niega con un gesto repetidamente y, feliz, le contesta:

—No hace falta, me ha dicho que si viene el señor Clos es suficiente.

Nagore, cogida de la mano de Abel se acerca a Marcos y lo besa. El niño sonríe.

—Nos vemos luego —dice ella.

Marcos se agacha ante Abel, le revuelve el pelo y le guiña un ojo.

—Cuídamela, es mi novia.

El niño se ríe con ganas, sonoramente, saluda como si fuera un militar y dice:

—A sus órdenes, mi señor.

Marcos le devuelve el saludo y luego levanta la mirada hacia su señora, la Virgen de Montserrat. Le dedica una sonrisa cómplice y se marcha acompañando a los agentes.

Marcos observa la noche estrellada desde el asiento de atrás del coche patrulla. Mirando por la ventanilla, relajado, le parece imposible que todo haya acabado. Incluso la posibilidad de que no consiga recuperar su dinero le preocupa poco. Instalado allí atrás, mientras los agentes pasan el rato comentando una cena pendiente con colegas y haciendo planes como si estuvieran solos, Marcos siente encontrarse lo más cerca que nunca ha estado de la felicidad. Todo ha acabado. Y con Nagore cerca, las estrellas sobre el negro brillan con mayor intensidad.

Después de unos cuarenta minutos de viaje por la autopista de Manresa a Barcelona, primero por la B-20, a continuación por el polígono de Montigalà, llegan en coche a Badalona, una auténtica ciudad cuadrículada de naves industriales trazada entre calles idénticas.

El coche de los *mossos* circula despacio. A lo lejos el reflejo de unas luces azuladas delante de una nave les indica el camino. El Seat León da un acelerón y al cabo de unos segundos aparca al lado de sus congéneres, dos coches patrulla más. Marcos mira con curiosidad a su alrededor intentando adivinar qué vínculo puede tener esa nave industrial aparentemente abandonada con el caso. Realmente no tiene ni idea, pero sus ganas de averiguarlo crecen por momentos.

Gutiérrez, ya alertado por la emisora de su llegada, se acerca a la puerta de Marcos y la abre como si se tratara del aparcacoches de un restaurante de americana, corbata y vestidos largos.

—Bienvenido, señor Clos. Espero no haberme extralimitado en mis funciones, pero creo que le gustará ver esto. Ah, antes de que se me olvide: no se preocupe por su dinero, estamos al corriente de todo. Pillaremos a Javier in fraganti cuando intente retirarlo, el banco está en São Paulo, Brasil.

—¿Javier está en Brasil?

—Eso creemos. Aunque también existe la posibilidad de que continúe operando por internet, rebotando la transferencia a otra cuenta de otro banco,

de otro país, pero los acuerdos de cooperación internacional ya están activados y la policía brasileña y la entidad bancaria sobre aviso.

—¿Y Cunningham?

—A Cunningham lo hemos detenido en el aeropuerto, su vuelo con destino a Londres llevaba mucho retraso. Los han reconocido en la sala de espera. Merche llevaba una peluca de color negro, pero la obesidad del inglés, más difícil de disfrazar que una simple cabellera pelirroja, los ha delatado.

—¿A Londres?

—Sí, a Londres. El destino más normal teniendo en cuenta que él es londinense; con lo que no debían de contar, sin embargo, es que todo se precipitaría antes de perderse por Inglaterra.

—Así que de cobrar el rescate se encargaba Javier en lugar de él...

—Es que Cunningham, señor Clos, no está implicado en el secuestro de Abel...

—¿Ah, no?

—En absoluto. Pero creía que eso ya lo sabía. ¿No estaba usted en el monasterio hace una hora?

—Claro, hemos sido Nagore y yo quienes, gracias al vídeo que nos ha pasado Javier, hemos descubierto el vínculo entre Javier y el abad. Lo tenían encerrado en la misma cripta que los monjes ocultan, la del Santo Grial. ¿Acaso no se lo han contado?

El inspector pone una expresión difícil de traducir, y tocándole un brazo le invita a entrar en la nave, precediéndole.

—Será mejor que vea esto.

Marcos, siguiendo al inspector, sorteando el acordonado policial y entra en la enorme sala por el hangar de carga y descarga. Sus pasos resuenan en el vacío y un soplo de aire viciado los ahoga. Al fondo se aglomeran unos cuantos agentes que parecen de cháchara, distendidos. Al acercárseles, Marcos se da cuenta de que rodean una trampilla abierta por la que se filtra el destello de un foco. También voces. El inspector Gutiérrez se detiene enfrente. Una escalera de mano incrustada a la pared es el único medio para descender hasta lo más hondo del orificio.

—Usted primero, señor Clos. Espero que no sufra claustrofobia.

Marcos no sabe cómo descender. El problema que se le plantea es cómo apoyar el primer pie sin que las manos se agarren antes a los peldaños. El policía le ayuda.

—De espaldas, con las manos sobre el suelo, tantee un peldaño al alcance de su pie mientras lo mira de reojo. Al mismo tiempo agárrese con una mano al primero. Vamos, inténtelo, ya verá, es muy fácil.

Marcos le hace caso y de esta forma, despacio y no sin miedo, consigue descender. Una vez abajo, se encuentra delante de la entrada de un túnel con las paredes irregulares de piedra, formando grietas, costras y alguna estalactita que cuelga del techo. A un lado, apartadas, unas piezas triangulares con un extremo dentado, como una sierra.

—Dele la vuelta —dice Gutiérrez al ver que una ha llamado su atención.

Marcos gira la que se encuentra encima de las demás, y al hacerlo advierte que no son de piedra, sino de gomaespuma. También se da cuenta de que imitan tramos de escalera.

—Encajan una encima de la otra —explica el inspector— hasta formar una enorme escalinata.

Marcos decide apoyarse contra la pared para confirmar que se encuentra dentro de un enorme escenario. Las paredes, como la escalinata, solo son de atrezo. El policía le sonrío y con un gesto le pide que le siga. El túnel desemboca en una cueva. Dentro, tres agentes maniobran recogiendo pruebas y haciendo fotos. El inspector les pide que salgan y ellos esperan el relevo fuera. Cuando la cripta queda vacía, Marcos ve la silla donde estaba atado Abel apartada y, en el centro, el boquete que diez años atrás reventaron los colombianos con sus respectivos escombros alrededor. Marcos se acerca, aún sin comprender nada, se agacha sobre los escombros, los toca y comprueba que no son de goma sino de verdad. Entonces se asoma por el agujero rectangular de la lápida. En su interior encuentra un sarcófago de piedra con la tapa levantada, y dentro la conmovedora imagen del rostro de Jesucristo con el estigma de su calvario grabado en la frente. Marcos, de pura emoción, de rodillas, se estremece casi llorando.

—Por el amor de Dios, esto no puede ver la luz... —le suplica santiguándose.

Gutiérrez le dedica un espontáneo gesto condescendiente.

—Señor Clos, ¿aún no se da cuenta de nada?

De repente Marcos ata cabos y lo racional se impone a la magia.

—¿Es un engaño?

—Bienvenido al mundo del cine, señor Clos...

—Pero...

—Según el mismo Cunningham nos ha confesado, dudaba de encontrar nada en Montserrat. Pero, aunque lo encontrara, clonar un cadáver era algo imposible, y aún más si este cadáver tenía más de dos mil años. Pero como esa era la obsesión de Ernest Sievers y estaba dispuesto a ofrecerle una auténtica fortuna por conseguirlo, tramó con la ayuda de Javier un plan para estafarlo. Un fanático obsesivo como Sievers, convencido de que el sepulcro de Jesucristo era el secreto que los monjes benedictinos de Montserrat se conjuraron para proteger, generación tras generación, era una presa fácil, demasiado fácil. Se lo iba a tragar todo. Con este fin, Cunningham compró esta nave para montar en los sótanos un auténtico estudio de cine con efectos especiales incluidos. Como la invalidez del alemán le impedía acceder al túnel y, por lo tanto, poderlo ver con sus propios ojos, le pidió a Cunningham que cuando encontraran la cripta secreta con el sepulcro lo filmaran en directo. Eso les dio la idea. Pero eso no era todo, tenían también que hacerle creer que lo de la clonación había sido un éxito, y la única manera posible de hacerlo era conseguir un bebé. Como Merche y Toni ya estaban implicados, al contratarlos para la filmación decidieron proponérselo ya que ellos sabían toda la verdad.

—¿Cómo? —Marcos necesita un tiempo muerto—. ¿Merche también sale en la filmación? ¡Claro, el abad! ¡El abad es ella! —concluye.

—No, señor Clos. El abad es Toni, Merche hizo de Alba...

—Pero ¿para qué necesitaban a alguien en el papel de Alba si todo era un montaje?

—Por diversas cuestiones. Primero porque el alemán al ver la cinta no se podía oler nada raro; y segundo porque los colombianos se lo tenían que creer.

—Esa es otra cosa que no me encaja... ¿Qué necesidad había de contratar sicarios de verdad? ¡Es que no lo entiendo!

—Al parecer, Sievers contrató personalmente a los colombianos. Y claro, ni Cunningham, ni mucho menos Javier, les podían ofrecer otra alternativa. Sievers hubiera sospechado. Lo único que hizo Javier fue entregar una dirección falsa a los matones. La pobre Merche pensaba que iba a interpretar un papel, el de Alba, la sobrina del abad de Montserrat, pero con lo que nadie contaba era que a Héctor se le iba a ir la olla. Por suerte una vecina oyó sus gritos, llamó a emergencias y lo pudieron detener.

—¿Y qué pasó con los otros dos? —Marcos dirige su mirada hacia la trampa abierta—. ¿Los sepultaron con eso?

—No, no, la escena final la filmaron Toni y Cunningham en solitario otro día. Para los colombianos, recuerde, todo tenía que ser real, no era posible fingir que caían en una trampa. Ese fue el problema, hacerles creer que la operación era real. Cuando se creyeron que acababan de descubrir el sepulcro de Jesucristo exigieron mucho más dinero, hubo un enfrentamiento y entonces Javier sacó su pistola y los mató. Por eso desapareció todo este tiempo, escondiéndose de la mafia colombiana, temiendo una más que posible represalia.

—¿Y los cuerpos de los hermanos de Héctor?

—Con la ayuda de Toni, al que amenazaron, los hicieron desaparecer sumergiéndolos en una balsa de purinas. Créame, lo que cae ahí dentro desaparece para siempre.

—¿Y entonces Cunningham hizo creer a Sievers que Javier había quedado atrapado dentro?

—Exacto... Así también compró la colaboración de Toni y Merche para siempre. Toni era cómplice de asesinato y, además, se aprovechaba de la intimidación que habían ejercido Héctor y Javier haciéndose pasar por uno más de ellos.

—Pero, Merche, al intervenir la policía e interrogarla tuvo que delatar a Cunningham, contar que ella estaba interpretando un papel por el que cobraba, que en teoría el asalto era una farsa...

—Y eso hubiera pasado si Merche hubiera prestado declaración de inmediato. Pero claro, ante casos de violación con violencia e ingreso hospitalario no se procede de esta forma. Por lo tanto, Cunningham, o bien directamente o bien a través de Toni, tuvo tiempo de sobra de amenazarla o sobornarla visitándola al hospital. Toni acababa de ver cómo se las gastaba Javier, y Merche cómo se las gastaban los colombianos. Para ella, pertenecían todos a una misma organización. Evidentemente, cuando la interrogaron no explicó nada de la farsa, o, mejor dicho, siguió actuando. A Héctor ya lo teníamos fichado y para nosotros el caso quedó resuelto.

—Entonces... —Marcos duda, piensa, titubea— ¿todo es un engaño?

—De arriba abajo, señor Clos. De arriba abajo.

—¿Y las imágenes dentro del monasterio?

—Toni solicitó a los benedictinos pasar unos días como huésped; al concedérsele pudo acceder a todas las áreas y filmar cuanto quiso. El resto es todo trabajo de edición.

—Pero —Marcos señala la silla aún con las cuerdas colgando— yo he visto a Abel atado ahí.

—¿Cómo?

—Javier, antes, en casa, cuando la conexión por Skype que ya le expliqué, nos mostró un vídeo que había grabado con el niño atado ahí y amordazado...

—Bien, sí, esa es una de las cosas que nos queda por investigar. Pero viendo los precedentes parece claro que el neonazi le cogió el tranquilo a eso de montar escenarios de cine.

—Un momento, inspector, ¿cómo explica que Javier tuviera acceso a la nave si Cunningham no estaba implicado?

—Esto estaba en un gran estado de abandono y deterioro. No es descabellado aventurar que desde que lo usaran diez años atrás nadie más había vuelto a pisar el lugar; luego la cerradura sería la misma y Javier, claro, tendría un juego.

—Sí, es posible, pero no descarte que exista un vínculo entre Cunningham, Javier y quién sabe si el abad. No olvidemos que el niño estaba en el monasterio.

—Lo vamos a investigar todo, por supuesto. Pero créame, que Javier intente cobrar un secuestro sin tener al rehén es la más posible de las hipótesis. Y todo apunta a ello. Empezando por el testigo de Toni, que en ningún momento ha vinculado al inglés con el secuestro. Y créame, cuando una persona implicada y cómplice se ve perdida, canta hasta *La Traviata*.

—¿O sea que Toni estaba metido en lo del secuestro tal como el abad me ha confesado?

—Ni más ni menos. Él fue quien despertó a Abel esa noche y quien se lo entregó a Javier, cuando ya tenían al niño convencido de que Javier era un policía y que él mismo, Toni, su raptor arrepentido.

—Le comieron la olla, vaya...

—Ni más ni menos...

Marcos mira a su alrededor. Vuelve a tocar las paredes de goma como si no se lo acabara de creer y luego se provoca una sonora carcajada.

—¡Joder!

—¿Decepcionado?

—Siempre había creído, desde pequeño, que Montserrat albergaba en sus raíces un secreto mágico. Ahora que pensaba saber cuál, resulta que todo es una estafa.

El inspector apoya una mano sobre su espalda y le dice sonriendo:
—Entonces hoy es su día de suerte...
—No le entiendo.
—Claro que me entiende, señor escritor. Ahora nada le impedirá seguir buscando.

Epílogo

Una cabra hispánica da tres graciosos saltos, retratándoles con su blanca cola, antes de añadirse al grupo de seis cabras monteses más que pastan tranquilamente entre los riscos. Todas a una, como si la que estaba apartada les hubiera dado la señal de alarma, giran la cabeza para medir la distancia que las separa de los seres humanos.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! —grita Abel señalándolas sin poder contenerse.

Al oír el grito del muchacho el líder del rebaño salta trepando la enorme peña arrastrando a sus congéneres. El trepidante ruido que provocan alejándose, y que resuena bajo sus pies, acelera, aún más, el corazón del niño.

Nagore, que tampoco había visto nunca las cabras salvajes, se queda mirando el punto exacto por donde el bosque se las ha tragado como si no hubiera sido más que un espejismo. Otro más.

—¿Las has visto, Abel? —pregunta Nagore sin conseguir disimular su entusiasmo.

Abel levanta la mirada para buscarle los ojos y con el rostro radiante le responde:

—¡Guau! ¡Es lo más maravilloso que he visto en mi vida!

A Marcos le conmueve ese comentario. El niño ha sido prisionero durante toda su infancia y sus amigos, Brenda y Ernest, los únicos culpables. Esos con los que tanto había reído y compartido lo tenían secuestrado víctima de su fanática obsesión y él, riéndoles las gracias, les hacía de cómplice.

—¡Y muchas más cosas maravillosas vas a ver! —le promete espontáneamente.

Nagore, Marcos y el niño caminan por el estrecho sendero que transita entre peñas, a veces en un peligroso equilibrio por el enorme abismo, dirección a la ermita de Santa Creu primero, a la de Sant Dimes después.

Un rastro de excrementos, como conguitos, les indica que siguen el mismo itinerario que el paseo matutino de las cabras. Al llegar al cruce de la ermita de Santa Creu, justo enfrente de la entrada de la escalinata privada de los

monjes, la que conduce directamente al patio del monasterio, se detienen para contemplar el paisaje. Delante de ellos, a lo alto, incrustada en una uve que dibuja la montaña se encuentra la ermita de Sant Dimes. El cristal de la ventana sobre el abismo le envía un rayo de sol fulgurante. Encima, en la cumbre, se dibuja la forma de los cimientos del antiguo castillo de Montserrat transformando el antiguo perfil rocoso en un cuadrado casi perfecto.

—La ermita de Sant Dimes. —Marcos la señala con el dedo—. Y encima, si os fijáis, la estructura del castillo.

—¡Yo lo veo! —corre a proclamar Abel, para ser el primero.

Nagore, aún jadeando por el esfuerzo del camino, resopla para disimular la emoción, una emoción desconocida que le humedece los ojos.

—¿Para qué construyeron un castillo allí en lo alto, entre tan abruptas peñas y casi sin acceso? —dice disimulando.

Marcos sonríe guardándose la respuesta para sus adentros y, haciendo tintinear las llaves sobre la palma de una mano, responde con un escueto:

—¿Vamos?

—Han sido muy generosos de dejárnoslas —añade ella.

—El abad es un buen hombre y ya hemos aclarado las cosas.

Han pasado más de diez años desde la última vez que Marcos subió a Sant Dimes. Aquel día descubrió la escalinata que seguramente conducía a las mazmorras del castillo y que, por seguridad, alguien en el pasado mandó tapiar. Esa era su conclusión. Marcos sentía la necesidad de llevar a Abel a ese preciso rincón de la montaña donde tan ilustres personajes habían peregrinado para meditar, un punto especial y mágico, una fuente inagotable de energía telúrica, auténtico oxígeno para el alma.

El camino que lleva a la ermita, después de cruzar el portal cerrado con llave, rodea el patio entre piedras por un lado y el abismo por el otro. Un vertiginoso precipicio al vacío.

—¡Con cuidado, cielo! —Nagore agarra con tanta fuerza al muchacho que ni un ciclón se lo arrancaría de las manos.

Al pasar por delante de la ermita y de la capilla se detienen un momento. Las dos construcciones se encuentran enfrentadas, cara a cara, con un pequeño patio entre ellas y la cisterna a un lado. Encima de la misma un eslabón perfecto para sentarse. Marcos empuja la puerta de la capilla, comprobando con un gesto de fastidio que continúa sirviendo de almacén. Sacos, escombros, maderos, garrafas...

—¡Cuánta mierda! —exclama Abel.

Nagore y Marcos se ríen. Él empuja la puerta de la ermita, pero está cerrada.

—Luego, a la vuelta, ya abriremos y os la enseñaré. Es un lugar precioso para pasar la noche en compañía de tu alma.

—¿Tú has dormido aquí? —pregunta Nagore, ensimismada.

—Sí, unas cuantas noches, y créeme... —se arrepiente— bueno, no, nada...

—¿Qué ibas a decir?

—Eso, que la paz que ofrece este lugar es como si te hablara. Que en ningún otro sitio me he encontrado tan cerca de la verdad, del espíritu...

—Eso os pasa porque los cristianos adoráis templos de ficción. Cogéis cuatro piedras, un poco de cemento, construís una iglesia y hala, vamos a rezar. No os dais cuenta de que Dios ya creó sus templos y que todo lo demás es artificial, hecho por el hombre y no por el Señor.

Marcos se la queda mirando fijamente, sin encontrar ni un solo argumento que poder rebatir, y Abel, que no consigue soltarse de la mano de su profesora como si lo tuviera prisionero, suelta un bufido. El escritor aprovecha la ocasión.

—¡Vamos a ver el castillo! —dice adelantándose un paso—. ¡Seguidme!

Al girar por detrás de la capilla unos peldaños esculpidos en la roca les anuncian que ya se hallan en el habitáculo del castillo, aunque no queda rastro de cómo se dividían las estancias. Imaginárselo, entre riscos y peñas y sin casi espacio llano, resulta imposible.

—Pero ¿cómo construyeron un castillo aquí? —Nagore le pone voz a sus propios pensamientos.

Marcos, conduciéndolos a la escalera de mano para llegar a la cima, abre los brazos como respuesta, un gesto que viene a decir algo así como «ni idea». Al pie de la gran peña, delante del primero de los dos tramos de escalera que en vertical trepa a la cumbre, se para. Abel, desde abajo, mira en dirección al último peldaño. Desde su pequeña estatura, la proporción magnífica y la altura de la piedra le provocan escalofríos.

—¿No es peligroso? —pregunta Nagore.

—Por supuesto que no. Os agarráis con fuerza y paso a paso, despacito.

—¡Está chupado! —exclama Abel al soltarse por fin de la mano de la profesora y empezar a encaramarse como si fuera un mono.

—¡Despacio! ¡Despacio, cielo! —le ruega ella.

Marcos cierra la expedición para controlarlos.

Sin ningún problema llegan a lo más alto y como obedeciendo un código iniciático no escrito, Nagore y Abel dan la vuelta sobre sí mismos sintiéndose en el centro del paraíso con Cataluña a sus pies.

Marcos, como si fuera un guía, sitúa a Nagore inmediatamente con pinceladas lejanas de los Pirineos, las minas de Cardona, el Montseny, el mar, la *plana*...

Abel, imitando a la cabra, da tres pequeños saltos, se aleja y Marcos da por terminada la clase de geografía.

—¡Abel! —Nagore sale detrás suyo—. ¡No corras!

Marcos se pone de su lado.

—Sí, hazle caso a Nagore. Este es un sitio peligroso, prohibido jugar.

Abel se para a medio paso, entre ellos y su objetivo, un nuevo rastro de peldaños esculpido sobre la roca. Marcos y Nagore se le acercan. El precipicio los rodea, como si la peña se encontrara flotando por el cielo, una isla entre las nubes.

—Este es un lugar muy peligroso —le riñe Marcos inclinándose sobre él—. Cualquier resbalón puede resultar mortal, ¿lo entiendes? No te sueltes de la mano de Nagore, ¿okey?

—Perdona, Marcos...

—No pasa nada, ¿vale?

—Vale.

—Oye... ¿Quieres ver la escalera que lleva a Dios? —entona de manera misteriosa para hacer la paces.

Nagore, que sí lo desea, sonrío.

—¿Estamos cerca? —pregunta.

Marcos la mira de manera enigmática, sonrío, le da la espalda, se agacha y aparta unos matorrales. La entrada a la madriguera sigue intacta. Suspira, coge aire, y cuando se dispone a introducir un pie topa con un montón de escombros que le impide avanzar.

—¿Qué pasa, Marcos? —Nagore lee la contrariedad en su mirada.

—No lo entiendo...

—¿Qué?

—Está lleno de escombros, hasta la altura del primer peldaño, no queda ni rastro...

—¿Han tapiado la entrada?

—Sí, pero no entiendo por qué.

Nagore se agacha a su lado buscando una explicación.

—A lo mejor te has confundido. Yo todo lo veo igual, puede ser detrás de cualquier otro matorral.

—No, no me he confundido, era aquí, aquí mismo...

Abel, decepcionado, interviene.

—¿Y la escalera que lleva a Dios? ¿No existe?

Marcos se levanta, suspira, resopla.

—Sí, Abel, estaba aquí pero la han llenado de escombros.

—¿De qué? —Abel no sabe qué es un escombros.

—De piedras y de tierra, cielo. —Nagore se lo aclara.

—Y... ¿Por qué?

—No lo sé, Abel, no tengo ni idea, a lo mejor es porque ahí dentro se esconde un tesoro...

—¿Un tesoro? ¡Guau! —Abel se queda mirando el agujero como hipnotizado.

—Venga, será mejor que nos vayamos...

—¿Y no lo vamos a desenterrar?

—Otro día. Para encontrar el tesoro primero necesitaremos un plan. ¿Me ayudarás?

—¡Claro!

Marcos despeina a Abel con sus dedos y le guiña un ojo:

—¿Vamos a Sant Dimes?

—¡Eso! Vamos a ver la ermita, enséñame dónde dormías con tu alma —se anima Abel otra vez.

El corto camino de vuelta a la ermita lo hacen en silencio. Abel maquinando el plan que necesitan para desenterrar el tesoro, Nagore sufriendo por cómo bajar la empinada escalera y Marcos intentando encontrar una explicación razonable de por qué habían sepultado la escalinata.

Cuando el niño salta el último peldaño se aparta jugando.

—¡No te alejes! —le grita Marcos.

Nagore se apresura a volver a cogerlo de la mano. El mirador de Sant Dimes es un balcón abierto al cielo y sin barandillas. Un peligro.

Al acercarse a la ermita se dan cuenta de que algún monje ha subido antes que ellos. La puerta está abierta de par en par.

—¡Eh! ¿Quién hay? —pregunta Marcos asomándose.

Pero dentro de la ermita no hay nadie.

—A ver, esperaos aquí. Voy a mirar. No puede andar muy lejos.

Nagore y Abel se sientan en el eslabón al lado de la cisterna compartiendo la cantimplora. Unos minutos después regresa Marcos.

—Qué raro, no hay nadie... Alguien ha tenido que subir y se ha dejado la puerta abierta, pero... ¿Cómo un monje se va a dejar la puerta de la ermita abierta?

—A lo mejor sabía que estábamos nosotros aquí y por eso la ha dejado así —razona Nagore.

—Es extraño, muy extraño...

—¿Podemos entrar? —se queja el niño.

Marcos, bajo el umbral, le dirige una sonrisa intentando disimular la preocupación.

—Claro, por supuesto, entra.

Abel pasa como una estampida por su lado, cruza la pequeña sala y se dirige a la habitación atraído por la luz de la ventana. Le parece divertido asomarse por donde antes se asomaba el sol.

Nagore le acaricia un brazo a Marcos y le sonríe. Él la coge por la cintura y la besa en la mejilla.

—Te quiero —le susurra.

—Yo no —le responde ella, guiñándole un ojo.

Entonces Marcos se da cuenta de que encima de la mesa hay un objeto envuelto en un trapo mugriento. La curiosidad le vence, se acerca y lo desenvuelve. Es un objeto pesado, como de piedra, de color negro.

—¿Es la Virgen de Montserrat? —pregunta ella cuando ya casi lo tiene al descubierto.

Marcos posa la estatua encima de la mesa y se aparta unos pasos como si contemplara un lienzo. La estatua, de unos treinta centímetros de altura, muestra una Virgen Negra con un niño sentado en su falda. El niño hace el símbolo de la V con una mano y la Virgen sostiene un huevo. Marcos, que se ha quedado sin habla, vuelve a acercarse para acariciar la efigie. Los dedos con los que el niño hace el símbolo de la victoria están desgastados hasta el extremo de que uno de ellos casi no se distingue, lo mismo que el relieve de las coronas. Tanto la madre como el hijo las llevan, pero el desgaste las confunde con la cabeza. Toda la estatua, en su conjunto, muestra pruebas evidentes del paso de las eras.

—¿Qué es esto, Marcos?

—Es la imagen de Nuestra Señora de Montserrat más antigua que nunca he visto. Fíjate en el desgaste, esto tiene un montón de siglos. Además, está esculpida sobre una piedra negra como las antiguas diosas egipcias, como Isis, la diosa de los queruscos...

Nagore se acerca y pasa un dedo por la cara del niño.

—¿Qué es eso que se escapa por debajo de su corona? ¿Melena?

—Hace rato que me he dado cuenta, pero no es solo eso. Mírale la expresión, mírale los labios...

—Parece una niña...

—Es que es una niña, Nagore. Y su madre no es la Virgen.

—María Magdalena y la princesa Sara... —exhala ella.

—Las diosas negras que trajo el mar —le responde él con la voz tiritando.

Entonces Nagore se le acerca, le abraza y le susurra al oído:

—Señor escritor, creo que volvemos a tener trabajo.

*Olesa de Montserrat
y Sant Carles de la Ràpita,
23 de julio de 2015*